



JANET

EVANOVICH

Uno,

por dinero



SERIE STEPHANIE PLUM

Lectulandia

Conoce a Stephanie Plum, de Trenton, New Jersey. Es una joven a la que le gustan las finanzas y que tiene la costumbre de gritar primero y luego reaccionar cuando está en apuros. Ser cazarecompensas no es un trabajo para los débiles de corazón... Pero está hecho a la medida de Plum.

En este libro, la novata Stephanie Plum se mete en problemas, y nadie se lo va a poner fácil, especialmente su primer obstáculo, un expolcía y sospechoso de asesinato llamado Morelli.

Lectulandia

Janet Evanovich

Uno, por dinero

Stephanie Plum - 1

ePub r1.0

Ablewhite 19.11.15

Título original: *One for the money*

Janet Evanovich, 1994

Traducción: Cristina Pagés

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Lun@ y Lizz
por habernos descubierto a esta chica dura

1

Hay hombres que entran en la vida de una mujer y se la arruinan para siempre. Eso hizo Joseph Morelli con la mía; no para siempre, pero sí periódicamente.

Morelli y yo nacimos y nos criamos en un barrio obrero de Trenton llamado el «Burgo». Era una zona de casas adosadas y estrechas con patios pequeños; predominaban los coches americanos y las familias de ascendencia italiana, aunque había suficientes húngaros y alemanes para contrarrestar la endogamia. En suma, el lugar perfecto para comprar calzone o jugar a la lotería clandestina. Si uno tenía que vivir en Trenton, no era mal sitio para criar a los hijos.

De pequeña rara vez jugaba con Joseph Morelli, que vivía a dos manzanas de distancia y me llevaba dos años.

—Apártate de los Morelli —me advirtió mi madre—; no son de fiar. He oído lo que hacen con las chicas cuando están a solas con ellas.

—¿Qué hacen? —pregunté entusiasmada.

—No quieras saberlo. Cosas terribles, cosas desagradables.

A partir de ese momento vi a Joseph Morelli con una mezcla de terror y curiosidad lasciva que rayaba en la admiración. Dos semanas más tarde, a mis seis años, con las rodillas temblorosas y un nudo en el estómago, seguí a Morelli hasta el garaje de su padre, pues me había prometido enseñarme un nuevo juego.

El garaje de los Morelli, un descuidado cobertizo, se hallaba en el borde de su terreno. Era un sitio lastimoso, iluminado por un único rayo de luz que se filtraba a través de una ventana cubierta de mugre. Dentro el aire olía a moho, a neumáticos desechados y a lubricante usado. El garaje de los Morelli, cuya misión nunca fue albergar los coches de la familia, servía para propósitos muy distintos. El viejo Morelli lo utilizaba para azotar a sus hijos; estos se escondían entre sus cuatro paredes para entregarse a los placeres solitarios, y allí me llevó Joseph Morelli, a mí, Stephanie Plum, para jugar a los trenecitos.

—¿Cómo se llama este juego? —pregunté.

—Chu-chu —contestó, ya de rodillas y con la cabeza hundida bajo mi falda rosa—. Tú eres el túnel y yo soy el tren.

Supongo que esto dice algo sobre mi personalidad: que no soy muy dada a aceptar consejos, o que nací con un superávit de curiosidad, o tal vez algo que tiene que ver con la rebelión, el aburrimiento o el destino. En todo caso, ocurrió una sola vez y resulto realmente decepcionante, puesto que solo me toco ser el túnel, y yo quería ser el tren.

Diez años más tarde Joe Morelli vivía todavía a dos manzanas de mi casa. Había crecido, era alto y perverso, con ojos que tan pronto se parecían a un fuego negro como al chocolate que se funde en la boca. En el pecho lucía el tatuaje de un águila, contoneaba el culo prieto y las estrechas caderas, y se le conocía por sus manos rápidas y sus dedos hábiles.

Mi mejor amiga, Mary Lou Molnar, me comentó que había oído decir que la lengua de Morelli era como un lagarto.

—¡Caray! ¿Y qué significa eso? —pregunté.

—No dejes que te coja a solas o lo sabrás. Una vez que lo hace, puedes darte por perdida.

No lo había visto mucho desde que jugamos en aquella ocasión a los trenecitos, y supuse que había ampliado su repertorio de juegos sexuales. Me acerqué más a Mary Lou, esperando lo peor.

—No te referirás a violación, ¿verdad?

—¡Estoy hablando de lujuria! Si quiere tenerte, estás perdida; el tío es irresistible.

Aparte del manoseo de ya sabéis quién a mis seis años, nadie me había tocado. Me estaba guardando para el matrimonio, o al menos para la universidad.

—Soy virgen —contesté, como si fuese una novedad—, y estoy segura de que no se mete con vírgenes.

—¡Justamente se especializa en vírgenes! El roce de sus dedos las pone como un flan.

Dos semanas más tarde, Joe Morelli entró en la pastelería donde yo trabajaba cada día al salir del instituto, la Tasty Pastry, en la avenida Hamilton. Compró un *cannolo*, me dijo que se había alistado en la marina y me encandiló hasta tal punto que cuatro minutos después de cerrar me encontré en el suelo de la Tasty Pastry, sin bragas y detrás de una caja llena de eclairs de chocolate.

La siguiente vez que lo vi, yo era tres años mayor. Iba camino del centro comercial, conduciendo el Buick de mi padre, cuando vislumbré a Morelli frente a la carnicería Giovichinni's. Aceleré a fondo, subí a la acera y lo golpeé por detrás con el parachoques delantero. Frené y me apeé para evaluar los daños.

—¿Te he roto algo?

Estaba tumbado sobre el pavimento, mirando por debajo de mi falda.

—Mi pierna...

—Bien.

Me volví, subí al Buick y me dirigí hacia el centro comercial.

Achaco el incidente a un ataque de enajenación temporal, y quiero que sepan que desde entonces no he atropellado a nadie.

* * *

En los meses de invierno, el viento azotaba la avenida Hamilton, pasaba gimiendo por delante de las ventanas y depositaba basura sobre las aceras y las entradas de las tiendas. En los meses de verano, el aire permanecía quieto y húmedo, saturado de polución. Resplandecía sobre el cemento caliente y derretía el alquitrán de las calles. Las cigarras zumbaban, los contenedores de basura apestaban y una neblina polvorienta permanecía suspendida permanentemente sobre los campos de softball

del estado. En mi opinión, todo eso formaba parte de la gran aventura que suponía vivir en Nueva Jersey.

Esa tarde decidí pasar por alto la acumulación de ozono típica del mes de agosto que solía engancharse al fondo de mi garganta, y conducir mi Mazda Miata, con la capota baja. El aire acondicionado salía a ráfagas, yo cantaba acompañando a Paul Simon, mi largo cabello castaño ondeaba y se enredaba frenéticamente en torno a mi cara, mis gafas Oakleys ocultaban fríamente mis ojos azules siempre alerta, y pisaba a fondo el acelerador.

Era domingo e iba a cenar a casa de mis padres. Me detuve en un semáforo, miré por el espejo retrovisor y maldije al descubrir a Lenny Gruber dos coches más atrás, en un sedán negro. Apoyé la frente en el volante.

—¡Maldita sea!

Gruber y yo fuimos al mismo instituto. Ya entonces era un gusano, y seguía siéndolo. Por desgracia, era un gusano con una causa justa, pues me había retrasado en los pagos del Miata y Gruber trabajaba para la compañía de recuperación.

Seis meses antes, cuando compré el coche, me iba bien, tenía un bonito apartamento y entradas para los partidos de los Rangers. Y de pronto, me despidieron. Se me acabó el dinero, se me acabó el crédito. Volví a mirar por el retrovisor, apreté los dientes y puse el freno de emergencia. Lenny era como el humo: cuando uno trataba de cogerlo, se evaporaba, y yo no pensaba dejar pasar esta última oportunidad de negociar. Salí del coche, me disculpé con el conductor que iba detrás de mí, y me dirigí a buen paso hacia Gruber.

—Stephanie Plum —dijo Gruber con tono de alegría y falsa sorpresa—, ¡qué placer! Apoyé las manos sobre el techo de su coche y lo miré a través de la ventanilla abierta.

—Lenny, voy a cenar en casa de mis padres. No me quitarías el coche mientras estoy con ellos, ¿verdad? Sería una mezquindad por tu parte.

—Soy mezquino, lo sabes, por eso tengo esta maravilla de trabajo. Soy capaz de casi cualquier cosa.

El semáforo cambió y el conductor que iba detrás de Gruber hizo sonar el claxon.

—Quizá podamos llegar a un trato.

—Ese trato, ¿te incluye desnuda?

Me imaginé cogiéndole la nariz y retorciéndosela hasta que chillara como un cerdo. El problema era que para hacerlo tendría que tocarlo. Sería mejor un enfoque más moderado.

—Déjame guardar el coche esta noche y te lo llevaré mañana por la mañana.

—Ni hablar. Eres demasiado furtiva, y llevo cinco días persiguiendo este coche.

—En ese caso, uno más no importa.

—Esperaré hasta que me demuestres tu agradecimiento, ¿sabes a qué me refiero? Sentí deseos de vomitar.

—Olvídalo. Llévate el coche. De hecho, puedes llevártelo ahora mismo. Iré a casa

de mis padres caminando.

Gruber no paraba de mirarme los pechos. Gasto una talla noventa, respetable pero no precisamente sobrecogedora con mi metro setenta y dos de estatura. Vestía *shorts* elásticos negros y un enorme Jersey de hockey. No podía decirse que fuese un conjunto seductor, pero eso no impidió que Lenny me devorara con los ojos.

Su sonrisa se hizo más amplia y advertí que le faltaba una muela.

—Supongo que podría esperar a mañana. Después de todo, fuimos al instituto juntos.

—Ajá —fue todo lo que conseguí decir. Cinco minutos más tarde, doblé en la Roosevelt, a dos manzanas de la casa de mis padres, y sentí que las obligaciones familiares ya me absorbían, tiraban de mí hacia el centro del barrio. Era una comunidad de familias bien avenidas, llena de seguridad, amor, estabilidad y el bienestar que proporcionan los rituales. En el reloj del tablero vi que llegaba con siete minutos de retraso y el deseo de gritar me dijo que había llegado a casa.

Aparqué junto al bordillo y observé el estrecho dúplex de dos plantas, la celosía del porche delantero y los toldos de aluminio. Desde hacía cuarenta años, la mitad de la casa perteneciente a los Plum era amarilla, con tejado de tablillas marrones. El pórtico de hormigón estaba flanqueado por arbustos de mundillo. A lo largo del porche habían plantado geranios rojos equidistantes los unos de los otros. Se trataba más bien de un apartamento, con la sala al frente, el comedor, en medio, y la cocina, detrás. Arriba, tres dormitorios y un cuarto de baño. Era una casita bien cuidada, envuelta en olores de cocina, con demasiados muebles y satisfecha con su destino.

La señora Markowitz, pensionista que solo podía permitirse colores de saldo, había pintado su lado de la casa verde lima. Mi madre me aguardaba de pie ante la puerta mosquitera.

—¡Stephanie! —exclamó—. ¿Qué haces ahí, sentada en el coche? Te has retrasado y sabes que tu padre odia comer tarde. Las patatas están enfriándose y la carne ya debe de estar seca.

La comida es importante en el barrio. La luna gira alrededor de la tierra, la tierra gira alrededor del sol, y el barrio gira alrededor de la carne asada. Desde que recuerdo, dos kilos de cuartos traseros, cocidos a la perfección y servidos a las seis en punto han controlado la vida de mis padres.

La abuela Mazur se hallaba medio metro detrás de mi madre.

—Tengo que conseguirme un par de esos —comentó después de echar un vistazo a mis *shorts*—. Todavía tengo las piernas bonitas, ¿sabes? —Se recogió la falda y se miró las rodillas—, ¿qué opinas? ¿Crees que vería bien con uno de esos pantalones de ciclista?

Las rodillas de la abuela Mazur semejaban pomos de puerta. Cuando era Joven era una belleza, pero los años le habían aflojado la piel y convertido los huesos en palillos. De todos modos, si quería ponerse pantalones de ciclista, no veía por qué no podía hacerlo. En mi opinión, esa era una de las múltiples ventajas de vivir en Nueva

Jersey: hasta a las ancianas se les permitía ser extravagantes.

Mi padre gruñó disgustado en la cocina, donde estaba cortando la carne.

—¡Pantalones de ciclista! —refunfuñó, y se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¡Ja!

Dos años antes, cuando las arterias bloqueadas por la grasa enviaron al abuelo Mazur al cielo, la abuela Mazur había ido a vivir, de manera permanente, a casa de mis padres. Mi padre lo aceptaba con una mezcla de estoicismo típicamente europeo, y refunfuños carentes de tacto.

Recuerdo que en una ocasión me habló de un perro que tuvo en su infancia. Según él, el perro era el más feo, el más viejo de todos y tenía un cerebro de chorlito, padecía incontinencia e iba goteando orines por todas partes. Tenía los dientes podridos, las caderas artríticas y bajo su pelambre se amontonaban enormes tumores de grasa. Un día el abuelo Plum lo llevó detrás del garaje y lo mató de un tiro. Sospecho que mi padre se imaginaba haciendo lo mismo con la abuela Mazur.

—Deberías usar vestidos —me dijo mi madre mientras llevaba a la mesa una fuente de judías tiernas y cebolletas—. Tienes treinta años y todavía te vistes como una adolescente. ¿Cómo piensas atrapar a un hombre?

—Eso es porque tu marido era como una patada en el culo —opinó la abuela Mazur.

Estuve de acuerdo. Mi exmarido era una patada en el culo, sobre todo cuando lo pillé en flagrante delito Sobre la mesa del comedor con Joyce Barnhardt.

—He oído decir que el chico de Loretta Buzick se ha separado de su esposa —comentó mi madre—. Recuerdas a Ronald Buzick, ¿verdad?

Sabía adonde quería ir a parar y no deseaba seguirle el juego.

—No voy a salir con Ronald Buzick, ni lo pienses.

—¿Qué tiene de malo Ronald Buzick?

Ronald Buzick era un carnicero calvo y gordo, y supongo que estaba comportándose como una esnob, pero me costaba pensar en términos románticos en un hombre que se pasaba el día destripando pollos. Mi madre continuó.

—De acuerdo, pero ¿y Bernie Kuntz? Lo vi en la tintorería y me preguntó por ti. Creo que le interesas. Podría invitarlo a tomar el té. —Con mi suerte, lo más probable era que ya lo hubiese invitado y que en ese momento estuviese dando vueltas a la manzana mascando caramelos.

—No quiero hablar de Bernie, tengo que contaros algo, una mala noticia...

Había dado largas al asunto, por temor a hablar de ello. Mi madre se llevó una mano a la boca.

—¡Te has encontrado un bulto en el pecho!

Nadie en la familia se había hallado nunca un bulto en el pecho, pero mi madre siempre estaba alerta.

—Mi pecho está bien. El problema es mi trabajo.

—¿Qué le pasa a tu trabajo?

—No tengo. Me despidieron.

—¡Te despidieron! —Mi madre inhaló hondo—. ¿Cómo es posible? Era un trabajo muy bueno, te encantaba.

Era encargada de compras de E. E. Martín, la tienda de lencería, y trabajaba en Newark, que no es precisamente un paraíso. En realidad, era a mi madre a quien le encantaba el trabajo, pues se lo imaginaba como algo emocionante, cuando de hecho me pasaba el tiempo regateando el precio de las braguitas de nailon. E. E. Martín estaba muy lejos de ser una tienda de lencería fina.

—Yo, en tu lugar, no me preocuparía —aseguró mi madre—. Siempre hay trabajo para una encargada de compras.

—Te equivocas; no hay trabajo para las encargadas de compras.

Sobre todo para las que trabajaban en E. E. Martín. Haber estado empleada en esa tienda me hacía tan atractiva como una leprosa. E. E. Martín no había untado a los funcionarios ese invierno y, como resultado de ello, se hicieron públicas sus relaciones con la mafia. Al director ejecutivo lo acusaron de prácticas ilegales, y la empresa fue comprada por Baldicott, Inc. Sin tener ninguna culpa, me pusieron de patitas en la calle.

—Llevo seis meses sin trabajo.

—¡Seis meses! ¡Y yo, sin saberlo! ¡Tu propia madre no sabía que estabas en la calle!

—No estoy en la calle, he estado haciendo trabajos temporales, como archivista y cosas así.

Y yendo cuesta abajo. Me había inscrito en todas las empresas de empleo del área metropolitana de Trenton y leía religiosamente los anuncios clasificados. No me había mostrado melindrosa, aunque me negaba a vender por teléfono y a ser ayudante de perrera, pero mi futuro no parecía muy halagüeño. Estaba demasiado cualificada para un trabajo de principiante y carecía de experiencia para un puesto de gerencia.

Mi padre se sirvió otra loncha de carne. Había trabajado treinta años en correos y había optado por la jubilación anticipada. Ahora conducía un taxi a tiempo parcial.

—Vi a tu primo Vinnie ayer —declaró—. Busca a alguien que se encargue de archivar sus papeles. Deberías telefonarle.

Ese era el paso importante que esperaba dar en mi carrera: archivista de Vinnie. De todos mis parientes, Vinnie era el que menos me gustaba. Era un gusano, un lunático, un maníaco sexual, una mierda.

—¿Cuánto paga?

Mi padre se encogió de hombros.

—Seguro que el salario mínimo.

Maravilloso. Un puesto perfecto para alguien que se encontraba al borde de la desesperación. Un jefe asqueroso, un trabajo asqueroso y un salario asqueroso. Tendría infinitas oportunidades de compadecerme a mí misma.

—Y lo mejor es que está cerca de aquí —añadió mi madre—. Puedes venir a

comer cada día.

Asentí con la cabeza, mientras pensaba que preferiría pincharme el ojo con un aguja.

La luz del sol entró por un resquicio entre las cortinas de mi dormitorio, el aire acondicionado de la sala zumbó ominosamente, prediciendo otra mañana abrasadora, y la pantalla digital de mi radio-reloj anunció que eran las nueve de la mañana y el día había empezado sin mí.

Suspiré, me levanté de la cama y, arrastrando los pies, me dirigí hacia el cuarto de baño. Cuando acabe allí, fui, todavía arrastrando los pies, a la cocina y me detuve frente a la nevera, con la esperanza de que las hadas de los frigoríficos me hubiesen visitado durante la noche. Abrí la puerta y miré fijamente los estantes vacíos. Me di cuenta de que los restos de mantequilla y verdura marchita no se habían reproducido mágicamente y que solo me separaban de la inanición medio frasco de mayonesa, un botellín de cerveza, pan integral cubierto de moho azul, una planta de lechuga envuelta en plástico y una caja de alimento para hámsters. Me pregunté si las nueve de la mañana era demasiado temprano para beber cerveza. Claro que en Moscú serían las cuatro de la tarde. Muy bien.

Bebí medio botellín y me acerqué con ánimo lúgubre a la ventana de la sala. Descorrí las cortinas y miré hacia el cobertizo. Mi Miata había desaparecido. Lenny había llegado temprano. No me sorprendía, aunque sentí un nudo en la garganta. Estaba oficialmente en quiebra. Por si eso no fuese lo bastante deprimente, la noche anterior había acabado por ceder y prometido a mi madre que iría a ver a Vinnie.

Me arrastré hacia la ducha y salí media hora más tarde, tras un agotador ataque de llanto. Me puse unos pantis y un traje de chaqueta y estuve lista para cumplir con mi deber filial.

Mi hámster, Rex, dormía aún en su jaula sobre la encimera de la cocina. Llené su cuenco de comida y le lancé unos besitos. Rex abrió los ojos y parpadeó. Movié el bigote, olfateó el cuenco y rechazó la comida. No lo culpaba, yo la había probado el día anterior para el desayuno y no me había impresionado.

Cerré el apartamento con llave y caminé por Saint James las tres manzanas que me separaban de la agencia de venta de automóviles usados Blue Ribbon. En la parte delantera un Nova suplicaba que lo compraran por quinientos dólares. Estaba tan oxidado y lleno de abolladuras que era irreconocible; de hecho, casi ni se notaba que era un coche, ya no digamos un Chevrolet, pero Blue Ribbon estaba dispuesta a que lo cambiase por mi televisor y mi vídeo. Añadí mi robot de cocina y mi horno microondas y pagué la matrícula y los impuestos.

Saqué el Nova de allí y fui directamente al despacho de Vinnie. Aparqué en la esquina de Hamilton y Oiden, saqué la llave del encendido y esperé a que el motor acabara de apagarse, cosa que hizo con mucho ruido y muchas sacudidas. Recé para

que ningún conocido me viera, abrí la puerta de golpe y cubrí corriendo la corta distancia que me separaba de la oficina. Encima de la puerta, un letrero azul y blanco rezaba: «Vincent Plum. Fianzas» y en letras más pequeñas anunciaba servicio a nivel nacional las veinticuatro horas del día. Situado convenientemente entre la tintorería Tender Loving Care y el *delicatessen* Fiorello's, Vincent Plum ofrecía sus servicios en todo lo que estuviese relacionado con alborotos y escándalos familiares, robo de coches, conducción en estado de ebriedad y hurto en tiendas. La oficina era pequeña e impersonal; consistía en dos estancias con las paredes cubiertas con paneles de caoba barata y una moqueta de lo más corriente color de orín. Un sofá moderno estilo danés tapizado en imitación de piel marrón estaba encajado contra una pared de lo que hacía las veces de zona de recepción, y un escritorio de metal negro y marrón con una centralita y una terminal de ordenador ocupaba el rincón opuesto.

La secretaria de Vinnie se encontraba sentada detrás del escritorio, con la cabeza inclinada, concentrada en un montón de fichas.

—¿Si?

—Soy Stephanie Plum, he venido a ver a mi primo, Vincent.

—¡Stephanie Plum! —Alzó la cabeza—. Yo soy Connie Rosolli... fuiste al colé con mi hermana pequeña, Tina. ¡Caray!, espero que no tengas que pagar una fianza.

Por fin la reconocí; era una versión más madura de Tina, de cintura más ancha y rostro más regordete, cabello crespo y abundante, piel tersa y aceitunada, y una sombra de bozo sobre el labio superior.

—Lo único que necesito es dinero. Me he enterado de que Vinnie necesita quien se encargue de poner orden en su archivo.

—Acabamos de contratar a alguien para eso, y, si quieres que te diga la verdad, no te has perdido nada. Es un trabajo horrible. Por el salario mínimo tienes que pasarte el día de rodillas ordenando miles de fichas. A mí me parece que más vale buscar algo mejor y por lo que te paguen más, ¿me entiendes?

—La última vez que me puse de rodillas fue hace dos años, y estaba buscando una lentilla.

—Oye, si de veras necesitas trabajo, ¿por qué no le pides a Vinnie que te contrate para buscar a los que eluden la libertad bajo fianza? Paga bien.

—¿Cuánto?

—El diez por ciento de la fianza. —Connie sacó una carpeta del cajón superior de su escritorio—. Este nos llegó ayer. La fianza era de cien mil dólares y el tipo no se presentó en el Juzgado. Si lo encuentras y nos lo traes, ganarías diez mil dólares.

Sentí que me temblaban las piernas y tuve que apoyarme sobre el escritorio.

—¿Diez mil dólares por encontrar a un tipo? ¿Dónde está la trampa?

—A veces no quieren que los encuentres y te disparan. Pero casi nunca pasa. —Connie hojeó el expediente—. El tipo que vino ayer es de aquí. Morty Beyers empezó a buscarlo, así que parte de la investigación preliminar ya está hecha, tienes fotos y todo.

—¿Qué le pasó a Morty Beyers?

—Anoche, a las once y media, sufrió un ataque de apendicitis aguda. Está en el Saint Francis, con una sonda en el costado y un tubo en la nariz.

No le deseaba nada malo a Morty Beyers, pero la idea de sustituirlo empezaba a atraerme. El dinero era una tentación y el nombre del puesto, «agente de recuperación», tenía cierto caché. Por otro lado, atrapar a fugitivos sonaba intimidante, y yo era un cobarde de cuidado cuando se trataba de correr riesgos físicos.

—A mí me parece que no sería difícil encontrar a ese tío —dijo Connie—. Podrías hablar con su madre, y si se pone difícil, pues desistes. ¿Qué puedes perder?

Solo mi vida.

—No lo sé. No me seduce la posibilidad de que disparen contra mí.

—Probablemente sea como conducir por una autopista de peaje, seguro que te acostumbras. Yo creo que vivir en Nueva Jersey es todo un reto, con eso de los residuos tóxicos, los camiones de dieciocho ejes y los esquizofrénicos armados. ¿Qué tiene de malo que un chiflado más te dispare?

Más o menos eso pensaba yo. Y los diez mil dólares me atraían poderosamente. Podría pagar a mis acreedores y arreglar mi vida.

—De acuerdo, lo haré.

—Primero tienes que hablar con Vinnie. —Connie hizo girar su silla hacia la puerta del despacho de mi primo—. ¡Oye Vinnie! —gritó—, tienes un asunto aquí.

Vinnie tenía cuarenta y cinco años, medía un metro setenta y cinco y era tan débil y delgado como un hurón. Llevaba zapatos puntiagudos, le gustaban las mujeres de tetas puntiagudas y los jóvenes de piel oscura, y conducía un Cadillac Seville.

—Steph quiere trabajar como agente de recuperación.

—De ninguna manera, es demasiado peligroso. La mayoría de mis agentes tienen experiencia en empresas de seguridad y has de saber algo sobre leyes.

—Eso puedo aprenderlo —dije.

—Primero aprende y luego regresa.

—Necesito el trabajo, y lo necesito ahora.

—No es mi problema.

Me pareció que era el momento de ponerme dura.

—Haré que sea tu problema, Vinnie... hablaré largo y tendido con Lucille.

Lucille era la esposa de mi primo, la única mujer en el barrio que desconocía la adicción de Vinnie al sexo duro. Lucille tenía los ojos firmemente cerrados y no me correspondía a mí abrírseles. Claro que, si llegaba a preguntármelo...

—¿Harías chantaje a tu propio primo?

—No olvides que estoy desesperada.

Vinnie se volvió hacia Connie.

—Dale unos cuantos casos civiles, cosas que pueda hacer por teléfono.

—Quiero este —dije al tiempo que señalaba la carpeta sobre el escritorio de

Connie—. Quiero el de diez mil dólares.

—Olvídalo. Se trata de un asesinato. Nunca debí pagar la fianza, pero era alguien del barrio, y sentí lastima por su madre. Créeme, no necesitas meterte en esta clase de problemas.

—Necesito el dinero, Vinnie. Dame la oportunidad de traértelo.

—Cuando las ranas críen pelos. Si no encuentro a ese tío habré perdido cien mil dólares, y no voy a mandar a una aficionada a buscarlo.

Connie puso los ojos en blanco.

—Cualquiera diría que es su dinero. La compañía de seguros se hará cargo de casi todo, así que no es mucho.

—Dame una semana, Vinnie. Si no te lo traigo en una semana, puedes dar el caso a otra persona.

—No te daría ni media hora.

Respiré hondo e, inclinándome, me acerqué a él y le susurré al oído:

—Sé lo de *madame* Zaretski y sus látigos y cadenas. Sé lo de los chicos y sé lo del pato.

No dijo nada. Apretó los labios hasta que se le pusieron blancos. Supe que lo tenía pillado. Como Lucille se enterara de lo que le hacía al pato, vomitaría, se lo contaría a su padre, Harry el Martillo, y Harry le cortaría la polla a Vinnie.

—¿A quién debo buscar? —pregunté. Mi primo me entregó la carpeta.

—A Joseph Morelli.

El corazón me dio un vuelco. Sabía que Morelli había estado implicado en un asesinato. En el barrio fue todo un notición, y apareció en grandes titulares en la primera plana del Times de Trenton. «Policía de la brigada antivicio mata a hombre desarmado». De eso hacía un mes, y otros asuntos más importantes (la cantidad exacta del gordo de la lotería, por ejemplo) habían sustituido a Morelli. Como ya no hubo información al respecto, supuse que el tiroteo había sido en cumplimiento de su deber y no me había dado cuenta de que lo habían acusado de asesinato.

Vinnie se percató de mi reacción.

—Por tu expresión, diría que lo conoces.

Asentí con la cabeza.

—Le vendí un cannolo cuando iba al instituto.

Connie gruñó.

—Cariño, la mitad de las mujeres de Nueva Jersey le han vendido su cannolo.

2

Compré una lata de gaseosa en Fiorello's y la bebí camino de mi coche. Me deslicé detrás del volante, y, como concesión al calor, desabroché los dos botones superiores de mi blusa de seda roja y me quité los pantis. A continuación, abrí el expediente de Morelli y examiné las fotos: las que le habían hecho al detenerlo, una que le hicieron por sorpresa, en la que lucía una cazadora de cuero y tejanos, y una formal con americana y corbata, obviamente sacada de una publicación de la policía. No había cambiado mucho. Un poco más esbelto, quizá; los huesos de la cara más definidos; arrugas alrededor de los ojos; una nueva cicatriz, muy fina, que le partía la ceja derecha y hacía que cerrase ligeramente el párpado del mismo lado. El efecto resultó inquietante. Amenazador.

Morelli se había aprovechado de mi ingenuidad, no solo una vez, sino dos. Después de lo ocurrido en el suelo de la pastelería, nunca me telefoneó ni me envió una tarjeta postal ni se despidió. Y lo peor era que yo quería que me llamara. Mary Lou Molnar tenía razón: Morelli era irresistible.

Agua pasada, me dije. En los últimos once años no lo había visto más de tres o cuatro veces, y siempre de lejos. Morelli formaba parte de mi infancia, mis sentimientos infantiles hacia él no cabían en el presente. Así de sencillo. No iba a vengarme por las viejas heridas; encontrarlo no tenía nada que ver con la venganza. Encontrar a Morelli tenía que ver con el dinero para el alquiler. Sí, claro. Por eso sentía un nudo en el estómago.

Según la información que aparecía en el contrato de fianza, Morelli vivía en un complejo de edificios de apartamentos a un lado de la carretera 1. Me pareció un buen lugar para iniciar la búsqueda. Dudaba que Morelli se hallara en su casa, pero podía interrogar a sus vecinos y ver si recogía el correo.

Dejé la carpeta a un lado y volví a calzarme, no sin cierta dificultad, los zapatos negros de tacón. Hice girar la llave de contacto. Nada. Di un puñetazo al tablero y solté un gruñido de alivio cuando el motor arrancó.

Diez minutos más tarde me detuve en el aparcamiento de Morelli. Los edificios eran de ladrillo, de dos pisos. Cada uno contaba con dos pasajes interconectados, a cada uno de los cuales daban ocho apartamentos, cuatro en cada planta. Apagué el motor y busqué con la mirada los números de las viviendas. El apartamento de Morelli se hallaba atrás, en la planta baja.

Permanecí sentada un rato, sintiéndome estúpida e inepta. ¿Y si Morelli se encontraba en casa? ¿Qué haría? ¿Amenazarlo con hablar con su madre si no me seguía sin armar escándalo? Lo habían acusado de asesinato y tenía mucho que perder. No lo imaginé capaz de disparar contra mí, pero cabía la posibilidad de que me abochornase. La verdad es que esto nunca había impedido que me metiera ciegamente en numerosos proyectos... como mi desafortunado matrimonio con Dickie Orr, el tonto del culo.

De acuerdo —me dije—. Olvídate de Dickie. Ahora se trata de Morelli. Registra su buzón y su apartamento. Si tenía suerte (buena o mala, dependiendo de cómo se mirase) y abría la puerta, mentiría descaradamente y me marcharía. Entonces llamaría a la policía y dejaría que se hiciesen cargo del asunto.

Crucé resueltamente el aparcamiento en dirección a los buzones que había en la pared de ladrillo. Todos estaban repletos de sobres, y el de Morelli más que la mayoría. Atravesé el pasillo y llamé a su puerta. Nadie contestó. Vaya sorpresa. Volví a llamar y esperé. Nada. Rodeé el edificio y conté las ventanas de la parte trasera. Cuatro correspondían al apartamento de Morelli y otras tantas al de su vecino. Las persianas del de aquel estaban bajadas, pero me acerqué sigilosamente y atisé el interior por debajo del borde de una de las persianas. Si él las abría de repente y asomaba el rostro, estaba segura de que me haría pipí allí mismo. Por suerte, las persianas no se abrieron y, por desgracia, no conseguí ver nada. Regresé al pasillo y llamé a los otros tres apartamentos. En dos de ellos no obtuve respuesta. En el tercero vivía una anciana que llevaba seis años allí y nunca había visto a Morelli. Me hallaba en un callejón sin salida.

Regresé al coche, me senté y traté de pensar en lo que debía hacer a continuación. No había actividad en la zona, no se oía el sonido de televisores encendidos a través de las ventanas abiertas, no había niños en bicicleta, ni perros agresivos en el césped. No era la clase de lugar que atrajera a las familias, pensé, ni la clase de lugar donde los vecinos se conocieran.

Un coche deportivo entró en el aparcamiento, me evitó y aparcó en uno de los espacios delanteros. El conductor permaneció un rato sentado detrás del volante y me pregunté si esperaba una cita. Como no tenía nada mejor que hacer, aguardé para ver qué ocurriría. Cinco minutos después, la puerta del conductor se abrió y un hombre salió. Se dirigió hacia él, pasillo contiguo al de Morelli.

Me costaba creer lo que estaba viendo. Era el primo de Joe, Mooch Morelli. Debía de tener un nombre, sin duda, pero no lo recordaba. Desde siempre lo llamaban Mooch. Cuando niño vivía a una manzana del hospital de Saint Francis y solía acompañar a Joe a todas partes. Crucé los dedos, con la esperanza de que el viejo Mooch fuese a buscar algo que Joe hubiera dejado en casa de un vecino, o quizá en ese mismo instante estuviera forzando una de las ventanas del apartamento de su primo. Comenzó a entusiasarme la idea de pillarlo allanando el apartamento de Joe, cuando regresó de detrás del edificio con una llave en la mano y entró por la puerta delantera de Joe.

Esperé, y diez minutos más tarde Mooch volvió a aparecer con una bolsa de lona negra, subió a su coche y se marchó. Cuando salió del aparcamiento lo seguí, a dos coches de distancia; apretaba tanto el volante que los nudillos se me pusieron blancos y mi corazón parecía decidido a perforarme el pecho. La promesa de esos diez mil dólares me mareaba.

Seguí a Mooch hasta la calle State y lo vi aparcarse en un sendero privado. Rodeé la

manzana y aparque varias casas más abajo. Ese había sido un barrio elegante de enormes casas de piedra y amplios céspedes bien cuidados. En los años sesenta, cuando los liberales pusieron de moda la costumbre de romper la homogeneidad de los barrios, un propietario blanco de la calle vendió su casa a una familia de negros. En el curso de los cinco años siguientes la población blanca se dejó dominar por el pánico y se marchó. Familias cada vez más pobres se mudaron allí, las casas se deterioraron y se dividieron, los jardines quedaron abandonados y las ventanas rotas se taparon con cartón o tablas de madera. Pero, como suele ocurrir con los lugares deseables, los blancos empezaban a reconquistar el barrio.

Mooch salió de la casa al cabo de unos minutos, solo y sin la bolsa de lona. ¡Qué bien! Una pista. ¿Qué posibilidades había de encontrar a Joe Morelli sentado en la casa con la bolsa de lona sobre las rodillas? Decidí que eran relativamente buenas, y que, por lo tanto, merecía la pena averiguarlo. Ahora tenía dos opciones: llamar a la policía o investigar por mi cuenta. Si llamaba a la policía y Morelli no se encontraba allí, quedaría como un imbécil y quizá no acudiesen prestamente en mi ayuda la siguiente vez que los llamara. Por otro lado, no tenía muchas ganas de investigar por mi cuenta. Sin duda, no se trataba de la actitud que se espera de alguien que acaba de aceptar un trabajo consistente en capturar fugitivos, pero así era.

Permanecí vigilando la casa durante un rato, confiando en que Morelli saliera tranquilamente para no tener que entrar yo. Miré mi reloj y pensé en la comida. Todo lo que había ingerido hasta el momento era un botellín de cerveza para desayunar. Volví a mirar la casa. Cuando acabara con eso, podría ir a una hamburguesería y gastarme la calderilla que había en el fondo de mi bolso. Buena motivación.

Respiré hondo, abrí la puerta del coche y me apeé. Sencillamente, hazlo, me dije. No hagas una historia de algo tan simple. Probablemente ni siquiera esté allí.

Caminé con paso decidido por la acera. Llegué al edificio y entré sin vacilar. Los buzones del vestíbulo indicaban que había ocho apartamentos y todos ellos daban a una escalera común. Todos los buzones llevaban nombres, salvo el del 201, y ninguno era Morelli.

A falta de una idea mejor, decidí dirigirme hacia la puerta misteriosa. Mientras subía, sentí que la adrenalina recorría mis venas. Para cuando llegué al descansillo del primer piso, mi corazón latía desbocado. Miedo escénico, me dije. Es perfectamente normal. Respiré hondo varias veces y, sin pensármelo dos veces, llamé a la puerta. No podía creer que estuviese haciendo aquello.

Percibí movimientos detrás de la puerta. Alguien estaba observándome a través de la mirilla. ¿Morelli? Sabía que tenía que ser él. Quedé sin aliento y sentí un nudo en la garganta. ¿Por qué hacía eso? Era encargada de compras de lencería barata, ¡por Dios!

¿Qué sabía yo de atrapar asesinos?

No pienses en él como asesino, me dije. Piensa en él como un canalla machista. Piensa en él como el hombre que te llevó por el mal camino y escribió los detalles en

el lavabo de hombres de la hamburguesería Mario's. Me mordí el labio inferior y esboqué una sonrisa vacilante de esperanza e inseguridad para la persona que había detrás de la mirilla. Me dije que ningún canalla machista resistiría la idea de ayudar a una chica tan inocente y estúpida.

Transcurrían los segundos. Casi lo oí maldecir en voz baja y preguntarse si sería sensato abrir. Lo saludé con los dedos; era un saludo indeciso, nada amenazador, con el que le decía que yo era una chica mona y sabía que estaba allí.

Oí que descorría el pestillo, la puerta se abrió de golpe y me encontré cara a cara con Morelli.

Su pose era una mezcla de pasividad y agresividad.

—¿Qué quiere? —preguntó con tono de impaciencia.

Era más fornido de lo que recordaba y parecía muy enfadado. Su mirada era distante y la expresión de su rostro, más cínica. Yo había ido en busca de un chico que tal vez hubiese cometido un crimen en un arrebato de pasión, pero sospechaba que el hombre que tenía frente a mí era capaz de matar con indiferencia profesional.

Tardé un instante en aparentar tranquilidad.

—Estoy buscando a Joe Juniak... —mentí.

—Se ha equivocado de piso, aquí no hay ningún Juniak.

Fingí confusión y esboqué una sonrisa.

—Lo siento... —Di un paso atrás y estaba a punto de correr escaleras abajo, cuando Morelli me reconoció.

—¡Dios! ¡Pero si eres Stephanie Plum! El tono de su voz y el sentimiento que expresaba me resultaron familiares: era el que usaba mi padre cuando pillaba al perro de los Smullen con la pata levantada junto a sus hortensias. De acuerdo, me dije, acepta que lo nuestro no fue un amor apasionado. Eso me facilitaría la tarea.

—Joseph Morelli, ¡qué sorpresa! Entrecerró los ojos.

—Sí, casi tanto como cuando me atropellaste con el coche de tu padre.

Sentí que, a fin de evitar una confrontación, debía dar una explicación, aunque esta no tenía porque ser convincente.

—Fue un accidente, se me resbaló el pie.

—No fue un accidente. Te subiste a la maldita acera y me seguiste, podrías haberme matado. —Asomó la cabeza y miró a un lado y a otro del pasillo—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Leíste lo mío en el periódico y decidiste que mi vida no estaba lo bastante jodida?

El resentimiento hizo que mi plan se desvaneciese.

—Me importa un bledo tu jodida vida —espeté—, trabajo para mi primo Vinnie y tú has violado tu libertad bajo fianza.

Muy bien, Stephanie, menudo control el tuyo.

Morelli sonrió con malicia.

—¿Vinnie te envió para que me atrapasas?

—¿Te parece divertido?

—Sí, y deja que te diga que estos días los chistes me van muy bien, porque no he tenido muchos motivos para reír.

Entendí su punto de vista. Si hubiese tenido que enfrentarme a veinte años de prisión, tampoco me habría reído.

—Tenemos que hablar.

—Que sea rápido, tengo prisa.

Supuse que contaba con unos cuarenta segundos para convencerlo de que se entregara voluntariamente. Muéstrate agresiva desde el principio, pensé. Hazle ver lo mucho que hará sufrir a su familia.

—¿Qué me dices de tu madre?

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Firmó el contrato de la fianza y se ha hecho responsable de los cien mil dólares. Tendrá que hipotecar su casa. Y ¿qué le dirá a la gente? ¿Que su hijo Joe es demasiado cobarde para presentarse en el juzgado?

—Estás perdiendo el tiempo —replicó con tono áspero—. No tengo intención de entregarme, porque me encerrarán y echarán la llave; además hay una probabilidad de que me maten. Ya sabes lo que pasa a los polis en prisión. No es agradable. Es más, si quieres que te diga la verdad, eres la última persona a quien dejaría cobrar la prima por atraparme. Eres una chiflada, me arrollaste con un maldito Buick.

Me importaba un pimiento Morelli y lo que opinara de mí, pero, con toda sinceridad, su animosidad me hirió. Muy en el fondo, quería que sintiera ternura por mí, quería preguntarle por qué nunca me había telefoneado después de seducirme en la pastelería.

En lugar de eso, le grité.

—Te merecías que te atropellara. Además, apenas te toqué. Si te rompiste la pierna fue que te dejaste llevar por el pánico y tropezaste.

—Tienes suerte de que no te pusiese una demanda.

—Tú tienes suerte de que no pasara dos o tres veces por encima de ti.

Morelli puso los ojos en blanco y alzó las manos.

—Tengo que irme. Me encantaría quedarme y tratar de entender la lógica femenina...

—¿La lógica femenina? Pero ¿qué dices?

Morelli se volvió, se puso una americana y levantó la bolsa de lona negra.

—Tengo que largarme.

—¿Adónde vas?

Me empujó, metió un horrible revólver negro en la pretina de sus Levis, cerró la puerta con llave y guardó esta en el bolsillo.

—No es de tu incumbencia.

—Escucha —dije mientras lo seguía escaleras abajo—, tal vez sea nueva en esto de capturar a la gente, pero no soy estúpida y no me rindo fácilmente, dije a Vinnie que te llevaría con él y eso es exactamente lo que voy a hacer. Puedes huir, si quieres

pero te encontraré y haré lo que sea para atraparte.

¡Menudo rollo! Ni yo me lo creía. Tuve suerte de encontrarlo, y solo conseguiría capturarlo si lo hallaba atado, amordazado e inconsciente, y ni siquiera estaba segura de poder arrastrarlo muy lejos.

Salió por una puerta trasera y se dirigió hacia un coche último modelo aparcado cerca del edificio.

—No te molestes en localizar la matrícula, el coche es prestado. Dentro de una hora tendré otro. Y no desperdicies tu energía siguiéndome, porque me perderás, te lo garantizo. Dejó caer la bolsa de lona en el asiento delantero, empezó a meterse en el coche y se detuvo. Se volvió hacia mí y se incorporó. Apoyó un codo sobre la portezuela y, por primera vez desde que me presentara a su puerta, se tomó unos instantes para mirarme. El primer ímpetu emotivo había dado lugar a un minucioso escrutinio. Aquel poli, pensé, era el Morelli que yo no conocía, el Morelli adulto, si es que eso era posible. O quizá fuese el Morelli de siempre, visto desde un nuevo ángulo.

—Me gusta cómo te queda el cabello rizado —comentó finalmente—. Va con tu personalidad. Mucha energía, poco control sobre ti misma y muy *sexy*.

—No sabes nada de mi personalidad.

—Pero sí que eres muy *sexy*.

Sentí que me ardía la cara.

—Es una falta de tacto el recordármelo.

Sonrió.

—Tienes razón. Y quizá tengas razón con respecto a lo del Buick. Probablemente merecía que me atropellaras.

—¿Es una disculpa?

—No, pero, la próxima vez que juguemos a los trenecitos, dejaré que cojas la linterna.

Era casi la una cuando regresé a la oficina de Vinnie. Me senté en una silla, con los hombros caídos, al lado del escritorio de Connie, y eché la cabeza hacia atrás para aprovechar al máximo el aire acondicionado.

—¿Has estado corriendo? —preguntó Connie.

—Mi coche no tiene aire acondicionado.

—Mala suerte. ¿Qué tal va con Morelli? ¿Tiene alguna pista?

—Por eso estoy aquí. Necesito ayuda. Esto de capturar fugitivos no es tan fácil como parece. Necesito hablar con un experto.

—Conozco a alguien. Ranger. Su nombre verdadero es Ricardo Carlos Mañoso, es un cubano americano de segunda generación. Estuvo en las fuerzas especiales. Ahora trabaja para Vinnie. Atrapa a gente que los demás sueñan con pillar. A veces peca de exceso de creatividad, pero bueno, así son los genios ¿verdad?

—¿Creatividad?

—No siempre sigue las normas.

—Ya entiendo.

—Como Clint Eastwood en esas películas de Harry el Sucio. No te desagrade Clint Eastwood, ¿verdad?

Pulsó en la memoria de su teléfono un número conectado con el busca de Mañoso, y dejó un recado pidiéndole que la llamara.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa—, este tipo te dirá todo lo que necesitas saber.

Una hora más tarde, me senté frente a Mañoso en un café del centro. Tenía el cabello negro y liso peinado hacia atrás y recogido en una coleta. Sus bíceps parecían tallados en granito y brillaban como si los hubiese untado con aceite. Medía alrededor de metro setenta y cinco, su cuello era musculoso y su cuerpo de esos que advierten que más vale no meterse con él. Calculé que debía de tener poco menos de treinta años. Se retrepó en la silla y sonrió.

—De modo que Connie dice que tengo que convertirte en una dura cazadora de fugitivos, que necesitas un cursillo intensivo. ¿Por qué tanta prisa?

—¿Ves ese Nova marrón?

Miró por la ventana en la dirección en que le indicaba.

—Ajá.

—Es mi coche.

Asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

—Necesitas dinero. ¿Alguna otra razón?

—Son personales.

—Es un negocio peligroso. Más vale que tus razones personales sean muy buenas.

—¿Cuáles son las tuyas?

Alzó las manos con las palmas hacía arriba.

—Es lo que mejor sé hacer.

Buena respuesta. Más convincente que la mía.

—Quizá algún día yo también lo haga bien. Por el momento mi motivo tiene que ver con un empleo fijo.

—¿Vinnie te ha encomendado que atrapes a un fugitivo?

—Sí; se trata de Joseph Morelli.

Mañoso echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Vaya! ¿Es un chiste? Nunca pillarás a ese tío es un chico cualquiera de la calle no es un chico cualquiera de la calle, es un tipo listo ¿Sabes a qué me refiero?

—Connie dice que eres muy bueno.

—Yo soy yo y tú eres tú y nunca serás tan buena como yo, cariño.

Hasta en mis mejores momentos pierdo la paciencia, y ese no era, ni de lejos, uno de mis mejores momentos.

—Deja que te aclare algo —dije inclinándome sobre la mesa—. No tengo trabajo. Me han quitado el coche, mi nevera está vacía, van a echarme de mi piso y mis pies no caben en estos zapatos. No tengo muchas posibilidades de ser sociable. Vas a ayudarme, ¿sí o no?

Mañoso sonrió con malicia.

—Esto va a ser divertido. Seré una especie de profesor para ti.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Como todos, Ranger. —Tendió un brazo por encima de la mesa y cogió los documentos que yo había llevado. Hojeó el contrato de fianza—. ¿Has hecho algo? ¿Has ido a su apartamento?

—No estaba allí, pero tuve suerte y lo encontré en un apartamento en la calle State; llegué justo cuando estaba a punto de largarse.

—¿Y...?

—Se largó.

—¡Mierda! ¿Nadie te dijo que se suponía que tenías que detenerlo?

—Le pedí que fuera a la comisaría conmigo, pero se negó.

Otra carcajada.

—Supongo que no tienes revólver, ¿verdad?

—¿Crees que debería conseguir uno?

—Puede que sea buena idea. —Todavía sonreía. Tras leer el contrato de fianza, añadió—: Morelli liquidó a un tipo llamado Ziggy Kulesza. Utilizó su propia pipa para meter una bala del 45 entre los ojos del tipo. —Me miró—. ¿Sabes algo de revólveres?

—Solo que no me gustan.

—Un proyectil del 45 entra limpiamente, pero al salir hace un agujero del tamaño de una patata, y el cerebro de la persona acaba desparramado por todas partes. La cabeza de Ziggy probablemente explotó como un huevo en un microondas.

—Caray, gracias por compartir esa información conmigo.

—Supuse que querías saberlo —dijo con una amplia sonrisa. Echó la silla hacia atrás sobre dos patas y se cruzó de brazos—. ¿Tienes información sobre el caso?

—Según los artículos del periódico que Morty Beyers añadió al contrato de fianza, el tiroteo tuvo lugar hace poco más de un mes, tarde por la noche, en un edificio de apartamentos de la calle Shaw. Morelli no estaba de servicio y había ido a ver a Carmen Sánchez. Según él, Carmen le pidió que fuese para hablar sobre un asunto relacionado con la policía. Él así lo hizo, y, cuando llegó al apartamento de Carmen, Ziggy Kulesza abrió la puerta y le apuntó. Morelli declaró que le disparó en defensa propia.

»Los vecinos de Carmen contaron algo diferente. Varios salieron corriendo al pasillo al oír el disparo y encontraron a Morelli de pie al lado de Kulesza; del cañón

de su revólver aún salía humo. Un inquilino sometió a Morelli hasta que llegó la policía. Ninguno recuerda haber visto un revólver en la mano de Kulesza y, según la investigación, no existían pruebas de que este estuviese armado.

»Morelli dijo que había otro hombre en el apartamento de Carmen en el momento del tiroteo y tres inquilinos recordaron haber visto una cara desconocida, pero al parecer el tipo desapareció antes de que llegase la bofia.

—¿Qué dijo Carmen? —preguntó Ranger.

—Nadie recuerda haberla visto. El último artículo se publicó una semana después del tiroteo, y desde entonces Carmen no ha aparecido.

Ranger asintió con la cabeza.

—¿Sabes algo más?

—Eso es todo.

—El tío contra el que disparó Morelli trabajaba para Benito Ramírez. ¿Te dice algo ese nombre?

—Ramírez es un boxeador.

—Es más que eso. Es una maravilla. Un peso pesado. Lo mejor que le ha pasado a Trenton desde que Washington derrotó a los ingleses. Se entrena en un gimnasio de la calle Stark. Con Ziggy eran carne y uña. A veces hacía fintas con él, pero Ramírez lo usaba sobre todo como chico de los recados y guardaespaldas.

—¿Se sabe si Morelli tenía algún motivo para cargarse a Kulesza?

Ranger me miró fijamente.

—No. Pero sí lo hizo debió de tener una buena razón. Es un tipo frío, y si un poli quiere eliminar a alguien, utiliza otros métodos.

—Hasta los polis fríos cometen errores.

—Como ese, no, nena. Morelli, no.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué estás tratando de decirme?

—Que te andes con cuidado.

De pronto sentí náuseas. No estaba embarcándome en una divertida aventura para ganar dinero sin complicaciones. Atrapar a Morelli sería difícil, y al entregarlo a la justicia me sentiría mezquina. No sentía por él un afecto especial, pero tampoco lo odiaba tanto como para desear que pasara el resto de su vida en prisión.

—¿Todavía quieres ir tras él?

Guardé silencio.

—Si no lo haces tú, lo hará otra persona. Eso es algo que debes aprender. Y no tienes por qué juzgar. Solo haz tu trabajo y entrega al hombre. Tienes que confiar en el sistema.

—¿Tú confías en el sistema?

—Es mucho mejor que la anarquía.

—Hay mucho dinero en juego. Si eres tan bueno, ¿por qué Vinnie no te dio este caso? ¿Por qué se lo dio a Morty Beyers?

—Vinnie es todo un misterio.

—¿Hay algo más que deba saber acerca de Morelli?

—Si quieres tu dinero, más vale que le eches el guante pronto. Según los rumores, el sistema judicial es el menor de sus problemas.

—¿Quieres decir que han puesto precio a su cabeza?

—Eso dicen.

—¿Estás convencido de que es así? —Mañoso se encogió de hombros.

—Solo repito lo que he oído.

—La cosa se complica.

—Como te he dicho, la cosa no tiene por qué importarte. Tu tarea es sencilla; encuentra al hombre y entrégalo.

—¿Crees que puedo hacerlo?

—No.

Si lo que quería era desalentarme, se equivocó de respuesta.

—¿Me ayudarás a hacerlo?

—Solo si no se lo cuentas a nadie. No quiero manchar mi imagen, no quiero que la gente piense que soy una buena persona.

—Asentí con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Por dónde empiezo?

—Mi tiempo y mis conocimientos te saldrán gratis, porque me caes bien y siempre me ha atraído la idea de hacer de profesor, pero las esposas cuestan cuarenta dólares el par. ¿Tienes tarjeta de crédito?

Se me había acabado el crédito. Para saldar las deudas de la tarjeta había empeñado mis pocas joyas buenas y vendido el sofá de la sala a una vecina. Mis mejores electrodomésticos habían servido para pagar el Nova. Lo único que me quedaba era una pequeña reserva de dinero para un caso de urgencia, y me negaba a tocarlo. Estaba ahorrándolo para pagarme una prótesis después de que los cobradores me quebraran las piernas.

¡Qué diablos!, de todos modos no bastaría para una prótesis.

—Tengo unos dólares ahorrados.

Dejé caer en el suelo mi nuevo bolso de bandolera, grande y de cuero negro, y me senté a la mesa para la cena. Mi madre, mi padre y la abuela Mazur ya se habían sentado, y esperaban que les contara cómo me había ido con Vinnie.

—Llegas doce minutos tarde —se quejó mi madre—. He estado escuchando por si oía sirenas. No has sufrido un accidente, ¿verdad?

—He estado trabajando.

—¿Ya? —Mi madre se volvió hacia mi padre—. El primer día y tu primo ya la ha hecho trabajar horas extras. Deberías hablar con él, Frank.

—No. Lo que pasa es que tengo un horario flexible.

—Tu padre trabajó treinta años en correos y nunca, ni una sola vez, llegó tarde a

cenar. —No pude evitar dejar escapar un suspiro.

—¿Por qué suspiras? —preguntó mi madre—. ¿Y qué hay del nuevo bolso? ¿Cuándo lo has comprado?

—Hoy. Tengo que llevar cosas para el trabajo y necesitaba un bolso más grande.

—¿Qué cosas necesitas? Creí que ibas a clasificar fichas.

—No me dio ese trabajo, sino otro.

—¿Qué trabajo?

Eché *ketchup* sobre mi pastel de carne y apenas logré contener otro suspiro.

—Agente de recuperación. Me ha contratado como agente de recuperación.

—¿Agente de recuperación? Frank, ¿sabes qué es un agente de recuperación?

—Sí, es un cazador de fugitivos.

Mi madre se llevó una mano a la frente y puso los ojos en blanco.

—Stephanie, Stephanie, Stephanie, ¿en qué estarías pensando? Ese no es trabajo para una chica decente.

—Es un trabajo respetable, como ser policía o investigador privado.

La verdad es que ninguno de esos trabajos me había parecido especialmente respetable hasta entonces, aunque...

—Pero no sabes nada de eso.

—Es sencillo. Vinnie me da un NP y yo lo encuentro y lo llevo a la comisaría.

—¿Qué es un NP? —quiso saber mi madre.

—Es una persona que no se presenta en el juzgado.

—Tal vez yo pueda ser agente de recuperación —dijo la abuela Mazur—, me vendría bien un poco de dinero para mis gastos, podría ayudarte a perseguir a esos NP.

—¡Dios! —exclamó mi padre.

—Deberías aprender a hacer fundas para muebles —dijo mi madre—, siempre se necesitan fundas para muebles. —Miró a mi padre—. Frank, ¿no crees que debería aprender a hacer fundas para muebles? ¿No te parece una buena idea?

Sentí que los músculos se me tensaban a lo largo de la columna vertebral y me esforcé por relajarme. Aguanta, me dije. Al fin y al cabo, era una buena práctica para la mañana siguiente, cuando pensaba ir a ver a la madre de Morelli.

Según la jerarquía del barrio mi madre, comparada con la de Joseph Morelli, parecía un ama de casa de segunda categoría. Mi madre no era perezosa, pero según las normas del barrio la señora Morelli era un ama de casa de dimensiones heroicas. Ni siquiera a Dios le quedarían más limpias las ventanas, ni más blanca la ropa, ni prepararía mejor el ziti^[1]. Nunca se saltaba una misa, vendía productos de Amway en su tiempo libre, y sus penetrantes ojos negros me aterrorizaban. No creía que fuese a chivarse tratándose de su hijo menor, pero de todos modos la tenía en mi lista. No dejaría ninguna piedra por remover.

Al padre de Joe podría haberlo comprado con cinco pavos y media docena de cervezas, pero estaba muerto.

Opté por dar una imagen profesional, de modo que me puse un traje sastre de lino de color beige, pantis, zapatos de tacón y pendientes de perla muy sobrios. Aparqué junto al bordillo, subí por los escalones del porche y llamé a la puerta de los Morelli.

—Vaya —comentó Mama Morelli, detrás de la puerta mosquitera y me miró con la expresión de censura que reservaba para los ateos y los holgazanes—, mira quien está en mi porche, tan temprano. Si es la señorita agente de recuperación en persona. —Alzó la barbilla un par de centímetros más—. Ya me han contado lo de tu nuevo trabajo y no tengo nada que decirte.

—Necesito encontrar a Joe, señora Morelli, no se presentó en el juzgado.

—Estoy segura de que tenía sus razones. Sí, que era culpable, por ejemplo.

—Mire, ¿qué le parece si le dejo mi tarjeta, por si acaso? Me las imprimieron ayer.

Hurgué en el voluminoso bolso, encontré las esposas, la laca para el cabello, la linterna, el cepillo, pero ni una tarjeta. Incliné el bolso y mi revólver cayó sobre la alfombra verde del porche.

—¡Un revólver! ¿En qué está convirtiéndose este mundo? ¿Sabe tu madre que llevas un arma? Voy a llamarla ahora mismo para decírselo. Me lanzó una mirada de asco y cerró de un portazo.

Yo tenía treinta años y la señora Morelli iba a acusarme ante mi madre. Eso solo ocurría en el barrio. Recogí el revólver, lo eché en el bolso y encontré las tarjetas. Metí una entre la puerta mosquitera y la jamba y luego conduje hasta la casa de mis padres, a poca distancia de allí, desde donde telefoneé a mi prima Francie, que lo sabía todo sobre todo el mundo.

—Hace horas que se largó —dijo—. Es un tipo listo y a estas alturas probablemente lleve bigote postizo. Era poli y tiene contactos. Sabe cómo conseguir un nuevo número de la Seguridad Social y empezar desde cero lejos de aquí. Olvídalo, nunca conseguirás encontrarlo.

La intuición y la desesperación me decían lo contrario, de modo que telefoneé a Eddie Gazarra, un poli de Trenton y uno de mis mejores amigos desde el día en que nació. No solo era un buen amigo, sino que estaba casado con mi prima, Shirley la Quejica. Por qué se había casado con Shirley era algo que no entendía, pero llevaban once años juntos, así que supongo que algún motivo tendría.

Pasé por alto la conversación superficial y entré directamente en materia. Le hablé de mi trabajo con Vinnie y le pedí que me contara lo que sabía acerca del tiroteo.

—Sé que es algo en lo que no querrás meterte. ¿Quieres trabajar para Vinnie?, de acuerdo, pero que te dé otro caso.

—Demasiado tarde, me ha encargado este.

—Este apesta.

—Todo en Nueva Jersey apesta, es una de las pocas cosas de que estoy segura. Gazarra bajó la voz.

—Cuando a un poli se le acusa de asesinato, es grave. Todos se vuelven irritables, y este asesinato fue especialmente feo, porque Morelli tiene demasiadas pruebas incriminatorias. Lo detuvieron en la escena del crimen con una pistola todavía caliente en la mano. Alegó que, Ziggy estaba armado, pero no encontraron ningún arma, no había bala en la pared opuesta, ni en el suelo ni en el techo; tampoco había residuos de pólvora en la mano ni en la camisa de Ziggy. Al jurado de acusación no le quedó más remedio que inculparlo formalmente de asesinato. Y por si eso fuera poco... Morelli no se presentó en el Juzgado. Eso supone un duro golpe para la reputación de la policía. Si mencionas a Morelli en los pasillos todos se acuerdan de pronto que tienen algo que hacer. A nadie va a gustarle que metas las narices en esto. Si buscas a Morelli, acabarás colgada de la rama más alta.

—Si lo entrego, consigo diez mil dólares.

—Compra un billete de lotería, tendrás más suerte.

—Tengo entendido que Morelli fue a ver a Carmen Sánchez, pero que ella no estaba allí cuando llegó.

—No solo no estaba en el apartamento, sino que ha desaparecido de la faz de la tierra.

—¿Todavía está desaparecida?

—Todavía, y no creas que no la hemos buscado.

—¿Qué hay del tipo que, según Morelli, se encontraba en el apartamento con Ziggy, el testigo misterioso?

—Se ha esfumado.

—¿No te parece extraño? —pregunté con tono de incredulidad.

—Me parece más que extraño.

—Quizá Morelli se volvió malo. —Gazarra se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que mi intuición de poli me dice que algo no encaja.

—¿Crees que Morelli se alistará en la Legión Extranjera?

—Creo que se quedará para mejorar sus posibilidades de llegar a viejo... o morirá en el intento.

Sentí alivio al ver que reafirmaba mi opinión.

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Ninguna que quieras oír.

—Vamos, Eddie, necesito ayuda.

Suspiró, y dijo:

—No lo encontrarás escondido con un pariente o un amigo. Es demasiado listo. Lo único que creo que puedes hacer es buscar a Carmen Sánchez y al tipo que, según Morelli, estaba en el apartamento con Ziggy. Si yo fuese Morelli, trataría de encontrar a esas dos personas desaparecidas, para probar mi inocencia o para asegurarme de que no prueben mi culpabilidad. No tengo la menor idea de cómo hacerlo, nosotros

no los hemos hallado y lo más probable es que tú tampoco los encuentres.

Le di las gracias y colgué el auricular. Buscar a los testigos me parecía una buena idea. No me importaba mucho que fuese una misión imposible, lo que me importaba era que si seguía las pistas mi camino tal vez se cruzase de nuevo con el de Morelli.

¿Por dónde empezar? Por el edificio donde vivía Carmen Sánchez. Hablaría con sus vecinos, y de ese modo quizá me enterase de quiénes eran sus amigos y su familia. ¿Qué más? Hablaría con el boxeador, Benito Ramírez. Si había sido tan buen amigo de Ziggy como decían, tal vez conociese a Carmen, y puede que hasta tuviese idea de dónde se encontraba el testigo desaparecido.

Saqué una lata de gaseosa de la nevera y una caja de galletas de la despensa. Decidí comenzar por Ramírez.

3

La calle Stark empieza a orillas del río, al norte del edificio del gobierno, y discurre hacia el nordeste. Repleta de pequeños negocios, bares, burdeles y melancólicas casas de tres pisos, se extiende a lo largo de poco más de un kilómetro y medio. La mayor parte de las casas se habían convertido en edificios de apartamentos o pensiones. Pocas contaban con aire acondicionado y todas se hallaban atestadas. Cuando hacía calor, los residentes salían a sentarse en los porches o se reunían en las esquinas en busca de aire y un poco de acción. A las diez y media de la mañana, la calle estaba relativamente tranquila.

No encontré el gimnasio a la primera. Busqué de nuevo la dirección en la página que había arrancado de mi listín telefónico y desanduve el camino conduciendo lentamente, mientras me fijaba en los números. Vi el anuncio que rezaba «Stark Street Gym» escrito en letras negras sobre el cristal de una puerta. Para tratarse de un anuncio era poca cosa, pero supuse que no necesitaban más. No eran precisamente competidores de gimnasios lujosos como el Spa Lady. Tuve que recorrer dos calles más antes de encontrar un lugar donde aparcar.

Cerré el Nova con llave, me colgué el voluminoso bolso negro del hombro y emprendí el camino. Había olvidado el fiasco con la señora Morelli y me sentía bastante elegante con mi traje-sastre, mis tacones altos y mi equipo de cazadora de fugitivos.

Por mucho que me avergonzara reconocerlo, empezaba a disfrutar del papel, pues no hay nada como unas esposas en el bolso para animar los pasos de una mujer.

El gimnasio se hallaba en mitad de la manzana, encima de un taller mecánico, el A & K Auto Body. La puerta del taller estaba abierta, y oí que al pasar me lanzaban besitos y silbaban. Mi herencia de Nueva Jersey me exigía que replicara con una frase despectiva, pero, como la discreción es la mejor muestra del valor, mantuve la boca cerrada y apreté el paso.

En el edificio que había al otro lado de la calle, una sombra se apartó de una sucia ventana en el segundo piso, y el movimiento atrajo mi atención. Alguien había vigilado mis movimientos y no era de sorprender, pues ya había pasado un par de veces por allí. El silenciador de mi coche se había desprendido esa mañana y el ruido producido por el motor reboto en las fachadas de ladrillo de las tienda calle Stark, No se trataba precisamente de una operación clandestina.

La puerta del gimnasio se abría sobre un pequeño vestíbulo del que partían unas escaleras cuyas paredes estaba pintadas de verde y cubiertas de manchas producidas por veinte años de roce de dedos. El lugar hedía a orines y sudor rancio. El primer piso, parecido a un almacén, no olía mejor.

Un puñado de hombres levantaba pesas. El cuadrilátero estaba vacío. No había nadie golpeando los sacos de arena. Supuse que los habituales estarían saltando a la comba o robando coches. Esa fue la última impertinencia que se me ocurrió. Cuando

entré, la actividad disminuyó, y la incomodidad que había sentido en la calle no era nada comparada con la que experimenté en el interior. Esperaba ver a un campeón en un ambiente profesional, no en uno cargado de hostilidad y recelo. Yo era una mujer blanca, que obviamente ignoraba por completo cómo eran las cosas en la calle y que invadía un gimnasio de hombres negros. De haber sido más poderoso el silencioso reproche, habría caído de espaldas y habría rodado escaleras abajo, como si un duende maligno me hubiese empujado.

Me detuve con las piernas separadas (más para evitar caerme del miedo que para impresionar a aquellos chicos) y me coloqué bien la correa del bolso.

—Busco a Benito Ramírez.

Una enorme y pesada mole de músculos se levantó de un banco de ejercicios.

—Yo soy Ramírez.

Medía poco menos de un metro noventa de estatura, su voz era sedosa y sus labios se curvaron en una sonrisa soñadora. El efecto general resultó horripilante, pues la voz y la sonrisa contradecían la expresión cautelosa y calculadora de sus ojos.

Crucé la estancia y le tendí la mano.

—Soy Stephanie Plum.

—Benito Ramírez.

El apretón, más una caricia desagradablemente sensual que un saludo, fue excesivamente suave y largo. Al observar sus ojos entrecerrados, demasiado cerca el uno del otro, me pregunté cómo serían los boxeadores profesionales. Hasta entonces, había supuesto que el boxeo es un deporte de habilidad y agresión, cuyo motivo no consistía necesariamente en machacar al oponente sino en vencerlo. Ramírez se me antojaba la clase de persona que disfrutaría rematando a su rival. Había algo en la expresión de sus ojos, dos agujeros negros que absorbían todo sin soltar nada, que sugería un refugio para la maldad, y la sonrisa, un tanto mentecata y de una amabilidad bastante enfermiza, insinuaba locura. Me pregunté si se trataba de una imagen estudiada, hecha para asustar a los oponentes antes de que sonase la campana. Estudiada o no, resultaba endemoniadamente espeluznante. Intenté liberar mi mano y él incrementó la presión.

—Y bien, Stephanie Plum —preguntó con voz aterciopelada—, ¿en qué puedo servirle?

Como encargada de compras de E. E. Martin había topado con una buena cantidad de tipos asquerosos. Aprendí a hacerme valer sin dejar de ser agradable y profesional. Mi rostro y mi voz le dijeron que era amistosa, pero mis palabras fueron más directas.

—Si me suelta la mano, le daré una tarjeta.

Su sonrisa se hizo más amigable e inquisitiva. Le entregué mi tarjeta y lo observé leerla.

—De modo que se dedica a cazar fugitivos. —Obviamente, lo encontraba muy divertido—. ¿No le parece que es demasiado pequeña para eso?

Nunca me había considerado pequeña hasta encontrarme al lado de Ramírez. Mido casi un metro setenta y soy de huesos grandes, gracias a la ascendencia de campesinos húngaros de la abuela Mazur, acostumbrados a trabajar la tierra, tirar del arado y criar decenas de hijos. Practicaba jogging y periódicamente me mataba de hambre para evitar engordar. No obstante, pesaba cincuenta y nueve kilos. No era precisamente pesada, pero tampoco una muchachita esbelta.

—Busco a Joe Morelli —dije—. ¿Lo ha visto?

Ramírez negó con la cabeza.

—No conozco a Joe Morelli, lo único que sé es que mató a Ziggy. —Miró a los demás hombres—. ¿Alguno de vosotros ha visto al tío ese, Morelli?

Nadie contestó.

—Me han dicho que un testigo del tiroteo ha desaparecido. ¿Tiene usted idea de quién podría ser?

Tampoco hubo respuesta.

—¿Y Carmen Sánchez? —proseguí—, ¿la conoce? ¿Le habló Ziggy de ella?

—Hace usted muchas preguntas.

Nos encontrábamos cerca de las viejas ventanas que daban al frente, e instintivamente miré en dirección al edificio que había al otro lado de la calle. Vi nuevamente una sombra en la ventana del segundo piso. Me pareció, que correspondía a un hombre, pero no advertí si era negro o blanco. No es que importara.

Ramírez me acarició el brazo.

—¿Quiere un refresco? Tenemos una máquina expendedora aquí. Puedo invitarla, si desea.

—Gracias, pero tengo muchas cosas que hacer esta mañana y debo irme. Si ve usted a Morelli, le agradecería que me telefonease.

—Para la mayoría de las chicas es un honor que el campeón les ofrezca un refresco.

Esta chica, no, pensé. Esta chica creía que al campeón le faltaba un tornillo y, además, no le gustaba nada el ambiente de aquel gimnasio.

—De veras me encantaría poder aceptarlo, pero tengo una cita para comer temprano. —Sí, con una caja de galletas.

—No está bien tener tanta prisa. Quédese y relájese un poco. La cita puede esperar.

Cambié el peso de una pierna a otra mientras pensaba en el modo de sonar más convincente.

—De hecho, se trata de una comida de trabajo, con el sargento Gazarra.

—No la creo. —La sonrisa de Ramírez se convirtió en una mueca y su voz perdió el tono cortés—. Creo que eso de la comida es mentira.

Sentí que el pánico estaba a punto de apoderarse de mi, y me dije que no debía reaccionar con exageración. Ramírez jugaba conmigo, se pavoneaba delante de sus

amigos, probablemente ofendido porque no sucumbía a sus encantos y sin duda deseoso de salvar la cara.

Miré ostensiblemente mi reloj, y dije:

—Lamento que piense eso, pero tengo que encontrarme con Gazarra en diez minutos y no le agradará que llegue tarde.

Di un paso atrás y Ramírez me cogió por la nuca. Me clavo los dedos con tanta fuerza que me incliné involuntariamente.

—No irás a ninguna parte, Stephanie Plum —susurró—, el campeón no ha acabado contigo todavía.

En el gimnasio se produjo un silencio opresivo. Nadie se movió, nadie salió en mi defensa. Miré a cada hombre y solo vi miradas vacías. Nadie va a ayudarme, pensé, y por primera vez tuve miedo de verdad.

—Estoy aquí como agente judicial —murmuré—. He de buscar información acerca de Joe Morelli, no le he dado razones para malinterpretar mis intenciones. Me he comportado como una profesional y espero que me respete.

Ramírez me acercó más a él.

—Hay algo que tienes que entender sobre el campeón. Primero, al campeón nadie le habla de respeto, y segundo, te diré que el campeón siempre consigue lo que quiere. —Me zarandeó—, ¿sabes qué quiere el campeón en este momento? El campeón quiere que seas amable con él, nena. Muy amable. Tienes que pagar por haberlo rechazado, enseñarle que lo respetas. —Me miró los pechos—. Y hasta que le tienes miedo. ¿Me tienes miedo, zorra?

Cualquier mujer que tuviera dos dedos de frente estaría muerta de miedo ante Benito Ramírez.

Rio tontamente y sentí que se me erizaba el vello de los brazos.

—Ahora tienes miedo —siguió susurrando—, lo huelo. Puedo oler el miedo de tu coño. Apuesto a que te has meado en las bragas. Puede que te meta mano para ver si estás mojada.

Tenía un revólver en el bolso y lo usaría de ser necesario, pero solo cuando hubiera fallado todo lo demás. Diez minutos de entrenamiento no me habían convertido en una experta. Me dije que no tenía importancia. No quería matar a nadie, solo quería que todos se apartasen para poder largarme. Metí sigilosamente la mano en el bolso hasta que palpé el revólver, duro e inflexible bajo la palma de mi mano. Coge el revólver, me dije. Apúntale y que parezca que vas en serio. ¿Podría apretar el gatillo? Sinceramente, no lo sabía, pero lo dudaba. Esperaba no tener que llegar a eso.

—Suélteme el cuello. Es la última vez que se lo pido.

—Nadie le dice al campeón lo que tiene que hacer —rugió.

Había perdido la calma y su cara se convirtió en una mueca horrible. La puerta se abrió por un segundo y vislumbré al enajenado que moraba en el interior de aquel hombre, y el odio que lo embargaba me quitó el aliento.

Me cogió la pechera de la blusa. Por encima de mi grito oí el rasguído de la tela.

En momentos de crisis, se suele reaccionar de manera instintiva. Hice lo que habría hecho cualquier otra norteamericana en similares circunstancias: le di un golpe en la cabeza con el bolso. Entre el revólver, el busca y los demás objetos, el bolso debía pesar al menos cuatro kilos.

Ramírez se tambaleó y aproveché para echar a correr hacia la escalera. No había recorrido ni un metro y medio cuando me cogió de los pelos y me arrojó al otro lado de la sala, como una muñeca de trapo. Perdí pie y caí boca abajo. Aunque conseguí apoyar las manos, estas se deslizaron sobre la madera sin barnizar y mi cuerpo se estrelló contra el suelo, dejándome sin aire.

Ramírez se sentó a horcajadas sobre mi espalda. Cogió un mechón de mi cabello y tiró salvajemente de él. Yo eché mano del bolso, pero no conseguí sacar el revólver.

Oí la detonación de un arma de gran potencia y la ventana delantera se hizo añicos. Más disparos. Alguien estaba vaciando el cargador de su arma en el gimnasio. Los hombres, entre ellos Ramírez, corrían y gritaban, buscando refugio. Me arrastré hasta las escaleras, pues no creía que las piernas me sostuviesen, y me levanté, pero estaba demasiado espantada para coordinar mis movimientos, de modo que perdí pie en el segundo escalón, y me deslicé el resto de camino hasta el descansillo de linóleo agrietado de la planta baja. Me incorporé con gran esfuerzo y salí con paso vacilante al calor y al deslumbrante sol.

Tenía las medias corridas y me sangraban las rodillas. Me aferré al pomo de la puerta y trataba de respirar cuando una mano se cerró sobre mi brazo. Me sobresalté y grité. Era Joe Morelli.

—¡Por Dios! —exclamó al tiempo que tiraba de mí—, no te quedes ahí parada, ¡mueve el culo!

No estaba segura de que a Ramírez le importara lo suficiente como para bajar por mí, pero me pareció prudente no quedarme para averiguarlo, de manera que corrí detrás de Morelli. Me faltaba el aliento y la falda se me subió hasta la entrepierna, Kathleen Turner habría logrado que se viera bien en la pantalla, pero yo no era tan atractiva. Moqueaba y creo que incluso me babeaba. Gemí de dolor y lloriqueé de miedo, mientras le prometía a Dios cosas que ya no recuerdo.

Doblamos en la esquina, cruzamos un callejón y corrimos por un estrecho sendero entre los jardines traseros, bordeados de derruidos cobertizos de madera con capacidad para un solo coche y de abollados cubos rebosantes de basura.

Se oyeron sirenas a dos manzanas de distancia. Sin duda, un par de coches patrulla y probablemente una ambulancia, acudían al lugar del tiroteo. En ese momento caí en la cuenta de que debería haberme quedado cerca del gimnasio para convencer a los polis de que me ayudaran a capturar a Morelli. Tendré que recordarlo la próxima vez que alguien me trate con brutalidad y esté a punto de violarme.

Morelli se detuvo de golpe y de un tirón me metió en un garaje vacío. La puerta de doble batiente estaba lo suficientemente entreabierta para que nos deslizáramos

dentro, pero no lo bastante para que un transeúnte viera el interior. El suelo estaba cubierto de porquería, y olía a cerrado. Me percaté de que era una situación verdaderamente irónica; allí estaba yo, otra vez en un garaje, con Morelli. Una expresión de enfado endureció su rostro. Me cogió de las solapas de la chaqueta y me presionó contra la tosca pared de madera. El impacto sacudió el polvo de las vigas e hizo que me castañeteasen los dientes.

—¿Quién diablos te crees que eres, entrando así en el gimnasio? —dijo, conteniendo apenas la furia. Volvió a sacudirme y exclamó—: ¡Contesta!

Me sentía humillada. Me había comportado como una estúpida, Morelli me había rescatado y ahora, para colmo, sentía miedo de él.

—Te buscaba a ti.

—Pues enhorabuena, me has encontrado. También descubriste mi tapadera, y, como imaginarás, eso no me alegra.

—Tú eras la sombra en el segundo piso, la que observaba el gimnasio desde el otro lado de la calle.

Morelli guardó silencio. En la oscuridad del garaje sus ojos dilatados parecían absolutamente negros.

Me reprendí por mi conducta.

—Ahora supongo que solo queda una cosa por hacer.

—No puedo esperar a oírla.

Metí la mano en el bolso, saqué el revólver y le apunté al pecho.

—Quedas detenido. Me miró boquiabierto.

—¡Tienes un revólver! —exclamó—. ¿Por qué no lo usaste con Ramírez? ¡Dios!, lo golpeaste con el bolso como una mariquita. ¿Por qué diablos no lo usaste contra él?

Noté que me ruborizaba. ¿Qué podía decirle? Más que bochornosa, la verdad era contraproducente. Reconocer que le tenía más miedo al revólver que a Ramírez no mejoraría mi credibilidad como cazadora de fugitivos.

Morelli no tardó en adivinar la verdad. Soltó un gruñido de disgusto, apartó el revólver y me lo quitó.

—Si no estás dispuesta a usarlo, ¿para que lo llevas? ¿Tienes permiso para portar armas?

—Sí.

Estaba casi convencida de que era legal.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Ranger me lo dio.

—¿Ranger Mañoso? ¡Jesús!, probablemente lo fabricó en su sótano. —Sacó las balas y me devolvió el arma—. Búscate otro trabajo y mantente alejada de Ramírez. Está loco. Lo han acusado tres veces de violación y siempre lo han declarado inocente porque no han podido dar con la víctima.

—No sabía que...

—Hay muchas cosas que no sabes.

Su actitud empezaba a cabrearme. Sabía de sobras que me quedaba mucho por aprender acerca de cómo cazar fugitivos, y lo último que necesitaba era la sarcástica actitud de superioridad de Morelli.

—Y bien, ¿adónde quieres ir a parar?

—Olvida mi caso. ¿Quieres una carrera como agente de la ley? Muy bien, adelante. Pero no aprendas a costa de mí. Tengo suficientes problemas para preocuparme por salvarte el culo.

—Nadie te pidió que me salvaras el culo. Habría salido de esa sin tu ayuda.

—Cariño, ni siquiera eres capaz de encontrar tu propio culo.

Me ardían las palmas de las manos. Me dolía el cuero cabelludo, tenía un dolor punzante en las rodillas y quería regresar a mi apartamento y tomar una larga ducha caliente hasta sentirme nuevamente limpia y fuerte. Quería alejarme de Morelli y hacer acopio de mis fuerzas.

—Me voy a casa.

—Buena idea. ¿Dónde está tu coche?

—En la esquina de Stark y Tyier.

Se acercó a la puerta y miró rápidamente hacia afuera.

—Ya puedes salir.

Tenía las piernas entumecidas y la sangre de mis rodillas se había secado y apelmazado en lo que quedaba de mis pantis. Cojear se me antojaba una debilidad que no debía presenciar alguien de la calaña de Morelli, de modo que eché a andar tratando de no dar muestras de dolor. Cuando llegamos a la esquina me percaté de que pretendía acompañarme hasta la calle Stark.

—No necesito escolta, estaré bien.

Me había cogido del codo y me empujaba hacia adelante.

—No presumas, no me importa tanto tu bienestar como sacarte de mi vida. Quiero asegurarme de que te vayas, quiero ver el tubo de escape de tu coche desaparecer en el ocaso.

Lo tienes mal, pensé. El tubo de escape se hallaba en algún lugar de la carretera 1, junto con el silenciador.

Llegamos a la calle Stark y vacilé al ver mi coche. Llevaba menos de una hora aparcado allí y ya estaba cubierto de grafitos iridiscentes; la palabra predominante en ambos lados era «coño». Miré la matrícula y el asiento trasero: allí estaba la caja de galletas, y sí, era mi coche. Una humillación más en un día repleto de humillaciones. ¿Me importaba? No mucho. Empezaba inmunizarme contra la humillación. Busqué las llaves en el bolso, las encontré y abrí la portezuela.

Con las manos en los bolsillos, Morelli se balanceaba sobre los tacones mientras esbozaba una sonrisa.

—La mayoría de la gente se contenta con pintar franjas en su coche y una matrícula especial.

—Muérete, ¿quieres?

Morelli echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Su risa era profunda y contagiosa y, de no sentirme tan turbada, me habría reído con él. Lo que hice fue abrir de golpe la portezuela y meterme bruscamente detrás del volante, hacer girar la llave en encendido, dar un buen golpe al tablero y dejar que Morelli se ahogase en medio de la nube de humo.

Oficialmente, vivía en la frontera este de Trenton, pero mi barrio se parecía más a Hamilton, un suburbio pobre, que a Trenton. El edificio de mi apartamento era un horrible cubo de ladrillos rojo oscuro construido antes de la invención del aire acondicionado central y las ventanas térmicas. Eran dieciocho apartamentos, distribuidos equitativamente en tres plantas. De acuerdo con las normas modernas, distaba mucho de ser una maravilla. No tenía piscina ni pistas de tenis. No podía uno fiarse del ascensor, el cuarto de baño era de principios de siglo, con adornos color amarillo mostaza, y el tocador, de estilo francés. Los electrodomésticos de la cocina eran de la peor calidad.

Lo bueno del apartamento era que tenía paredes gruesas, gracias a lo cual no se oían los ruidos de los demás. Las habitaciones eran amplias y los techos, altos. Yo vivía en el primer piso y mis ventanas daban al pequeño aparcamiento privado. El edificio se construyó antes de la moda de los balcones, pero por suerte había una escalera de incendios, anticuada y de metal negro, frente a la ventana de mi dormitorio. Resultaba perfecta para secar los pantis y poner las plantas para que les diese el aire, y lo bastante espaciosa para sentarme en las bochornosas noches veraniegas.

Lo más importante, no obstante, era que el horrible edificio de ladrillo no formaba parte de un enorme complejo compuesto de numerosos edificios horribles de ladrillo. Se alzaba, solitario, en una concurrida calle comercial, fronteriza con un vecindario de modestas casas de madera. Vivir allí era casi como vivir en el barrio, pero mejor, pues a mi madre no le gustaba alejarse tanto de su casa y la pastelería se encontraba a una manzana.

Dejé el coche en el aparcamiento y entré a hurtadillas por la puerta trasera. Puesto que Morelli no se encontraba allí, no tenía por qué hacerme la valiente, de modo que refunfuñé, me quejé y cojeé hasta llegar a mi apartamento. Tomé una ducha, restañé mis heridas y me puse una camiseta y unos *shorts*. Tenía las rodillas magulladas y cubiertas de raspones y otro tanto le ocurría a mis codos. Me sentía como una chiquilla que se ha caído de la bicicleta, e igual de ridícula y avergonzada.

Me acosté boca arriba en la cama, con las piernas separadas. Siempre que todo me parecía inútil, adoptaba esa posición para reflexionar. Tenía sus ventajas, ya que podía echarme una siestecita mientras esperaba a que se me ocurriera algo brillante. Permanecí así largo rato. No se me ocurrió nada brillante y me sentía demasiado

desasosegada para dormir.

No dejaba de revivir mi experiencia con Ramírez. Nunca antes me había atacado un hombre, ni siquiera había corrido el peligro de que lo hicieran. La agresión de esa tarde había supuesto una experiencia degradante y aterradora, y ahora que podía reflexionar en ello con más calma, me sentí violada y vulnerable.

Pensé en la posibilidad de poner una denuncia, pero la desestimé de inmediato. Quejarme no enaltecería mi imagen de dura cazadora de fugitivos. No me imaginaba a Ranger acusando a nadie de intento de violación.

Tuve suerte, me dije. Escapé con heridas superficiales. Gracias a Morelli.

Reconocer eso me hizo gruñir. El que Morelli me rescatara se me antojó endemoniadamente bochornoso. Y sumamente injusto. Sin embargo, en vista de la situación, me parecía que no había ido tan mal. Llevaba menos de cuarenta y ocho horas con el caso y había encontrado dos veces a mi hombre. No había logrado entregarlo, cierto, pero me hallaba en la etapa de aprendizaje. Nadie espera que un estudiante de ingeniería construya un puente perfecto en su primer año de estudios. Yo merecía la misma consideración.

Dudaba que el revólver llegara a servirme, no me imaginaba disparando contra Morelli. Bueno, quizá en el pie, pero ¿qué posibilidades tenía de disparar contra un pequeño blanco móvil? Obviamente, precisaba un método menos mortífero de someter a mi presa. Tal vez uno de esos atomizadores que soltaban gas... Al día siguiente por la mañana regresaría a la armería de Sunny e incrementaría mi arsenal.

Según mi reloj despertador eran las seis menos diez de la tarde. Lo miré aburrida. Al principio no recapacité en lo que eso significaba, hasta que me invadió una oleada de terror; ¡mi madre me esperaba a cenar otra vez!

Salte de la cama y corrí hacia el teléfono. Desconectado. No había pagado la factura. Cogí las llaves del coche, que se hallaban sobre la encimera de la cocina, y salí a toda prisa.

Cuando aparqué junto al bordillo, mi madre se encontraba en los escalones del porche; agitaba los brazos y gritaba. El rugido del motor me impedía oírla, pero le leí los labios.

—¡Apágalo! ¡Apágalo!

—Lo siento —respondí—, se me ha roto el silenciador.

—Tienes que hacer algo, te oí llegar cuando estabas a cuatro manzanas de distancia. Harás que a la anciana señora Ciak le den palpitaciones. —Entrecerró los ojos y miró el coche—. ¿Lo has mandado decorar?

—Unos gamberros de la calle Stark. La empujé hacia el recibidor antes de que leyera las palabras pintadas en el vehículo.

—¡Caray!, qué bonitas rodillas —comentó la abuela Mazur, y se agachó para contemplar mejor las heridas—. La semana pasada estaba viendo un programa en la tele, creo que el de Oprah; había un montón de mujeres con las rodillas así. Decían que era debido a las alfombras. Nunca supe lo que querían decir.

—¡Jesús! —exclamó mi padre, desde detrás del periódico. No hacía falta que dijera más, pues todos entendimos su apuro.

—Las alfombras no tienen nada que ver. Me caí sobre unas cuchillas de afeitar.

No me preocupó decir una mentira. Al fin y al cabo tenía un largo historial de accidentes peligrosos. Miré la mesa del comedor. El mantel de encaje. Invitados. Conté los platos. Cinco. Puse los ojos en blanco.

—Mamá, no...

—¿No qué?

Sonó el timbre y mis peores temores se vieron confirmados.

—Es solo un invitado. —Mi madre se dirigió hacia la puerta—. Supongo que puedo tener invitados en mi propia casa si quiero, ¿no?

—Es Bernie Kuntz, lo veo por la ventana del recibidor.

Mi madre se detuvo con los brazos en jarras.

—¿Qué tiene de malo Bernie Kuntz?

—Para empezar... es un hombre.

—De acuerdo, tuviste una mala experiencia. Eso no quiere decir que debas rendirte. Mira a tu hermana Valerie. Lleva doce años felizmente casada. Tiene dos hijas preciosas.

—¡Ya está! Me voy. Saldré por la puerta trasera.

—Hay pastel de piña. Si te marchas te perderás el postre, y no pienso guardarte nada.

A mi madre no le molestaba jugar sucio cuando creía que la causa lo merecía. Sabía que me tenía cogida con el pastel de piña. Un miembro de la familia Plum es capaz de aguantar lo que le echen a cambio de un buen postre.

La abuela Mazur dirigió a Bernie una mirada airada.

—¿Quién es usted?

—Soy Bernie Kuntz.

—¿Qué quiere?

Miré al otro extremo del recibidor y vi a Bernie cambiar su peso de un pie al otro, incómodo.

—Me han invitado a cenar.

La abuela Mazur aún no había abierto la puerta mosquitera.

—Helen —gritó por encima del hombro—, hay un joven en la puerta, dice que lo han invitado a cenar. ¿Por qué no me lo habéis dicho? Mira este viejo vestido, no puedo recibir a un hombre con este vestido.

Conocía a Bernie desde que él tenía cinco años. Fuimos a la misma escuela. Siempre lo he relacionado con bocadillos de mantequilla de cacahuete. Al llegar al instituto le perdí la pista. Sabía que había ido a la universidad y que después de eso entró a trabajar en la tienda de electrodomésticos de su padre.

Era de estatura y complejión medias y un poco rechoncho. Llevaba mocasines con borlas, pantalón de vestir y americana. Por lo que pude apreciar, no había cambiado mucho desde el sexto grado. Tenía todo el aspecto de no saber sumar quebrados, y el extremo metálico de la cremallera de su bragueta sobresalía creando el efecto de una diminuta tienda de campaña.

Nos sentamos a la mesa y nos concentramos en comer.

—Bernie vende electrodomésticos —dijo mi madre mientras me pasaba el cuenco de col—, y se gana muy bien la vida. Conduce un Bonneville.

—¡Un Bonneville! ¡Vaya! —exclamó la abuela Mazur.

Mi padre mantuvo la cabeza inclinada sobre el pollo. Era forofo de los Mets, siempre había usado la misma marca de ropa interior y conducía un Buick. Sus lealtades estaban grabadas a fuego y no iba a impresionarlo un joven advenedizo que vendía tostadoras de pan y conducía un Bonneville. Bernie se volvió hacia mí.

—Y tú, ¿en qué trabajas ahora?

Jugueteé con mi tenedor. No había tenido un día precisamente exitoso, y anunciar a todo el mundo que me ganaba la vida cazando fugitivos me pareció presuntuoso.

—Trabajo para una especie de compañía de seguros.

—¿Quieres decir que eres tasadora de reclamaciones?

—Mas bien gestión de cobros.

—¡Es una cazadora de fugitivos! —anunció la abuela Mazur—. Va tras los asquerosos y podridos fugitivos, como en la tele. Hasta tiene pistola. —Tendió el brazo hacia el aparador que había a sus espaldas, donde yo había dejado mi bolso—. Lleva encima un montón de chismes. —Se lo puso en el regazo. Sacó las esposas, el busca y un paquete de tampones, los colocó sobre la mesa, y dijo orgullosa—: Esta es su pistola. Es preciosa, ¿verdad?

Tengo que reconocer que era un revólver fantástico, un Smith & Wesson de cinco balas, modelo 60. A. 38 especial, de acero inoxidable y cachas de madera. Fácil de

usar, fácil de llevar, según Ranger. Y mucho más razonable que una semiautomática, si es que cuatrocientos dólares es una suma razonable.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre—. ¡Guárdala! ¡Que alguien le quite el revólver antes de que se mate!

El cilindro estaba abierto y, obviamente, sin balas. No sabía mucho de revólveres, pero sabía que a ese no se le escaparía un tiro.

—Está vacío —informé—, no tiene balas. La abuela Mazur había rodeado el arma con ambas manos y tenía el dedo en el gatillo. Cerró un ojo y apuntó al aparador de la vajilla.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Mi padre estaba ocupado con una salchicha y hacía todo lo posible por hacer caso omiso de nosotros.

—No me gustan las pistolas a la hora de la comida —dijo mi madre—, y la cena está enfriándose. Tendré que recalentar la salsa.

—Esta pistola no te servirá de nada sin balas —observó la abuela Mazur—. ¿Cómo vas a atrapar a esos asesinos si no cargas este trasto?

Bernie se había quedado boquiabierto.

—¿Asesinos?

—Está buscando a Joe Morelli —le informó la abuela Mazur—. Es un asesino de verdad y ha violado su libertad condicional. Le metió una bala en la cabeza a Ziggy Kulesza.

—Conocí a Ziggy Kulesza —dijo Bernie—. Le vendí un televisor de pantalla grande hará un año. No vendemos muchos de esos, son demasiado caros.

—¿Te ha comprado otra cosa recientemente? —preguté.

—No. Pero lo veía a veces en la carnicería de Sal, al otro lado de la calle. Parecía un buen tipo, un tío normal, ¿sabes?

Nadie había hecho caso de la abuela Mazur, que seguía jugando con el revólver, apuntando a diferentes blancos, acostumbrándose a su peso. Me di cuenta de que había una caja de municiones junto a los tampones. Una idea aterradora cruzó por mi mente.

—Abuela, no has cargado el revólver, ¿verdad?

—Pues claro que lo he cargado, y he dejado un agujero vacío, como hacen en la tele. Así no puedes disparar por error.

Lo amartilló para demostrar cuan seguro era. Se oyó una fuerte detonación, un destello salió del cañón del arma y lo que quedaba del pollo saltó por los aires.

—¡Madre de Dios! —exclamó mi madre. Se levantó de un brinco e hizo caer su silla.

—¡Caray!, creo que me he equivocado de agujero —comentó la abuela. Se inclinó para examinar lo que había hecho—. No está mal para ser mi primera vez con un revólver. Le he dado directo al primo ese.

Mi padre cogía el tenedor con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, y su

rostro se había vuelto del color de los arándanos.

Rodeé la mesa con presteza y le quité cuidadosamente el revólver a la abuela Mazur. Saqué las balas y metí todas mis cosas en el bolso.

—Mirad ese plato roto —se quejó mi madre—. Formaba parte de un juego. ¿Cómo voy a reemplazarlo? Movié el plato y todos miramos en silencio el agujero redondo en el mantel y la bala clavada en la mesa de caoba.

La abuela Mazur fue la primera que habló.

—Ese tiroteo me ha abierto el apetito. A ver quién me pasa las patatas.

Dadas las circunstancias, Bernie Kuntz se comportó bastante bien durante el resto de la velada. No se mojé los calzoncillos cuando la abuela Mazur disparó contra el pollo. Aguanté que mi madre le sirviera dos veces su temida cazuela de coles de bruselas, y se mostró tolerablemente amable conmigo, aun cuando resultaba obvio que nuestro destino no era meternos juntos bajo las sábanas y que todos en mi familia estaban chiflados. Sus motivos eran claros: yo era una mujer sin electrodomésticos. El romance está bien para pasar unas horas, pero las comisiones consiguen vacaciones en Hawai. La nuestra era una unión celestial. Él quería vender y yo quería comprar, y acepte sin gran desilusión su ofrecimiento de un diez por ciento de descuento. Además, como propina por haber soportado la velada aprendí algo sobre Ziggy Kulesza, o sea, que compraba su carne en la carnicería de Sal Bocha, un hombre más conocido por ser corredor de apuestas que por los filetes que cortaba. Registré la información. Por el momento no parecía significativa, pero tal vez me fuese útil en el futuro.

Me encontraba de regreso en mi casa, con un vaso de té helado y el expediente de Morelli abierto sobre la mesa, delante de mí, e ideando un plan de acción. Había preparado un cuenco de palomitas para Rex. El cuenco se hallaba sobre la mesa, y Rex, dentro del cuenco, con los cachetes inflados de palomitas, los ojos brillantes y agitando los bigotes tan rápidamente que se hacían borrosos.

—Y bien, Rex, ¿qué piensas? ¿Crees que atraparemos a Morelli?

Alguien llamó a la puerta, y tanto Rex como yo permanecimos inmóviles, con el radar en marcha. No esperaba a nadie. La mayoría de mis vecinos eran abuelos y no era especialmente amiga de ninguno. No podía imaginar a nadie que tocara a mi puerta las nueve y media de la noche. Quizá la señora Beker, del tercero, que a veces olvidaba dónde vivía.

Llamaron una vez más. Rex y yo volvimos la cabeza hacia la puerta, una puerta de metal a prueba de incendios, con mirilla, cerrojo y gruesa cadena. Cuando hacía buen tiempo dejaba las ventanas abiertas de día y de noche, pero siempre cerraba la puerta con cerrojo y cadena. Aníbal y sus elefantes no habrían conseguido entrar por

la puerta, pero las ventanas constituían una invitación para cualquier idiota que estuviese en condiciones de subir por una escalera de incendios.

Coloqué la tapa de rejilla metálica de mi sartén sobre el cuenco de palomitas para que Rex no se saliera y fui a investigar. Tenía la mano puesta sobre el pomo cuando las llamadas cesaron. Miré por la mirilla y solo vi oscuridad. Alguien había puesto el dedo sobre la mirilla. No era buena señal.

—¿Quién es?

Un susurro risueño se filtró a través de la puerta, y di un respingo. A la risa siguió una única palabra.

—Stephanie.

Era una voz melodiosa y provocadora, inconfundible. Era la voz de Ramírez.

—He venido a jugar contigo, Stephanie —canturreó—, ¿estás lista para jugar?

Sentí que me temblaban las piernas y que un miedo irracional se apoderaba de mí.

—Lárguese o llamaré a la policía.

—No puedes llamar a nadie, zorra, no tienes teléfono. Lo sé porque he tratado de llamarte.

Mis padres nunca han entendido mi necesidad de independencia, están convencidos de que la mía es una vida de miedo y soledad, y por mucho que lo intente no puedo hacerles ver que se equivocan. En realidad, casi nunca tengo miedo. Bueno, quizá a veces, cuando veo esos asquerosos insectos de muchas patas. En mi opinión, la única araña buena es la araña muerta, y los derechos de la mujer no sirven de nada si a causa de ellos no puedo pedirle a un hombre que aplaste las sabandijas por mí. No me preocupa que unos cabezas rapadas asesinos en serie abran mi puerta a golpes o se metan por la ventana abierta de mi apartamento. En general, prefieren los barrios más próximos a la estación de ferrocarril. Los asaltos y los robos de coches son mínimos en mi vecindario y casi nunca acaban con la muerte de la víctima.

Hasta entonces, mis únicas preocupaciones reales consistían en las poco frecuentes ocasiones en que despertaba en medio de la noche y me sentía invadida por un temor a seres míticos, como fantasmas, el coco, vampiros, extraterrestres. Prisionera de una imaginación desbocada, permanecía tumbada en la cama, apenas capaz de respirar, en espera de que de un momento a otro comenzara a levitar. He de reconocerlo, supondría un consuelo no tener que esperar a solas, aunque, aparte de alguno de los Cazafantasmas, ¿qué otro mortal podría defenderme del ataque de un espectro? Afortunadamente nunca he sido capaz de hacer girar la cabeza trescientos sesenta grados ni me ha visitado Elvis Presley. Lo más que me he acercado a una experiencia incorpórea fue cuando Joe Morelli usó su boca conmigo, hace catorce años detrás de la caja de éclairs.

La voz de Ramírez traspasó la puerta.

—Siempre que empiezo un asunto con una mujeres me gusta acabarlo. Stephanie Plum, no me gusta que las mujeres huyan del campeón.

Movió el pomo y por un instante sentí que se me retorcían las entrañas y el

corazón me daba un vuelco. La puerta se mantuvo en su lugar y yo sentí que estaba al borde de un ataque cardíaco.

Respiré hondo varias veces y decidí que lo mejor sería hacer como si Ramírez no estuviera detrás de la puerta. No quería enzarzarme en una competición de gritos que solo empeoraría la situación. Eché el cerrojo a las ventanas de la sala y corrí las cortinas por completo. Entré a toda prisa en mi dormitorio y me pregunté si debería bajar por las escaleras de incendios para buscar ayuda. Me pareció una tontería, pues sería darle al incidente mayor importancia de lo que deseaba. Me dije que no había de qué preocuparse. Puse los ojos en blanco. ¿Acaso era un motivo de preocupación el que delante de mi puerta hubiese un loco de ciento quince kilos, un criminal en potencia, insultándome?

Me tapé la boca con una mano a fin de reprimir un gemido histérico. No debía dejarme dominar por el pánico. Mis vecinos no tardarían en investigar y Ramírez se vería obligado a marcharse.

Saqué el revólver del bolso y me acerqué nuevamente a la puerta para echar otra ojeada. La mirilla ya no estaba cubierta y el pasillo parecía vacío. Apliqué la oreja a la puerta y agucé el oído. Nada. Descorrí el pestillo y abrí ligeramente, sin quitar la cadena; tenía el revólver preparado. Ramírez ya no se hallaba a la vista. Quité la cadena y me asomé. Todo muy tranquilo. Definitivamente, se había ido.

Una mancha de una asquerosa sustancia que se deslizaba por mi puerta me llamó la atención. Estaba bastante segura de que no era tapioca. Estuve a punto de vomitar, cerré la puerta, corrí el pestillo y puse la cadena. Maravilloso. Llevaba dos días en ese trabajo y un psicópata de campeonato acababa de correrse sobre mi puerta.

Nunca me ocurrió nada semejante cuando trabajé para E. E. Martín. En una ocasión un pordiosero orinó sobre mi pie; de vez en cuando un hombre se bajaba los pantalones en la estación del metro, pero en Newark eran cosas normales, y había aprendido a tomármelas como algo personal. Pero lo de Ramírez era harina de otro costal. Me asustaba. Mucho.

Solté un grito cuando oí abrirse y cerrarse la ventana en el piso de arriba. La señora Delgado está sacando el gato, me dije. Tranquilízate. Tenía que dejar de pensar en Ramírez, de modo que empecé buscar algo que pudiese empeñar. Un *walkman*, una plancha, los pendientes de perla de mi boda, un reloj de cocina en forma de pollo, un póster enmarcado de Ansel Adams y dos lamparitas hechas con latas de alubias. Con eso esperaba conseguir suficiente pasta para pagar el teléfono. No quería que lo de esa noche volviera a repetirse, no quería quedar atrapada en mi propio apartamento sin poder pedir ayuda.

Metí a Rex en su jaula, me lavé los dientes, me puse un camisón y me acosté con todas las luces del apartamento encendidas.

Lo primero que hice al despertar por la mañana fue espiar por la mirilla. Todo parecía

normal, de manera que me duché rápidamente y me vestí. Tras una agotadora noche de correr en su rueda, Rex se encontraba durmiendo plácidamente en su lata de sopa. Le puse agua fresca y le llené el platito de su horrible alimento para hámsters. No habría estado nada mal prepararme una taza de café, pero, por desgracia, no había café en casa.

Fui a la ventana de la sala y examiné el aparcamiento por si Ramírez se encontraba allí, volví a la puerta y miré nuevamente por la mirilla. Descorrí el pestillo y abrí la puerta, sin quitar la cadena. Metí la nariz en la abertura y olfateé. No olía a boxeador, así que cerré, quité la cadena y volví a abrir. Miré hacia el pasillo con el revólver listo. El pasillo estaba vacío. Cerré la puerta a mis espaldas y caminé hacia el ascensor. Pulsé el botón de llamada y al cabo de un instante la puerta se abrió con un zumbido; a punto estuve de disparar contra la vieja señora Moyer. Me deshice en disculpas, le dije que el revólver no era de verdad y bajé por las escaleras, llevando al coche mi primer cargamento de objetos para empeñar.

Para cuando Emilio abrió su casa de empeños, yo tenía mono de cafeína. Regateé por los pendientes, pero sin ánimo, y supe que me había timado. No es que me importara. Tenía lo que necesitaba: dinero para un arma menos peligrosa y para pagar el teléfono, y suficiente cambio para un pastelillo de arándanos y una gran taza de café.

Dediqué cinco minutos a disfrutar del desayuno y me dirigí apresuradamente a la compañía telefónica. Me detuve en un semáforo y dos tíos en una furgoneta me silbaron. Por sus gestos deduje que les gustaba la pintura del coche. No oí lo que decían debido al ruido del motor y di gracias a Dios por los pequeños favores.

Vi que empezaba a formarse neblina alrededor de mí. No se trataba de la benigna condensación blanca de los días fríos, sino de un humo denso y negro que, a falta de tubo de escape, surgía como nubes de las entrañas del automóvil. Di un fuerte golpe en el tablero con el puño para ver si algún indicador funcionaba y, claro, la luz roja del nivel de aceite parpadeó. En la esquina siguiente entré en una gasolinera, compré una lata de lubricante, vertí su contenido en el depósito y examiné el indicador de nivel. Seguía bajo, de modo que añadí otra lata.

La siguiente parada fue la compañía telefónica. Pagar la factura y conseguir que conectaran nuevamente la línea resultó apenas menos complicado que obtener un permiso de residencia. Finalmente expliqué que mi abuela, ciega, cardíaca y senil, vivía conmigo y que el teléfono era cuestión de vida o muerte. Tengo la impresión de que la empleada que me atendió no creyó una palabra de lo que le dije, pero debí de caerle simpática y me prometió que volvería a conectar el aparato esa misma tarde. Bien. Si Ramírez regresaba, podría llamar a la poli. Como ayuda adicional, iba a comprarme una lata de un litro de gas lacrimógeno. No era muy buena con el revólver, pero era fantástica con el pulverizador.

Cuando llegué a la armería, la luz del nivel de aceite parpadeaba otra vez. No vi humo, de manera que llegué a la conclusión de que el indicador se había atascado.

Además, daba igual, porque no pensaba derrochar más dinero en lubricante para el motor. El coche tendría que aguantar. Cuando recibiera diez mil dólares por capturar a Morelli, le compraría todo el lubricante que quisiera, y luego lo arrojaría desde lo alto de un puente.

Siempre había pensado que los propietarios de armerías son altos, fuertes y fornidos, y que llevaban gorras de béisbol con anuncios de fabricantes de motocicletas. Siempre pensé que se llamarían Bubba o Billy Bob. Esta tienda la administraba una mujer llamada Sunny, de unos cuarenta y tantos años, tenía la piel del color y la textura de un buen cigarro puro, el cabello tan oxigenado que había adquirido el color de los canarios, y la voz de alguien que fuma dos paquetes de cigarrillos al día. Lucía pendientes de diamantes falsos, tejanos tan ceñidos que parecían una segunda piel y pequeñas palmeras pintadas en las uñas.

—Bonito —dije, refiriéndome a las uñas.

—Lo hace Maura, en el salón de belleza. Es un genio con las uñas y depila tan bien que te deja las ingles lisas como una bola de billar.

—Tendré que recordarlo.

—Pide por Maura. Dile que te manda Sunny. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Ya se te acabaron las balas?

—Necesito un pulverizador para defenderme.

—¿Qué clase de pulverizador usas?

—¿Hay más de una clase?

—Claro que sí. Vendemos toda clase de pulverizadores. —De un escaparate que había a su lado sacó varios paquetes envasados al vacío—. Este es el gas lacrimógeno de costumbre. También tenemos Peppergard, la alternativa ecológica que usan muchas comisarías, y por fin, pero no por eso menos importante, Sure Guard, una verdadera arma química. Con esto un hombre de ciento cincuenta kilos cae en seis segundos. Afecta los neurotransmisores. Si le toca la piel se queda frito. No importa que esté borracho o drogado. Con un poquito basta.

—Parece peligroso.

—Puedes estar segura de que lo es.

—¿Es mortal? ¿Causa heridas permanentes?

—La única herida permanente que le quedará a tu víctima es el recuerdo de una experiencia realmente humillante. Claro, al principio quedará paralizado, y luego, cuando desaparezcan los efectos, no parará de vomitar y sentirá que se le parte la cabeza de dolor.

—No sé... ¿Qué pasará si me lo echo encima por accidente?

Sunny hizo una mueca.

—Cariño, si yo estuviera en tu lugar, procuraría evitarlo.

—Parece complicado.

—Para nada. Es muy sencillo, solo tienes que pulsar el botón. ¡Por Dios, ya eres una profesional! —Me dio unas palmaditas en la mano—. Lleva Sure Guard y no te

arrepentirás.

Yo estaba muy lejos de sentirme una profesional. En realidad, me sentía como una idiota. Había criticado a algunos gobiernos extranjeros por usar armas químicas y ahí estaba yo, a punto de comprar gas nervioso a una mujer que se depilaba el vello pubiano.

—El Sure Guard viene en diferentes tamaños. Yo llevo el modelo de quince gramos en el llavero. Tiene un dispositivo de acero inoxidable para soltarlo rápido, viene en un atractivo estuche de cuero y puedes escoger entre tres colores de moda.

—¡Vaya, tres colores!

—Pruébalo, pero primero aprende a utilizarlo. Salí, estiré el brazo y pulsé el pulverizador. El viento cambió de dirección, entré corriendo y cerré de un portazo.

—Ese viento puede ser traidor. Más vale que salgas por la puerta trasera, por la galería de tiro.

Acepté la sugerencia y, al llegar a la calle, corrí hacia mi coche y entré de un salto, por si quedaba alguna gota de Sure Guard en espera de atacar mis neurotransmisores. Metí la llave en el encendido e hice lo posible por no dejarme llevar por el pánico ante la idea de que entre las rodillas llevaba un recipiente con gas que en mi opinión equivalía a una bomba. El motor arrancó y la luz del indicador de nivel de aceite volvió a encenderse; parecía muy roja y parpadeaba frenéticamente. A la mierda, pensé; en mi lista de problemas por resolver, el lubricante no se encontraba entre los diez primeros.

Me uní al tráfico y me negué a mirar por el retrovisor en busca de nubes de humo. Carmen vivía a varias manzanas al este de la calle Stark. No era un vecindario fantástico, pero tampoco de los peores. Su edificio era de ladrillos amarillos y parecía necesitar una buena limpieza. Cuatro pisos. Sin ascensor. Losas descascarilladas en el vestíbulo. Su apartamento estaba en el primer piso. Ya estaba sudando cuando llegué a su puerta. Habían quitado la cinta amarilla que ponen en la escena de un crimen, pero la puerta se hallaba cerrada con candado. Había dos apartamentos más en ese piso. Llamé a ambas puertas. En el primero no contestó nadie. En la segunda abrió una mujer hispana, la señora Santiago, de unos cincuenta años. Tenía un bebé en la cadera, el cabello negro recogido en un moño, bata de algodón azul y pantuflas. En el interior zumbaba un televisor. Vi la silueta de dos cabecitas recortadas contra la luz de la pantalla. Me presenté y le entregué mi tarjeta.

—No sé qué más puedo decirle. Esa tal Carmen llevaba poco tiempo viviendo aquí. Nadie la conocía. Era tranquila y no se metía con nadie.

—¿La ha visto desde el tiroteo?

—No.

—¿Sabe dónde puede estar? ¿Tenía amigos? ¿Parientes?

—No la conocía. Nadie la conocía. Dicen que trabajaba en un bar... el Step In, de la calle Stark. Puede que allí alguien la conozca.

—¿Estaba usted en casa la noche del tiroteo?

—Sí. Era tarde y Carmen tenía la tele puesta a todo volumen. Nunca la había oído ponerla tan fuerte. Luego alguien llamó con fuerza a su puerta. Un hombre. Era un poli. Supongo que tuvo que aporrear la puerta porque nadie lo oía con la tele. Luego oí un disparo. Y entonces llamé a la policía. Cuando me acerqué nuevamente a la puerta oí un tremendo alboroto en el pasillo, así que me asomé.

—¿Y...?

—Y John Kuzack estaba ahí, y otros vecinos. Aquí nos cuidamos mutuamente, no somos como esos que hacen como que no oyen nada. Por eso nunca hemos tenido problemas de drogas aquí. Cuando miré, vi que John estaba de pie encima del poli. Claro, él no sabía que era un poli. Vio a alguien muerto de un disparo en la puerta de Carmen y al otro hombre con un revólver, de modo que se hizo cargo de la situación.

—¿Luego qué ocurrió?

—Fue muy confuso. Había mucha gente en el pasillo.

—¿Estaba Carmen?

—No la vi. Había muchísima gente. Todos querían saber qué había ocurrido. Trataron de ayudar al herido, pero no sirvió de nada. Estaba muerto.

—Se supone que había dos hombres en el apartamento de Carmen. ¿Vio usted al segundo hombre?

—Supongo que sí. No lo conocía. Nunca lo había visto. Delgado, cabello oscuro, piel morena, unos treinta años y con la nariz aplastada como si lo hubiesen golpeado con una sartén. Por eso lo miré con atención.

—¿Qué ocurrió con él?

La mujer se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que se fue. Como Carmen.

—Quizá deba hablar con John Kuzack.

—En el 4B, seguro que lo encuentra en casa. Está en el paro.

Le di las gracias y subí por los dos tramos de escalera. Me pregunté qué clase de persona estaría dispuesta a desarmar a Morelli. Llamé a la puerta del 4B y esperé. Volví a llamar, tan fuerte que me magullé los nudillos. La puerta se abrió de golpe y tuve la respuesta a mi pregunta. John Kuzack medía dos metros, debía de pesar más de cien kilos, tenía el cabello gris recogido en una cola de caballo, y en la frente, un tatuaje de una serpiente cascabel. Llevaba el teleguía en una mano y una lata de cerveza en la otra. Su apartamento despedía el dulce aroma de la marihuana. Veterano del Vietnam, pensé. Flipando.

—¿John Kuzack?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy buscando a Joe Morelli y esperaba que usted me diera información sobre Carmen Sánchez.

—¿Es usted poli?

—Trabajo para Vincent Plum, que pagó la fianza de Morelli.

—No conocía muy bien a Carmen Sánchez. La había visto por aquí. Nos saludamos un par de veces. Parecía buena persona. Yo estaba subiendo cuando oí el disparo.

—La señora Santiago, del segundo piso, me ha dicho que usted redujo al que disparaba.

—Sí. No sabía que era poli, solo sabía que había disparado contra alguien y seguía armado. Muchas personas llegaron al pasillo y él les dijo que se mantuvieran alejadas. Me pareció que no era una buena situación, de modo que le golpeé con un paquete de media docena de cervezas. Lo dejé grogui.

¿Un paquete de cervezas? Estuve a punto de echarme a reír. Según el informe de la policía lo habían golpeado con un objeto contundente, y no se mencionaba un paquete de media docena de cervezas.

—Fue muy valiente por su parte. —Kuzack sonrió.

—¿Valiente? El valor no tuvo nada que ver, estaba cagado de miedo.

—¿Sabe qué le ocurrió a Carmen?

—No. Supongo que se escabulló en la reyerta.

—¿Y no la ha visto desde entonces?

—No.

—¿Y el testigo desaparecido? La señora Santiago ha dicho que había un hombre con la nariz aplastada...

—Recuerdo haberlo visto, pero nada más.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

—Probablemente.

—¿Cree que alguien en el edificio podría darme más información acerca de él?

—Edieman es la única otra persona que lo vio bien.

—¿Es un inquilino de este edificio?

—Lo era. Un coche lo atropello la semana pasada, delante mismo del edificio. El conductor se largó. —Sentí un nudo en el estómago—. No creerá que la muerte de Edieman tiene algo que ver con el asesinato de Kulesza, ¿verdad?

—¿Quién sabe?

Le di las gracias por su tiempo y bajé lentamente por las escaleras, disfrutando del efecto que me había causado su sucedáneo de cigarrillo.

Eran casi las doce y hacía cada vez más calor. Me había puesto traje y tacones en mi afán por parecer respetable e inspirar confianza. Había dejado las ventanillas abiertas al aparcar frente al edificio de Carmen, supongo que con la esperanza de que alguien me robara el coche. Nadie lo había hecho, de modo que me senté detrás del volante y acabé lo que quedaba de las galletas que había mangado de la despensa de mi madre. No era mucho lo que había aprendido de los vecinos de Carmen, pero al menos no me habían atacado ni había caído por las escaleras.

El apartamento de Morelli era el siguiente en mi lista.

Había telefonado a Ranger para pedirle que me ayudase, puesto que era demasiado gallina para allanar sola una morada. Cuando entré en el aparcamiento, Ranger me esperaba. Iba vestido de negro. Camiseta negra, sin mangas, y pantalón de faena negro. Estaba apoyado contra un brillante Mercedes negro con suficientes antenas para llegar a Marte. Aparqué a unos espacios de él para que el humo mi escape no manchara la pulida superficie de coche.

—¿Es tuyo? —pregunté, como si el automóvil diera pertenecer a otro.

—La vida me ha tratado bien —respondió, y echó un vistazo al Nova—. Bonita pintura. ¿Has estado en la calle Stark?

—Sí, y robaron mi radiocasete.

—Sí que eres amable. Hasta contribuyes con los menos afortunados.

—Estoy dispuesta a contribuir con mi coche, pero nadie lo quiere.

—El que los tíos estén locos no quiere decir que sean estúpidos. —Señaló el apartamento de Morelli con la cabeza—. Parece que no hay nadie en casa, que tendremos que hacer el recorrido sin guía.

—¿Es ilegal?

—Claro que no. La ley está de nuestra parte, nena. Los agentes de recuperación pueden hacer de todo. Ni siquiera necesitamos una orden de registro.

Se abrochó una pistolera de nailon negro a la cintura y metió en ella su Glock 9 mm. Sujetó las esposas al cinturón y se puso la misma cazadora negra que llevaba cuando nos conocimos en el café.

—No creo que Morelli esté dentro, pero nunca se sabe. Más vale ir preparados.

Supuse que debería tomar medidas similares, pero no me imaginaba con la culata de un revólver en el cinturón de mi falda. De todos modos, sería un gesto inútil. Morelli sabía que no tenía valor para disparar contra él.

Ranger y yo cruzamos el aparcamiento y recorrimos el pasillo que conducía al apartamento de Morelli. Ranger llamó a la puerta y esperó por un instante.

—¿Hay alguien en casa? —gritó a todo pulmón. Nadie contestó.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté—, ¿vas a derribar la puerta a patadas?

—Nada de eso. Podría romperme el pie con esas actitudes de macho.

—Vas a forzar la cerradura, ¿verdad? ¿Con una tarjeta de crédito?

Ranger negó con la cabeza.

—Ves demasiadas películas. —Sacó una llave de un bolsillo y la insertó en la cerradura—. El vigilante me dio una llave mientras te esperaba.

El apartamento de Morelli consistía en una sala, un rincón que hacía las veces de comedor, cocina, cuarto de baño y dormitorio. Estaba relativamente limpio y escasamente amueblado con una pequeña mesa de roble cuadrada, cuatro sillas con listones en el respaldo, un sofá aparentemente cómodo, mesita y una butaca. En la sala había un equipo estereofónico, de los caros, y en el dormitorio un televisor

pequeño.

Entramos en la cocina en busca de una libreta de direcciones, y encontramos unas facturas descuidadamente amontonadas delante del horno eléctrico. Me resultó fácil imaginar a Morelli en su apartamento, arrojando las llaves sobre la encimera de la cocina, quitándose los zapatos y echando una ojeada al correo. Me invadió una sensación de culpabilidad cuando me di cuenta de que probablemente nunca más tendría la libertad de disfrutar de esos pequeños rituales. Había matado a un hombre y con ello había acabado con su vida. Qué horrible desperdicio ¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿Cómo se había metido en tamaño lío? ¿Por qué le ocurre cosas así a la gente?

—No hay nada aquí —dijo Ranger.

Pulsó el botón que reproducía los mensajes en el contestador de Morelli.

«Hola, tío guapo —dijo una melosa voz femenina—. Soy Carlene. Llámame».

Bip.

«Joseph Anthony Morelli, soy tu madre. ¿Estas ahí? Hola, hola...».

Bip.

Ranger dio la vuelta al aparato y copió el código de seguridad y el código de mensajes especiales.

—Con estos números puedes escuchar los mensajes desde otro teléfono. Quizá descubras algo interesante.

Fuimos al dormitorio y registramos sus cajones hojearnos libros y revistas y examinamos las pocas fotografías que había sobre la cómoda. Eran de la familia, nada que nos sirviese de ayuda. Ninguna foto de Carmen. Casi todos los cajones estaban vacíos. Se había llevado todos los calcetines y la ropa interior. Qué pena. Tenía curiosidad por ver su ropa interior.

Acabamos nuevamente en la cocina.

—Este lugar está limpio —dijo Ranger—, aquí no encontrarás nada que te ayude. Y dudo que regrese. Me parece que se llevó todo lo que necesitaba. —Cogió unas llaves de un pequeño gancho que había en la pared de la cocina y las dejó caer en mi mano—. Guárdalas. No tiene sentido molestar al encargado si quieres volver a entrar.

Cerramos el apartamento de Morelli con llave y deslizamos la del encargado por una ranura en la puerta de este. Ranger se metió con cierta dificultad en el Mercedes, se calzó unas gafas de sol espejadas, abrió el techo corredizo, encendió el radiocasete y salió del aparcamiento como si fuera Batman.

Solté un suspiro de resignación y miré mi Nova. Goteaba lubricante. Dos espacios más allá brillaba bajo el sol el nuevo *jeep* Cherokee rojo y dorado de Morelli. Noté en el dedo el peso de sus llaves, la del apartamento y dos del coche. Decidí que no perdería nada con un examen concienzudo, de modo que abrí la puerta del Cherokee y miré dentro. El coche aún olía a nuevo. En el tablero no había una mota de polvo, las alfombras estaban recién cepilladas y no tenían marchas, el tapizado rojo estaba en perfectas condiciones, sin una arruga. El vehículo tenía cinco marchas, tracción en

las cuatro ruedas y suficiente potencia para que cualquier hombre se sintiese orgulloso de él. Incluía aire acondicionado, radiocasete Alpine, transmisor-receptor policial, teléfono móvil y antena giratoria para interceptar transmisores privados. Era un coche estupendo. Y pertenecía a Morelli, No me parecía justo que alguien que se pasaba la ley por el arco de triunfo, como él, tuviese un coche tan fantástico mientras que el mío era una auténtica birria. Ya que lo había abierto no estaría mal ponerlo en marcha, pensé. Todo el mundo sabe que a los coches no les conviene permanecer mucho tiempo parado. Aspiré hondo y me senté con cautela detrás del volante. Ajusté el asiento y el espejo retrovisor. Puse la manos sobre el volante y lo probé. Con un coche así podría atrapar a Morelli. Era lista. Era tenaz. Lo único que necesitaba era un coche. Me pregunté si debía conducirlo. Quizá no bastase con ponerlo en marcha, tal vez necesitara que diese con él una vuelta a la manzana. Si lo conducía un día o dos probablemente le quitaría todos los achaques.

De acuerdo, ¿a quién quería engañar? Pensaba robar el coche de Morelli. Bueno, robar, no, requisar. Después de todo, era una cazadora de fugitivos, probablemente podía requisar un coche si se presentara una urgencia. Miré el Nova. Me parecía que esa era una urgencia.

Robar el coche de Morelli tenía una ventaja adicional: estaba segura de que no le gustaría. Y, si se cabreaba lo suficiente, tal vez cometiera una estupidez y tratara de recuperarlo. Hice girar la llave en el encendido y traté de pasar por alto el hecho de que mi corazón latía al doble de su ritmo normal. El secreto para tener éxito cazando fugitivos consiste en aprovechar las oportunidades, me dije. Flexibilidad. Adaptabilidad. Pensamiento creativo. Todos atributos necesarios. Y no hacía ningún daño tener cojones.

Respiré lentamente a fin de evitar la hiperventilación y no estrellar mi primer coche robado. Aún me quedaba una cosa por hacer ese día. Tenía que ir al Step In Bar and Grill, el último lugar de empleo conocido de Carmen, situado en la parte baja de la calle Stark, a dos manzanas del gimnasio. Por un instante pensé en ir a casa y ponerme algo más informal, pero decidí no hacerlo. No importaba cómo fuese vestida, jamás encajaría con los parroquianos de aquel lugar.

A media manzana encontré un espacio para aparcar. Cerré el coche con llave y caminé la corta distancia que me separaba del bar solo para encontrarme con que estaba cerrado. Candado en la puerta. Las ventanas tapadas con madera. Ninguna explicación. No es que me desilusionara mucho. Después del incidente en el gimnasio no me atraía la idea de meterme en otro bastión de machos de la calle Stark. Regresé corriendo al Cherokee y recorrí la calle de arriba abajo, por si veía a Morelli. Cuando pasé por quinta vez, ya me parecía una vieja costumbre y se me estaba acabando la gasolina, así que renuncié. Busqué en la guantera por si había tarjetas de crédito. Ninguna. Perfecto. Nada de gasolina. Nada de dinero. Nada de crédito.

Si iba a buscar a Morelli necesitaría dinero para mis gastos y para no vivir al día. Vinnie era la respuesta obvia a mi problema. Tendría que darme un adelanto. Me

detuve en un semáforo y examiné el teléfono de Morelli. Lo encendí y su número parpadeó. Muy práctico. Se me ocurrió que, puestos a hacer, también podía incrementar la factura telefónica de Morelli ¿Por qué contentarme con su coche?

Llamé a la oficina de Vinnie y Conie contestó.

—¿Está Vinnie?

—Sí, estará toda la tarde.

—Llegaré en unos diez minutos. Tengo que hablar con él.

—¿Has capturado a Morelli?

—No, pero he confiscado su coche.

—¿Tiene techo corredizo? —Miré hacia arriba.

—No.

—Qué pena.

Colgué el auricular y doblé en Southard. Traté de decidir cuánto sería razonable para un adelanto. Necesitaba dinero para dos semanas, y si pensaba utilizar el coche para cazar a Morelli, quizá quisiese invertir en una alarma. No podía vigilarlo las veinticuatro horas del día y no quería que Morelli me lo quitara mientras dormía, iba al lavabo o a hacer la compra.

Estaba calculando una cifra adecuada cuando sonó el teléfono. Estuve a punto de subirme a la acera. Era una sensación muy extraña, como cuando te pillan escuchando a escondidas o mintiendo, o como sí estuvieses sentada en el váter y las paredes del lavabo desaparecieran de pronto. Sentí un deseo irracional de parar el coche y salir corriendo.

Levanté el auricular con cautela.

—Diga.

Una pausa y luego una voz femenina.

—Quiero hablar con Joseph Morelli. —¿Era Mama Morelli! ¿Como si no tuviese suficientes problemas!

—En este momento Joe no está.

—¿Quién habla?

—Soy una amiga de él. Me pidió que pusiera su coche en marcha de vez en cuando.

—¡Mentira! Sé con quién estoy hablando. Eres Stephanie Plum. Conozco tu voz. ¿Qué estás haciendo con el coche de mi Joseph?

Nadie demuestra el desprecio como Mama Morelli. Si hubiese sido una madre normal y corriente le habría explicado la situación o me habría disculpado, pero esa mujer me provoca pánico.

—¿Qué? —grité—. ¡No oigo! ¿Qué? ¿Qué?

Colgué de golpe y pulsé un botón para apagar el aparato. Muy bien, me dije. Muy maduro de tu parte. Muy profesional. No cabe duda, piensas muy rápido.

Aparqué en la calle Hamilton y caminé media manzana hasta la oficina de Vinnie. Me animé para la confrontación, hice que subiese mi nivel de adrenalina y entré de

sopetón, como la Mujer Biónica. Le hice una señal con el pulgar levantado a Connie y me metí directamente en el despacho de Vinnie. La puerta estaba abierta. Vinnie se encontraba detrás de su escritorio, inclinado sobre una hoja de apuestas.

—¡Eh! ¿Cómo te va? —pregunté.

—¡Mierda! ¿Qué ocurre ahora?

Eso es lo que me gusta de mi familia: nos queremos mucho y somos muy calurosos, muy amables los unos con los otros.

—Quiero un adelanto. Tengo que pagar gastos relacionados con el trabajo.

—¿Un adelanto? ¿Bromeas? Es un chiste, ¿verdad?

—No es un chiste. Voy a recibir diez mil dólares cuando entregue a Morelli. Quiero dos mil de adelanto.

—Cuando las ranas críen pelos. Y no creas que puedes volver a chantajearme. Si te chivas con mi esposa soy hombre muerto. A ver si puedes sacarle un dólar a un muerto, bocazas.

Tenía razón.

—De acuerdo, el chantaje no funcionará. Pero ¿qué tal la codicia? Me das dos mil ahora y no cobraré el diez por ciento entero.

—¿Y si no coges a Morelli? ¿Has pensado en eso?

Solo cada minuto de mi vida.

—Cogeré a Morelli.

—Discúlpame si no comparto tu actitud positiva. Y recuerda que estuve de acuerdo con esta locura solo por una semana. Si no me traes a Morelli antes del lunes, le daré el caso a otra persona.

Connie entró en el despacho.

—¿Cuál es el problema? ¿Stephanie necesita dinero? ¿Por qué no le adjudicas el caso de Clarence Sampson?

—¿Quién es Clarence Sampson? —pregunté.

—Es un miembro de nuestra familia de borrachos. Normalmente es muy pacífico, pero de vez en cuando comete una estupidez.

—¿Como qué?

—Como tratar de conducir con dos litros de alcohol en la sangre. En esta ocasión tuvo la mala suerte de destrozar un coche patrulla.

—¿Chocó contra un coche patrulla?

—No exactamente —dijo Connie—. Trató de conducirlo. Se estrelló contra una bodega en la calle State.

—¿Tienes una foto del tío?

—Tengo una carpeta de cinco centímetros de grosor llena de fotos de las dos últimas décadas. Hemos pagado su fianza tantas veces que me sé de memoria su número de la Seguridad Social.

La seguí hasta su escritorio y esperé mientras rebuscaba en un montón de carpetas.

—La mayoría de nuestros agentes trabajan en varios casos a la vez. Resulta más eficiente. —Me entregó una docena de carpetas—. Estos son los NP de los que Morty Beyers estaba encargándose. Estará fuera de combate durante un tiempo, de modo que podrías intentarlo. Unos son más fáciles que otros. Apréndete de memoria los nombres, las direcciones y las caras. Nunca se sabe cuando tendrás suerte. La semana pasada Andy Zabotsky estaba haciendo cola para comprar pollo frito cuando reconoció al tipo que estaba delante de él. Era un camello. Habríamos perdido treinta mil dólares.

—No sabía que pagabais fianzas para camellos. Pensaba que os dedicabais a cosas menos peligrosas.

—Los camellos son buenos. No les gusta salir de la zona. Tienen clientes y ganan buena pasta. Si se largan, generalmente puedes contar con que reaparecerán.

Me metí las carpetas bajo el brazo y prometí hacer fotocopias y devolver los originales. Eso del pollo frito me inspiró. Si Andy Zabotsky podía capturar a un malhechor en un local donde venden pollo frito, mis posibilidades eran enormes. Yo engullía esa comida asquerosa, y hasta me gustaba. Comenzaba a pensar que eso de ser cazadora de fugitivos tal vez funcionara. Cuando fuese solvente podría ganarme la vida capturando a tipos como Sampson, pillándolos en un local de comida rápida.

Abrí la puerta principal de un empujón y la falta de aire acondicionado me hizo perder el aliento. El día había pasado de caluroso a bochornoso. El aire era denso y abrasador, y el cielo, calinoso. El sol me hacía escocer la piel. Alcé la vista, protegiéndome los ojos con la mano; casi esperaba ver el agujero de ozono mirándome como el enorme ojo de un cíclope que despidiera mortales rayos radiactivos de lo que fuera. Sé que el agujero se encuentra sobre la Antártica pero me parecía lógico que tarde o temprano se deslizara hasta Nueva Jersey. Nueva Jersey produce formaldehído de urea y la basura de Nueva York, se amontona en sus costas. Me parecía adecuado que contara con su propio agujero de ozono.

Abrí la portezuela del Cherokee y me senté detrás del volante. El dinero que obtuviera por Sampson no me llevaría a Barbados, pero pondría algo en mi nevera, aparte de moho. Más importante aún, me daría la oportunidad de ensayar el modo de capturar a un fugitivo. Al llevarme a la comisaría para tratar mi permiso de armas, Ranger me había explicado el procedimiento, pero no hay nada como la experiencia de primera mano.

Pulsé el botón de encendido del teléfono del coche y marqué el número de Clarence Sampson. Nadie contestó. El número de su trabajo no figuraba.

Según el informe de la policía, vivía en el 5077 de la calle Limeing. No conocía esa calle, de modo que la busqué en el plano y descubrí que estaba a dos manzanas de la calle Stark, cerca del ayuntamiento. Había pegado su fotografía al tablero y la miraba cada vez que veía pasar un hombre por la calle.

Connie había sugerido que fuera a los bares de parte baja de la calle Stark. En la lista de las cosas que debería hacer, pasar una hora en el Rainbow Room de la

esquina de Stark y Limeing se encontraba justo por debajo de cortarme los pulgares con un cuchillo mellado. Se me antojó más eficaz y menos peligroso vigilar la calle desde dentro del Cherokee cerrado. Si Clarence Sampson estaba en uno de los bares, tendría que salir tarde o temprano.

Di varias vueltas antes de encontrar un espacio que me gustara en la esquina de Limeing y Stark.

Desde allí veía bien la calle Stark y media manzana de Limeing. Resultaba bastante conspicua con mi traje, mi blancura y mi brillante coche rojo, pero no tanto como lo sería si me dejaba caer por el Rainbow Room. Abrí las ventanillas unos milímetros y me deslicé hacia abajo en el asiento.

Un chico con abundante melena y setecientos dólares en oro alrededor del cuello se detuvo y miró hacia dentro mientras sus dos amigos observaban.

—Oye nena, ¿qué haces aquí?

—Espero a alguien.

—¿Ah, sí? Una nena tan buena como tú no debería tener que esperar a nadie.

Uno de sus amigos se acercó. Sacó la lengua y, al advertir que lo miraba, lamió la ventanilla.

Hurgué en el bolso hasta encontrar el revólver y el atomizador. Los puse sobre el salpicadero. Después de eso algunas personas se detuvieron a mirarme, pero siguieron su camino. A las cinco ya sentía el cuerpo entumecido y mi falda de rayón estaba arrugada a la altura de la entrepierna. Buscaba a Clarence Sampson pero pensaba en Joe Morelli. Estaba cerca, lo sentía en la boca del estómago. Era como una descarga eléctrica de pocos voltios que zumbaba en mi espina dorsal. Imaginé cómo lo detendría. Lo más fácil sería que él no me viera y yo me acercase por detrás y lo rociara con el gas nervioso. De no ser posible, tendría que hablar con él y esperar el momento adecuado para rociarlo. Una vez en el suelo, e incapaz de moverse, lo esposaría, después de lo cual estaría más tranquila.

A las seis ya lo había detenido mentalmente cuarenta y dos veces. A las siete y media comencé a deprimirme. Conté los coches que pasaban, pronuncié en silencio las palabras del himno nacional y leí lentamente los ingredientes en un paquete de goma de mascar que encontré en mi bolso. A las siete llamé pidiendo la hora, para asegurarme de que el reloj de Morelli funcionaba.

Estaba regañándome por ser del sexo y el color equivocados para desenvolverme con eficacia en más de la mitad de los barrios de Trenton, cuando un hombre que encajaba con la descripción de Sampson salió tambaleándose del Rainbow Room. Miré la fotografía en el tablero y volví a mirar al hombre. Estaba casi segura de que se trataba de Sampson. Cuerpo voluminoso y flácido, cabeza pequeña, rostro de expresión malévol, cabello y barba oscuros, caucásico blanco. Se parecía a Brutus. Tenía que ser Sampson. En todo caso, ¿cuántos hombres blancos gordos y con barba vivían en ese barrio?

Metí el revólver y el pulverizador en mi bolso, me separé de la acera y rodeé dos

manzanas a fin de bajar por Limeing y ponerme entre Sampson y su casa. Aparqué junto a otro coche y me bajé del Cherokee. En la esquina, un grupo de adolescentes hablaba y dos niñas sentadas en un pórtico jugaban con sus muñecas Barbie. Al otro lado de la calle, alguien había dejado en la acera un destartado sofá sin cojines. La versión de la calle Limeing de una hamaca.

Dos viejos estaban sentados en el sofá, sin hablar y con la mirada perdida.

Sampson iba lentamente calle arriba, obviamente borracho. Su sonrisa resultaba contagiosa. Lo miré y sonreí.

—¿Es usted Clarence Sampson?

—Sí. El que viste y calza.

Le costaba articular las palabras; olía a rancio, como la ropa que se deja semanas enteras en la cesta de la ropa sucia. Tendí la mano.

—Soy Stephanie Plum. Represento a la compañía de fianzas. No se presentó usted en el juzgado y quisiéramos programar otra fecha.

Por un instante pareció confuso, luego sonrió y dijo:

—Supongo que lo olvidé.

No parecía un tipo excitable que tuviera que preocuparse por un ataque cardíaco relacionado con el estrés. Lo más probable era que muriese de inercia.

Más sonrisas por mi parte.

—Está bien, ocurre a menudo. Tengo un coche aquí. —Agité la mano en dirección del Cherokee—, si no le es mucha molestia, lo llevaré a la comisaría y nos encargaremos del papeleo.

Miró por encima de mi hombro hacia su casa.

—No sé...

Entrelacé mi brazo con el suyo y tiré suavemente de él. Una amistosa vaquera guiando a un novillo más tonto que...

—No tardaremos mucho.

Quizá tres semanas.

Rezumaba bondad y encanto y, como incentivo adicional, presioné mi seno izquierdo contra su brazo carnoso. Lo guie hacia el otro lado del coche y abrí la portezuela del pasajero.

—De veras se lo agradezco. —Se detuvo.

—Lo único que tengo que hacer es fijar otra fecha para el juicio, ¿verdad?

—Sí, así es.

Y permanecer en una celda hasta que llegara esa fecha. No me inspiraba compasión. Podría haber matado a alguien por conducir borracho. Con paciencia lo convencí de que entrara en el coche y le puse el cinturón de seguridad. Rodeé el coche, subí de un salto y pisé a fondo el acelerador por miedo a que se encendiera la bombilla de su minúsculo cerebro y se diera cuenta de que era una cazadora de fugitivos. No tenía ni idea de lo que ocurriría cuando llegásemos a la comisaría. Cada cosa a su tiempo, me dije. Si se ponía violento, lo rociaré con mi gas nervioso.

Mis temores fueron prematuros. No había conducido medio kilómetro cuando sus ojos se pusieron vidriosos y se durmió, apoyado contra la puerta, como una babosa gigantesca. Recé pidiendo que no se meara o vomitara, en fin, que no hiciera ninguna de las guarradas que el cuerpo de un borracho tiende a hacer.

Unas manzanas más adelante, me detuve en un semáforo y lo miré de reojo. Aún dormía profundamente. Por el momento, todo iba bien. Una vieja camioneta azul atrajo mi atención a otro lado del cruce. Tres antenas. Mucho equipo para una camioneta medio destartada. Entrecerré los ojos para ver al conductor, apenas visible detrás de parabrisas oscuro, y sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. El semáforo pasó a verde. Los coches se pusieron en marcha. La camioneta pasó de largo, mi corazón dio un vuelco cuando tuve una visión de Joe Morelli, quien, detrás del volante, me miraba asombrado. Mi primer impulso fue deslizarme hacia abajo en el asiento hasta dejar de ser visible. En teoría, debía alegrarme por haber contactado con él pero la realidad era que me sentía enormemente confusa. Se me daba muy bien fantasear sobre la captura de Morelli, pero la cosa era muy distinta cuando se trataba de llevarlo a la práctica. Detrás de mí oí un chirrido de un frenazo y en el retrovisor vi la camioneta subirse a la acera para girar a mitad de la manzana.

Sabía que me seguiría, pero no pensaba que lo hiciera tan pronto. El seguro de las puertas del *jeep* estaba echado, pero de todos modos volví a pulsar el botón para cerrarlas. El Sure Guard se hallaba sobre mi regazo. La comisaría se encontraba a menos de un kilómetro y medio. Pensé en la posibilidad de deshacerme de Clarence e ir tras Morelli, al fin y al cabo este era mi principal objetivo. Repare mentalmente los posibles métodos para detenerlo, pero ninguno me satisfizo. No quería que Morelli me atacara mientras luchaba con Clarence y no quería atrapar a Morelli en la calle, al menos no en ese barrio. No estaba segura de poder controlar la situación.

Al detenerme en un semáforo, Morelli se encontraba cinco coches detrás de mí. Vi que abría la puerta del conductor, se apeaba y corría hacia mí. Cogí el pulverizador y recé por que cambiara la luz del semáforo. Morelli casi había llegado a la altura del *jeep* cuando el tráfico se puso en movimiento, y tuvo que regresar a su furgoneta.

El buenazo de Clarence seguía dormido, con la cabeza contra el pecho y la boca abierta; le caían babas y emitía suaves ronquidos. Doblé en North Clinton. El teléfono sonó. Era Morelli, y no parecía muy contento.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gritó.

—Llevo al señor Sampson a la comisaría. Serás bienvenido si quieres seguirnos, me facilitarías mucho las cosas. —Fue una respuesta bastante valiente, teniendo en cuenta que estaba muerta de miedo.

—¡Es mi coche el que estás conduciendo!

—Digamos que lo he requisado.

—¿Que lo has qué?

Pulsé el botón para apagar el aparato antes de que la conversación se deteriorara e incluyera amenazas de muerte. La furgoneta desapareció a dos manzanas de la

comisaría y proseguí mi camino con mi NP durmiendo como un bebé.

El edificio del departamento de policía de Trenton es la típica construcción de ladrillo de tres pisos. Como obviamente ocupa uno de los últimos puestos en la lista de adjudicación de fondos municipales, su estado de conservación deja bastante que desear. Tal vez se deba a que está ubicado en un vecindario peligroso, y que puede ser destruido en caso de que estallen disturbios de envergadura.

Un solar rodeado por una verja de alambre linda con el edificio y sirve como aparcamiento a los coches y furgonetas de la policía, de los empleados, de los polis y de los ciudadanos asediados. Casas polvorientas y pequeños comercios, típicos de la zona, se hallan frente a la entrada principal de la comisaría: una marisquería, un bar sin nombre visible y con un ominoso enrejado en las ventanas, un colmado en la esquina que anuncia RC Cola, una sombrerería, una tienda de muebles de segunda mano con una abigarrada colección de lavadoras expuestas en la acera, y la Iglesia del Tabernáculo.

Entré en el solar, encendí el teléfono, marqué un número y pedí que enviasen a alguien a buscar a un detenido. Me indicaron que fuera a la entrada de seguridad trasera, donde un agente me esperaría. Fui a la entrada en cuestión, pero allí no había ningún agente, de modo que efectué otra llamada. Me dijeron que no hiciese nada, que ellos se ocuparían de todo.

Unos minutos más tarde Cari Constanza el Loco se asomó. Había hecho la primera comunión con él, entre otras cosas. Miró a Clarence y luego a mí.

—¿Eres Stephanie Plum? —preguntó.

—Hola, Cari.

Sonrió.

—Me dijeron que había una tonta del culo aquí.

—Esa soy yo.

—¿Qué hay con el bello durmiente?

—Es un NP.

Cari se acercó.

—¿Está muerto?

—No lo creo.

—Huele a muerto.

Estuve de acuerdo.

—Le iría bien una buena ducha con manguera. —Sacudí a Clarence y le grité al oído—: Vamos. Hora de despertarse.

Clarence se ahogó con su propia saliva y abrió los ojos.

—¿Dónde estoy?

—En la comisaría. Todos fuera.

Me dirigió una mirada desenfocada y permaneció tan quieto como un saco de arena.

—Haz algo —pedí a Constanza—. Sácalo de aquí.

Constanza lo cogió de los brazos y yo le empujé el trasero con un pie. Y así, empujando y tirando, centímetro a centímetro, hicimos bajar aquel enorme, horrible trozo de carne podrida del asiento y lo pusimos en la acera.

—Por esto me convertí en poli, me resultaba imposible resistir el encanto.

Maniobramos hasta hacer pasar a Clarence por la puerta de seguridad, lo esposamos a un banco de madera y lo entregamos al teniente del registro. Salí corriendo y metí el Cherokee en un espacio de aparcamiento donde fuera menos visible y los polis no lo confundieran con un coche robado.

Cuando regresé, a Clarence le habían quitado el cinturón, los cordones de los zapatos y los objetos personales; se le veía abandonado y patético. Era el primer sujeto que capturaba y esperaba sentirme satisfecha, pero me resultó difícil experimentar júbilo con la desgracia de otra persona.

Cogí el recibo por la entrega, pasé unos minutos recordando los viejos tiempos con Cari y me dirigí hacia el aparcamiento. Al llegar a la comisaría esperaba irme antes de que oscureciera, pero había anochecido temprano debido al manto de nubes. En el cielo no había luna ni estrellas. Pasaban pocos coches por la calle. Sería más fácil ver si alguien me seguía, me dije, pero no me lo creí. Confiaba muy poco en mi capacidad de descubrir a Morelli. No había señales de la furgoneta. Eso no importaba mucho. Morelli podía haber cambiado de vehículo. Me dirigí hacia Nottingham con un ojo puesto en la calle y otro en el retrovisor. No me cabía duda de que Morelli se encontraba por allí, pero al menos tenía la cortesía de no revelar su presencia. Lo que significaba que me tomaba mínimamente en serio, lo cual me animó y me alentó a idear un plan. El plan era sencillo: iría a casa, aparcaría el Cherokee, esperaría entre los arbustos con mi gas nervioso y lo rociaría con él cuando tratara de recuperar su coche.

6

La fachada del edificio donde vivía estaba a ras de la acera. El aparcamiento se encontraba atrás y consistía apenas en un rectángulo de asfalto subdividido en espacios para estacionar. No éramos tan elegantes como para asignar los espacios. El primero en llegar escogía el suyo y los mejores eran para los disminuidos físicos. Frente a la entrada había tres contenedores de basura, uno para basura normal y dos para desechos reciclables. Bueno para la ecología, pero no mucho para la estética. Una franja de azaleas muy crecidas mejoraba el aspecto de la entrada trasera; rodeaban el edificio prácticamente a lo largo del aparcamiento. Eran maravillosas en primavera, cuando se llenaban de flores rosadas, y mágicas en invierno, cuando el encargado las llenaba de lucecitas parpadeantes. ¿El resto del año? Peor es nada.

Elegí un lugar bien iluminado, para ver mejor a Morelli cuando llegara a recuperar su coche. Debo aclarar que era uno de los pocos lugares disponibles. Casi todos los inquilinos eran ancianos y no les gustaba conducir en la oscuridad. A las nueve de la noche el aparcamiento estaba lleno y en los apartamentos las teles sonaban a todo volumen.

Miré alrededor para asegurarme de que no hubiese señales de Morelli. Levanté el capó y quité la tapa del distribuidor del Cherokee, uno de mis numerosos trucos para sobrevivir en Nueva Jersey. Cualquier persona que deje su vehículo en el aparcamiento del aeropuerto de Newark sabe quitar la tapa del distribuidor. Es casi el único modo de asegurarse de que el coche esté allí cuando uno regrese.

Supuse que al comprobar que no podía poner en marcha el Cherokee, Morelli metería la cabeza bajo el capó y entonces yo aprovecharía para rociarlo con el gas. Corrí hacia el edificio y me escondí detrás de las azaleas. Me sentía muy astuta. Me senté en el suelo, sobre un periódico por deferencia a mi falda. Me habría gustado cambiarme, pero tenía miedo de perder a Morelli si subía. Alguien había extendido virutas de cedro frente a los arbustos. Allí donde me senté no había más que tierra dura. De niña quizá me pareciera agradable, pero ya no era una chiquilla y ahora me fijaba en cosas en las que no se fijan los críos. Sobre todo que las azaleas no parecen tan bonitas por detrás.

Un largo Chrysler entró en el aparcamiento y un hombre de cabello cano se apeó. Lo reconocí, pero no sabía su nombre. Se dirigió lentamente hacia la puerta del edificio. No parecía alarmado, ni gritó «Socorro, hay una loca escondida en los arbustos», de modo que me sentí segura de estar bien escondida.

Entrecerré los ojos para ver la hora en la oscuridad. Eran las diez menos cuarto. Esperar no era uno de mis pasatiempos preferidos. Tenía hambre y estaba aburrida e incómoda. Probablemente haya personas que saben qué hacer con su tiempo mientras esperan: organizan sus pensamientos, redactan listas de quehaceres o se sumen en una introspección constructiva. Para mí, la espera equivalía a la privación sensorial. Un agujero negro. Tiempo perdido.

A las once seguía acechando. Me sentía irritada y tenía ganas de ir al lavabo. No sé cómo, pero logré permanecer allí otra hora y media. Estaba revisando mis opciones, ideando un nuevo plan, cuando empezó a llover. Las gotas, grandes y perezosas, caían como a cámara lenta, salpicaban los arbustos de azaleas, dejaban su impronta en el duro suelo sobre el que estaba sentada y hacían que surgiese de la tierra ese olor a moho evocador de telas de araña y espacios donde solo se puede gatear. Permanecí sentada con la espalda apoyada contra la pared del edificio y las piernas dobladas contra el pecho. Salvo alguna que otra gota renegada, la lluvia no me tocó.

Al cabo de un rato, el ritmo se regularizó, las gotas se volvieron pequeñas y consistentes y el viento arreció. El agua formó charcos sobre el asfalto, en los que la luz se reflejaba. Era una noche fantástica para estar en la cama con un libro, escuchando el sonido de la lluvia en las ventanas y en la escalera de incendios. Era una noche asquerosa para encontrarse agazapada detrás de un arbusto de azaleas. El viento hizo que terminase con la blusa y el cabello empapados.

A la una temblaba y me sentía fatal, calada hasta los huesos y a punto de hacerme pipí en las bragas. No es que me importara. A la una y cinco decidí darme por vencida. Aunque Morelli apareciera, cosa que empezaba a dudar, no estaba segura de encontrarme en forma para capturarlo. Además, no quería que me viese hecha unos zorros.

Estaba a punto de marcharme cuando un coche giró, entró en el aparcamiento y estacionó en un espacio en el otro extremo del perímetro. Los faros se apagaron. Un hombre se apeó y se dirigió rápidamente y con la cabeza gacha hacia el Cherokee. No era Joe. Era Mooch. Apoyé la frente sobre las rodillas y cerré los ojos. Qué ingenua había sido al creer que Joe caería en mi trampa. Toda la policía de la ciudad lo buscaba. No iba a cometer un error como ese. Traté de controlar mi malhumor y juré que la vez siguiente sería más lista. Debía ponerme en el lugar de Joe. ¿Acaso, de haber sido él, me habría expuesto a ir a buscar el coche? No. De acuerdo, estaba aprendiendo. Primera regla: no subestimar al enemigo. Segunda regla: pensar como un delincuente.

Mooch abrió la portezuela del conductor y se ubicó detrás del volante. El motor no arrancó. Mooch aguardó unos minutos y lo intentó de nuevo. Salió y miró debajo del capó. Supe que no tardaría, no hacía falta ser un genio para ver que faltaba la tapa del distribuidor. Cerró el capó, dio una patada a un neumático y soltó una maldición. Subió nuevamente a su coche y salió disparado.

Salí de mi escondite y, arrastrando los pies, recorrí la corta distancia que me separaba de la puerta trasera del edificio. Tenía la falda pegada a las piernas y los zapatos llenos de agua. Sí, la noche había sido un fracaso, pero podría haber sido peor, me dije. Joe podría haber enviado a su madre a buscar el coche.

El vestíbulo estaba vacío y se me antojó más sombrío que de costumbre. Pulsé el botón del ascensor y esperé. De la punta de mi nariz y del dobladillo de mi falda

caían gotas de agua que formaron un pequeño charco sobre las baldosas grises. Había dos ascensores adjuntos en el edificio. Que yo supiera, nadie había caído en picado ni había salido disparado en uno de ellos, pero la posibilidad de quedar atrapada entre dos pisos era muy real. Normalmente utilizaba las escaleras. Esa noche, decidí llevar al extremo mi estupidez masoquista y subir por el ascensor. Las puertas se abrieron y entré. Ascendí al segundo piso sin problemas y recorrí el pasillo. Busqué la llave en el bolso y, cuando estaba a punto de entrar en mi apartamento, recordé la tapa del distribuidor. La había dejado abajo, detrás de las azuleas. Pensé en ir por ella, pero al instante decidí que por nada del mundo volvería a bajar.

Cerré la puerta con cerrojo y me desvestí en el hueco minúsculo que hace las veces de recibidor. Mis zapatos estaban inservibles y la parte trasera de mi falda llevaba estampados los titulares del periódico del día anterior. Dejé la ropa empapada allí mismo y fui directamente al cuarto de baño. Ajusté la temperatura del agua, me metí en la bañera y corrí la cortina. El día no había sido tan malo, me dije. Después de todo, había capturado a alguien y ya era una auténtica cazadora de fugitivos. A primera hora de la mañana iría a pedirle mi dinero a Vinnie. Me enjaboné y me enjuagué. Me lavé el pelo. Permanecí un largo rato debajo de la ducha, dejando que la tensión desapareciera de mi cuerpo. Era la segunda vez que Joe utilizaba a Mooch como mensajero. Quizá debiese vigilar a Mooch. El problema era que no podía vigilar a todo el mundo al mismo tiempo.

Percibí un borrón de color al otro lado de la cortina. El borrón se movió y sentí que el corazón me daba un vuelco. Había alguien en mi cuarto de baño. El pánico me dejó paralizada. Permanecí quieta como una estatua por unos segundos, con la mente en blanco. De pronto recordé a Ramírez y se me formó un nudo en el estómago. Tal vez hubiese regresado y convencido al encargado de que le diera la llave, o quizá hubiese entrado por una ventana. Solo Dios sabía de qué era capaz.

Había metido mi bolso en el cuarto de baño, pero no lo tenía a mi alcance, pues se hallaba sobre el tocador. El intruso cruzó el cuarto en dos zancadas y arrancó la cortina de la ducha con tanta fuerza que los ganchos de plástico saltaron y se desparramaron. Grité, le arrojé la botella de champú y me encogí contra los azulejos.

No era Ramírez. Era Joe Morelli. Una mano sujetaba la cortina y la otra estaba cerrada en un puño. Una mancha roja apareció en su frente, allí donde lo había golpeado con la botella. Parecía muy enfadado, y yo no estaba segura que de mi condición de mujer evitaría que me rompiera la nariz. De acuerdo. Tenía ganas de pelea. ¿Qué se creía aquel patán, dándome un susto de muerte y destrozando la cortina de mi ducha?

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le espeté—. ¿No has oído hablar de una cosa que se llama timbre? ¿Cómo has entrado?

—Dejaste abierta la ventana del dormitorio.

—El pestillo de la mosquitera estaba puesto.

—Las mosquiteras no cuentan.

—Si me has roto esa mosquitera espero que me la pagues. ¿Y qué hay de la cortina del baño? No crecen en los árboles, ¿sabes?

Había dejado de gritar, pero aún estaba bastante alterada. Sinceramente, no tenía idea de lo que decía. Me sentía furiosa y asustada; furiosa porque habían violado mi intimidad, y asustada porque me encontraba desnuda.

Admito que en ocasiones la desnudez no esta mal, ejemplo bajo la ducha, haciendo el amor, o naciendo. Pero permanecer de pie, empapada delante de un Joe Morelli completamente vestido... se parecía bastante a una pesadilla.

Cerré el grifo y cogí una toalla, pero Morelli me la quitó de un manotazo y la arrojó al suelo.

—Dame esa toalla —exigí.

—No, hasta que hayamos dejado las cosas claras.

Cuando niño, Morelli solía perder el control. Yo había llegado a la conclusión de que el Morelli adulto sabía dominarse. Sus ojos revelaban su temperamento italiano, pero obviamente calculaba la violencia que quena revelar. Vestía una camiseta negra y unos tejanos que estaban empapados, y cuando se volvió hacia el toallero, vi que llevaba un revólver a la cintura.

No me costaba imaginar que Morelli era perfectamente capaz de matar a alguien, pero me di cuenta de que estaba de acuerdo con Ranger y Eddie Gazarra: no me lo imaginaba estúpido e impulsivo.

Tenía los brazos en jarras. El cabello mojado se le rizaba en la frente y sobre las orejas. Tenía los labios apretados y no sonreía.

—¿Dónde está la tapa del distribuidor? —Siempre vale más tomar la ofensiva.

—Si no sales de mi cuarto de baño en este mismo momento voy a gritar.

—Son las dos de la madrugada, Stephanie. Tus vecinos están profundamente dormidos y han dejado el audífono sobre la mesita de noche. Grita todo lo que quieras. Nadie te oirá.

Me mantuve firme y fruncí el entrecejo. Era lo más que podía hacer para mostrarme desafiante. Por nada del mundo le daría la satisfacción de verme vulnerable y avergonzada.

—Te lo pediré una vez más —dijo—. ¿Dónde está la tapa del distribuidor?

—No sé de qué hablas.

—Escucha, muñeca, si es necesario destrozaré tu piso.

—No tengo la tapa. La tapa no está aquí y no soy tu muñeca.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —dijo—. Enarqué una ceja.

Morelli suspiró.

—Sí, lo sé.

Cogió mi bolso del tocador y dejó caer el contenido en el suelo. Cogió las esposas de entre el lío de objetos y dio un paso hacía adelante.

—Dame las muñecas.

—Pervertido.

—Eso quisieras.

Abrió una esposa y me la puso en la muñeca derecha. Tiré violentamente del brazo derecho y quise darle un puntapié, pero me resultaba difícil moverme en la bañera. Evitó el puntapié y cerró la otra esposa en la barra que sostenía la cortina de baño. Jadeé y me quedé de piedra. No podía creer lo que acababa de suceder.

Morelli dio un paso atrás y me miró, lentamente, de arriba abajo.

—¿Quieres decirme dónde está la tapa del distribuidor?

Yo era incapaz de articular palabra. Sentí que un rubor de miedo y vergüenza encendía mis mejillas y que se me cerraba la garganta.

—Genial. Hazte la mudita. Me da igual. Por mí, puedes quedarte ahí hasta que te pudras.

Hurgó en los cajones del tocador, vació la papelera y sacó la tapa del depósito del váter. Salió bruscamente del cuarto de baño sin dedicarme siquiera una mirada. Lo oí moverse por mi apartamento, metódica y profesionalmente. Oí el ruido metálico producido por los cubiertos, el abrir y cerrar de cajones, el sonido de las puertas del armario empotrado al abrirse. Hubo también momentos esporádicos de silencio, seguidos de murmullos.

Tiré con todas mis fuerzas de las esposas, con la esperanza de doblar la barra, pero estaba hecha para durar.

Por fin Morelli apareció en la puerta del cuarto de baño.

—¿Y bien? —dije—. ¿Qué pasa ahora?

Se apoyó con indolencia en el marco de la puerta.

—Solo vine para echar otro vistazo. —Esbozó una sonrisa maliciosa y me miró los pechos—. ¿Tienes frío?

Cuando me soltara lo buscaría como un perro de caza, aunque me pasase el resto de la vida haciéndolo. No me importaba si era inocente o culpable. Más tarde o más temprano lo atraparía.

—Vete al diablo.

La sonrisa se hizo más amplia.

—Tienes suerte de que sea un caballero. Hay algunos individuos allí fuera que se aprovecharían de una mujer en tu situación.

—Ahórrame el rollo.

Se separó del marco.

—Ha sido un placer.

—¡Espera! No vas a dejarme así, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—¿Qué me va a pasar? ¿Qué hay de las esposas?

Tras reflexionar por un instante, fue a la cocina y regresó con el teléfono móvil.

—Voy a cerrar la puerta con llave, de modo que asegúrate de que la persona a la que llames tenga llave.

—¡Nadie tiene llave!

—Estoy seguro de que se te ocurrirá algo. Telefona a la policía. O a los bomberos. O a los jodidos marines.

—¡Estoy desnuda!

Sonrió, guiñó un ojo y salió.

Le oí cerrar la puerta del apartamento con llave. Sentí deseos de gritar, pero me contuve. Esperé unos minutos. Al parecer se había marchado. Cerré con fuerza la mano en torno al teléfono. ¡Que Dios ayudara a la compañía telefónica si no había cumplido su promesa de volver a conectarlo! Subí al borde de la bañera para estar a la altura de mi mano esposada. Extendí cuidadosamente la antena, pulsé el botón de encendido y puse la oreja contra el auricular. El tono para marcar se oía fuerte y claro. Sentí tanto alivio que estuve a punto de echarme a llorar.

Ahora me enfrentaba a un nuevo problema. ¿A quién llamar? ¿A la policía? ¿A los bomberos? De ninguna manera. Entrarían rugiendo en el aparcamiento y para cuando llegaran a mi puerta, cuarenta ancianos en pijama estarían en el pasillo esperando a ver a qué se debía tanto alboroto y reclamando una explicación.

Me había percatado de que los abuelos de mi edificio tenían ciertas características peculiares. Se mostraban malévolos cuando de aparcar se trataba y sentían por las urgencias una fascinación que rayaba en la morbosidad. A la primera luz parpadeante, cada uno de ellos apretaría la nariz contra la ventana. Además, tampoco me atraía la idea de que cuatro o cinco polis me mirasen con lujuria, desnuda y esposada a la barra de la cortina del baño.

Si telefoneaba a mi madre, tendría que marcharme de Nueva Jersey porque nunca me dejaría tranquila. Además, enviaría a mi padre, y sería él quien me viese desnuda. Me resultaba imposible imaginarme esposada y como Dios me trajo al mundo delante de mi padre.

Si llamaba a mi hermana, avisaría a mi madre. Prefería permanecer colgada hasta pudrirme a llamar a mi exmarido.

Para colmo, quienquiera que viniese a rescatarme tendría que subir por la escalera de incendios o forzar la puerta. Solo se me ocurrió un nombre. Cerré los ojos con fuerza.

—¡Mierda!

Tendría que llamar a Ranger. Respiré hondo y marqué su número, con la esperanza de que lo recordase bien.

Contestaron al primer timbrado.

—Sí.

—¿Ranger?

—¿Quién quiere saberlo?

—Stephanie Plum. Tengo un problema. Se produjo un breve silencio, y lo imaginé incorporándose en la cama, alerta.

—¿Qué problema?

Puse los ojos en blanco. Me costaba creer que estaba haciendo esa llamada.

—Estoy esposada a la barra de la cortina del baño y necesito que alguien abra las esposas.

Tras un breve silencio, colgó el auricular.

Volví a marcar su número. Pulsé los botones con tanta fuerza que casi me rompí el dedo.

—Sí.

Ranger parecía realmente cabreado.

—¡No cuelgues! Va en serio, maldita sea. Estoy atrapada en mi cuarto de baño, la puerta de mi apartamento está cerrada y nadie tiene la llave.

—¿Por qué no llamas a la poli? Les encanta rescatar a la gente.

—Porque no quiero tener que darles explicaciones. Además, estoy desnuda. —Oí que soltaba una carcajada—. No es gracioso. Morelli entró en mi apartamento mientras estaba duchándome y el hijo de puta me esposó a la barra de la cortina.

—Ese tío comienza a caerme bien.

—¿Vas a ayudarme, sí o no?

—¿Dónde vives?

—En el edificio en la esquina de Saint James y Dunworth. Apartamento 215. Es un apartamento trasero. Morelli subió por la escalera de incendios y se metió por la ventana. Probablemente puedas hacer lo mismo.

En realidad no podía culpar a Morelli por esposarme a la barra de la cortina. Después de todo, le había robado su coche y entendía que quisiera mantenerme apartada mientras registraba mi apartamento. Hasta podría perdonarle por destruir mi cortina en su exhibición machista de fuerza, pero se había pasado al dejarme colgada y desnuda. Ahora se trataba de un doble reto, y, por muy infantil que pareciera, no pensaba dejar pasar el desafío. Pillaría a Morelli o moriría en el intento.

Tras lo que me pareció una eternidad, oí que se abría y cerraba la puerta del apartamento. Hacía tiempo que se había desvanecido el vapor de la ducha y el aire se había enfriado. Tenía la mano dormida de tanto estar colgada. Me sentía agotada y hambrienta, y empezaba a dolerme la cabeza.

Ranger apareció en la puerta del cuarto de baño y fue tanto mi alivio que ni siquiera sentí vergüenza.

—Te agradezco que hayas venido a estas horas.

—No quería perderme la oportunidad de verte encadenada y desnuda —dijo Ranger con una sonrisa.

—Las llaves están entre esas cosas que hay en el suelo.

Encontró las llaves, separó uno por uno mis dedos del teléfono y abrió las esposas.

—Oye, ¿tú y Morelli no seréis un poco pervertidos?

—¿Te acuerdas de cuando me diste sus llaves esta tarde?

—Ajá.

—Bueno, digamos que tomé su coche prestado.

—¿Prestado?

—En realidad, lo requisé. Ya sabes, eso de que tenemos la ley de nuestra parte...

—Ajá.

—Bueno, pues requisé su coche y él se enteró.

Ranger sonrió y me dio una toalla.

—¿Entendió eso de que lo requisaste?

—Lo ignoro, pero en cualquier caso no parecía muy contento. Dejé el coche en el aparcamiento del edificio y le quité la tapa del distribuidor, como precaución.

—Eso debió de encantarle.

Salí de la bañera y tuve que contener un grito al ver mi reflejo en el espejo del tocador. Tenía el cabello apelmazado y tan erizado como si hubiese recibido una descarga de dos mil voltios.

—Tengo que instalar un sistema de alarma en el coche, pero no tengo dinero.

Ranger soltó una carcajada; la suya era una risa suave y a la vez profunda.

—Un sistema de alarma... Morelli lo encontrará muy divertido. —Cogió un boli del suelo y escribió una dirección en un pedazo de papel higiénico—. Conozco un taller que te lo instalará a buen precio.

Pasé por delante de él, entré en mi dormitorio y me puse un albornoz.

—Te oí entrar por la puerta.

—Forcé la cerradura. No me pareció prudente despertar al encargado.

Miró hacia la ventana. La lluvia salpicaba el cristal y un trozo de tela metálica rota pendía sobre el alféizar.

—Solo hago el numerito del hombre araña cuando hace buen tiempo.

—Morelli destrozó mi mosquitera.

—Lo hizo de bulla.

—Me he dado cuenta de que a veces hablas como si estuvieras en el gueto.

—Soy plurilingüe.

Lo seguí hasta la puerta. Sentía envidia de él. Me habría gustado saber otro idioma.

Me sumí en un sueño profundo; de hecho, podría haber seguido durmiendo hasta noviembre si no hubiesen llamado insistentemente a la puerta. Abrí los ojos y miré el reloj que había en la mesita de noche. Eran las 8.35. Antes me gustaba mucho recibir visitas, pero ahora me asustaba cada vez que llamaban a mi puerta. Lo que más temía era que fuese Ramírez, pero también tenía miedo de que la poli viniera a buscarme por haber robado un coche.

Cogí el Sure Guard de mi mesita, me puse el albornoz y me dirigí hacia la puerta arrastrando los pies. Cerré un ojo y con el otro miré por la mirilla. Era Eddie Gazarra. Llevaba uniforme y dos bolsas de rosquillas. Abrí y olfateé el aire cual un perro tras una pista.

—Hola —dije.

—Hola. —Gazarra pasó por mi lado, aplastándome en el diminuto vestíbulo, y se

dirigió hacia la mesa del comedor.

—¿Dónde están tus muebles?

—Estoy remodelando la casa.

—Ya veo.

Nos sentamos el uno frente al otro y esperé a que sacara dos tazas de cartón de una bolsa. Las destapamos, nos colocamos las servilletas sobre las rodillas y comenzamos a dar cuenta de las rosquillas.

Éramos lo bastante amigos para no tener que hablar mientras comíamos. Primero hincamos el diente a las que estaban rellenas de crema, y finalmente nos repartimos las cuatro rellenas de jalea. Después de dos rosquillas, él seguía sin fijarse en mi cabello, y me pregunté qué aspecto tendría normalmente. Tampoco había dicho nada acerca del desorden que Morelli había creado al registrar el apartamento, lo que me hizo reflexionar acerca de mis costumbres como ama de casa. Comió la tercera rosquilla de forma más pausada, bebió un sorbo de café y dijo:

—Me he enterado de que ayer le echaste el guante a un tipo. —Ya solo le quedaba el café. Miró mi rosquilla con el rabillo del ojo y yo la acerqué a mí—. Supongo que no quieres compartirla.

—Supongo que no. ¿Cómo te enteraste de mi captura?

—Oí comentarios en la comisaría. Estos días se habla mucho de ti. Los chicos están haciendo apuestas sobre si Morelli va a meterte mano.

Estuve a punto de atragantarme con la rosquilla. Lo miré fijamente mientras aguardaba a que mi corazón recuperara su ritmo normal.

—¿Cómo sabrán cuándo me ha metido mano? —pregunté apretando los dientes—. Quizá ya lo haya hecho. Quizá estemos haciéndolo dos veces al día.

—Creen que cuando lo haga dejarás el caso. De hecho, apuestan a ver cuándo lo dejarás.

—¿Tú también has apostado?

—No. Morelli te metió mano cuando estabas en el instituto y no creo que dejaras que lo hiciera una segunda vez.

—¿Cómo sabes lo del instituto?

—Todo el mundo sabe lo del instituto.

—¡Jesús!

Tragué el último trozo de rosquilla y lo ayudé a bajar con un trago de café. Eddie suspiró y dijo:

—Tu prima, la reina de las arpías, me tiene a dieta. Hoy desayuné café descafeinado, medio cuenco de cereal que sabía a cartón, con leche desnatada, y medio pomelo.

—Por lo que sé, eso no es lo que comen los polis.

—Imagínate que me dispararan y solo tuviese café descafeinado y medio pomelo en el estómago. ¿Crees que estaría en condiciones de llegar vivo a urgencias?

—No.

—Estamos de acuerdo, entonces.

—En cualquier caso, esa barriga que tienes probablemente ayudase a detener las balas.

Eddie apuró la taza de café, la tapó y la echó en la bolsa vacía.

—Eso no lo habrías dicho si no estuvieses cabreada por lo de las apuestas. Ha sido cruel por mi parte, lo admito.

Cogió una servilleta y con mano experta se quitó el azúcar de la camisa azul. Era una de las muchas habilidades que había aprendido en la academia, pensó. Se cruzó de brazos y se retrepó en la silla. Medía casi un metro ochenta y era robusto. Sus rasgos revelaban su ascendencia eslava: ojos azules, cabello muy rubio y nariz chata. Cuando éramos niños vivía a dos casas de la mía. Sus padres aún viven allí. Toda la vida quiso ser poli. Ahora que llevaba uniforme, no ambicionaba que lo ascendiesen. Le gustaba conducir el coche, responder a llamadas de urgencia, ser el primero en la escena de un delito o un crimen. Tenía el don de consolar a la gente. Agradaba a todo el mundo, con la posible excepción de su esposa.

—Tengo información para ti —dijo—. Anoche fui a Pino's a tomar una cerveza y me encontré a Gus Dembrowski. Gus es el PP encargado del caso de Kulesza.

—¿El PP?

—Policía de paisano.

Aquello me interesaba.

—¿Te dijo algo más sobre Morelli?

—Confirmó que Sánchez era una informante. Dembrowski reveló que Morelli tenía una ficha de ella. La identidad de los informantes es un secreto y el supervisor guarda las fichas en un archivador cerrado con llave. Supongo que en este caso dejó que se supiera por considerar que la información era necesaria para la investigación.

—De modo que todo esto tal vez sea más complicado de lo que parece. Quizá el asesinato tuviese que ver con algo en lo que estaba trabajando Morelli.

—Es probable. También es posible que Morelli tuviera un interés personal en la Sánchez. Al parecer era joven y bonita. Muy latina.

—Y todavía no ha aparecido.

Así es. En la comisaría han encontrado parientes suyos en Staten Island, pero nadie la ha visto.

—Ayer hablé con sus vecinos, y resulta que uno de los inquilinos que recordaba haber visto al supuesto testigo ha sufrido una muerte repentina.

—¿Qué clase de muerte repentina?

—Lo atropellaron delante del edificio y se largaron.

—Pudo ser un accidente.

—Me gustaría creerlo.

Miró su reloj y se levantó.

—Tengo que irme.

—Otra cosa, ¿conoces a Mooch Morelli?

—Lo veo de vez en cuando.

—¿Sabes a qué se dedica o dónde vive?

—Trabaja en el Ministerio de Sanidad, como inspector, creo. Vive en Hamilton.

Le preguntaré a Connie si tiene su teléfono, así podrás conseguir su dirección.

—Gracias. Y gracias por las rosquillas y el café.

Gazarra se detuvo en el pasillo.

—¿Necesitas dinero?

Negué con la cabeza.

—Voy tirando.

Me abrazó, me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Cerré la puerta y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. En ocasiones las muestras de amistad me emocionan. Regresé silenciosamente al comedor, recogí las bolsas y las servilletas y las arrojé al cubo de la basura. Era la primera vez que tenía la oportunidad de examinar bien mi apartamento. Resultaba obvio que Morelli había estado muy enfadado al registrarlo, que había dado rienda suelta a sus frustraciones al dejarlo en el peor estado posible. Las alacenas de la cocina estaban abiertas y su contenido parcialmente desparramado por la encimera y el suelo; había sacado violentamente algunos libros de las estanterías, quitado el cojín del único sillón que me quedaba, y había vaciado todos los cajones del dormitorio. Coloqué el cojín en su sitio, ordené la cocina y decidí que el resto del apartamento podía esperar.

Tomé una ducha y me puso unos *shorts* negros y una enorme camiseta color caqui. Mi arsenal de cazadora de fugitivos se hallaba todavía desparramado en el suelo del cuarto de baño. Metí todo en el bolso de cuero negro y me colgué este del hombro. Examiné todas las ventanas para asegurarme de que estuviesen bien cerradas. Eso se convertiría en un ritual matutino y vespertino. Odiaba vivir como un animal enjaulado, pero no quería recibir más visitas sorpresivas. Cerrar la puerta con llave me pareció más una formalidad que una cuestión de seguridad. Ranger la había abierto sin grandes dificultades. Por supuesto, no todos eran tan hábiles como él. Aun así, no perdía nada añadiendo otro cerrojo a mi colección de chismes de seguridad. A la primera oportunidad hablaría con el encargado.

Me despedí de Rex, hice acopio de valor y antes de salir del apartamento asomé la cabeza para asegurarme de que Ramírez no me aguardaba en el pasillo.

La tapa del distribuidor se encontraba donde la había dejado, debajo de un arbusto, muy cerca de la pared del edificio. La puse en su lugar y salí del aparcamiento rumbo a Hamilton. Hallé un lugar frente a la oficina de Vinnie y logré estacionar el Cherokee al tercer intento. Connie estaba detrás de su escritorio, retocándose el rímel delante de un espejo.

Cuando entré alzó rápidamente la vista hacia mí y preguntó:

—¿Has usado esta cosa que alarga las pestañas? Parece hecha con pelos de ratas.

Agité el recibo de la policía.

—He capturado a Clarence.

—¡Bien! —exclamó.

—¿Está Vinnie?

—Ha tenido que ir al dentista, creo que están afilándole los colmillos. —Cogió el original del expediente de Clarence y mí recibo—. No necesitamos a Vinnie para esto, puedo hacerte un talón.

Anotó algo en la tapa de la carpeta y la colocó en una bandeja en un extremo del escritorio. Del cajón de en medio sacó un talonario parecido a un libro mayor y me extendió un cheque.

—¿Cómo te va con lo de Morelli? ¿Has logrado saber dónde está?

—No exactamente, pero sé que está en la ciudad.

—Es un tío serio. Lo vi hace seis meses, antes de que ocurriera todo esto. Estaba pidiendo cien gramos de provolone en el supermercado y me costó no hincarle el diente a su trasero.

—Eso suena a antropofagia.

—El tío está de muerte.

—También lo han acusado de asesinato.

Connie dejó escapar un suspiro.

—Muchas mujeres de Trenton van a estar tristes con Morelli en chirona.

Supuse que era cierto, pero yo no figuraba entre ellas. Después de lo de la noche anterior, pensar en Morelli tras las rejas solo provocaba sentimientos agradables en mi humillado y vengativo corazón.

—¿Tienes un listín?

Connie hizo girar la silla y quedó de cara a los archivadores.

—Es el libro grande encima del cajón de la G.

—¿Sabes algo de Mooch Morelli? —pregunté mientras buscaba su nombre.

—Solo que se casó con Shirley Gallo.

El único Morelli en Hamilton vivía en el 617 de Bergen Court. Busqué la calle en un plano que había detrás del escritorio de Connie. Si recordaba bien la zona, se trataba de un vecindario de edificios de apartamentos que parecían dignos de tener mi cuarto de baño.

—¿Has visto a Shirley últimamente? —preguntó Connie—. Está como una vaca, creo que ha engordado unos cuarenta y cinco kilos desde la época del instituto. La vi en la despedida de soltera de Margie Manusco. Cuando se sentó lo hizo sobre tres sillas plegables, y tenía el bolso lleno de dulces. Supongo que eran por si acaso... Por si acaso alguien terminaba antes que ella la ensalada de patatas.

—¿Shirley Gallo, gorda? En el instituto estaba en los huesos.

—Los designios del Señor son insondables.

—Amén.

El catolicismo era una religión a la medida del barrio. Cuando algo resultaba increíble, quedaba el recurso de Dios, siempre dispuesto a cargar con la culpa.

Connie me entregó el talón y tiró de un pegote de rímel que colgaba del extremo izquierdo de sus pestañas.

—Créeme, es una lata tratar de ser elegante.

El taller que Ranger me había recomendado se hallaba en un minúsculo polígono industrial que consistía en seis edificios de hormigón tipo bunker, pintados de un amarillo descolorido por el tiempo y por los gases de escape de la carretera 1, delante de la cual se alzaban. Al idear el proyecto, el arquitecto probablemente imaginó el lugar rodeado de césped y arbustos. La realidad era un solar de tierra apisonada cubierta de colillas, vasos de plástico y algunas malas hierbas que parecían púas. Cada uno de los seis edificios contaba con su propio sendero pavimentado y su propio aparcamiento.

Pasé lentamente por delante de una imprenta y una fábrica de productos plásticos y me detuve en la entrada del taller de Al. Habían encajado tres puertas saledizas en el edificio, pero solo una estaba abierta. El depósito de chatarra de atrás estaba atiborrado de coches oxidados en diversas etapas de desguace, y junto a la tercera puerta, en un terreno cercado por una verja de red metálica coronada por alambre de espino, había aparcados varios coches último modelo.

Entré y aparqué al lado de un Toyota negro de doble tracción, con neumáticos más adecuados para una excavadora, levantado sobre un gato. Antes había pasado por el banco para depositar el talón por la captura. Sabía exactamente cuánto estaba dispuesta a gastar en un sistema de alarma y no pensaba desembolsar un centavo más. Lo más probable era que no pudieran hacerlo por ese precio, pero no perdía nada por preguntar.

Abrí la portezuela y me apeé. El calor era opresivo; traté de no respirar hondo para no inhalar más aire polucionado del necesario. La contaminación diluía la luz y comprimía las imágenes. Del interior del taller me llegó el sonido de una llave inglesa eléctrica.

Crucé el aparcamiento y entrecerré los ojos para orientarme en el sombrío infierno de engrasadoras a presión, filtros de lubricante y hombres potencialmente

groseros en monos de color naranja fosforescente. Uno de ellos se acercó lentamente. En la cabeza, a modo de sombrero, llevaba atados unos pantis extragrandes. Probablemente para ahorrarse tiempo si le daba por asaltar un pequeño supermercado al regresar a casa por la noche. Le dije que buscaba a Al y respondió que era él.

—Necesito instalar un sistema de alarma en mi coche. Ranger me ha dicho que me lo harían por un buen precio.

—¿Cómo es que conoce a Ranger?

—Trabajamos juntos.

—Eso no aclara demasiado las cosas. —No estaba segura de qué quería decir, pero no tenía intención de averiguarlo.

—Soy agente de recuperación.

—De modo que necesita un sistema de alarma para cuando tenga que ir a un barrio peligroso, ¿eh?

—De hecho, puede decirse que he robado un coche, y me temo que el propietario intentará recuperarlo.

—Mejor que mejor —dijo con una sonrisa. Se dirigió hacia una mesa de trabajo en la parte trasera del edificio y regresó con un dispositivo de plástico negro de unos ocho centímetros cuadrados.

—Esto es lo más avanzado que hay en cuanto a seguridad. Funciona con presión de aire. Cuando cambia la presión del aire, porque alguien rompe los cristales o abre una puerta, este chisme le destrozará los tímpanos. —Le dio la vuelta y añadió—: Para activarlo se pulsa este botón, y entra en funcionamiento al cabo de veinte segundos. Eso le da tiempo de salir y cerrar la puerta. Hay otra pausa de veinte segundos al abrir la puerta, para que pueda pulsar su código y desactivarlo.

—¿Cómo lo apago cuando la alarma se ha disparado?

—Con una llave. —Dejó caer una pequeña llave plateada en mi mano—. Sugiero que no la deje en el coche. Sería contraproducente.

—Es más pequeño de lo que esperaba.

—Pequeño pero poderoso. Y lo bueno es que es barato, porque resulta fácil de instalar. Solo tiene que atornillararlo en el tablero.

—¿Qué tan barato?

—Sesenta dólares.

—Me lo llevo.

Sacó un destornillador de un bolsillo trasero.

—Enséñeme dónde lo quiere.

—En el *jeep* Cherokee rojo, junto a ese monstruo de camión. Pero póngalo fuera de la vista, para no afeár el tablero.

Unos minutos más tarde conducía en dirección a la calle Stark, muy satisfecha de mí misma. Tenía una alarma que no solo era de precio razonable, sino que podía quitarla fácilmente si decidía instalarla en el coche que pretendía comprar cuando atrapase a Morelli. Me había detenido ante un supermercado y había comprado zumo

de naranja y un yogur de vainilla. Iba bebiendo y conduciendo, disfrutando del aire acondicionado. Tenía una alarma, tenía gas nervioso para defenderme de mis atacantes y tenía un yogur, ¿qué más podía pedir?

Aparqué enfrente del gimnasio, apuré lo que quedaba del zumo de naranja, activé la alarma, cogí mi bolso y las fotos del expediente de Morelli, y cerré con llave. Estaba agitando el capote en las narices del toro. Lo único que me restaba por hacer era poner un cartel en el parabrisas que rezara: «¡Aquí lo tienes! ¡Ven por él!».

El calor era sofocante y había poca actividad en la calle. Dos prostitutas se encontraban en la esquina, como si esperaran el autobús, salvo que no pasaban autobuses por la calle Stark. Allí estaban, aburridas e indignadas, supongo que porque nadie requería sus servicios a esa hora del día. Calzaban sandalias de plástico baratas y vestían tops elásticos y *shorts* de punto muy ceñidos. Llevaban el cabello muy corto, y lo habían alisado tanto que había adquirido la textura de cerdas de jabalí. Yo no tenía ni idea de cómo determinaban la tarifa, pero si los hombres pagaban de acuerdo con lo que pesaban, a esas dos debía de irles bien.

Al acercarme tomaron posición de combate: brazos en jarras, el labio inferior salido y los ojos tan abiertos que sobresalían cual huevos de pato.

—Oye, chica —gritó una dirigiéndose a mí—. ¿Qué haces aquí? Esta es nuestra esquina, ¿te enteras?

Por lo visto era muy tenue la línea que separaba a una nena del barrio de una prostituta.

—Busco a un amigo. Joe Morelli. —Les enseñé la foto—. ¿Lo habéis visto?

—¿Para qué quieres a ese tal Morelli?

—Se trata de algo personal.

—Claro.

—¿Lo conocéis?

La que había hablado cambió el peso de un pie al otro. Y no era una tarea fácil.

—Puede.

—De hecho, éramos más que amigos.

—¿Cuánto más?

—El cabrón me dejó embarazada.

—No parece estar embarazada.

—Ya veremos de aquí a un mes.

—Puedes hacer varias cosas.

—Sí y la primera es encontrar a Morelli. ¿Sabéis dónde está?

—No.

—¿Conocéis a una tal Carmen Sánchez? Trabajaba en el Step In.

—¿También te dejó embarazada?

—He pensado que Morelli tal vez estuviese con ella.

—Carmen ha desaparecido. Eso les pasa a las mujeres en la calle Stark —dijo una—. La vida es dura por aquí.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Lo que tienes que hacer es mantener la boca cerrada —intervino la otra dirigiéndose a su amiga. Luego me miró, y añadió—: No sabemos nada de nada. Y no nos sobra tiempo para estar hablando contigo. Tenemos que trabajar.

Miré a un lado y a otro de la calle. No vi ningún cliente potencial, de modo que supuse que me estaba mandando a freír espárragos. Les pregunté cómo se llamaban y contestaron que Lula y Jackie. A cada una le di mi tarjeta y les pedí que me telefoneasen si veían a Morelli o a Carmen Sánchez. Habría preguntado acerca del testigo desaparecido, pero ¿cómo hacerlo? «Disculpadme, pero ¿habéis visto a un hombre con cara de sartén?».

A continuación fui de puerta en puerta; hablé con varias personas sentadas en el porche de su casa e interrogué a los tenderos. A las cuatro, todo lo que había obtenido era una nariz roja a causa del sol. Empecé en la acera norte de la calle Stark y seguí hasta recorrer dos manzanas hacia el oeste, luego crucé la calle e hice el camino inverso, lentamente. Pasé con sigilo por delante del taller y el gimnasio. No me detuve en los bares. Quizá fuesen la mejor fuente de información, pero me parecían demasiado peligrosos para mí. Probablemente me mostrara innecesariamente cautelosa, probablemente estuviesen llenos de gente perfectamente amable a la que mi existencia le importaba un comino. La verdad es que no estaba acostumbrada a formar parte de la minoría, y me sentía como un negro mirando por debajo de la falda de una blanca en un barrio suburbano de Birmingham habitado por anglosajones de pura raza.

Recorrí la acera sur a lo largo de dos manzanas y media y volví a cruzar a la acera norte. Allí, la mayor parte de los edificios eran residenciales, y cuanto más avanzaba el día, más gente salía a tomar «el fresco», por lo que el regreso a mi coche calle abajo fue muy lento.

Por suerte, el Cherokee aún se hallaba donde lo había dejado y, por desgracia, no había señales de Morelli. Evité con resolución alzar la vista hacia las ventanas del gimnasio. Si Ramírez estaba mirándome, prefería no enterarme. Me había recogido el cabello en una coleta la nuca me escocía. Supuse que también debía de tenerla roja. Desgraciadamente no me había aplicado protector solar. Confiaba en que la polución filtrara los rayos cancerígenos.

Una mujer cruzó a toda prisa la calle y se acercó a mí. Era robusta y sobria en el vestir, y llevaba el cabello estirado hacia atrás y recogido en un moño.

—Disculpeme, ¿es usted Stephanie Plum?

—Sí.

—El señor Alpha quisiera hablar con usted. Su oficina está al otro lado de la calle.

No conocía a nadie llamado Alpha y no tenía muchas ganas de rondar bajo la sombra de Ramírez, pero la mujer emanaba respetabilidad católica, de modo que me arriesgué y la seguí. Entramos en el edificio que se alzaba al lado del gimnasio. Se

trataba de una casa adosada típica de la calle Stark, estrecha, de tres plantas, de fachada negra como el hollín y ventanas mugrientas. Subimos casi corriendo por un tramo de escalera y nos detuvimos en un diminuto descansillo, al que daban tres puertas. Una se encontraba entreabierta, y sentía el aire acondicionado que salía hacia el pasillo.

—Por aquí —dijo la mujer. Me guio hacia una sala de recepción atestada y dominada por un sofá de piel verde y un amplio escritorio de madera clara llena de marcas. Sobre una mesita medio destartada había revistas de boxeo muy manoseadas y las paredes, que pedían a gritos una mano de pintura, estaban cubiertas de fotos de boxeadores.

Me hizo pasar a un despacho interior y cerró la puerta a mis espaldas. El despacho se parecía mucho a la recepción, salvo por dos ventanas que daban a la calle. Cuando entré, el hombre que estaba sentado detrás del escritorio se puso de pie. Vestía un elegante pantalón plisado y camisa de manga corta abierta en el cuello. Tenía el rostro surcado de arrugas y las mejillas flácidas. Su cuerpo, aunque rechoncho, aún era musculoso, pero ya estaba algo fondón y tenía el cabello gris. Le eché unos sesenta años y decidí que su vida no había sido un lecho de rosas.

Se inclinó y me tendió la mano.

—Jimmy Alpha. Soy el mánager de Benito Ramírez.

Lo saludé con una inclinación de la cabeza. No estaba segura de cómo responder. Mi primera reacción fue soltar un alarido, pero habría sido poco profesional.

Me señaló una silla plegable que estaba al lado del escritorio.

—Me enteré de que había vuelto a la calle y quería aprovechar la oportunidad para pedirle perdón por lo que ocurrió en el gimnasio entre usted y Benito. Traté de llamarla, pero su teléfono estaba desconectado.

Su disculpa reavivó mi ira.

—No provoqué a Ramírez y su comportamiento fue imperdonable.

Alpha parecía realmente avergonzado.

—Nunca creí que tuviese problemas de esa índole. Lo único que quería era un boxeador de verdad. Ahora lo tengo y me provoca úlceras. —Sacó un enorme frasco de Mylanta del cajón superior—, ¿ve esto? Lo compro por cajas. —Desenroscó el tapón del antiácido y engulló un buen trago. Se llevó una mano al pecho y suspiró—. Lo siento. Lamento de veras lo que le sucedió en el gimnasio.

—No tiene por qué disculparse, no es su problema.

—Quisiera que eso fuese cierto. Por desgracia, sí es mi problema. —Volvió a tapar el frasco, lo metió de nuevo en el cajón y se inclinó, con los brazos sobre el escritorio—. Usted trabaja para Vinnie.

—Sí.

—Conozco a Vinnie desde hace años. ¡Vaya tío! —Sonrió y supuse que debía de estar al corriente de lo del pato. De pronto se puso serio, clavó la mirada en sus pulgares y aflojó un poco la espalda—. A veces no sé qué hacer con Benito. No es un

mal chico, solo que demasiado ignorante. Lo único que sabe hacer es boxear. Los que, como él, nunca fueron nada, no saben encajar bien el éxito. —Me miró. Solté un bufido socarrón y advertí que una expresión de amargura aparecía en su rostro—. No es una excusa, lo sé. Benito hace cosas malas. Ya no tengo influencia sobre él. Se le ha subido la fama a la cabeza y se ha rodeado de tíos que tienen el cerebro en los guantes de boxeo.

—El gimnasio estaba lleno de hombres sanos y fuertes que no hicieron nada por ayudarme.

—Hablé con ellos al respecto. Antes, a las mujeres se las respetaba, pero ahora no se respeta a nadie. Asesinatos desde un coche en marcha, drogas... —Guardó silencio y se sumió en sus propios pensamientos.

Recordé lo que me había dicho Morelli acerca de Ramírez y las acusaciones de violación. O bien Alpha no quería abrir los ojos a la evidencia, o bien se dedicaba activamente a encubrir a su gallina de los huevos de oro. Me decidí por lo primero.

Lo miré y permanecí en silencio. Me sentía demasiado aislada en aquella oficina en medio del gueto para ser sincera y dar rienda suelta a mis pensamientos, pero también demasiado enfadada para mostrarme cortés.

—Si Benito vuelve a molestarla, hágamelo saber de inmediato. No me gusta que pasen estas cosas.

—Vino a mi apartamento anteanoche y trató de entrar. Fue muy ofensivo desde el pasillo y dejó mi puerta hecha un asco. Si vuelve a ocurrir, lo denunciare.

Su conmoción era palpable.

—Nadie me lo dijo. No hirió a nadie, ¿verdad?

—No, no hirió a nadie.

Alpha cogió una tarjeta y garabateó un número.

—Este es el teléfono de mi casa —dijo al tendérmela—. Si vuelve a molestarla, llámeme enseguida. Si ha dañado su puerta, pagaré la reparación.

—La puerta está bien. Solo manténgalo alejado de mí.

Alpha apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Supongo que no sabe nada de Carmen Sánchez, ¿verdad? —pregunté.

—Solo lo que he leído en el periódico.

Doblé a la izquierda en la calle State y me abrí paso en medio del embotellamiento característico de la hora punta. El semáforo cambió y todos avanzamos penosamente. Me quedaba dinero para comprar comestibles, de modo que pasé de largo mi edificio y conduje medio kilómetro calle abajo hasta llegar al supermercado Super-Fresh. Mientras esperaba en la caja se me ocurrió que Morelli tenía que conseguir comida en algún sitio. O alguien se la llevaba.

¿Andaría a toda prisa por un supermercado cualquiera, con bigote tipo Groucho Marx y gafas con nariz postiza? Y ¿dónde se alojaría? Quizá en la furgoneta azul. Tal

vez no se hubiese desecho de ella aunque yo lo hubiera descubierto. Quizá le resultaría demasiado conveniente. Era posible incluso que en aquel escondrijo tuviera una provisión de latas de conservas. También me pareció probable que contara con antena giratoria en el vehículo. Había estado frente al gimnasio, espiando a Ramírez, así que tal vez estuviera escuchándolo también.

No había visto la furgoneta en la calle Stark. Es verdad que no la busqué, pero no me habría pasado inadvertida. No sabía mucho acerca de la vigilancia electrónica, pero sí que el que vigila ha de estar relativamente cerca del vigilado. Si encontraba la furgoneta era muy probable que diese con Morelli.

Me vi obligada a estacionar en la parte más alejada del aparcamiento, y lo hice pensando con irritación en los ancianos con problemas físicos que se apoderaban de las mejores plazas. Cogí tres bolsas en cada mano, además de un paquete de media docena de cervezas. Cerré el Cherokee con una rodilla. Sentí cómo el peso tiraba de mis brazos; las bolsas me golpeaban las rodillas al caminar y me recordaron un chiste que tenía que ver con los testículos de un elefante.

Subí en el ascensor, recorrí torpemente la corta distancia que me separaba de mi apartamento dejé las bolsas en el suelo mientras buscaba las llaves en mi bolso. Abrí la puerta, encendí la luz, llevé las bolsas hasta la cocina y regresé a echar los cerrojos. Me dediqué a sacar la comida de las bolsas, separando lo que iba en las alacenas de lo que iba en la nevera.

¡Qué agradable tener de nuevo una reserva de comida! Había heredado la tendencia a acaparar. Las amas de casa del barrio siempre estaban preparadas y amontonaban papel higiénico y latas de maíz por si se producía un desastre natural.

Hasta Rex se excitó con tanta actividad y me observó desde su jaula, con sus patitas rosadas de hámster pegadas al cristal.

—Ya vienen días mejores, Rex —le dije, y le di una rodaja de manzana—. De ahora en adelante tendrás todas las manzanas y el brécol que quieras. En el supermercado había comprado un plano de la ciudad y lo extendí sobre la mesa mientras jugueteaba con mi cena. Al día siguiente buscaría metódicamente la furgoneta azul. Vigilaría los alrededores del gimnasio, así como la casa de Ramírez. Saqué mi listín telefónico y busqué la página en que aparecían los Ramírez; había veintitrés, tres con la inicial B y dos con el nombre de Benito. Marqué el número del primero de estos y al cuarto timbrado contestó una mujer. Oí a un bebé llorar.

—¿Vive ahí Benito, el boxeador? —pregunté; La respuesta me llegó en español y no me pareció amistosa. Me disculpé por molestar y colgué. El segundo Benito contestó personalmente y no era, definitivamente, el que yo buscaba. Las tres B tampoco dieron resultado. Me pareció que no merecía la pena marcar los otros dieciocho números. En cierto modo, me alegré de no encontrarlo. No sabía qué decir. Nada, supongo. No buscaba una conversación sino una dirección. Además, la verdad es que con solo pensar en Ramírez se me congelaba la sangre en las venas. Podía vigilar el gimnasio y seguirlo al terminar el día, pero el Cherokee, grande y rojo, no

pasaba precisamente inadvertido. Quizá Eddie pudiera ayudarme. Los polis tenían métodos para conseguir direcciones. ¿A quién más conocía que tuviera acceso a direcciones? Marilyn Truro trabajaba en el Departamento de Vehículos Automotores. Si conseguía el número de su matrícula, probablemente encontrara su dirección. O bien podía llamar al gimnasio. Aunque esto último era demasiado sencillo.

Bueno, qué carajo —me dije—, inténtalo. Había arrancado de mi listín la página que anunciaba el gimnasio, de modo que llamé a información. Marqué el número que me dieron. Atendió un hombre, a quien dije que tenía una cita con Benito pero que había perdido su dirección.

—Vive en el 320 de la calle Polk. No sé el número del apartamento, pero está en el segundo piso, al fondo del pasillo. Verá su nombre en la puerta.

—Gracias. De veras se lo agradezco. —Empujé el teléfono al extremo de la mesa y centré mi atención en el plano a fin de localizar la calle Polk. Según el mapa, se hallaba en el límite del gueto negro, y corría paralela a Stark. Cogí un rotulador amarillo y tracé un círculo en torno a la dirección. Ya tenía dos lugares en los que buscar la furgoneta. Aparcaría y, de ser necesario, caminaría; merodearía por los callejones e investigaría los garajes. Lo haría a primera hora de la mañana y, si no ocurría nada, volvería a dedicarme al montón de fugitivos cuyos expedientes me había dado Connie a fin de obtener dinero para pagar el alquiler con casos de tres al cuarto. Me aseguré de que las ventanas estuviesen bien cerradas y corrí todas las cortinas. Deseaba ducharme y acostarme temprano y no quería ninguna visita sorpresiva.

Arreglé el apartamento, tratando de no fijarme en los espacios vacíos donde antes había aparatos, tratando de no ver las marcas del mobiliario desaparecido que persistían en la alfombra de la sala. El pago de diez mil dólares por la captura de Morelli ayudaría mucho a restaurar algo de normalidad en mi vida, aunque no era sino un remiendo. Lo más probable era que tuviese que seguir buscando trabajo.

¿A quién trataba de engañar? Había cubierto todas las posibilidades.

Podía continuar en el negocio de la captura de fugitivos, pero se me antojaba arriesgado, en el mejor de los casos. Y en el peor... No quería ni pensar en ello. Aparte de acostumbrarme a que me amenazaran, me odiaran y hasta abusaran de mí sexualmente, me hirieran o, Dios no lo quisiera, me mataran, tendría que pensar como alguien que trabaja por cuenta propia. Y tendría que aprender artes marciales y técnicas policiales para someter a los delincuentes.

No deseaba convertirme en Terminator, deseaba dejar de comportarme como Elmer Gruñón. De tener tele, podría mirar reposiciones de Cagney y Lacey. Recordé mi plan de hacerme instalar otra cerradura y decidí visitar a Dillon Ruddick, el encargado. Dillon y yo nos habíamos hecho amiguetes, ya que en el edificio éramos prácticamente los únicos que no creíamos que para sobrevivir era imprescindible atiborrarse de medicamentos. Dillon movía los labios al leer las tiras cómicas, pero con una herramienta en la mano era un genio. Vivía en el sótano, en un apartamento

alfombrado de una sola habitación que nunca recibía la luz del día. Por las noches dormía arrullado por el sonido de los calentadores de agua, los radiadores y las tuberías. Según él, le gustaba. Imaginaba que estaba junto al mar.

—Hola, Dillon —le dije cuando abrió su puerta—. ¿Qué tal?

—Tirando. No me quejo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me preocupa el aumento de la delincuencia, Dillon. Me ha parecido buena idea poner otra cerradura en mi puerta.

—Bien. Nunca se es lo bastante cauteloso. Acabo de poner una en la puerta de la señora Luger. Me ha dicho que un tío enorme estuvo gritando en los pasillos hace un par de noches. La pobre se llevó un susto de muerte. Puede que tú también lo oyeras. La señora Luger vive a dos puertas de la tuya.

Traté de disimular mi turbación. Sabía el nombre de aquel tío enorme.

—Veré si mañana puedo ponerte esa cerradura. Entretanto, ¿te apetece una cerveza?

—Me vendría bien.

Me dio un botellín y una lata de nueces saladas, volvió a subir el volumen de la tele, y los dos nos dejamos caer en el sofá.

Había puesto el despertador para que sonase a las ocho, pero me levanté a las siete, con unas ganas enormes de encontrar la furgoneta. Me duché y dediqué un largo rato a mi cabello; me lo sequé con secador y le añadí gel y laca. Al terminar me parecía a Cher en un día malo. De todos modos, en un día malo Cher no estaba nada mal. Solo me quedaba un *short* elástico limpio. Me puse un top a juego y una camiseta larga y holgada. Tras atarme los cordones de las Reebok y bajarme los calcetines blancos, me miré en el espejo. Me sentía bastante elegante.

Desayuné un cuenco de copos de maíz azucarados. Si eran lo bastante buenos para Toni, el tigre de los anuncios, también lo eran para mí. Me tragué una pastilla de vitaminas, me lavé los dientes, me puse unos grandes pendientes de oro y me apliqué lápiz de labios color cereza brillante. Ya estaba lista.

Las cigarras anunciaban que aquel sería otro día caluroso, el rocío de la madrugada se elevaba del pavimento en forma de vapor. Salí del aparcamiento y me uní al denso tráfico de la calle Saint James. Tenía el plano extendido en el asiento del copiloto, además de una libreta que había empezado a usar para apuntar números de teléfono, direcciones e informaciones varias relacionadas con mi trabajo.

El edificio de apartamentos en que vivía Ramírez se encontraba a mitad de la manzana. Había perdido su identidad en la aglomeración de edificios de cuatro plantas sin ascensor, pegados los unos a los otros, construidos para trabajadores pobres. Probablemente estuviese habitado al principio por inmigrantes irlandeses, italianos y polacos; hombres esperanzados que remontaban el Delaware en barcas para trabajar en las fábricas de Trenton. Resultaba difícil saber de dónde procedían

los que ahora los habitaban. No había ancianos en los porches ni niños jugando en las aceras. Dos asiáticas de mediana edad esperaban en la parada del autobús, con el bolso apretado contra el pecho y el rostro inexpresivo. No había ni garajes ni callejones. Si Morelli vigilaba a Ramírez, tendría que hacerlo desde atrás o desde un apartamento contiguo.

Doblé en la esquina y encontré una callejuela de dirección única en mitad de la manzana. Tampoco allí había garajes. Detrás del edificio de Ramírez había una zona de aparcamiento. Había seis plazas marcadas, pero solo cuatro coches. Tres cascajos y un Porsche plateado. La matrícula rezaba «Campeón» en letras doradas. No había nadie en los coches.

Al otro lado de la callejuela se alzaban más edificios de viviendas, desde donde supuse que Morelli podría vigilar o escuchar, pero no vi señales de él.

Recorrí la callejuela y rodeé la manzana, ampliando metódicamente mi búsqueda hasta cubrir nueve manzanas enteras. La furgoneta no apareció.

Me dirigí hacia la calle Stark y repetí la operación. Allí sí había garajes y callejuelas, de modo que aparqué y eché a andar. A las doce y media ya me había asomado a suficientes garajes ruinosos para toda una vida. La nariz se me había comenzado a pelar, estaba empapada de sudor y me dolía la espalda de tanto cargar el bolso.

Para cuando regresé al Cherokee me ardían los pies. Me apoyé en el coche y comprobé que no estuvieran deritiéndose las suelas de las zapatillas. A una manzana de distancia vi a Lula y a Jackie en su esquina. Se me ocurrió que no perdería nada si hablaba con ellas de nuevo.

—¿Sigues buscando a Morelli? —preguntó Lula. Me subí las gafas de sol a la coronilla.

—¿Lo habéis visto?

—No. Ni hemos oído nada sobre él. El tío está escondiéndose.

—¿Y su furgoneta?

—No sé nada de una furgoneta. Últimamente conducía un Cherokee rojo... como el tuyo. —Abrió los ojos de par en par—. ¡Coño! No será el de Morelli, ¿verdad?

—Digamos que lo he tomado prestado.

Lula esbozó una sonrisa maliciosa.

—Cariño, ¿significa eso que has robado el coche de Morelli? Te va a dar una patada en ese culito blanco que tienes.

—Hace un par de días lo vi conducir una vieja furgoneta azul llena de antenas. ¿Habéis visto algo así pasar por aquí?

—No hemos visto nada —afirmó Jackie.

Me volví hacia Lula.

—¿Y tú? ¿Has visto una furgoneta azul?

—Dime la verdad, ¿de veras estás embarazada? —preguntó.

—No, pero podría estarlo. Catorce años antes.

—Bueno, entonces, ¿qué pasa? ¿Para qué buscas a Morelli?

—Trabajo para su fiador. Morelli ha violado su libertad bajo fianza.

—¡No Jodas! ¿Se gana dinero con eso?

—Un diez por ciento de la fianza.

—Yo podría hacerlo —declaró Lula—. Puede que cambie de profesión.

—Mejor te callas y haces como que buscas clientes antes de que tu chulo te mate a golpes —le dijo Jackie.

Regresé a mi apartamento, me serví otro cuenco de copos de maíz azucarado y telefoneé a mí madre.

—He hecho una cazuela entera de col rellena —anunció. Deberías venir a cenar.

—Me encanta la col rellena, pero tengo cosas que hacer.

—¿Qué puede ser más importante que comer col rellena preparada por tu madre?

—El trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? ¿Todavía estás tratando de encontrar al chico Morelli?

—Sí.

—Deberías conseguirte otro empleo. En el salón de belleza de Clara necesitan una chica que lave el pelo.

Oí a la abuela Mazur gritar algo.

—¡Ah, sí! Esta mañana te llamó ese boxeador al que fuiste a ver, Benito Ramírez. Tu padre lo encontró muy agradable, muy cortés.

—¿Qué quería?

—Dijo que había tratado de ponerse en contacto contigo, pero que tu teléfono estaba desconectado. Le dije que ya funciona.

—Benito Ramírez es un gusano. Si vuelve a llamar, no habléis con él.

—Fue muy educado conmigo.

Sí, claro, pensé, el violador homicida más cortés de Trenton. Y ahora sabía adonde llamarme.

El edificio donde vivía databa de la época en que aún no incluían lavaderos, y el propietario no se sentía impulsado a añadir mejoras. La lavandería más cercana, la Super Suds, se hallaba a casi diez manzanas por la calle Hamilton. No es que fuera una distancia enorme, pero tampoco estaba a la vuelta de la esquina.

Metí los expedientes que me había dado Connie en el bolso y me eché este al hombro. Arrastré el cesto de la ropa sucia hacia el pasillo, cerré la puerta del apartamento y cargué con todo eso hasta el coche.

Para una lavandería, Super Suds no estaba mal. A un lado del edificio había un pequeño aparcamiento y una cafetería donde se podía comer una sabrosa ensalada de pollo. En ese momento estaba corta de dinero, de modo que eché la ropa en una lavadora, añadí detergente y monedas de veinticinco centavos y me senté a revisar los expedientes de los fugitivos.

Lonnie Dodd era el primero, y parecía el más fácil de capturar. Tenía veintidós años y vivía en el suburbio de Hamilton. Lo habían acusado de robar coches. Era su primer delito. Desde el teléfono de la lavandería llamé a Connie para asegurarme de que Dodd aún estaba pendiente.

—Probablemente lo encuentres en el garaje de su casa, cambiando el lubricante de su coche —me dijo—. Suele ocurrir. Es la típica actitud machista. Creen que nadie puede obligarlos a hacer lo que no quieren, y no entienden a qué viene tanto lío solo por robar unos cuantos coches. De modo que no se presentan en el juzgado cuando los citan.

Le agradecí su perspicacia y regresé a mi silla. En cuanto estuviese lista mi ropa, me dejaría caer por la casa de Dodd para ver si lo encontraba. Guardé los expedientes en el bolso y metí la ropa ya lavada en la secadora. Me senté y de pronto, a través de la gran ventana, vi pasar la furgoneta azul. Me asombré tanto que quedé boquiabierta y con la mente en blanco. Debo admitir que no suelo reaccionar a la primera. La furgoneta desapareció calle abajo y en la distancia vi que se encendían las luces de frenado. El tráfico tenía a Morelli parado.

Entonces me puse en movimiento. De hecho, creo que volé, porque no recuerdo que mis pies tocaran el suelo. Salí pitando del aparcamiento, y al llegar a la esquina, la alarma empezó a sonar. Tanta era mi prisa que me había olvidado de desactivarla. Apenas podía pensar con tanto ruido. La llave estaba en el llavero y el llavero estaba unido a la llave del encendido. Pisé el freno con fuerza y me paré, coleando en medio de la calle. Después miré por el retrovisor, aliviada de que no hubiese coches detrás. Desactivé la alarma y seguí mi camino.

Morelli estaba separado de mí por varios coches. Dobló a la derecha mientras yo avanzaba a paso de tortuga hacia el cruce soltando maldiciones. Para, cuando doblé, la furgoneta azul había desaparecido. Estaba a punto de olvidarlo cuando la vi en el aparcamiento de una hamburguesería.

Me detuve en la entrada del aparcamiento y la miré fijamente, preguntándome qué convenía hacer a continuación. No sabía si Morelli aún se encontraba al volante. Podía estar estirado en el asiento trasero, echándose una siesta, o en el local, pidiendo una hamburguesa para llevar. Me dije que debía aparcar e investigar, si no se hallaba en la furgoneta, me escondería detrás de esta y cuando se acercara lo rociaría con mí gas.

Aparqué en un lugar al final del solar, a cuatro coches de la furgoneta, y apagué el motor. Estaba a punto de meter la mano en el bolso cuando la puerta del conductor se abrió bruscamente y alguien me sacó violentamente de detrás del volante. Trastabillé y caí contra el pecho de Morelli.

—¿Me buscabas?

—Más vale que te rindas —dije—, porque yo no pienso hacerlo.

Apretó la boca.

—¿Qué te parece si me echo al suelo y tú me atropellas un par de veces, solo en recuerdo de los viejos tiempos? ¿Te gustaría eso? ¿Te pagan aunque me entregues muerto?

—No tienes por qué ponerte de mala leche. No es nada personal, sencillamente estoy haciendo mí trabajo.

—¿Que no es personal? ¡Has hostigado a mi madre, me has robado el coche y ahora vas por ahí contando que te he dejado preñada! A mí me parece que dejar a alguien embarazada es muy personal, ¡joder! ¡Señor! ¿No basta con que me acusen de asesinato? ¿Qué eres, la cazadora de fugitivos del infierno?

—Estás demasiado tenso.

—Ya ni siquiera estoy tenso. Me he resignado. Todos tenemos una cruz... y tú eres la mía. Me rindo, Coge el coche. Ya no me importa. Lo único que te pido es que no le abolles demasiado la puerta y que le cambies el lubricante cuando se encienda la lucecita roja. —Eché una mirada al interior—. No estarás haciendo llamadas telefónicas, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Las llamadas telefónicas son caras.

—No te preocupes.

—¡Mi vida es una mierda!

—Tranquilízate, estás pasando una mala racha, eso es todo.

Su expresión se suavizó.

—Me gusta ese conjunto que llevas. —Cogió con un dedo el ancho cuello de mi camiseta y miró adentro, el top negro—. Muy sexy.

Sentí que me ruborizaba. Me dije que era rabia, pero sospecho que era más bien pánico a que lo encontrara excitante. Le di un manotazo.

—No seas grosero.

—Oh, vamos, ¡joder!, acuérdate que te he dejado embarazada. Un poco más de intimidad no debería molestarte. —Se acercó más—. También me gusta ese color de

pintalabios. Cereza. Muy tentador.

Bajó la boca y me besó.

Sé que debí darle un rodillazo en la ingle, pero el beso era delicioso. Joe Morelli aún sabía besar. Empezó lenta y tiernamente y acabó caliente y profundo. Se apartó y sonrió, y supe que me había engañado.

—¡Te he pillado!

—¡Vete a la mierda!

Me rodeó con un brazo y sacó la llave del encendido.

—No quiero que me sigas —dijo.

—Ni siquiera he pensado en ello.

—Sí, bueno, de todos modos me aseguraré de que no vayas tan rápido. —Se dirigió hacia el contenedor de basura de la hamburguesería y arrojó las llaves dentro —. Para que te diviertas un rato —añadió mientras, se encaminaba hacia la furgoneta —. Límpiame los pies antes de entrar en el coche.

—Espera un momento —le grité—. Tengo algunas preguntas que hacerte. Quiero información sobre el asesinato. Y sobre Carmen Sánchez. ¿Es cierto que te buscan para matarte?

Subió a la furgoneta y salió del aparcamiento. El contenedor era de tamaño industrial. Un metro y medio de alto, uno y medio de ancho y casi dos de largo. Me puse de puntillas y miré dentro. Estaba a un cuarto de su capacidad y olía a perro muerto.

No vi las llaves.

Una mujer menos valiente se habría echado a llorar. Una mujer más inteligente habría tenido copia de las llaves. Acerqué una caja de madera al contenedor y me subí, para ver mejor. Casi toda la basura estaba en bolsas. Algunas se habían roto con el impacto de la caída, y había hamburguesas a medio acabar, restos de ensaladilla de patatas, posos de café, grasa de las parrillas, asquerosidades irreconocibles y hojas de lechuga a punto de convertirse en líquidos primordiales.

Me hizo pensar en los animales muertos en la carretera. Del polvo al polvo... de mayonesa a sus diversos componentes. Da lo mismo que se trate de un gato o de una ensaladilla, la muerte nunca resulta atractiva.

Pensé en todo el mundo que conocía, pero no se me ocurrió nadie lo bastante tonto para meterse en un contenedor por mí. De acuerdo, me dije, ahora nunca. Alcé una pierna y la pasé al otro lado; me quedé colgando allí un momento, haciendo acopio de valor. Descendí lentamente, rogando que no me encontrase con una rata.

Debajo de mis pies rodaron unas latas que cedieron el paso a una porquería suave y viscosa. Sentí que me deslizaba y me cogí del borde del contenedor; en el proceso me golpeé el codo. Solté un taco y parpadeé, conteniendo las lágrimas.

Encontré una bolsa de plástico. Estaba relativamente limpia y la usé como guante para hurgar meticulosamente aquella bazofia; me moví con cautela, muerta de miedo por si caía boca abajo en la vinagreta de alcachofa y carne molida. La cantidad de

comida desechada me asombró; el despilfarro era casi tan repugnante como el hedor penetrante que abrasaba el interior de mi nariz y se aferraba a mi paladar.

Después de lo que me pareció una eternidad descubrí las llaves, hundidas en un líquido amarillento. No vi pañales cerca, de modo que tuve la esperanza de que se tratara de mostaza. Metí la mano en lo que fuera aquella sustancia viscosa y sentí náuseas.

Contuve el aliento, arrojé las llaves fuera del contenedor y a continuación salí de él. Las limpié como pude con la bolsa de plástico. Les quité casi toda la sustancia amarillenta que había pegada a ellas, con lo que estuvieron en condiciones de ser utilizadas en caso de urgencia. Me quité las zapatillas y los calcetines, limpié la pechera de mi camiseta, que se había manchado con un poco de aliño, y comprobé que, por lo demás, parecía haber salido indemne.

Al lado del contenedor había un montón de periódicos. Cubrí el asiento del conductor con la sección deportiva de uno de ellos, por si no había detectado la presencia de alguna sustancia nociva en mi trasero, extendí el resto del periódico en el suelo del lo del copiloto y, con cautela, dejé caer allí las zapatillas y los calcetines.

Eché un vistazo a lo que quedaba del periódico y leí un titular que rezaba: «Hombre asesinado en tiroteo desde un coche». Debajo del titular había una foto de John Kuzack. Lo había visto el miércoles. Era viernes. El periódico en mi mano era del día anterior. Conteniendo el aliento, leí el artículo. A Kuzack le habían disparado el miércoles por la noche, tarde, frente al edificio donde vivía. Añadía que fue un héroe de Vietnam, que lo habían condecorado con el Corazón Púrpura, y que era un personaje pintoresco y querido en el vecindario. Al cierre de la edición, la policía no tenía ni sospechoso ni móvil.

Me apoyé en el Cherokee e intenté hacerme a la idea de que John Kuzack había muerto. Era tan alto y fuerte, y se había mostrado tan amable conmigo. Primero Ediemán, muerto por un conductor que se había dado a la fuga, y ahora Kuzack. De las tres personas que habían visto al testigo desaparecido y recordaban su rostro, dos ya no estaban en este mundo. Pensé en la señora Santiago y en sus hijos, y me estremecí.

Doblé cuidadosamente el periódico y lo metí en el bolsillo de la portezuela. Al regresar a mi apartamento telefonaría a Gazarra para que me tranquilizara acerca de la seguridad de la señora Santiago.

Ya ni siquiera me olía a mí misma, aunque conduje con las ventanillas abiertas, por sí acaso. Aparqué frente a la lavandería y entré descalza a recoger mi ropa. Solo había otra persona, una anciana, frente a la mesa donde se doblaba la ropa, en el otro extremo.

—¡Ay, Dios! —exclamó, perpleja—. ¿Qué es ese olor?

Sentí que me ardían las mejillas.

—Seguro que viene de fuera. Probablemente entró cuando abrí la puerta.

—¡Es horrible!

Olfateé, pero no olí nada. Supongo que mi nariz actuaba en defensa propia. Miré mi blusa.

—¿Huele a aliño?

La anciana se había tapado la cara con una funda de almohada.

—Creo que voy a vomitar —dijo.

Metí bruscamente mi ropa en el cesto y salí. A medio camino de casa me di cuenta de que me lloraban los ojos. De mal agüero, pensé. Por suerte, no había nadie cuando entré en el aparcamiento de mi edificio. El vestíbulo y el ascensor estaban vacíos. Hasta allí, todo bien. Las puertas del ascensor se abrieron en el segundo piso. Nadie allí tampoco. Suspiré aliviada, arrastré mi ropa hasta la puerta, entré furtivamente en mi apartamento, me desvestí, metí la ropa en una gran bolsa de plástico de basura negra y la cerré con un nudo.

Entré de un salto en la bañera, abrí el agua de la ducha, me enjaboné y restregué, y me lavé el pelo, tres veces. Me puse ropa limpia y crucé el pasillo hasta el apartamento del señor Wolesky. Era una prueba.

Abrió la puerta y de inmediato se tapó la nariz con una mano.

—¿A qué huele?

—Eso es lo que estaba preguntándome. Parece estar en el pasillo.

—Huele a perro muerto.

Suspiré.

—Sí, esa fue mi primera impresión también.

Regresé a mi apartamento. Necesitaba lavarlo todo de nuevo y ya no tenía monedas de veinticinco centavos. Tendría que hacer la colada en casa de mis padres. Miré mi reloj. Eran casi las seis. Llamaría a mi madre por el teléfono del coche y le diría que finalmente había decidido cenar con ellos.

Aparqué frente a la casa y mi madre apareció como en un acto de magia, empujada por un misericordioso instinto maternal que le hacía saber que su hija acababa de poner el pie en la acera.

—Coche nuevo. Qué bien. ¿Dónde lo has conseguido?

Tenía el cesto debajo de un brazo y la bolsa de plástico debajo del otro.

—Me lo ha prestado un amigo.

—¿Quién?

—No lo conoces. Alguien con quien fui a la escuela.

—Bueno, tienes suerte de tener amigos como ese. Deberías prepararle un pastel, o algo así.

Pasé de largo y me dirigí hacia la escaleras que conducen al sótano.

—He traído la colada. Espero que no te moleste.

—Claro que no me molesta. ¿Qué es ese olor? ¿Eres tú? Hueles a basurero.

—Dejé caer mis llaves por accidente en un contenedor y tuve que meterme en él

para recuperarlas.

—No entiendo por qué te pasan esas cosas. No le pasan a nadie más. ¿A quién conoces que haya dejado caer sus llaves en un contenedor? A nadie. Solo tú harías algo así.

La abuela Mazur salió de la cocina.

—Apesta a vómito.

—Es Stephanie. Se metió en un contenedor.

—¿Qué hacía en un contenedor? ¿Buscaba cadáveres? Vi en la tele una peli en que la Mafia le vuela la tapa de los sesos a alguien y luego lo deja en un contenedor para que se lo coman las ratas.

—Buscaba sus llaves. Fue un accidente.

—¡Qué pena! Esperaba algo mejor de ella.

Cuando acabamos de comer, llamé a Eddie Gazarra, metí otro montón de ropa en la lavadora y limpié con una manguera mis zapatos y mis llaves. Rocié el interior del Cherokee con ambientador y bajé las ventanillas. La alarma no funcionaba con las ventanillas abiertas, pero no me parecía probable que apareciese alguien para reclamar el coche. Me duché y me vestí con ropa limpia recién extraída de la secadora.

La muerte de John Kuzack me tenía espantada y no me apetecía entrar en un apartamento a oscuras, de modo que hice lo posible por llegar temprano a casa. Acababa de cerrar la puerta con llave cuando sonó el teléfono. La voz me llegó como si alguien estuviese tapando el micrófono del auricular, así que tuve que esforzarme para oír y entrecerré los ojos al mirar el auricular, como si eso pudiera ayudarme. El miedo es un sentimiento irracional que escapa a toda lógica. Nadie puede herirme físicamente por teléfono; sin embargo me estremecí cuando advertí que se trataba de Ramírez. Colgué el auricular de inmediato y cuando el teléfono volvió a sonar, lo desenchufé. Necesitaba un contestador automático para controlar las llamadas, pero no podía comprarlo sin haber capturado a otra persona. A primera hora del día siguiente iría en busca de Lonnie Dodd.

Desperté con el golpeteo constante de la lluvia en la escalera de incendios. Maravilloso. Lo que me faltaba para complicar más mi vida. Me arrastré fuera de la cama y descorrí la cortina. Tenía el aspecto de que no pararía de llover en todo el día. La superficie del aparcamiento brillaba, reflejando luces misteriosas. El resto del mundo era del gris metálico de las pistolas, las nubes, bajas e interminables, y la lluvia había robado el color a los edificios.

Me duché y, sin perder tiempo en secarme el cabello, me puse unos tejanos y una camiseta. No tenía sentido esforzarse demasiado si iba a empaparme en cuanto saliera del edificio. Desayuné, me lavé los dientes y me apliqué una gruesa línea color turquesa en los párpados, a fin de compensar el día encapotado. Me calcé las

zapatillas que me había pringado en el contenedor, en honor a la lluvia. Las miré y olfateé. Me llegó un vago olor a jamón hervido, pero, dadas las circunstancias, no me pareció un motivo para quitármelas.

Hice un inventario del contenido de mi bolso, para estar segura de que tuviera todo mi arsenal: esposas, porra, linterna, revólver, una caja de municiones. (No me servirían de mucho, pues ya había olvidado cómo cargar el arma. De todos modos, nunca se sabe cuándo se necesitará arrojar algo pesado a un delincuente que huye). A la fuerza añadí el expediente de Dodd, un paraguas plegable y un paquete de galletas de mantequilla de cacahuete por si tenía hambre. Cogí la estupenda cazadora negra de cuero que había comprado cuando aún pertenecía a la privilegiada clase trabajadora y me dirigí hacia el aparcamiento.

Era un día perfecto para quedarse en la cama leyendo cómics y comiendo galletas, en lugar de salir a perseguir forajidos. Por desgracia, tenía una necesidad apremiante de dinero y no podía ponerme quisquillosa.

Según el listín, Lonnie Dodd vivía en el 2115 de Barnes. Saqué mi plano y busqué la calle. El distrito de Hamilton es unas tres veces más grande que Trenton y su forma es la de una porción de pastel con algunos mordiscos. La calle Barnes corría paralela a las vías del ferrocarril Conrail, justo al norte de Yardville, o sea, el principio de la tercera parte meridional del condado.

Enfilé la calle Broad y doblé en Apolo, donde empezaba Barnes. Había escampado un poco, lo que me permitió leer los números de las casas. Cuanto más me acercaba al 2115, más deprimida me sentía. El valor de las propiedades decaía a un ritmo vertiginoso. Lo que en otro tiempo había sido un respetable barrio de obreros, con casitas unifamiliares bien cuidadas en solares bastante grandes, se había convertido en una serie de viviendas descuidadas de personas con ingresos bajos o nulos.

El 2115 se encontraba al final de la calle. La hierba estaba crecida, y en el jardín delantero vi una bici oxidada y una lavadora con la tapa ladeada. La casa era pequeña, de una planta, construida con ladrillos de hormigón sobre un bloque del mismo material. Parecía más un edificio accesorio que una vivienda, una especie de pocilga o gallinero. Habían clavado una sábana a la buena de Dios sobre el ventanal de delante. Probablemente para que los habitantes tuvieran intimidad al aplastar latas de cerveza con la frente y tramar toda clase de actos criminales.

Ahora o nunca, me dije. La lluvia había arreciado y el agua corría por el techo del coche y caía por el parabrisas, como si bajara por un canal de desagüe.

Para animarme me pinté los labios. Como no sentí que eso me diera fuerzas, repasé la línea azul en mis párpados y me apliqué rímel y colorete. Me examine en el espejo retrovisor. Podía ser peor. A continuación estudié por última vez la foto de Dodd. No quería equivocarme de hombre. Metí las llaves en el bolso, me tapé la cabeza con la capucha de la cazadora y me apeé. Llamé a la puerta y me di cuenta de que en el fondo deseaba que no hubiese nadie en casa. La lluvia, el barrio y la

sombría casita me ponían la carne de gallina. Si nadie abre a la segunda llamada, me dije, consideraré que Dios no quiere que capture Dodd y saldré pitando de aquí.

Nadie abrió a la segunda llamada, pero oí que alguien tiraba de la cadena del váter y supe que había alguien en casa. Golpeé la puerta varias veces con el puño.

—Abran —grité a voz en cuello—. Entrega de *pizzas*. Abrió un tío flaco de cabello oscuro y enmarañado que le llegaba a los hombros. Me sacaba unos cinco centímetros. Iba descalzo y sin camisa, vestía tejanos asquerosamente sucios, sin abotonar y con la bragueta a medio subir. Detrás de él vi una sala mugrienta. Hedía a meados de gato.

—No he pedido ninguna *pizza* —dijo.

—¿Es usted Lonnie Dodd?

—Sí. ¿A qué viene ese numerito de la *pizza*?

—Fue un truco para que abriera la puerta.

—¿Un qué?

—Trabajo para Vincent Plum, el que pagó su fianza. No se presentó usted en el juzgado, y el señor Plum quisiera que concertase otra cita.

—Coño, no voy a concertar nada.

La lluvia caía a raudales de mi cazadora y mi empapaba los tejanos y los zapatos.

—Es solo cuestión de minutos; estaré encantada de llevarlo.

—Plum no tiene servicio de limusina. Plum solo contrata a dos clases de personas... mujeres con grandes tetas puntiagudas y cazadores de fugitivos rompepelotas. No te lo tomes a mal, además cuesta saberlo con esa cazadora, pero no parece que tengas grandes tetas puntiagudas. De modo que debes de ser una cazadora de fugitivos rompepelotas. —De pronto, me arrancó el bolso del hombro y volcó el contenido sobre la alfombra marrón, a sus espaldas. El revólver cayó con un ruido sordo.

—Puedes tener muchos problemas con un arma oculta en este estado.

Entrecerré los ojos.

—¿Va a cooperar o no?

—¿Tú qué crees?

—Creo que si es inteligente se pondrá una camisa y zapatos y vendrá al centro conmigo.

—Por lo visto no soy tan inteligente.

—Muy bien. Entonces, devuélvame mis cosas y me marcharé tranquilamente. —Jamás había hablado tan en serio.

—No voy a devolverte nada. Me parece que estas cosas ahora son mías.

Estaba pensando en darle un rodillazo en los huevos cuando me dio un empujón e hizo que cayera de culo en el lodo.

—Lárgate o te dispararé con tu propio revólver de mierda —dijo, y cerró la puerta de golpe.

Me levanté y me limpié las manos en la cazadora. Me costaba creer que me

hubiese quedado allí, sin hacer nada, mientras él me quitaba el bolso. ¿En qué estaría pensando?

Estaba pensando en Clarence Sampson, y aquel era Lonnie Dodd. Lonnie Dodd no era un borracho gordo. Debería haber sido más cuidadosa. Debería haberme mantenido a una distancia prudencial de él. Y debería haber tenido el pulverizador de gas nervioso en la mano, no en el bolso.

Tenía mucho que aprender para ser una cazadora de fugitivos. Carecía de habilidades pero, más importante aún, carecía de la actitud apropiada. Ranger había intentado decírmelo, pero al parecer yo no lo había entendido. «Nunca bajas la guardia —me había aconsejado—. Al caminar por la calle, tienes que ver de todo, en todo momento. Cuando vayas tras un NP, tienes que estar preparada para lo peor». En su momento, me había parecido melodramático. Ahora me daba cuenta de que era un buen consejo.

Regresé a grandes zancadas al *jeep* y me quedé allí, bufando de rabia, maldiciéndome a mí misma, a Dodd y a E. E. Martín. Añadí unos cuantos pensamientos especiales para Ramírez y Morelli y di una patada a un neumático.

—¿Ahora qué? —grité bajo la lluvia—. ¿Ahora qué vas a hacer, geniecito?

Bueno, una cosa era segura: no pensaba marcharme sin Lonnie Dodd esposado en el asiento trasero. En mi opinión, si necesitaba ayuda, tenía dos opciones: la policía o Ranger. Si llamaba a la policía quizá me viese en problemas por lo del revólver. Tendría que llamar a Ranger.

Cerré los ojos. No quería llamar a Ranger. Quería demostrarle a todo el mundo que era capaz de hacerlo sin ayuda. El orgullo precede a la caída, me dije. No estaba segura de qué significaba, pero sonaba bien. Inspiré hondo, gemí, me quité la cazadora cubierta de lodo, la sacudí, me senté detrás del volante y telefoneé a Ranger.

—Sí —dijo.

—Tengo un problema.

—¿Estás desnuda?

—No, no lo estoy.

—Qué pena.

—Tengo a un NP acorralado en su casa, pero la suerte no me ha acompañado.

—¿Quieres ser más explícita con eso de que la suerte no te ha acompañado?

—Me quitó el bolso y me echó de su casa.

Tras un instante de silencio, Ranger dijo:

—Supongo que no lograste quedarte con el revólver.

—Pues no. Pero míralo por el buen lado: no estaba cargado.

—¿Tienes municiones en el bolso?

—Algunas balas.

—¿Dónde estás ahora?

—Delante de su casa, en el *jeep*.

—E imagino que quieres que vaya allí y convenza al tipo de que se comporte

como es debido.

—Sí.

—Tienes suerte de que me guste hacer de profesor. Dame la dirección.

Se la di y colgué el auricular, asqueada conmigo misma. Había pertrechado a mi NP y ahora pedía a Ranger que arreglara el lío que había armado. Tendría que espabilar, y rápido. Tendría que aprender a cargar el maldito revólver y a usarlo. Tal vez nunca me atreviera a disparar contra Joe Morelli, pero estaba casi segura de que dispararía contra Lonnie Dodd.

Observé el reloj en el tablero y esperé a Ranger, deseosa de solucionar ese asunto pendiente. Al cabo de diez minutos su Mercedes apareció al final de la calle, elegante y siniestro. Salimos simultáneamente de nuestros respectivos coches. Ranger llevaba una gorra de béisbol, tejanos ceñidos y camiseta negra. Se abrochó el cinturón de nailon negro y la pistolera. El revólver estaba pegado a su pierna con una cinta velero negra. A primera vista podía confundírsele con un miembro de las fuerzas especiales. Se puso un chaleco antibalas.

—¿Cómo se llama el NP?

—Lonnie Dodd.

—¿Tienes una foto?

Corrí hacia el *jeep*, saqué la foto de Dodd y se la di.

—¿Qué ha hecho?

—Robar un coche. Es su primer delito.

—¿Está solo?

—Que yo sepa, sí, pero no lo garantizo.

—¿Tiene puerta trasera la casa?

—No lo sé.

—Vamos a ver.

Rodeamos la casa pisando la hierba crecida, con la mirada fija en la puerta principal y en las ventanas, por si se producía algún movimiento. No me había puesto la cazadora. Me parecía una molestia innecesaria. Toda mi energía se centraba en capturar a Dodd. Estaba calada hasta los huesos y saber que ya no podría mojarme más no dejaba de ser una tranquilidad. El jardín trasero se parecía al delantero: hierba crecida, un columpio oxidado, dos cubos repletos de basura, cuyas tapas abolladas se encontraban en el suelo. Una puerta daba al jardín. Ranger me empujó contra la pared de la casa, para evitar que Dodd nos viera desde la ventana.

—Tú quédate aquí y vigila la puerta. Yo voy a la puerta principal. No quiero que te hagas la heroína. Si ves a alguien que corre hacia las vías, mantente fuera de su alcance. ¿Entendido?

—Lamento haberte metido en esto.

—Es mi culpa también. No te tomé bastante en serio. Si de veras vas a hacer este trabajo, necesitarás a alguien que te ayude a capturar a los fugitivos. Y necesitas una preparación técnica.

—Lo que necesito es un socio.

—Sí. También necesitas un socio.

Se alejó. Rodeo la casa. La lluvia apagaba sus pasos. Contuve el aliento y agucé el oído. Lo oí llamar a la puerta e identificarse.

Obviamente, hubo una respuesta desde dentro, pero no la capté. Lo que siguió fue un borrón de sonidos y acción a cámara rápida. Advertencias de Ranger de que iba a entrar, la puerta abierta de golpe, muchos gritos. Un solo disparo. La puerta trasera se abrió y Lonnie Dodd salió corriendo. No se dirigió hacia las vías del ferrocarril sino a la casa vecina. Solo iba vestido con los tejanos. Corría ciegamente bajo la lluvia, presa del pánico. Un cobertizo me ocultaba parcialmente y pasó de largo sin mirar. Vi el brillo plateado del revólver metido en la cintura de su pantalón. ¡Vaya! El desgraciado no se contentaba con haberme humillado, sino que se largaba con mi arma. Cuatrocientos dólares al garete, justo cuando había decidido aprender a usarla. No iba a dejar que lo hiciera, de ninguna manera. Grité a Ranger y seguí a Dodd. No me adelantaba por mucho y yo tenía la ventaja de las zapatillas. Resbaló en la hierba mojada y pisó quien sabe qué porquería. Cayó sobre una rodilla, me arrojé sobre él y rodamos por el suelo. Apoyé todo el peso de mi cuerpo sobre su espalda; eso significa cincuenta y siete kilos —bueno, tal vez cincuenta y ocho, pero ni un gramo más, lo juro—, y le costaba respirar. Cogí el revólver; no por instinto defensivo, sino por sentido de posesión. Era mi revólver, joder. Me levanté y le apunté con él, agarrándolo con las dos manos para reducir el temblor. Ni siquiera se me ocurrió comprobar si tenía balas.

—¡No se mueva! —grité—. ¡Coño, no se mueva o disparo!

Con el rabillo del ojo advertí que Ranger se acercaba. Puso la rodilla sobre la espalda de Dodd, lo esposó y tiró de él para obligarlo a ponerse de pie.

—El hijo de puta me ha disparado. ¿Puedes creerlo? —Lo empujó hacia la calle—. Llevo un jodido chaleco antibalas. ¿Crees que me iba a disparar al chaleco? No, claro que no. Es tan mal tirador y está tan cagado de miedo que me disparó en la jodida pierna.

Miré la pierna de Ranger y estuve a punto de desmayarme.

—Adelántate y llama a la policía. Y llama a Al, el del taller, para que venga a buscar mi coche.

—¿Seguro que estás bien?

—Es una herida superficial, nena. No te preocupes.

Hice las llamadas, recuperé mi bolso y mis artilugios de la casa de Dodd. Teníamos a Dodd atado como un pavo de Navidad, boca abajo en el lodo, Ranger y yo nos sentamos en la acera a esperar, bajo la lluvia. Él no parecía preocupado por su herida. Las había tenido peores, dijo, pero me di cuenta de que le dolía, pues estaba cada vez más pálido.

Me crucé de brazos y apreté los dientes para que no castañetearan. Por fuera intentaba parecer tan fuerte como Ranger, para ser digna de su confianza. Por dentro

no paraba de temblar.

Primero llegaron los polis, luego la ambulancia, y, finalmente, Al. Hicimos nuestras declaraciones preliminares, a Ranger se lo llevaron al hospital y yo seguí el coche patrulla hasta la comisaría.

Eran casi las cinco cuando llegué a la oficina de Vinnie. Le pedí a Connie que me hiciera dos talones: cincuenta dólares para mí y el resto para Ranger. Y si decidí quedarme con esos cincuenta pavos fue porque de verdad necesitaba comprarme un contestador automático.

Me moría de ganas de regresar a casa, tomar una ducha, ponerme ropa limpia y seca, e ingerir una comida decente. Sabía que, una vez instalada en mi apartamento, ya no querría salir, de modo que antes de volver, me desvié y fui a Kuntz Appliances, la tienda de Bernie. Lo encontré etiquetando unos despertadores. Cuando entré, alzó la mirada.

—Necesito un contestador automático —dije—. Uno que cueste menos de cincuenta dólares.

Para entonces, mi blusa y mis tejanos estaban relativamente secos, pero mis zapatillas rezumaban agua. Allí donde me paraba se formaban charcos con forma de ameba.

Bernie disimuló caballerosamente este detalle y procedió a enseñarme dos modelos de contestadores, ambos a un precio que podía permitirme. Le pregunté cuál me recomendaba y seguí su consejo.

—¿MasterCard? —preguntó.

—Vinnie acaba de darme un talón por cincuenta dólares. ¿Puedo endosártelo?

—Claro, no hay problema.

A través de la ventana podía ver la carnicería de Sal, al otro lado de la calle. En realidad, no había mucho que ver: un aparador lleno de sombras con el nombre del establecimiento en letras negras y doradas y la puerta de cristal con un cartel rojo y azul que rezaba «Abierto».

—Me dijiste que Ziggy Kulesza era cliente de Sal, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué crees que compraba?

—¿Quién sabe? En todo caso, no lo veía salir con bolsas repletas de chuletas de cerdo.

Me metí el contestador debajo de la blusa y salí corriendo hacia mi coche. Miré una vez más en dirección a la carnicería y arranqué.

El tráfico era lento debido a la lluvia. El sonido monótono del limpiaparabrisas y el reflejo de las luces rojas de frenado estaban produciendo en mí un efecto hipnótico. Conducía por inercia, a la vez que pasaba revista a los acontecimientos del día y me preocupaba por Ranger. Ver que le disparan a alguien por la tele es una cosa, y otra muy distinta verlo en directo, o casi. Ranger había insistido en que la herida no era

grave, aunque a mí me parecía lo contrario.

Tenía una revólver y estaba decidida a aprender a usarlo, pero la idea de acribillar un cuerpo me entusiasmaba cada vez menos. Entré en el aparcamiento de mi edificio y encontré un espacio cerca de la puerta principal. Activé la alarma, me apeé y subí penosamente hasta mi apartamento. Dejé las zapatillas en el recibidor y puse el contestador automático y el bolso en la encimera de la cocina. Abrí una cerveza y llamé al hospital para ver cómo seguía Ranger. Me dijeron que ya le habían dado el alta. Buena noticia.

Me atiborré de galletas de mantequilla de cacahuete, bebí otra cerveza y me dirigí, exhausta, hacia mi dormitorio. Me desvestí, sorprendida de no descubrir mi cuerpo cubierto de moho, me puse unas bragas y el camisón, y me dejé caer en la cama.

Desperté confusa, sin saber por qué, y de inmediato me di cuenta de que sonaba el teléfono. Busqué el auricular y miré con los ojos entrecerrados el reloj de la mesilla de noche. Las dos de la madrugada. Alguien ha muerto, me dije. La abuela Mazur o la tía Sophie. O tal vez mi padre, que tenía piedras en los riñones.

Contuve el aliento al contestar, anticipando lo peor.

—Diga.

Silencio al otro lado. Oí a alguien respirar trabajosamente, ruidos de pelea y un gemido. Desde la distancia me llegó la voz de una mujer.

—No —rogaba—. ¡Dios mío, no!

Un horrible grito desgarró el aire y me obligó a apartar bruscamente el auricular de la oreja. Sentí un escalofrío al caer en la cuenta de lo que estaba oyendo. Colgué el auricular con violencia y encendí la luz. Me levanté y, con paso vacilante, me dirigí hacia la cocina. Conecté el contestador automático para que contestara después del primer timbrado. La grabación pedía que dejaran el mensaje. Nada más. No mencionaba mi nombre. Fui al cuarto de baño, me lavé los dientes y volví a la cama.

El teléfono sonó y oí que el contestador se ponía en funcionamiento. Me incorporé y escuché.

—Stephanie —susurró quien llamaba—. Stephanie. —Instintivamente me llevé una mano a la boca para reprimir un grito, pero no pude evitar dejar escapar un sonido que era en parte sollozo, en parte jadeo—. No debiste colgar, zorra. Te perdiste lo mejor. Tienes que enterarte de lo que puede hacer el campeón, para que te entren ganas.

Corrí a la cocina, pero antes de que consiguiese desconectar el contestador, la mujer habló. Parecía joven. Apenas se le oía. Su voz me llegó entrecortada por el llanto y temblorosa por el esfuerzo de pronunciar las palabras...

—Estuvo ge... genial —dijo, y su voz se quebró—. ¡Dios mío, socorro! Me ha herido, me duele muchísimo.

La comunicación se cortó y telefoneé de inmediato a la policía. Les expliqué lo del mensaje en el contestador y les dije que quien había llamado era Ramírez. Les di

la dirección de este y mi número de teléfono, por si querían rastrear la llamada. Colgué y recorrí el apartamento, comprobando una y otra vez que las puertas y las ventanas estuviesen bien cerradas, y me alegré de haber hecho instalar la cerradura adicional.

El teléfono sonó y el contestador se puso en marcha. Nadie habló, pero en aquel silencio ominoso percibí vibraciones de maldad y locura. Estaba allí, escuchando, disfrutando con la situación, tratando de sentir mi miedo. A lo lejos, creí oír el débil llanto de una mujer. Desenchufé el aparato de un tirón, y vomité en el fregadero. Gracias a Dios que existen los trituradores de basuras.

Cuando desperté ya había amanecido, y di gracias de que la noche hubiese terminado. Había dejado de llover. Era demasiado temprano para oír el canto de los pájaros. No había coches en la calle Saint James. El mundo parecía contener el aliento, a la espera de que el sol irrumpiera en el horizonte.

Recordé la llamada telefónica sin necesidad de recurrir a la grabación del contestador. La buena y sensata de Stephanie quería pedir una orden judicial que prohibiera a Ramírez acercarse a ella. Pero Stephanie, la cazadora de fugitivos neófita, aún se preocupaba por la credibilidad y el respeto. No podía pedir ayuda a la policía cada vez que me sintiese amenazada y esperar que me aceptaran como a una igual. Ya tenían constancia de mi llamada denunciando la violación de aquella pobre mujer. Reflexioné acerca de ello y decidí dejar las cosas como estaban.

Más tarde telefonaría a Jimmy Alpha. Había pensado pedir a Ranger que me llevara a la galería de tiro, pero como estaba recuperándose de una herida de bala, Eddie Gazarra tendría que cargar con la responsabilidad. Volví a mirar el reloj. Gazarra ya debía de estar en la comisaría. Marqué el número y le dejé un recado de que me llamara. Me puse una camiseta, unos *shorts* elásticos y las zapatillas de jogging. Correr no es una de mis actividades preferidas, pero ya era hora de que tomara el trabajo en serio, y se me antojó que mantenerme en forma me beneficiaría.

Vamos, me dije para darme ánimo. Bajé trotando por las escaleras y salí del edificio. Solté un largo suspiro de resignación y emprendí mi ruta de cinco kilómetros, planeada con mucho cuidado para evitar pendientes y pastelerías.

El primer kilómetro y medio resultó difícil, el resto, verdaderamente horroroso. No soy de esas personas que saben mantener el ritmo. No estoy hecha para correr, sino para sentarme al volante de un coche caro y conducir tranquilamente. Sudaba y jadeaba cuando doblé la esquina y vi mi edificio a media manzana. Tan cerca, pero tan lejos. Recorrí los últimos metros como pude, me detuve en la puerta, casi sin aliento, me incliné y esperé a que mi vista se aclarara; me sentía tan jodidamente saludable que no me aguantaba a mí misma.

Eddie Gazarra aparcó el coche patrulla junto al bordillo.

—He recibido tu mensaje... ¡Dios!, estás hecha un asco.

—He estado corriendo.

—Tal vez debas ver a un médico.

—Tranquilo, lo que ocurre es que tengo la piel muy blanca y se sonroja fácilmente. ¿Te has enterado de lo de Ranger?

—Con lujo de detalles. Te has convertido en la comidilla, hasta sé lo que llevabas puesto cuando entraste con Dodd. Tengo entendido que tu camiseta estaba muy mojada, pero que muy mojada.

—Cuando empezaste a trabajar como poli, ¿te daba miedo usar el arma?

—Casi toda la vida he estado rodeado de armas. Cuando era un crío tenía un rifle de aire comprimido y solía ir de caza con mi padre y mi tío Walt. Supongo que para mí las armas no eran sino otra herramienta.

—Si decido seguir trabajando para Vinnie, ¿crees que necesitaré llevar revólver?

—Depende de la clase de casos que te dé. Si te dedicas únicamente a encontrar a los que no se han presentado en el juzgado, no. Pero si buscas a chiflados, sí. ¿Tienes revólver?

—Un Smith & Wesson del 38. Ranger me dio una clase de unos diez minutos, pero no me siento cómoda. ¿Estarías dispuesto a ser mi entrenador?

—Vas en serio, ¿verdad?

—No me queda más remedio.

Eddie asintió con la cabeza.

—Me he enterado de la llamada que hiciste anoche.

—¿Sirvió de algo?

—Enviaron a alguien, pero cuando llegó, Ramírez estaba solo. Dijo que no te había telefoneado. No hemos recibido información sobre la mujer, pero puedes acusarlo de hostigamiento.

—Me lo pensaré.

Lo despedí agitando la mano y subí a mi apartamento, busqué una extensión de cable telefónico puse una nueva cinta en el contestador y tomé una ducha. Era domingo. Vinnie me había dado una semana, y la semana se había acabado. No me importaba. Que le diera el caso a otra persona, pero nada evitaría que buscara a Morelli. Si alguien lo capturaba antes que yo, mala suerte. Hasta entonces, quería seguir.

Gazarra había aceptado encontrarse conmigo en la galería de tiro que había detrás de la armería de Sunny al salir del trabajo, a las cuatro de la tarde. Lo que me daba unas cuantas horas para husmear. Empecé por echar un vistazo a la casa de la madre de Morelli, la de su primo y la de varios parientes suyos. Rodeé el aparcamiento del edificio en que vivía y vi que el Nova todavía estaba donde lo había dejado. Recorrí de arriba abajo las calles Stark y Polk. No vi la furgoneta ni nada que indicara la presencia de Morelli.

Pasé por delante del edificio de Carmen y luego lo rodeé. El callejón que cortaba la manzana era estrecho y estaba lleno de baches. No había aparcamiento para los inquilinos. La única puerta posterior daba al callejón, y al otro lado de este vi los patios traseros de varias casas adosadas.

Aparqué tan cerca como pude de la pared y aun así apenas quedaba espacio para que pasase un coche. Salí y miré hacia arriba, en un intento por situar el apartamento de Carmen en el segundo piso, y me sorprendió ver dos ventanas chamuscadas y tapadas con madera. Correspondían al apartamento de la señora Santiago.

La puerta trasera estaba entreabierta y el olor acre del humo y madera quemada impregnaba el aire. Una persona estaba barriendo el estrecho pasillo que conducía al vestíbulo.

Unas gotas de agua mugrosa cayeron del umbral y un hombre moreno y bigotudo me miró. Luego echó un vistazo a mi coche y señaló la calle con la cabeza.

—No se puede aparcar aquí.

Le di mi tarjeta.

—Buscó a Joe Morelli. Ha violado su libertad bajo fianza.

—La última vez que lo vi, estaba boca arriba e inconsciente.

—¿Vio cómo lo golpearon?

—No. Llegué después de la policía. Mi apartamento está en el sótano y desde allí no se oye nada.

Alcé la mirada hacia las ventanas chamuscadas.

—¿Qué ocurrió?

—Un incendio en el apartamento de los Santiago. El viernes, aunque para ser exactos, diría que ocurrió el sábado. Hacia las dos de la madrugada. Gracias a Dios no había nadie en casa. La señora Santiago estaba en casa de su hija. Haciendo de canguro. Normalmente los críos vienen aquí, pero el viernes ella fue allá.

—¿Se sabe cómo empezó?

—Pudo ser cualquier cosa. En un edificio como este las medidas de seguridad no se respetan mucho, ¿sabe? No es que esté tan mal, comparado con otros, pero no es precisamente nuevo, ¿me entiende?

Alcé nuevamente la vista hacia el segundo piso y me pregunté si sería muy difícil arrojar una bomba incendiaria a través de la ventana del dormitorio de la señora Santiago. No mucho, decidí. Y a las dos de la madrugada resultaría muy difícil controlar un incendio en el dormitorio de un apartamento de ese tamaño. Si hubiese estado en casa, Santiago habría quedado como una tostada. No había balcones ni escaleras de incendio. Esos apartamentos contaban con una sola salida, la puerta. Aunque no parecía que el testigo desaparecido y Carmen se hubiesen marchado por la puerta.

Me volví y miré las oscuras ventanas de las casas al otro lado de la calle y decidí que no perdería nada si hacía unas pocas preguntas a los que allí vivían. Subí al Cherokee, rodeé la manzana y encontré un lugar para aparcar una calle más adelante. Llamé a las puertas, hice preguntas y enseñé fotos. Todas las respuestas fueron iguales: no, no reconocían la foto de Morelli, y no, no habían visto nada fuera de lo corriente en la noche del asesinato ni en la del incendio. Lo intenté en las casas adosadas que había justo enfrente del edificio de Carmen y me encontré cara a cara

con un anciano que blandía un bate de béisbol. El hombre tenía ojos pequeños y brillantes, nariz ganchuda y unas orejas que probablemente lo obligaban a permanecer dentro cuando soplaban el viento.

—¿Está practicando con el bate?

—Nunca se es demasiado precavido.

Me identifiqué y le pregunté si había visto a Morelli.

—No, nunca lo he visto. Y tengo cosas mejores que hacer que mirar por las malditas ventanas. De todos modos, no podría haber visto nada la noche del asesinato. Estaba oscuro. ¿Cómo diablos iba a ver nada?

—Hay farolas. A mí me parece que la calle está bastante bien iluminada.

—Esa noche estaban apagadas. Se lo dije a los polis que vinieron. Las malditas luces estaban apagadas. Los críos las rompen a pedradas. Sé que estaban apagadas porque miré para ver a qué se debía tanto ruido. Con el alboroto de tanto coche patrulla y tanto camión no podía oír la tele. La primera vez que miré fue por el motor de uno de esos camiones frigoríficos... como los de los supermercados. Maldito camión, estaba aparcado justo detrás de mi casa. Este barrio está convirtiéndose en un infierno. La gente no es nada considerada. Aparcan camiones de reparto en el callejón todo el tiempo, mientras hacen visitas personales. Deberían prohibirlo.

Asentí con la cabeza y me alegré de llevar un revólver encima; si llegaba a convertirme en una vieja tan amargada como ese anciano, siempre me quedaría la opción de pegarme un tiro.

Creó que lo alentaba, y continuó.

—Lo siguiente fue una furgoneta de la policía, casi del mismo tamaño que el camión frigorífico, y también ellos dejaron el motor en marcha. Parece que les sobra gasolina.

—De modo que no vio nada sospechoso...

—Estaba demasiado oscuro, maldita sea. King Kong podría haber trepado por esa pared y nadie le habría visto.

Le agradecí su ayuda y regresé andando al *jeep*, faltaba poco para las doce y hacía un calor de muerte. Conduje hasta la tienda de mi primo Rooney, cogí un paquete de seis cervezas frías y me dirigí hacia la calle Stark.

Lula y Jackie seguían en la esquina, como siempre. Sudaban y se balanceaban, insinuándose de manera más bien grosera a los clientes potenciales, aparqué cerca de ellas, coloqué el paquete de cervezas en el techo del coche y abrí un botellín.

Lula echó una ojeada a la cerveza.

—¿Estás tratando de apartarnos de nuestra esquina, tía?

Sonreí con picardía. Me caían bastante bien.

—Me ha parecido que debíais de tener sed.

—Y has acertado —dijo Lula. Se acercó lentamente, cogió una cerveza y bebió un largo trago—. No se por qué pierdo el tiempo parada aquí. Nadie quiere follar con tanto calor.

Jackie la siguió.

—No deberías hacer eso —le advirtió a Lula—. Tu chulo se enfadará.

—Para lo que me importa. Maldito gilipollas. No es él quien tiene que achicharrarse bajo el sol en esta esquina.

—¿Sabéis algo de Morelli? —pregunté.

—No lo he visto —respondió Lula—. Ni a él ni a su furgoneta.

—¿Sabes algo de Carmen?

—¿Qué se supone que debo saber?

—Si está por ahí.

Lula llevaba un top minúsculo que apenas le cubría las tetas. Hizo girar un botellín sobre una de ellas. Me pareció que no serviría de nada. Habría necesitado un barril para refrescar una teta tan grande.

—No he oído nada acerca de Carmen.

Un horrible pensamiento pasó por mi mente.

—¿Sabéis si ha estado con Ramírez?

—Tarde o temprano todas van con Ramírez.

—¿Tú has estado con él?

—Yo no. Le gustan las tías más delgadas.

—Pero si te lo pidiese, ¿irías con él?

—Cariño, nadie le niega nada a Ramírez.

—Tengo entendido que maltrata a las mujeres.

—Muchos hombres maltratan a las mujeres —intervino Jackie—, a veces les da por ahí...

—A veces están enfermos —repliqué—, a veces son monstruos. Tengo entendido que Ramírez es un monstruo.

Lula volvió la mirada hacia las ventanas del gimnasio, calle abajo.

—Sí —contestó en voz baja—. Es un monstruo. Me da miedo. Una amiga se fue con él y le hizo un tajo muy feo.

—¿Un tajo? ¿Con un cuchillo?

—No. Con un botellín de cerveza. Lo rompió por el cuello y lo usó para... ya sabes.

Sentí que me mareaba y el tiempo pareció detenerse por un instante.

—¿Cómo sabes que fue Ramírez?

—Se sabe.

—Nadie sabe nada —rezongó Jackie—, la gente debe mantener el pico cerrado. Alguien va a enterarse y entonces sabrás lo que es bueno. Y será culpa tuya, porque sabes que no tienes que irte de la lengua. Yo no voy a quedarme aquí, no quiero participar en esto. Me voy a mi esquina. Y tú deberías imitarme, si sabes lo que te conviene.

—Si supiera lo que me conviene no estaría aquí, —dijo Lula, y se alejó.

—Ándate con cuidado —le grité.

—Una mujer grande como yo no tiene por qué andarse con cuidado. Si uno de esos cabrones quiere hacerse el gallito conmigo, lo machaco. Nadie se mete con Lula.

Metí los botellines de cerveza que quedaban en el coche, me deslicé detrás del volante y cerré las puertas con seguro. Puse en marcha el motor y encendí el aire acondicionado, con todas las rejillas giradas hacia mí para que el frío me diera de lleno en la cara.

—Vamos Stephanie. Contrólate —me dije en voz alta.

Pero no podía controlarme. La pena que sentía por una mujer a la que ni siquiera conocía pero cuya vida debía de ser un verdadero infierno, hizo que se me formase un nudo en la garganta. Quería alejarme de la calle Stark y no regresar nunca. No quería saber esas cosas, no quería que el terror se apoderara de mí en los momentos menos esperados. Cogí el volante con fuerza y miré calle abajo en dirección a la ventana del gimnasio. Me estremecí de rabia y horror porque Ramírez no había recibido su castigo y seguía libre, libre para mutilar y aterrorizar a otras mujeres.

Salí bruscamente del coche, cerré de un portazo y me encaminé a grandes zancadas hacia la oficina de Alpha. Subí de dos en dos por los escalones. Pasé como una tromba por delante de la secretaria y abrí la puerta del despacho de Alpha, con tanta fuerza que golpeó contra la pared.

Alpha dio un respingo en su silla.

Apoyé las palmas de la mano sobre el escritorio y me incliné hacia él.

—Anoche su campeón me llamó por teléfono. Estaba maltratando a una muchacha y quiso que me enterase, para aterrorizarme. Sé que lo han acusado muchas veces de violación y que es un psicópata sexual. Ignoro cómo ha logrado evitar que lo juzguen hasta ahora, pero he venido a decirle que se le ha acabado la suerte. Hablaré con la prensa, iré a la Federación de Boxeo.

—No haga eso, por favor. Lo arreglaré. Le juro que lo arreglaré. Haré que lo vea un psiquiatra.

—¡Hoy mismo!

—Sí. Hoy. Se lo prometo.

No me lo creí, pero ya había dicho lo que tenía que decir, de modo que salí con la misma expresión de furia con que había entrado. Una vez en la acera, respiré hondo y crucé la calle con una tranquilidad que no sentía. Puse el coche en marcha y me alejé lentamente, pero con cautela.

Aún era temprano, pero ya no tenía energías para continuar con la caza. Conduje hasta mi casa y aparqué, todo ello casi sin darme cuenta de lo que hacía. Subí a mi apartamento, me dejé caer sobre la cama y me coloqué en posición de meditación.

Cuando desperté ya eran las tres, y me sentía mejor. Dormir me había servido para ocultar en lo más profundo de mi mente los pensamientos depresivos. Sabía que seguían ahí, pero al menos ya no me atosigaban.

Me preparé un bocadillo de mantequilla de cacahuete. Le di un poquito a Rex y me zampé el resto mientras escuchaba los mensajes que habían dejado en el contestador de Morelli.

Un estudio fotográfico le ofrecía una foto gratis si aceptaba posar para ellos. Alguien quería venderle unas bombillas y Charlene llamó para hacerle proposiciones obscenas, jadeó y tuvo un orgasmo increíble, o le pisó la cola al gato. Por desgracia, también se acabó la cinta. Mejor. No soportaría mucho más escuchar mensajes como aquellos. Estaba poniendo orden en la cocina cuando sonó el teléfono y el contestador se puso en funcionamiento.

—¿Me oyes Stephanie? ¿Estás en casa? Hoy te vi hablar con Lula y Jackie. Te he visto beber cerveza con ellas. Eso no me ha gustado, Stephanie. Has hecho que me sintiese mal. Y me has hecho pensar que ellas te gustan más que yo. Me he enfadado porque no quieres lo que el campeón quiere darte.

»Puede que te haga un regalo, Stephanie. Puede que te lo deje delante de tu puerta mientras duermes. ¿Te gustaría? A todas las mujeres les gustan los regalos. Sobre todo los que da el campeón. Será una sorpresa, Stephanie. Una sorpresa para ti.

Con esa promesa retumbando en mis oídos, me aseguré de tener el revólver y las balas en el bolso y me dirigí hacia la armería de Sunny. Llegué a las cuatro y esperé en el aparcamiento, hasta que Eddie se presentó a las cuatro y cuarto.

Iba de paisano y llevaba su 38 a la cintura.

—¿Dónde está tu revólver?

Acaricié mi bolso.

—Llevar un arma oculta es un delito grave en Nueva Jersey.

—Tengo un permiso.

—Déjame verlo.

Saqué el permiso de mi cartera.

—Este permiso es para portar armas, no para ocultarlas.

—Ranger me dijo que servía para todo.

—¿Ranger irá a visitarte cuando estés en chirona?

—A veces me parece que se salta la ley. ¿Vas a detenerme?

—No, pero tendrás que pagar por ello.

—¿Media docena de rosquillas?

—Con media docena de rosquillas se arregla una multa. Esto te costará media docena de cervezas y una *pizza*.

Teníamos que pasar por la armería para llegar a la galería de tiro. Eddie pagó el alquiler de esta y compró una caja de balas. Seguí su ejemplo. La galería se encontraba directamente detrás de la armería y consistía en una estancia del tamaño de una bolera pequeña, dividida en siete cabinas, en cada una de las cuales había un estante a la altura del pecho. Unos metros por delante de las cabinas había unas siluetas blancas con forma de seres humanos asexuados, en los que se veía una diana al nivel del corazón. Según las normas, nunca se debía apuntar a la persona que se

tenía al lado.

—De acuerdo —dijo Gazarra—. Empecemos por el principio. Tienes un Smith & Wesson 38 Especial. Es un arma de cinco disparos, lo que significa que pertenece a la categoría de los revólveres pequeños. Usas balas huecas para causar el máximo de dolor y sufrimiento. Empujas este trasto hacia adelante con el pulgar, el tambor se libera y estás en condiciones de cargar el revólver. Cada bala es un tiro. Cuando el tambor está lleno, lo cierras. Tienes que oír un clic. Nunca mantengas el dedo en el gatillo. Si algo te sorprendiese, la reacción natural sería presionar, y podrías hacerte un agujero en el pie. Hasta el momento de disparar, mantén el dedo extendido junto al gatillo. Hoy adoptaremos la posición básica, con los pies separados, paralelos a los hombros. Todo el peso de tu cuerpo debe descansar sobre la parte delantera de la planta de los pies; coge el revólver con las dos manos, con el pulgar izquierdo sobre el derecho y los brazos estirados. Mira el blanco, alza el revólver y apunta. Alinea la mira con la muesca que hay detrás en el punto que quieras del blanco y dispara.

»Este revólver es de doble acción. Para disparar puedes presionar el gatillo directamente o antes de hacerlo amartillar el percutor.

Mientras hablaba, hacía una demostración del proceso. Pero no disparó. Liberó el tambor, sacó las balas, las dejó caer sobre el estante, puso el revólver encima de este y dio un paso atrás.

—¿Alguna pregunta?

—No. Todavía no.

Me entregó un par de protectores para los oídos.

—Adelante.

Mi primer disparo fue de acción simple y dio en el blanco. Disparé unas cuantas descargas de acción simple antes de intentarlo con doble acción. Resultaba más difícil de controlar, pero no lo hice mal. Transcurrida media hora había usado todas mis municiones y disparaba de manera errática de tan cansados que tenía los músculos. Cuando voy al gimnasio, normalmente me dedico a los abdominales y a las piernas, porque es allí donde se me acumula la grasa. Si quería disparar bien, tendría que reforzar los músculos del torso y de los brazos.

Eddie tiró de la polea y acercó el blanco.

—No está mal —dijo.

—Lo hago mejor con la acción simple.

—Eso es porque eres una chica.

—Más te vale no decir esas cosas cuando tenga un revólver en la mano.

Antes de marcharme compré una caja de balas y la metí en el bolso con el revólver. Conducía un coche robado, y preocuparme por llevar un arma oculta me parecía una exageración».

—¿Te has olvidado de la *pizza*? —dijo Gazarra.

—¿Qué hay de tu mujer?

—Está en una fiesta que dan en honor de una amiga embarazada.

—¿Y los niños?

—Con mi suegra.

—¿Y tu dieta?

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no quieres comprar esa *pizza*?

—Lo único que me distingue de la mendiga de la estación del ferrocarril son doce dólares y treinta y tres centavos.

—De acuerdo. Ya la compraré yo.

—Bueno. Necesito hablar. Tengo problemas.

Diez minutos más tarde nos encontramos en la pizzería de Pino. Había varios restaurantes italianos en el barrio, pero en ninguno preparaban las *pizzas* como en Pino. Me habían dicho que por las noches la cocina se llenaba de cucarachas del tamaño de un gato, pero la *pizza* era de primera; la pasta, crujiente, la salsa, casera, y cuando la comías la grasa del pepperoni se deslizaba por tu brazo y chorreaba por el codo. Había una barra y unas cuantas mesas. Por la noche los polis acudían allí para relajarse un poco antes de regresar a casa después del trabajo. A esa hora del día, estaba lleno de hombres que esperaban a que sus *pizzas* estuviesen listas para llevárselas.

Nos sentamos a una mesa y pedimos una jarra de cerveza mientras esperábamos la *pizza*. En medio de la mesa había un frasco lleno de guindillas trituradas y otro de queso parmesano rallado. El mantel era de plástico a cuadros rojos y blancos. Las paredes, de paneles laqueados y brillantes, estaba decorada con fotos enmarcadas de personajes famosos, la mayoría de ellos italianos. Entre ellos destacaban Frank Sinatra y Benito Ramírez.

—Y bien, ¿cuál es tu problema?

—Son dos. Primero, Joe Morelli. He topado con él cuatro veces desde que me hice cargo del caso y ni siquiera he estado cerca de capturarlo.

—¿Le tienes miedo?

—No, pero tengo miedo de usar el revólver.

—Entonces hazlo como lo haría una dama: rocíalo y espósallo.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Resulta complicado rociar con gas nervioso a un hombre que tiene la lengua metida en tu boca.

—Eso pensaba hacer, pero siempre se mueve más deprisa que yo.

—¿Quieres que te dé un consejo? Olvida a Morelli. Eres una principiante y él un profesional. Tiene años de experiencia. Era un poli listo, y como delincuente probablemente sea aún mejor.

—Esa opción queda descartada. Quisiera que investigaras un par de coches por mí. —Apunté el número de matrícula de la furgoneta en una servilleta y se la di—. A ver si averiguas a quién pertenece. También quisiera saber si Carmen Sánchez tiene coche, y, de ser así, si se lo han confiscado.

Bebí un trago de cerveza, me eché hacia atrás en la silla y disfruté del aire acondicionado y del rumor de las conversaciones. Todas las mesas estaban ocupadas

y un montón de gente esperaba en la puerta. A nadie le apetecía cocinar con ese calor.

—Bueno, ¿y cuál es el segundo problema?

—Si te lo cuento, prométeme que no te mostrarás preocupado.

—¡Dios, estás embarazada!

Lo miré, asombrada.

—¿Qué te hace pensar eso?

Me miró con expresión avergonzada.

—No lo sé. Es lo que Shirley suele decir en estos casos.

Gazarra tenía cuatro hijos, el mayor, de nueve años, y el menor, de uno. Todos niños, y todos monstruos.

—No, no estoy embarazada. Se trata de Ramírez. —Le conté todo acerca de él.

—Debiste denunciarlo. ¿Por qué no llamaste a la policía cuando te maltrató en el gimnasio?

—¿Llamaría Ranger a la poli si lo maltrataran?

—No eres Ranger.

—Cierto, pero ¿entiendes a qué me refiero?

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque si desaparezco de pronto, quiero que sepas por dónde empezar a buscarme.

—¡Dios! Si crees que es tan peligroso, deberías conseguir una orden que le prohíba acercarse a ti.

—No confío mucho en esa clase de órdenes. Además, ¿qué voy a decirle al Juez? ¿Que Ramírez amenazó con enviarme un regalo? Mira alrededor. ¿Qué ves?

Eddie suspiró.

—Fotos de Ramírez, junto al Papa y a Frank Sinatra.

—Seguro que no me pasará nada. Necesitaba contárselo a alguien, eso es todo.

—Si vuelve a molestarte, quiero que me telefonees de inmediato.

Asentí con la cabeza.

—Cuando estés sola en casa, asegúrate de tener el revolver cargado y a mano. ¿Podrías usarlo contra Ramírez de ser necesario?

—No lo sé. Creo que sí.

—Los horarios se han vuelto a joder y me toca el turno de día otra vez. Quiero que te encuentres conmigo cada día en la armería de Sunny, a las cuatro y media. Compraré las municiones y pagaré el alquiler. La única manera de sentirte cómodo con un revólver es usándolo.

Llegué a casa a las nueve y, como no tenía nada mejor que hacer, decidí limpiar el apartamento. No había mensajes en el contestador ni paquetes sospechosos delante de mi puerta. Di de comer a Rex, pasé la aspiradora por la alfombra, fregué el cuarto de baño y enceré los pocos muebles que me quedaban. Cuando se hicieron las diez, me aseguré una vez más de que todo estuviese bien cerrado, me duché y me acosté.

Desperté a las siete de la mañana. Había dormido como un lirón y me sentía de maravilla. Por fortuna, no había ningún mensaje en el contestador. Los pájaros trinaban, el sol brillaba y contemplé mi reflejo en la tostadora. Me puse unos *shorts* elásticos y una blusa y preparé café. Descorrí las cortinas de la sala y lancé un suspiro de asombro ante la magnificencia del día. El cielo era de un azul brillante y el aire limpio a causa de la lluvia que había caído. Sentí un poderoso deseo de cantar, algo de *Sonrisas y lágrimas*, por ejemplo. Entré tarareando en el dormitorio y descorrí alegremente la cortina. Lo que vi me dejó paralizada. Allí estaba Lula, atada a la escalera de incendios, colgando igual que una muñeca de trapo, con los brazos atados a la barandilla, doblados de manera extraña, la cabeza inclinada sobre el pecho y las piernas separadas, como si estuviese sentada. Estaba desnuda, con la cabeza y las piernas cubiertas de sangre reseca. Le habían echado una sábana por detrás para que no fuese visible desde el aparcamiento.

Grité su nombre y traté de abrir el pestillo; mi corazón latía con tal fuerza que se me nubló la vista. Abrí la ventana, y a punto estuve de caer sobre la escalera de incendios al tirar de sus ataduras.

Lula no se movió ni pronunció palabra, y yo no estaba en condiciones de comprobar si respiraba.

—Te pondrás bien —exclamé con voz ronca, y sin poder reprimir un sollozo, susurré—: Voy por ayuda. Por favor, no te mueras. Lula, ¡no te mueras!

Con torpeza pasé por la ventana para llamar una ambulancia, pero tropecé con el alféizar y caí al suelo. No sentí dolor, solo pavor, y a gatas me dirigí hacia el teléfono. No recordaba el número de urgencias. Estaba tan histérica que no conseguía ordenar mis pensamientos.

Pulsé el cero y dije a la operadora que Lula estaba herida en mi escalera de incendios. Evoqué la imagen de Jackie Kennedy trepada al maletero del coche para pedir ayuda para su marido muerto, y rompí a llorar. Lloraba por Lula, por Jackie y por mí, por todas las víctimas de la violencia.

Corrí hacia la cocina y cogí un cuchillo. Ignoraba cuánto tiempo llevaba Lula atada a la barandilla, pero no soportaba verla así ni un segundo más. Salí de nuevo a la escalera de incendios y corté las cuerdas. Lula cayó en mis brazos. Me doblaba en tamaño, pero me las ingenié para meter en el apartamento su cuerpo inerte y ensangrentado. Mi instinto me exigía ocultarla y protegerla. Oí las sirenas a distancia, cada vez más cerca, y al cabo de unos instantes la policía llamó a mi puerta. No

recuerdo haberles abierto, pero lo hice, obviamente. Un policía uniformado me hizo a un lado, me llevó a la cocina y me sentó en una silla. Lo siguió un enfermero.

—¿Qué pasó? —preguntó el poli.

—La encontré en la escalera de incendios. Abrí las cortinas y allí estaba. —Me castañeteaban los dientes y mi corazón seguía latiendo a toda prisa—. Estaba atada, corté las ataduras y la arrastré por la ventana. —Oí a los sanitarios pedir a gritos una camilla. Oí que apartaban mi cama para tener espacio. Temía preguntar si Lula estaba viva. Respiré hondo y cerré las manos con fuerza sobre el regazo, hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

—¿Lula vive aquí?

—No. Vivo sola. No sé prácticamente nada acerca de ella, ni siquiera su apellido. El teléfono sonó y contesté automáticamente.

—¿Has recibido mi regalo, Stephanie? —susurró la voz.

Por un instante todo pareció girar alrededor de mí, pero me recobré, pulsé el botón de grabación y subí el volumen para que todos oyeran.

—¿A qué regalo te refieres?

—Lo sabes muy bien. Vi cómo la encontrabas. Te vi arrastrarla por la ventana. He estado vigilándote. Anoche, mientras dormías, estabas a merced de mí, pero quería que vieras a Lula. Quería que vieras lo que les hago a las mujeres, para que supieras lo que te espera. Quiero que pienses en ello, zorra. Quiero que pienses en lo mucho que suplicarás y sufrirás.

—¿Te gusta maltratar a las mujeres?

Comenzaba a recuperar el control sobre mi misma.

—A veces las mujeres necesitan que las maltrates.

Decidí arriesgarme.

—Y a Carmen Sánchez, ¿también la maltrataste?

—No tanto como voy a maltratarte a ti. Te tengo reservadas cosas especiales.

—¿Por qué no lo intentas ahora? —No era una bravuconada por mi parte, sino que hablaba en serio. Estaba furiosa.

—Sé que estás rodeada de polis, zorra. Voy a pillarte cuando estés sola y no me esperes. Me aseguraré de que pasemos un largo rato juntos —dijo, y colgó el auricular.

—¡Jesús! —exclamó el policía—. Está rematadamente loco.

—¿Sabe quién era? —preguntó el enfermero.

—No, pero lo sospecho.

Saqué la cinta del contestador y apunté mi nombre y mi teléfono en la etiqueta. Me temblaba tanto la mano que lo que escribí resultaba apenas legible.

Un radiotransmisor chisporroteó en la sala. Oí murmullos en mi dormitorio. Las voces ya no eran tan frenéticas y la actividad había decrecido. Me miré en el espejo y me di cuenta de que estaba cubierta con la sangre de Lula. Había empapado mi blusa y mis *shorts* y se estaba coagulando en mis manos y en las plantas de mis pies

descalzos. El teléfono estaba manchado de sangre, así como el suelo y la encimera de la cocina.

El poli y el enfermero se miraron.

—Quizá debería limpiarse esa sangre —dijo el segundo—. ¿Qué le parece si toma una ducha, ya mismo?

Al dirigirme hacia el cuarto de baño miré a Lula. Se disponían a sacarla. Estaba atada a una camilla, cubierta con una sábana y una manta, y una cánula salía de su brazo.

—¿Cómo está?

Un poli tiró de la camilla.

—Viva.

Para cuando salí del cuarto de baño, los sanitarios se habían marchado. Dos polis se habían quedado, y el que había hablado conmigo en la cocina conversaba en la sala con uno de paisano. Los dos repasaban unos apuntes. Me vestí rápidamente y no me preocupé por secarme el cabello. Quería hacer mi declaración y acabar de una vez. Deseaba ir al hospital a ver a Lula.

El poli de paisano se llamaba Dorsey. Ya lo había visto antes, probablemente en la pizzería de Pino. Era de estatura y complexión medianas y debía de tener unos cincuenta años. Iba en mangas de camisa y llevaba pantalón y mocasines baratos. Vi la cinta de mi contestador en el bolsillo de su camisa. Prueba A.

Le hablé del incidente en el gimnasio, pero no mencioné a Morelli, pues quería que creyese que no conocía a la persona que me había rescatado. Si la policía pensaba que Morelli había salido de la ciudad, tanto mejor. Aún tenía la esperanza de atraparlo y cobrar mi dinero.

Dorsey tomó muchas notas y miró al policía uniformado con expresión de complicidad. No parecía sorprendido. Supongo que cuando se lleva mucho tiempo en el cuerpo, ya nada sorprende.

Cuando se fueron, desconecté la cafetera, eché el cerrojo a la ventana del cuarto de baño, cogí mi bolso y me dispuse a salir del apartamento. Sabía qué encontraría en el pasillo. Tendría que abrirme paso entre la señora Orbach, el señor Grossman, la señora Feinsmith, el señor Wolesky y Dios sabía cuántos más. Querrían que les diera los detalles, y yo no estaba en condiciones de hacerlo.

Agaché la cabeza, me disculpé y me dirigí directamente hacia la escalera, a sabiendas de que eso los obligaría a detenerse. Salí a toda prisa y corrí hacia el Cherokee.

Enfilé Saint James hasta Oiden y crucé Trenton hasta llegar a la calle Stark. Habría sido más fácil ir directamente al hospital, pero quería llevarme a Jackie. Descendí a toda velocidad por Stark y pasé por delante del gimnasio sin mirarlo siquiera de reojo. Para mí, Ramírez estaba acabado. Si lograba librarse de la justicia, tendría que vérselas conmigo. De ser necesario le cortarí la polla con un cuchillo mellado.

Justo en ese momento Jackie salía del Córner Bar, donde supongo que había desayunado. Frené de golpe, abrí la puerta del lado del acompañante, y le dije:

—¡Sube!

—¿De qué vas?

—Lula está en el hospital. Ramírez hizo de las suyas con ella.

—¡Dios mío! —exclamó—. Tenía tanto miedo... Sabía que algo no iba bien. ¿Se encuentra muy mal?

—Sinceramente, no lo sé. Acabo de hallarla en mi escalera de incendios. Ramírez la dejó atada como un mensaje para mí. Ha perdido el conocimiento.

—Estaba con ella cuando fue a buscarla. Ella no quería ir, pero a Benito Ramírez nadie le dice que no. Su chulo la habría molido a palos.

—Pues de todos modos eso es lo que le han hecho.

En Hamilton, encontré un espacio para aparcar a una manzana de la entrada de urgencias. Activé la alarma y Jackie y yo nos dirigimos a toda prisa hacia el hospital. Ella debía de pesar unos noventa kilos, y ni siquiera jadeaba cuando abrimos la puerta de doble batiente. Supongo que pasarse el día jodiendo mantiene la gente en forma.

—Una ambulancia acaba de traer a una mujer llamada, Lula —dije a la recepcionista.

La recepcionista me miró y luego miró a Jackie, que llevaba unos *shorts* verde fosforescente que le dejaban la mitad del culo al descubierto, sandalias de goma a juego y un top fucsia, y preguntó:

—¿Es pariente suya?

—Lula no tiene familia aquí.

—Necesito que alguien rellene los formularios.

—Supongo que puedo hacerlo yo —contestó Jackie.

Cuando terminamos con los formularios, nos dijeron que nos sentáramos y esperásemos. Lo hicimos en silencio, hojeamos, sin prestarle atención, varias revistas manoseadas y observamos, con la misma indiferencia, las tragedias que pasaban por delante de nosotros. Al cabo de media hora pregunté por Lula y me dijeron que estaba en la sala de rayos X. ¿Cuánto tiempo estaría allí? La recepcionista no lo sabía. Tardarían, pero un médico vendría a hablar con nosotras. Se lo expliqué a Jackie.

—¡Seguro! —dijo con tono de incredulidad.

Tenía mono de cafeína, de modo que dejé a Jackie y fui a la cafetería. Allí, llené una caja de pastelillos y dos cafés grandes y añadí dos naranjas, por si Jackie y yo sentíamos la necesidad de ingerir algún alimento saludable. Me pareció poco probable, pero se me antojó que era como llevar bragas limpias en el bolso, por si acaso una sufre un accidente de tráfico. No se pierde nada con esta preparada. Una hora más tarde vimos al médico. Me miró y luego miró a Jackie, que tiró hacia abajo de sus *shorts* en un intento inútil de cubrirse los muslos.

—¿Es usted pariente suya? —preguntó a Jackie.

—Supongo que sí. ¿Cómo se encuentra?

—El diagnóstico es grave, pero hay esperanzas. Ha sufrido un traumatismo craneal y ha perdido mucha sangre debido a las múltiples heridas. En este momento está en el quirófano. Probablemente pase un buen rato antes de que la lleven a su habitación. Si quieren pueden regresar en un par de horas.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Jackie.

Pasaron dos horas, en las que no volvimos a recibir información. Nos habíamos comido todos los pastelillos y nos vimos obligadas a dar cuenta de las naranjas.

—No me gusta esto —declaró Jackie—. No me gustan los hospitales ni ninguna institución pública. Este maldito lugar huele a judías verdes enlatadas.

—Has pasado mucho tiempo en instituciones públicas, ¿eh?

—¡Y que lo digas!

No pareció deseosa de añadir detalles y, de todos modos, yo no quería que me los diera. Me removí en mi silla, observé alrededor y vi a Dorsey hablar con la recepcionista; debía de estar interrogándola, pues asentía con la cabeza. La recepcionista señaló hacia donde estábamos Jackie y yo, y Dorsey se acercó lentamente.

—¿Cómo se encuentra Lula? —inquirió—, ¿tienen noticias?

—Está en cirugía.

Se sentó a mi lado.

—Todavía no hemos encontrado a Ramírez. ¿Tiene usted idea de dónde puede estar? ¿Le dijo algo interesante antes de que pusiese en marcha la grabación?

—Dijo que me había visto meter a Lula por la ventana, y que sabía que había polis en mi apartamento. Seguro que estaba cerca.

—Probablemente le telefonease desde un coche.

Estuve de acuerdo.

—Tenga mi tarjeta. —Escribió un número en el reverso—. Este es mi teléfono. Si ve a Ramírez, o recibe otra llamada, comuníquese conmigo enseguida.

—Le costará esconderse —dije—. Se trata de una celebridad local y es fácil de reconocer.

Dorsey volvió a guardar su estilográfica en el bolsillo interior de la americana y vislumbré su pistola.

—En esta ciudad hay mucha gente dispuesta a proteger a Benito Ramírez. Ya hemos pasado por esto antes.

—Sí, pero nunca tuvieron una grabación.

—Cierto. Puede que sea vital.

—No servirá de nada —comentó Jackie cuando Dorsey se hubo marchado—. Ramírez hace lo que quiere. A nadie le importa que golpee a una puta.

—A nosotras nos importa. Podemos pararlo, podemos lograr que Lula testifique contra él.

—¡Ja! No sabes nada de nada.

Tras más de tres horas de espera nos dejaron ver a Lula. No había recuperado el

conocimiento y estaba en la UVI. Limitaron nuestra visita a diez minutos cada una. Le apreté la mano y le aseguré que se pondría bien. Al acabarse mi tiempo, dije a Jackie que tenía una cita, y ella contestó que se quedaría hasta que Lula abriera los ojos.

Llegué a la armería de Sunny media hora antes que Gazarra. Pagué el alquiler, compré una caja de balas y fui a la galería de tiro. Efectué unos cuantos disparos amartillando el percutor y luego me dediqué a practicar en serio. Imaginé que el blanco era Ramírez, y apunté a su corazón, sus huevos y su nariz.

Gazarra se presentó a las cuatro y media. Dejó caer una nueva caja de balas sobre mi estante y se metió en la cabina contigua a la mía. Para cuando acabé con las dos cajas me sentía agradablemente relajada y cómoda con el revólver. Cargué el arma y la guardé en mi bolso. Le di un golpecito a Gazarra en el hombro y le indiqué que había terminado.

Se metió el Glock en la funda y me siguió. Esperamos a estar en el aparcamiento para hablar.

—Oí tu llamada. Siento no haber podido ir, pero estaba llevando a cabo un operativo. Vi a Dorsey en la comisaría. Me ha dicho que te mostraste serena, y que encendiste la grabadora cuando Ramírez te llamó.

—Debiste verme cinco minutos antes. Ni siquiera recordaba el número de la policía.

—Supongo que no aceptarías tomarte unas vacaciones, ¿verdad?

—No creas que no he pensado en ello.

—¿Tienes la pistola en el bolso?

—¡Diablos, no! Eso sería quebrantar la ley.

Gazarra suspiró.

—Que nadie te la vea, ¿de acuerdo? Y llámame si crees que corres peligro. Puedes quedarte con Shirley y conmigo el tiempo que quieras.

—Te lo agradezco.

—He investigado el número de matrícula que me diste. Pertenece a un vehículo incautado por estar mal aparcado. Lo confiscaron y nadie ha ido a recuperarlo.

—Vi a Morelli conducir ese vehículo.

—Es probable que lo tomara prestado.

Ambos sonreímos al pensar en Morelli conduciendo un vehículo robado del depósito de coches.

—¿Qué hay de Carmen Sánchez? ¿Tiene coche?

Gazarra sacó un papel del bolsillo.

—Este es el modelo y el número de la matrícula. No ha sido confiscado. —Hizo una pausa, y añadió—: ¿Quieres que te acompañe para asegurarnos de que no hay nadie en tu apartamento?

—No hace falta. La mitad de mis vecinos deben de haber acampado en el pasillo.

Lo que realmente me daba miedo era ver la sangre. Sabía que al regresar a mi

casa tendría que enfrentarme a las horribles consecuencias de la obra de Ramírez. Aún habría sangre de Lula en el teléfono, en las paredes, en la encimera de la cocina y en el suelo. Si ver esa sangre provocaba en mí un nuevo ataque de histeria, quería enfrentarme a él a solas, a mi manera.

Aparqué y entré sigilosamente en el edificio, sin que nadie me viera. No había nadie en los pasillos. Todos estaban cenando. Tenía el pulverizador en una mano y el revólver metido en la cintura de los *shorts*. Hice girar la llave y sentí un nudo en el estómago.

Acaba con ello —me dije—. Entra de sopetón, mira debajo de la cama por si hay violadores, ponte unos guantes y limpia.

En cuanto puse un pie en el apartamento me percaté de que había alguien allí. Alguien estaba en la cocina, pues percibí el sonido de cacerolas y de que algo se freía en una sartén.

—Hola —grité, con el revólver en la mano—. ¿Quién está ahí?

Morelli salió tranquilamente de la cocina.

—Soy yo. Puedes guardar ese revólver. Tenemos que hablar.

—¡Dios! Qué jodidamente arrogante eres. ¿Se te ha ocurrido que podría haberte disparado?

—No. No se me había ocurrido.

—He estado practicando. Soy bastante buena tiradora.

Pasó por mi lado y cerró la puerta con llave.

—Sí, apuesto a que eres una maravilla disparando contra esos hombres de cartón.

—¿Qué haces en mi apartamento?

—Estoy preparando la cena —dijo al tiempo que entraba en la cocina a continuar con lo que estuviese haciendo—. Se rumorea que has tenido un día muy duro.

No me lo podía creer. Había removido cielo y tierra tratando de encontrar a Morelli y ahí estaba, en mi apartamento. Hasta me daba la espalda. Podía dispararle en el trasero.

—No dispararás contra un hombre desarmado ¿verdad? —dijo, como si me leyera el pensamiento—. El estado de Nueva Jersey lo desaprueba. Créeme, lo sé.

De acuerdo, no podía dispararle. Lo rociaría con mi gas nervioso y dejaría sus neurotransmisores fuera de combate, Morelli echó setas frescas en la sartén y siguió cocinando. El aroma era delicioso. Estaba removiendo pimientos verdes, cebolla y setas. A medida que la saliva se me acumulaba en la boca, mis instintos asesinos se debilitaban.

Decidí aplazar mi decisión de rociarlo con gas y me dije que debía escucharlo, pero la verdad es que mis motivos no eran tan dignos, ni mucho menos. Estaba hambrienta y deprimida, y le tenía mucho más miedo a Ramírez que a Joe Morelli. De hecho, y por extraño que parezca, la presencia de Morelli en mi apartamento hacía que me sintiese segura.

Sí, primero cenaría y luego lo rociaría con el gas. Se volvió y me miró.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ramírez ha estado a punto de matar a Lula; la dejó colgada en mi escalera de incendios.

—Ese tipo es como un hongo que se alimenta del miedo. ¿Lo has visto en el cuadrilátero? Sus admiradores lo adoran porque llega hasta el límite si el arbitro no interviene. Juega con sus contrincantes. Le encanta machacarlos, verlos sangrar. Y mientras castiga a su víctima, habla con ella con esa voz suave que tiene, le explica que aún le esperan cosas peores, le dice que solo se detendrá cuando le ruegue que lo noquee. Es igual con las mujeres. Le gusta verlas retorcerse de miedo y dolor. Le gusta dejar su marca.

Arrojé el bolso sobre la encimera.

—Lo sé. Le encanta mutilar, y que le imploren clemencia. De hecho, podría decirse que le obsesiona.

Morelli redujo la intensidad del fuego.

—Estoy tratando de asustarte, pero creo que no funciona.

—Ya no temo a nada, al menos por hoy. Tal vez mañana... —Miré alrededor y advertí que no había rastros de sangre—. ¿Limpiaste la cocina?

—La cocina y el dormitorio. En cuanto a la alfombra, tendrás que llamar a un profesional.

—Gracias. No me hacía ninguna gracia volver a ver sangre.

—Fue muy desagradable, ¿verdad?

—Sí. La había golpeado tanto que tenía el rostro irreconocible, y sangraba... Por todas partes. —No pude evitar que se me quebrase la voz. Bajé la mirada y exclamé —: ¡Mierda!

—En la nevera hay vino. ¿Qué te parece si dejas ese revólver y sirves un par de copas?

—¿Por qué te comportas tan bien conmigo?

—Porque te necesito.

—¡Estupendo!

—No es lo que estás pensando.

—No estaba pensando en eso. Solo he dicho estupendo. ¿Qué estás preparando?

—Filete. Los metí en el horno en el momento en que aparcabas. —Escanció el vino y me dio una copa—. Vives como una espartana.

—Perdí mi trabajo y no consigo otro. He tenido que vender los muebles para sobrevivir.

—¿Por eso decidiste trabajar para Vinnie?

—No tenía muchas opciones.

—Así que solo quieres capturar me por el dinero, no es nada personal.

—Al principio no lo era.

Se movía por mi cocina como si hubiese vivido allí toda la vida. Puso unos platos en la encimera y sacó un cuenco de ensalada de la nevera. Debería haber sentido que

invadía mi territorio, que me dominaba, pero en realidad me resultó consolador.

Echó un filete en cada plato, los cubrió con pimientos y cebollas y añadió una patata asada envuelta en papel de aluminio. Sacó el aliño para la ensalada, crema agria para las patatas y salsa para el filete, apagó el horno y se secó las manos en la toalla de la cocina.

—¿Por qué lo es ahora?

—¿Has olvidado que me encadenaste a la barra de la cortina? Por no mencionar que me obligaste a buscar mis llaves en un contenedor de basura. Cada vez que te encuentro haces todo lo posible por humillarme.

~No eran tus llaves sino las mías. —Bebió un sorbo de vino y nuestras miradas se encontraron—. Robaste mi coche.

—Tenía un plan.

—Pensabas pillarme cuando quisiera recuperarlo, ¿no?

—Algo así.

Llevó su plato a la mesa.

—Me he enterado de que hay trabajo para maquilladoras en Macy's.

—Te pareces a mi madre.

Morelli sonrió con picardía y cortó su filete. Yo estaba agotada y el vino y la buena comida me habían dulcificado. Comimos sentados a la mesa, frente a frente, como una pareja que lleva mucho tiempo casada. Limpié mi plato y empujé mi silla hacia atrás.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunté.

—Cooperación. A cambio me aseguraré de que te paguen tu comisión.

—Adelante, te escucho.

—Carmen Sánchez era informante de la poli. Una noche estaba yo en casa, mirando la tele, y recibí una llamada suya pidiéndome ayuda. Decía que la habían violado y golpeado, que necesitaba dinero y un lugar donde ocultarse. A cambio me daría algo importante.

»Cuando llegué al apartamento, Ziggy Kulesza abrió la puerta; no vi a Carmen por ninguna parte. Otro tipo, al que conocen como el testigo desaparecido, salió del dormitorio, me reconoció de quién sabe dónde, y se dejó llevar por el pánico. “Este tío es poli”, le dijo a Ziggy. “No puedo creer que hayas abierto la puerta a un maldito poli”.

»Ziggy me apuntó con una pistola. Yo reaccioné y le disparé casi a quemarropa. Después me encontré mirando el techo. El segundo tipo se había largado. Carmen también se había largado, y la pistola de Ziggy había desaparecido.

—¿Cómo pudo errar el tiro disparando de tan cerca? Y, si erró el tiro, ¿dónde está la bala?

—La única explicación es que la pistola falló.

—Y ahora quieres encontrar a Carmen para que apoye tu versión de los hechos.

—No creo que Carmen apoye a nadie. Creo que Ramírez le dio una paliza y envió

a Ziggy y su amiguete a cargársela. Ziggy hacía el trabajo sucio de Ramírez.

»Cuando estás en la calle como yo, oyes cosas. A Ramírez le gusta castigar a las mujeres. Se sabe que algunas que han sido vistas en su compañía han desaparecido. Creo que pierde la cabeza y las mata, o puede que las maltrate tanto que tiene que mandar a alguien a acabar con ellas para que la poli no se entere. Entonces el cuerpo desaparece. Si no hay cuerpo, no hay crimen. Creo que cuando llegué Carmen estaba muerta en el dormitorio. Por eso Ziggy se dejó llevar por el pánico.

—Solo hay una puerta —comenté—. Y nadie la vio salir... ni viva ni muerta.

—En el dormitorio hay una ventana que da al callejón.

—¿Crees que la arrojaron por la ventana? —Morelli llevó su plato a la cocina y preparó café.

—Estoy buscando al tipo que me reconoció. Ziggy soltó la pistola al caer, la vi deslizarse hacía un lado. Probablemente cuando me pegaron por detrás, el compañero de Ziggy cogió el arma, entró silenciosamente en el dormitorio, echó a Carmen por la ventana y la siguió.

—He ido allí. Hay demasiada distancia hasta el suelo.

Morelli se encogió de hombros.

—Tal vez se confundiese entre la gente que nos rodeaba a Ziggy y a mí; luego se escabulló por la puerta trasera, cogió a Carmen y se largó.

—Ahora háblame de la parte en que me dan los diez mil dólares.

—Si me ayudas a probar que disparé contra Kulesza en defensa propia, dejaré que me entregues.

—Me estoy muriendo de ganas de saber cómo voy a hacerlo.

—El único vínculo que tengo con el testigo desaparecido es Ramírez. Lo he estado vigilando, sin resultado. Por desgracia, cada vez puedo moverme menos. Me he cobrado casi todos los favores. Últimamente he pasado más tiempo escondido que investigando. Tengo la impresión de que se me acaban el tiempo y las ideas. Eres la única persona de quien nadie sospecharía que me está ayudando.

—¿Por qué iba a ayudarte? ¿Por qué no aprovecho la oportunidad y te entrego?

—Porque soy inocente.

—Ese no es mi problema sino el tuyo. —Fue una respuesta dura y no del todo cierta. La verdad es que empezaba a ablandarme.

—Entonces te ofrezco algo más. Mientras me ayudas a encontrar a mi testigo, te protegeré de Ramírez.

Estuve a punto de replicar que no necesitaba protección, pero era absurdo. Necesitaba toda la protección posible.

—¿Qué ocurrirá cuando Dorsey detenga a Ramírez y ya no necesite tu protección?

—Ramírez saldrá en libertad bajo fianza y tendrá muchas más ganas de pillarte. Cuenta con amigos poderosos.

—¿Y cómo vas a protegerme?

—Vigilaré tu cuerpo, cariño.

—Ni pienses que vas a dormir en mi apartamento.

—Dormiré en la furgoneta. Mañana pondré micrófonos.

—¿Y qué hay de esta noche?

—Eso depende de ti. Lo más probable es que no te ocurra nada. Creo que Ramírez quiere jugar un poco contigo. Para él es como un combate. Querrá llegar a los diez asaltos.

Estuve de acuerdo. Ramírez habría podido meterse por mi ventana cuando se le hubiese antojado, pero prefería esperar.

—Aunque quisiera ayudarte, no sabría por dónde empezar. ¿Qué puedo hacer que no hayas hecho ya? A estas horas el testigo tal vez esté en Argentina.

—El testigo no está en Argentina. Está por ahí, matando a todos los que puedan reconocerlo. Ha asesinado a dos vecinos de Carmen e intentó, sin suerte, matar a otro. Yo también estoy en su lista, pero no puede encontrarme mientras me oculto, y si me dejo ver para que él se descubra, la policía me pillará.

De pronto, caí en la cuenta.

—Quieres usarme como cebo —dije—. Quieres ponerme frente a las narices de Ramírez y esperas que le saque información mientras me tortura. ¡Santo Dios, Morelli!, sé que estás cabreado porque te atropellé con el Buick, pero ¿no te parece que eso es llevar la venganza demasiado lejos?

—No es una venganza. La verdad es que... me caes bien. —Esbozó una sonrisa seductora—. En otras circunstancias, hasta podría tratar de enderezar tus entuertos.

—Estupendo.

—Veo que cuando esto acabe tendremos que hacer algo con esa vena cínica que has adquirido.

—Estás pidiéndome que arriesgue mi vida para salvarte el culo.

—Tu vida ya corre peligro. Está acechándote un tío enorme que viola y mutila a las mujeres. Si encontramos a mi testigo, lo vincularemos a Ramírez y, con suerte, haremos que los encierren de por vida. —Tenía razón—. Pondré micrófonos ocultos en tu pasillo y en tu dormitorio, así oiré todo lo que ocurre en tu apartamento, a excepción del cuarto de baño. Si cierras la puerta del cuarto de baño, probablemente no te oiré. Cuando salgas esconderemos un micrófono debajo tu blusa y te seguiré.

Respiré hondo.

—¿Y dejarás que me paguen la comisión cuando encontremos al testigo desaparecido?

—Sí.

—Has dicho que Carmen era informante. ¿Sobre qué informaba?

—Vendía toda la información que le llegaba, sobre todo la relacionada con camellos y pandilleros. Ignoro qué tenía para mí cuando llamó. Nunca me enteré.

—¿Pandilleros?

—Mañosos jamaicanos. Striker, la banda más importante, tiene su base en

Filadelfia. Toda la droga con que se trafica en Trenton pasa por sus manos. Traen más mierda de la que pueden vender y no sabemos cómo la meten. Este verano doce personas murieron por sobredosis de heroína. Hay tanta que los camellos ni siquiera se preocupan por cortarla.

—¿Crees que Carmen tenía información sobre Striker?

Morelli me miró fijamente por unos segundos.

—No —respondió finalmente—. Creo que iba a decirme algo acerca de Ramírez. Probablemente se enteró de algo cuando estaba con él.

A las siete de la mañana sonó el teléfono. El contestador tomó la llamada y reconoció la voz de Morelli.

—Despierta, puñetera. Estaré en tu puerta en diez minutos. Prepara el café.

Preparé el café, me lavé los dientes y me puse unos *shorts* elásticos y una camiseta. Morelli llegó con cinco minutos de antelación. Traía una caja de herramientas; en el bolsillo de su camisa de manga corta llevaba bordada las palabras «Long's Service».

—¿Qué es Long's Service?

—Ni idea.

—Ya veo. Un disfraz.

Dejó sus gafas de sol sobre la encimera y se sirvió una taza de café.

—La gente no suele fijarse en el nombre de los talleres de reparación. Solo recuerdan el color del uniforme. Y si lo haces bien, con uniforme puedes entrar en casi todos los edificios.

Me serví café y marqué el número del hospital para que me informaran sobre el estado de Lula. Me dijeron que su situación era estacionaria y que la habían sacado de la UVI.

—Tendrás que hablar con ella —observó Morelli—. Asegúrate de que lo acuse. Ayer detuvieron a Ramírez por abuso sexual. Ya ha salido. Pagó su fianza.

Morelli posó su taza en la encimera, abrió la caja de herramientas y sacó un pequeño destornillador y dos enchufes.

—Parecen enchufes normales, pero tienen un micrófono incorporado. Me gusta este sistema porque no hace falta reemplazar las pilas. Se alimentan de tu electricidad. Son muy fiables.

Desmontó el enchufe en el vestíbulo, sacó los cables y los manipuló con alicates de punta de goma.

—Desde la camioneta puedo escuchar y grabar. Si Ramírez entra o se presenta delante de tu puerta, tendrás que dejarte guiar por el instinto. Si crees que puedes conversar con él y sacarle información sin ponerte en peligro, deberías intentarlo.

Acabó en el vestíbulo y fue al dormitorio, donde repitió el procedimiento.

—Recuerda dos cosas. Si enciendes la radio no me enteraré de lo que está ocurriendo aquí. Y sí tengo que entrar, probablemente lo haga por la ventana de tu dormitorio, de modo que deja las cortinas cerradas para cubrirme.

—¿Crees que puede llegar a eso?

—Espero que no. Trata de que Ramírez te hable por teléfono y acuérdate de grabar todo lo que te diga.

Guardó el destornillador en la caja y sacó un rollo de cinta adhesiva y una cajita del tamaño de un paquete de chicles.

—Este es un transmisor corporal en miniatura. Tiene pilas de litio de nueve

voltios, lo que te proporciona quince horas de uso. Tiene un micrófono externo, que pesa ciento setenta gramos y cuesta unos mil cien dólares. No lo pierdas, y quítatelo antes ducharte.

—Puede que Ramírez se porte bien, ahora que lo ha acusado de abusos sexuales.

—No creo que sepa distinguir el bien del mal.

—¿Cuál es el plan del día?

—Me parece buena idea que regreses a la calle Stark. Ahora que no necesitas volverme loco, puedes dedicarte a volver toco a Ramírez. Oblígalo a actuar de nuevo.

—¡Y dale con la calle Stark! ¿Qué se suponer que debo hacer allí?

—Pasearte y parecer *sexy*, hacer preguntas molestas, irritar a todo el mundo; todas esas cosas que se te dan tan bien.

—¿Conoces a Jimmy Alpha?

—Todos conocen a Jimmy Alpha.

—¿Qué opinas de él?

—Me produce sentimientos contradictorios —respondió Morelli—. Siempre se ha portado bien conmigo, y antes creía que era un mánager fantástico. Consiguió para Ramírez buenos entrenadores, los combates adecuados... —Se sirvió otra taza de café—, los tipos como Jimmy Alpha se pasan la vida soñando con tener a alguien del calibre de Ramírez. La mayoría ni siquiera se acerca. Ser el mánager de Ramírez es como ganar el gordo de la lotería... solo que mejor, porque con Ramírez seguirá ganando. Esa bestia es como una mina de oro. Por desgracia, también es un jodido chiflado, y Alpha se encuentra entre la espada y la pared.

Eso pensé también. Supongo que cuando se tiene un billete ganador como Ramírez, se tiende a hacer la vista gorda respecto de ciertos... defectos.

—Sobre todo ahora que empiezan a ganar en serio. Alpha lleva la carrera de Ramírez desde que era poco más que un crío. Ahora Ramírez posee el título y ha firmado un contrato por los derechos televisivos. Para Alpha eso representa varios millones de dólares.

—Así que ya no tienes tan buena opinión de Alpha.

—Creo que Alpha es criminalmente irresponsable. —Morelli miró su reloj—. Ramírez se entrena a primera hora de la mañana, luego desayuna en la cafetería que hay frente al gimnasio. Después de eso, sigue entrenándose hasta las cuatro, más o menos.

—Son muchas horas de entrenamiento.

—Es una farsa. Si tuviese que enfrentarse a un boxeador mínimamente bueno, tendría problemas. Sus últimos contrincantes fueron perdedores escogidos a posta. En tres semanas volverá a enfrentarse a otro inútil. Después de eso entrenará en serio para su combate con Lionel Reese.

—Sabes mucho de boxeo.

—El boxeo es el deporte más extraordinario que existe. Hombre contra hombre. El combate primitivo. Es como el sexo... te pone en contacto con la bestia.

Sacudí la cabeza con expresión de contrariedad. Morelli cogió una naranja del frutero de la encimera.

—Estás cabreada porque no recuerdas la última vez que viste a la bestia.

—La veo demasiado a menudo, gracias.

—Cariño, sé que nunca ves a la bestia. He hecho averiguaciones. No tienes vida social.

—¿Ah sí? Pues ¿sabes lo que te digo?, que puedes meterte la vida social por el culo. —Sonrió maliciosamente.

—Me encanta verte enfadada. Cuando quieras desatar a la bestia, avísame.

Puede que no entregase a aquel cabroncete a la policía, pero lo rociaría con gas y me divertiría viendo cómo perdía el conocimiento y vomitaba.

—Tengo que largarme —dijo—. Uno de tus vecinos me ha visto entrar. No quiero manchar tu reputación quedándome demasiado tiempo. Deberías ir a la calle Stark hacia el mediodía y pasearte por allí durante un par de horas. Lleva el transmisor. Estaré vigilando y a la escucha.

Tenía toda la mañana libre, de modo que salí a correr. No me resultó más fácil, pero al menos Eddie Gazarra no se presentó para decirme que parecía un cadáver recalentado. Desayuné, tomé una larga ducha e hice planes sobre cómo gastar el dinero que me darían por Morelli.

Me puse unas sandalias de correas, una minifalda negra muy ceñida y un top elástico rojo, de escote muy ancho y que, dado el tamaño de mi sostén, mostraba tanto pecho como era posible. Me eché un montón de espuma y laca en el cabello, dibujé una línea azul en mis párpados, me apliqué rímel en las pestañas, me pinté los labios de un rojo chillón, y me puse los pendientes más grandes que tenía. Tras pintarme las uñas a juego con los labios, me examiné en el espejo. Lucía como una prostituta en toda la regla.

¡Y de las buenas!

Eran las once. Un poco temprano, pero quería acabar con eso de pavonearme por ahí para ir a ver a Lula. Después, iría a hacer prácticas de tiro, y por fin regresaría a casa a esperar a que sonase el teléfono.

Aparqué a una manzana del gimnasio y eché a andar calle abajo con el bolso colgado del hombro y la mano alrededor del Sure Guard. Me había dado cuenta de que el transmisor se veía debajo del top elástico, de modo que me lo había metido en las braguitas. Cuando Morelli lo supiese se moriría de envidia.

La furgoneta estaba aparcada casi enfrente del gimnasio. Jackie se encontraba entre la furgoneta y yo. Parecía más cabreada que de costumbre.

—¿Cómo está Lula? —pregunté—. ¿La has visto hoy?

—No permiten visitas por la mañana. De todos modos, no tengo tiempo para verla. He de ganarme la vida, ¿sabes?

—He telefoneado al hospital y me han dicho que su estado de salud es estacionario.

—Ajá. Eso significa que la metieron en una habitación normal. Tiene que quedarse, porque por dentro aún sangra, pero creo que va a curarse.

—¿Tiene un lugar seguro donde quedarse cuando salga?

—No habrá ningún lugar seguro para ella si no espabila. Le diré a la poli que quien la rajó fue un blanco cabrón.

Miré calle abajo, en dirección a la furgoneta, y por telepatía me llegó el gruñido exasperado de Morelli.

—Alguien tiene que pararle los pies a Ramírez.

—Pues no será Lula quien lo haga. Además, ¿acaso imaginas que creerán a una testigo como ella, que no es más que una puta? Dirán que se lo buscó y que probablemente la molió a palos su chulo y la dejó allí para que la vieras. Hasta puede que digan que has ido de putas y que es una lección por haberte marchado sin pagar.

—¿Has visto a Ramírez? ¿Está en el gimnasio?

—No lo sé. Jamás veo a Ramírez. Para mí, es el hombre invisible.

No esperaba otra cosa de ella, Y tal vez tuviera en lo que a la credibilidad de Lula se refería. Ramírez contrataría al mejor abogado y ni siquiera tendría que molestarse buscando el modo de desacreditarla.

Seguí caminando calle abajo.

—¿Alguien ha visto a Carmen Sánchez? —pregunté—. ¿Es cierto que estaba con Benito Ramírez la noche en que dispararon contra Ziggy Kulesza?

Nadie la había visto. Nadie sabía nada de ella ni de Ramírez.

Me exhibí durante otra hora y rematé la tarea al cruzar la calle e ir a contarle mis penas a Jimmy Alpha. Esta vez no irrumpí como una tromba. Aguarde pacientemente a que su secretaria me anunciara. No pareció sorprendido. Lo más probable era que hubiese estado observándome por la ventana. Tenía ojeras, de las que se forman tras muchas noches de insomnio y demasiados problemas sin solución. Me detuve delante de su escritorio y por un minuto nos miramos en silencio.

—¿Sabe lo que le ha ocurrido a Lula? —pregunté. Alpha asintió con la cabeza.

—Casi la mató, Jimmy —proseguí—. La apuñaló, la golpeó y la dejó atada en mi escalera de incendios. Luego me llamó y me preguntó si había recibido su regalo, y me dijo que tenía reservado para mí algo mucho peor.

Ahora, Alpha negó con la cabeza.

—He hablado con él —dijo—. Benito reconoce que ha estado con Lula y que quizá se puso un poco violento, pero eso es todo. Dice que alguien debió de pillarla después de él. Dice que alguien quiere que parezca el malo de la película.

—Hablé con él por teléfono. Sé lo que oí. Lo tengo grabado.

—Jura que no era él.

—¿Y le cree?

—Sé que es muy machista y que a veces se propasa con las mujeres. Le obsesiona que lo respeten. Pero no lo imagino colgando a una mujer de una escalera de incendios. No lo imagino haciendo esa llamada. Sé que no es ningún Einstein, pero

no creo que sea tan burro.

—No es burro, Jimmy. Está enfermo. Ha hecho cosas horribles.

Alpha se mesó los cabellos.

—No lo sé. Puede que tengas razón. Mira, hazme un favor y mantente alejada de la calle Stark por un tiempo. La poli va a investigar lo que le pasó a Lula. Si descubren que el culpable es Benito, tendré que aceptarlo. Entretanto, tengo que ocuparme de que se prepare para el próximo combate. En tres semanas va a enfrentarse a Tommy Clark. Clark no es realmente una amenaza, pero estas cosas tienen que tomarse en serio. Los seguidores compran entradas y se merecen un combate de verdad. Temo que si Benito te ve por aquí se ponga... nervioso, ¿sabes? Ya me cuesta bastante lograr que se entrene...

En el despacho había aire acondicionado, pero aun así Alpha sudaba a mares. En su lugar, yo también me pondría a sudar. Estaba viendo cómo su sueño se convertía en pesadilla y no tenía agallas para enfrentarse a ello.

Le dije que tenía trabajo que hacer y que no podía alejarme de la calle Stark. Salí y bajé por el único tramo de escaleras. Me senté en el último peldaño y hablé con mi entropierna.

—¡Joder! Eso sí que fue deprimente. —Al otro lado de la calle, Morelli escuchaba. Yo no tenía ni idea de lo que estaría pensando.

A las diez y media de esa noche, Morelli llamó a mi puerta. Traía media docena de cervezas, una *pizza* y un televisor portátil bajo el brazo. No vestía uniforme, sino tejanos y una camiseta azul marino.

—Otro día en esa furgoneta y puede que prefiera ir a la cárcel.

—¿Es una *pizza* de Pino?

—¿Es que hay otras?

—¿Cómo la has conseguido?

—Pino hace entregas a delincuentes. —Miró alrededor—, ¿dónde está el enchufe para el cable?

—En la sala.

Enchufó la tele, dejó la *pizza* y las cervezas en el suelo y pulsó el mando.

—¿Has recibido alguna llamada?

—Nada.

Abrió una cerveza.

—Es demasiado temprano. Ramírez trabaja mejor de noche.

—He hablado con Lula. No quiere presentar ninguna denuncia.

—¡Menuda sorpresa!

Me senté en el suelo, al lado de la *pizza*.

—¿Oíste mi conversación con Jimmy Alpha?

—Sí, la oí. ¿Qué se supone que era ese disfraz que llevabas?

—Es mi disfraz de mujerzuela. Quería acelerar las cosas.

—¡Dios! Varios tíos se subieron a la acera. ¿Dónde te pusiste el micrófono? No lo

llevabas debajo de ese top, pues se habría visto hasta la cinta adhesiva.

—Me lo puse debajo de las bragas.

—¡Joder! Cuando me lo devuelvas mandaré que lo recubran de bronce.

Abrí una cerveza y cogí un trozo de *pizza*.

—¿Qué piensas de Alpha? ¿Crees que podrían obligarlo a declarar contra Ramírez?

Morelli fue cambiando de canal hasta que descubrió que en uno echaban un partido de béisbol.

—Depende de cuánto sepa. Si tiene la cabeza enterrada, no aceptará la dura realidad. Dorsey fue a verlo después de que te marchases y le sacó menos información que tú.

—¿Tienes micrófonos ocultos en el despacho de Alpha?

—No. Lo sé por lo que he oído en Pino. Quedaba un trozo de *pizza*, y ambos lo miramos.

—Se te irá directamente a las caderas —dijo Morelli.

Tenía razón, pero aun así lo cogí.

Poco después de la una, eché a Morelli de mi apartamento y me acosté. Dormí a pierna suelta. Por la mañana no había mensajes en el contestador. Estaba a punto de preparar café cuando oí que en el aparcamiento comenzaba a sonar la alarma del Cherokee.

Cogí las llaves y bajé por las escaleras a toda prisa. Cuando llegué, la puerta del conductor estaba abierta y la alarma aún sonaba. La desactivé y volví a activarla, cerré la puerta con llave y regresé a mi apartamento.

Encontré a Morelli en la cocina. Advertí que hacía un esfuerzo sobrehumano por mantener la calma.

—No quería que robaran tu coche, de modo que mandé instalar una alarma —dije.

—No te preocupaba que lo robara cualquiera, sino yo. ¡Mandaste instalar una jodida alarma en mi jodido coche para que no te lo mangara!

—Y funcionó. ¿Qué hacías en nuestro coche?

—No es nuestro coche. Es mi coche. Te dejo que lo conduzcas. Iba a buscar el desayuno.

—¿Por qué no utilizaste la furgoneta?

—Porque quiero conducir mi coche. Juro que cuando se acabe todo este lío me iré a vivir a Alaska. No me importa los sacrificios que tenga que hacer, porque si me quedo voy a retorcerte el pescuezo y me condenarán por homicidio premeditado.

—¡Dios, Morelli! Ni que tuvieras estrés premenstrual. Tienes que aprender a tomarte las cosas con más calma. No es más que una alarma. Deberías agradecermelo. La instalé con mí propio dinero.

—¡Claro! ¿En qué estaría pensando?

—Últimamente estás sometido a mucha presión.

Alguien llamó a la puerta y ambos nos sobresaltos.

Morelli llegó antes que yo a la mirilla. Retrocedió un par de pasos y tiró de mí.

—Es Morty Beyers.

—No puede detenerte —dije—. Eres mío y no pienso compartirte.

Morelli hizo una mueca.

—Estaré debajo de la cama por si me necesitas.

Me dirigí hacia la puerta y miré. Nunca antes había visto a Morty Beyers, pero parecía que a ese tío acababan de operarlo de urgencia de apendicitis. Tendría poco menos de cuarenta años; era gordo, de tez cenicienta y hombros encorvados; se apretaba el vientre con una mano y unos mechones de cabello rubio y ralo le cubrían parcialmente la calva. Sudaba a chorros.

Abrí la puerta.

—Morty Beyers —se presentó al tiempo que tendía la mano—. Y usted debe de ser Stephanie Plum.

—¿No se supone que está en el hospital?

—Cuando explota el apéndice apenas te dejan quedarte unas horas. He vuelto al trabajo. Según dicen, estoy como nuevo.

No lo parecía. Se diría más bien que había topado con Drácula en las escaleras.

—¿Todavía le duele la panza?

—Solo cuando me enderezo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Vinnie me ha dicho que usted tiene mis NP y he pensado que, ahora que me siento bien...

—Quiere que le devuelva sus expedientes.

—Sí. Oiga, lamento que no le haya ido bien.

—No fracasé del todo. Pillé a dos.

Beyers insistió con la cabeza.

—No tuvo suerte con Morelli, ¿verdad?

—Así es.

—Sé que le sonará extraño, pero me ha parecido ver su coche en el aparcamiento.

—Se lo robé. Pensé que si lo obligaba a recuperarlo, lo pillaría.

—¿Se lo robó? ¡Joder! Fantástico. —Se apoyó contra la pared y se llevó una mano a la ingle.

—¿Quiere sentarse un momento? ¿Le apetece un vaso de agua?

—No, estoy bien. Tengo que trabajar. Solo quiero las fotos y lo demás.

Me dirigí corriendo hacia la cocina, cogí los expedientes y regresé a toda prisa a la puerta.

—Aquí lo tiene.

—Estupendo. —Se metió las carpetas bajo el brazo—. Entonces, ¿va a quedarse con el coche por un tiempo?

—No estoy segura.

—Si llega a encontrar a Morelli caminando por la calle, ¿lo entregaría?

—Sí.

Sonrió.

—En su lugar, yo haría lo mismo. No me rendiría solo porque se me acabó la semana. Entre nosotros, le pagaría a cualquiera que entregase a Morelli. Bueno, me voy. Gracias.

—Cuídese.

—Sí. Bajaré por el ascensor.

Cerré la puerta, corrí el pestillo y puse la cadena. Cuando me volví, Morelli se encontraba en la puerta del dormitorio.

—¿Crees que sabía que estabas aquí?

—De haberlo sabido, estaría apuntándome con su pistola. No lo subestimes. No es tan estúpido como parece. Y no es tan buen tipo como quiere hacerte creer. Fue poli. Lo echaron por pedir favores a putas y chaperos. Lo llamábamos Morty el Topo, porque la metía en lo que fuera.

—Apuesto a que él y Vinnie se llevan de maravilla.

Me acerqué a la ventana y miré hacia el aparcamiento. Beyers examinaba el coche de Morelli a través de las ventanillas. Trató de abrir la puerta del conductor y la del maletero. Escribió algo en la carpeta, se enderezó ligeramente y miró alrededor. La furgoneta le llamó la atención. Se dirigió hacia ella lentamente, presionó la nariz contra las ventanillas para mirar dentro, se subió con esfuerzo sobre el parachoques delantero y miró por el parabrisas. Dio unos pasos atrás y contempló las antenas por un instante. Apuntó el número de la matrícula. Se volvió y miró hacia mi edificio. Yo di un salto hacia atrás. Cinco minutos más tarde, llamaban otra vez a la puerta.

—Me preguntaba sobre esa furgoneta que está en el aparcamiento —comentó Beyers—. ¿Se ha fijado en ella?

—¿La azul con las antenas?

—Sí. ¿Conoce al propietario?

—No, pero lleva unos días allí.

Cerré la puerta con llave y cerrojos y observé a Beyers por la mirilla. Permaneció pensativo un momento, y llamo a la puerta del señor Wolesky. Le enseñó foto de Morelli y le hizo unas preguntas. Le dio las gracias, le entregó su tarjeta y se marchó.

Regresé a la ventana, pero Beyers ya no apareció en el aparcamiento.

—Está preguntando en todos los apartamentos —comenté.

Seguimos mirando por la ventana y finalmente Beyers regresó a su coche, cojeando. Conducía un Ford Escort último modelo, azul oscuro y equipado con teléfono. Salió del aparcamiento y dobló en la calle Saint James.

Morelli se encontraba en la cocina, con la cabeza metida en la nevera.

—Beyers va a ser una patada en el estómago —dijo—, investigará esa matrícula y comenzará a atar cabos.

—¿Cómo va a afectarte eso?

—Tendré que alejarme de Trenton hasta que consiga otro vehículo —sacó un envase de zumo de naranja y pan de pasas—. Te debo esto. Tengo que largarme. —Se detuvo en la puerta—. Me temo que tendrás que arreglártelas sólita por un tiempo. Mantente encerrada en el apartamento, no dejes que entre nadie y estarás bien. La alternativa es que vengas conmigo, pero si nos atrapan, te acusarán de complicidad.

—Me quedaré. Estaré bien.

—Prométeme que no saldrás.

—¡Te lo prometo! ¡Vaya si te lo prometo!

Algunas promesas se hacen para romperlas, y esa era una. No tenía intenciones de quedarme cruzada de brazos esperando a que Ramírez viniese por mí. Quería tener noticias suyas. Quería terminar con todo ese asqueroso asunto. Quería ver a Ramírez tras las rejas. Quería mi comisión por entregar a Morelli. Quería seguir con vida.

Miré por la ventana para asegurarme de que Morelli se había ido. Cogí mi bolso y cerré con llave. Conduje hasta la calle Stark y aparqué delante del gimnasio. No me atrevía a andar por allí sin el apoyo de Morelli, de modo que me quedé en el coche, con las ventanillas y las portezuelas cerradas. Estaba segura de que Ramírez ya conocía mi coche. Supuse eso era mejor que dejar que me olvidara. Cada media hora ponía en marcha el aire acondicionado para que descendiese la temperatura de la cabina y romper la monotonía. Miré varias veces hacia la oficina de Jimmy Alpha y vi un rostro en la ventana. En las del gimnasio se notaba menos actividad.

A las doce y media, Alpha cruzó la calle en dirección hacia mí. Abrí la ventanilla.

—Lamento tener que aparcar aquí, Jimmy —dije—, pero necesito seguir vigilando por si aparece Morelli. Seguro que lo entiende.

Frunció el entrecejo.

—No lo entiendo —dijo—. Si yo buscara a Morelli, vigilaría a sus parientes y amigos. ¿Por qué estás obsesionada con la calle Stark y Carmen Sánchez?

—Tengo una teoría. Creo que Benito le hizo a Carmen lo mismo que a Lula. Creo que se dejó llevar por el pánico y envió a Ziggy y a otro tío para asegurarse de que Carmen no le crearía problemas. Creo que en ese momento apareció Morelli y probablemente disparó contra Ziggy en defensa propia, como asegura. De alguna manera, Carmen, el otro tío y la pistola de Ziggy desaparecieron. Creo que Morelli está buscándolos. Y creo que la calle Stark es el lugar lógico para hacerlo.

—Estás chiflada. ¿De dónde has sacado una idea tan absurda?

—De la declaración de Morelli cuando lo detuvieron.

Alpha hizo una mueca.

—¿Y qué esperabas que dijera? ¿Que disparó contra Ziggy por diversión? Benito es un blanco fácil. Tiene fama de ser demasiado agresivo con las mujeres y Ziggy trabajaba para él, de modo que Morelli sacó provecho de ello.

—¿Qué me dice del testigo desaparecido? Se supone que también trabajaba para Benito.

—No sé nada de un testigo desaparecido.

—Según dicen, parecía que le habían aplastado nariz con una sartén. Un tío así no pasa inadvertido. Alpha sonrió.

—En un gimnasio de tercera, sí. La mitad de los tipos que se entrenan aquí tienen la nariz así. —Miró su reloj—. Llego tarde para la comida. Parece que tienes calor ahí dentro. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un refresco? ¿Un bocadillo?

—Estoy bien. Creo que yo también haré una pausa para comer. Tengo que ir al lavabo.

—Hay uno en el segundo piso. Que Loma te dé la llave. Dile que yo lo dije.

Me pareció amable por su parte ofrecerme que usase su lavabo, pero no quería arriesgarme a que Ramírez me arrinconara en el váter.

Recorrí la calle con la mirada por última vez y fui en busca de una hamburguesería. Media hora más tarde estaba de regreso. Ahora me sentía mucho más cómoda, y mucho más aburrida. Llevaba un libro, pero resulta difícil leer cuando uno está sudando a mares.

A las tres, tenía el cabello pegado a la nuca y el pelo completamente rizado. La camiseta se adherida a mi espalda y la transpiración marcaba la pechera. Tenía las piernas entumecidas y había adquirido un tic nervioso en el ojo derecho.

Ni rastro de Ramírez. El tráfico peatonal se limitaba a unas pocas sombras que desaparecían en los bares llenos de humo pero con aire acondicionado. Me sentía como una tonta, asándome dentro de aquel coche. Ya era media tarde y hasta las putas se habían tomado un descanso.

Cogí mi atomizador de gas nervioso y salí del Cherokee. Me desperecé e hice unas cuantas flexiones de brazos para desentumecerme. De pronto soplo una leve brisa, y me sentí extraordinariamente feliz. El nivel de polución era mortal y la temperatura rozaba la de un horno industrial, pero aun así no dejaba de ser una brisa.

Me apoyé contra el coche y aparté la pechera de la camiseta de mi cuerpo sudado.

Jackie salió del Grand Hotel y caminó pesadamente calle abajo, hacia mí y hacia su esquina.

—Pareces insolada —dijo, y me tendió una coca-cola.

La abrí, bebí un poco y me pasé la lata fría por la frente.

—Gracias. Esto es fantástico.

—No te vayas a creer que estoy encariñándome con tu culito blanco. Es solo que si sigues aquí vas a morirme y le darás mala fama a la calle Stark; dirán que ha sido un asesinato racial y perderé mis pobres y pervertidos clientes blancos.

—Trataré de no morirme; lo último que deseo es que por mi culpa pierdas el trabajo.

—¡Joder! Esos pervertiditos blancos pagan bien por mi enorme culo negro.

—¿Cómo está Lula?

Jackie se encogió de hombros.

—Todo lo bien que puede estar. Me ha dicho que te dé las gracias por las flores que le enviaste.

—No hay mucha actividad por aquí hoy. —Jackie desvió la mirada hacia las ventanas del gimnasio.

—Gracias a Dios —susurró.

—Más vale que no te vean hablar conmigo.

—Ajá. De todos modos tengo que volver al trabajo.

Me quedé allí de pie unos minutos más, disfrutando del refresco y de permanecer por un rato en posición vertical. Me volví para subir nuevamente al coche y di un respingo al ver a Ramírez a mi lado.

—He estado esperando a que salgas del coche. Apuesto a que te sorprende lo silencioso que puedo ser. Ni siquiera me has oído acercarme, ¿verdad? Así será siempre. No me oirás hasta que me arroje sobre ti. Y entonces, será demasiado tarde.

Respiré hondo para tratar de calmarme. Cuando me pareció que había recobrado el control sobre mí misma, le pregunté por Carmen.

—Quiero que me hables de Carmen. Quiero saber si te oyó acercarte a ella.

—Carmen y yo teníamos una cita. Me limité a darle lo que me pidió.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Se largó después de que se cargaran a Ziggy.

—¿Y qué hay del tío que estaba con Ziggy esa noche? ¿Quién era? ¿Qué le ha pasado?

—Tampoco sé nada de él.

—Creí que trabajaban para ti.

—¿Por qué no subimos para hablar tranquilamente? O podemos dar un paseo. Tengo un Porsche ¿te gustaría conocerlo?

—No, creo que no.

—¿Lo ves? Otra vez rechazas al campeón. Siempre ocurre lo mismo contigo. Y al campeón eso no le gusta.

—Hablame de Ziggy y su amigo... el tío de la nariz aplastada.

—Mejor te hablo del campeón, es más interesante. Mejor te digo cómo te enseñaré a respetarme. Como te castigaré para que aprendas a no rechazarme. —Se acercó más a mí, y percibí el calor que despedía su cuerpo—. Creo que antes de follarte te haré gritar un poco. ¿Qué dices a eso? ¿Quieres que te raje, zorra?

Decidí que tal vez había llegado la hora de que me largase de allí.

—No vas a hacerme nada. No me das miedo y no me excitas.

—Mientes.

Me cogió del brazo y apretó tanto que solté un grito.

Le propiné un puntapié en la espinilla y él me dio una bofetada. Ni siquiera vi su mano moverse. El golpe me hizo zumban los oídos y me echó la cabeza para atrás. Noté el sabor de la sangre y pestañee varias veces, aturdida. Cuando casi todas las estrellas se hubieron desvanecido, le rocié Sure Guard directamente a la cara.

Aulló de dolor y rabia, se tapó los ojos con las manos, y se tambaleó. El grito se

convirtió en una serie de sonidos ahogados y jadeos. Cayó a cuatro patas, como un animal monstruoso, cabreado y herido.

Jimmy Alpha salió corriendo, seguido de su secretaria y de un hombre al que nunca había visto.

Este se agachó al lado de Ramírez y trató de calmarlo, diciéndole que estaría bien en un momento, que respirara hondo.

Alpha y la secretaria se dirigieron hacia mí.

—¡Dios! —Jimmy Alpha me tendió un pañuelo blanco y limpio—, ¿estás bien? No te ha roto nada, ¿verdad?

Me tapé la boca con el pañuelo y lo mantuve allí mientras me pasaba la lengua por los dientes, para comprobar si alguno se me había caído o aflojado.

—Creo que estoy bien.

—Lo siento, de veras que lo siento. No sé qué le pasa, no sé por qué trata así a las mujeres. Te pido disculpas en su nombre. No sé qué hacer con él.

Yo no estaba de humor para aceptar disculpas.

—Puede hacer muchas cosas. Hacer que lo vea un psiquiatra. Encerrarlo. Llevarlo al veterinario a que lo capen.

—¿Quieres ir al médico? Yo te lo pagaré.

—Al único lugar al que voy a ir es a la comisaría. Le pondré una denuncia, y no podrá hacer nada para impedirlo.

—Piénsatelo hasta mañana —suplicó Jimmy—. Espera al menos a tranquilizarte. Otra acusación por agresión sexual sería fatal para él ahora.

Abrí violentamente la portezuela del lado de conductor y me senté detrás del volante. Me aleje del bordillo con cuidado, para no atropellar a nadie. Conduje a velocidad moderada y no miré hacia atrás. Me detuve en un semáforo y me miré en el retrovisor para evaluar los daños. La mejilla y el labio superior comenzaban a hincharse, y este último tenía un corte que todavía sangraba.

Cogía el volante con fuerza, mientras intentaba recuperar la calma. Conduje hacia el sur por la calle Stark, doblé en State y seguí hasta Hamilton. Al llegar a Hamilton me sentí tan segura como en el barrio, y pensé que podía detenerme a reflexionar. Entré en el aparcamiento de una tienda de platos preparados y me quedé allí un rato. Tenía que ir a comisaría e informar de la agresión, pero no quería alejarme de la seguridad y el consuelo de mi propio terreno y no veía claro cómo reaccionaría la policía ante ese último incidente con Ramírez. Me había amenazado, y yo lo había provocado expresamente al aparcar delante del gimnasio. Nada inteligente por mi parte.

Desde que Ramírez apareció a mi lado, yo había funcionado a impulsos de la adrenalina que corría por mis venas, cuyo nivel, al bajar ahora, cedía el paso al agotamiento y el dolor. Me dolían el brazo y la mandíbula, y tenía la impresión de que mis pulsaciones habían disminuido a doce por minuto.

Me dije que debía aceptar el hecho de que, al menos por ese día, no iría a la comisaría. Hurgué en mi bolso hasta encontrar la tarjeta de Dorsey. No me importaba que me oyese gimotear.

Marqué su número y le dejé el mensaje de que me llamara. No especificué el problema. No me consideraba en condiciones de hablar de ello por dos veces.

Entré en la tienda y me compré un polo de uva.

—He tenido un accidente —le dije a la cajera—. Se me ha hinchado el labio. —Arranqué el papel y alojé el helado sobre el labio tumefacto.

—¿No le convendría ir al médico?

—¡Aaaaaaah! Esto está mucho mejor. Regresé al coche y al retroceder para salir del aparcamiento choqué contra el morro de un camión. Me sentí morir. Rogué a Dios que no fuese nada serio.

Yo y el otro conductor bajamos a examinar nuestros respectivos vehículos. El camión no tenía ni un rasguño, ni siquiera una mancha. En cambio, diríase que alguien había usado un gigantesco abrelatas en el parachoques trasero derecho del Cherokee.

El tipo del camión observó mi labio.

—¿Una riña familiar?

—Un accidente.

—¡Vaya, hoy no es su día...!

—Ningún día es mi día.

Puesto que yo era la culpable del accidente y el camión no había sufrido daño alguno, ninguno de los dos le dio al otro los datos sobre la compañía de seguros. Miré por última vez los daños, me estremecí y me alejé con sigilo, preguntándome si sería mejor suicidarme que enfrentarme a Morelli.

Cuando entré en mi apartamento, el teléfono sonaba era Dorsey.

—Quiero denunciar a Ramírez. Me ha partido la boca.

—¿Dónde ocurrió?

—En la calle Stark.

Le di los detalles y rechacé su ofrecimiento de ir a mi apartamento a tomar mi declaración. No quería correr el riesgo de que se topara con Morelli. Le prometí que iría al día siguiente para cumplir con el trámite.

Me duché y para la cena tomé helado. Cada diez minutos miraba por la ventana a ver si Morelli aparecía en el aparcamiento. Había dejado el Jeep en un rincón alejado y mal iluminado. Si lograba pasar la noche, al día siguiente lo llevaría al taller de Hal para que lo reparase. Aunque no sabía cómo le pagaría.

Miré la tele hasta las once y me acosté. Llevé a Rex en su jaula al dormitorio para que me hiciera compañía. No había llamadas de Ramírez ni señales de Morelli. No sabía si alegrarme o sentirme desilusionada. Ignoraba si Morelli estaba escuchándome y protegiéndome tal como habíamos acordado, de modo que dormí con el pulverizador de gas, el teléfono móvil y el revólver en la mesilla de noche.

A las seis y media sonó el teléfono. Era Morelli.

—Hora de levantarse. Miré el reloj de mi mesilla.

—Pero si aún no ha amanecido.

—Habrías despertado hace horas si hubieses tenido que dormir en un Nissan Sentra.

—¿Qué haces en un Sentra?

—Están pintándome la furgoneta de otro color quitándome las antenas. También me han facilitado una matrícula nueva. Entretanto, el taller me ha prestado un coche. Esperé hasta la noche y estacioné en Maple, justo detrás del aparcamiento.

—¿Para vigilar mi cuerpo?

—Sobre todo porque no quería dejar de oír como te desvestías. Durante toda la noche he escuchado chirrido, ¿qué era?

—Rex en su rueda.

—Creí que vivía en la cocina.

No quería que Morelli supiera que había tenido miedo y me había sentido sola, de modo que mentí.

—Lavé el fregadero y no le gustó el olor del limpiador, de modo que me lo traje al dormitorio.

El silencio se alargó por unos segundos.

—Lo que significa —dijo Morelli al fin—, que tenías miedo, te sentías sola y te llevaste a Rex para que te hiciera compañía.

—Son tiempos difíciles...

—Cuéntamelo a mí.

—Supongo que tienes que salir de Trenton antes de que Beyers regrese.

—Supongo que sí. Soy demasiado visible en este coche. Volveré pasadas las seis de la tarde, cuando me entreguen la furgoneta.

—Hasta entonces.

—Cambio y fuera, capitán Vídeo.

Me acosté de nuevo y al cabo de dos horas desperté sobresaltada al oír la alarma del coche en el aparcamiento. Salí volando de la cama, corrí hacia la ventana y descorrí las cortinas a tiempo para ver a Morty Beyers hacer añicos la alarma con la culata de su revólver.

—¡Beyers! —grité desde la ventana abierta—. ¿Qué diablos se cree que está haciendo?

—Mi esposa me ha abandonado y se ha llevado el Escora.

—¿Y?

—Pues que necesito un coche. Iba a alquilar uno, pero he recordado que aquí estaba el *jeep* de Morelli, de modo que me dije que me ahorraría dinero hasta dar con Mona.

—¡Dios, Beyers!, no puede entrar en el aparcamiento y llevarse el coche de alguien así como así. Es un robo. Es usted un maldito ladrón.

—¿Y qué?

—¿Dónde ha conseguido las llaves?

—En el mismo lugar que usted. En el apartamento de Morelli. Tenía un juego de recambio en la cómoda.

—No va a salirse con la suya.

—¿Qué va a hacer, llamar a la policía?

—Dios lo castigará.

—¡Qué se joda Dios!

Beyers se sentó al volante, ajustó tranquilamente el asiento y Jugueteeó con el botón de la radio.

Cabrón arrogante, pensé. No solo está robando mi coche, sino que se jacta de ello.

Cogí el pulverizador, salí corriendo y volé escaleras abajo. Iba descalza y llevaba puesta mi camiseta de Mickey Mouse y un biquini tipo tanga. Me importaba un bledo.

Franqueé la puerta trasera y había puesto un pie en el asfalto cuando vi que Beyers hacía girar la llave en el contacto y pisaba el acelerador. Un segundo después el coche explotó con un estruendo ensordecedor; las puertas salieron volando, y el Cherokee se convirtió en una bola de fuego.

Estaba demasiado asombrada para moverme. Quedé boquiabierta y muda, observando cómo parte del techo y del parachoques se estrellaban contra el suelo.

Oí sirenas en la distancia. Los inquilinos salieron del edificio en tropel, se

detuvieron a mi lado y miraron fijamente el *jeep* envuelto en llamas. Una columna de humo negro se elevó hacia el cielo matutino. Sentí un calor abrasador en el rostro.

No habría podido salvar a Morty Beyers. Ni aunque hubiese reaccionado de inmediato. No habría podido sacarlo del coche. Además, probablemente no muriese a causa del incendio sino de la explosión. Se me ocurrió que cabían pocas probabilidades de que se tratara de un accidente. Y que eran muchas las probabilidades de que yo fuese la destinataria de esa explosión.

Al menos, me dije, había algo positivo en todo aquello: Morelli no se enteraría de que el día anterior había estrellado su coche contra un camión. Me alejé sigilosamente del incendio y de la multitud que se había congregado. Subí por las escaleras de dos en dos y me encerré en mi apartamento. ¡Qué descuidada! Había dejado la puerta abierta al salir corriendo detrás de Morty Beyers, de modo que registré cada rincón con la pistola en la mano. Si topaba con el tío que había asado a Morty, no me limitaría a sus neurotransmisores, sino que le metería una bala en el vientre, que es un buen blanco.

Al comprobar que estaba a salvo, me puse unos *shorts* elásticos y una blusa. A continuación entré en el cuarto de baño y me examiné en el espejo. Tenía un morado en el pómulo y un corte en el labio superior. Ya casi no había hinchazón. Como resultado del incendio parecía que hubiese estado tomando el sol y me hubiera lavado con un chorro de arena, el cabello alrededor de mi cara se habían chamuscado y parecían púas de unos veinte milímetros de largo. Muy atractiva. Y no es que me gustaría estar muerta. Me puse las Reebok y bajé a echar otro vistazo.

El aparcamiento y las calles aledañas estaban atestada de camiones de bomberos, coches patrulla y ambulancias. Habían alzado barricadas para apartar a los curiosos de los restos calcinados del *jeep* de Morelli. El asfalto estaba cubierto de un líquido negro y aceitoso, y el aire olía a carne quemada. No quería seguir pensando en ello. Dorsey estaba allí, hablando con un policía uniformado. Alzó la mirada, me vio y se acercó a mí.

—Esto me da mala espina —dijo.

—¿Conoces a Morty Beyers?

—Sí.

—Estaba en el *jeep*.

—¡No jodas! ¿Estás segura?

—Estaba hablando con él cuando explotó.

—Eso explica lo de tus cejas. ¿De qué hablabais?

—Vinnie me había dado una semana para capturar a Morelli. Mi semana terminó y Morty iba a encargarse del caso. Estábamos hablando de Morelli.

—No estarías muy cerca, de lo contrario ahora estarías convertida en una hamburguesa.

—De hecho, me encontraba más o menos aquí, donde estamos ahora, y estábamos... bueno... discutiendo.

Un poli se acercó con una matrícula retorcida.

—Encontramos esto al lado del contenedor. ¿Quiere que la investiguen?

La cogí.

—No se moleste. Es del coche de Morelli.

—¡Estupendo! Ponme al corriente —dijo Dorsey.

Decidí adornar un poco la verdad, puesto que quizá la policía no entendiese ciertos aspectos de la caza de fugitivos ni por qué había decidido requisar el Jeep.

—Verás. Fui a ver a la madre de Morelli y ella estaba preocupada porque el coche de Joe llevaba mucho tiempo aparcado, de modo que me ofrecí a conducirlo por ella.

—¿Así que has estado conduciendo el coche de Morelli para hacerle un favor a su madre?

—Sí. Él le había pedido que lo cuidara, pero ella no tenía tiempo.

—Muy noble por tu parte.

—Así soy yo.

—Continúa.

Le expliqué que a Beyers lo había abandonado su esposa, y que él trató de robar el coche, y que cometió el error de blasfemar y que entonces el coche explotó.

—¿Crees que Dios se cabreó y dejó a Beyers frito?

—Es una teoría.

—Puede que hablemos más sobre esto cuando vengas a la comisaría para poner la denuncia contra Ramírez.

Al cabo de unos minutos regresé a mi apartamento. No me apetecía estar presente cuando recogieran las cenizas de lo que había sido Morty. Estuve mirando la tele hasta las doce, con las ventanas cerradas y las cortinas corridas para no ver la escena del crimen. De vez en cuando iba al lavabo y comprobaba frente al espejo si me habían crecido las cejas.

A las doce abrí un poco las cortinas y me atreví a echar un vistazo al aparcamiento. Se habían llevado el Cherokee y solo quedaban dos policías. Estaban tomando los datos de los coches afectados por la explosión.

Una mañana de tele me había anestesiado lo suficiente y me sentía con fuerzas para enfrentarme al mundo, de modo que me duché y me vestí, alejando cuidadosamente todo pensamiento relacionado con muerte y bombas.

Necesitaba ir a la comisaría, pero no tenía coche. Todo el dinero con que contaba era unos dólares que encontré en el bolsillo. Mi cuenta corriente estaba a cero y mis tarjetas de crédito retenidas, de manera que no me quedaba más remedio que hacer otra captura. Telefoneé a Connie y le conté lo de Morty Beyers.

—Esto va a suponer un duro golpe para Vinnie —dijo ella—. Ranger está recuperándose de un disparo y ahora Morty Beyers ha volado por los aires. Eran nuestros dos mejores agentes.

—¡Qué pena! Supongo que solo le quedo yo.

—No te habrás cargado a Morty, ¿verdad? —dijo tras una pausa.

—Morty se cargó a sí mismo, por así decirlo. ¿Te ha llegado algo? Necesito dinero, ya.

—Un exhibicionista con una fianza de dos mil dólares. Lo han echado de tres residencias y ahora vive en un apartamento en alguna parte. —La oí remover papeles—. Aquí está. ¡Dios mío!, vive en tu edificio.

—¿Cómo se llama?

—William Earling. Está en el 3E.

Cogí el bolso y cerré con llave. Subí por las escaleras al tercer piso, conté los apartamentos y llamé a la puerta de Earling. Un hombre abrió y supuse de inmediato que se trataba de él, porque era viejo y estaba desnudo.

—¿Señor Earling?

—El mismo. Estoy en muy buena forma, ¿verdad cielito? ¿No te parece temible mi equipo?

No pude evitar bajar la vista. Su equipo no solo no era temible, sino que estaba más arrugado que una uva pasa.

—¡Vaya si lo es! —Le di mi tarjeta—. Trabajo para Vincent Plum, su agente de fianzas. No se presentó usted en el juzgado y debo llevarlo para fijar otra fecha.

—Esas malditas audiencias son una pérdida de tiempo. Tengo setenta y seis años. ¿Crees que enviarán a un tipo de setenta y seis años a la cárcel por andar enseñando sus partes?

Sinceramente, esperaba que sí. Solo con ver a Earling desnudo daban ganas de volverse célibe.

—¿Qué le parece si se viste y me acompaña?

—¿Vestirme yo? Dios me trajo al mundo desnudo y así quiero irme de él.

—De acuerdo, pero entretanto, me gustaría que se vistiera.

—Solo iré contigo si voy desnudo.

Saqué las esposas y las cerré en torno a sus muñecas.

—¡Esto es abuso de autoridad! —exclamó.

—Siento decepcionarlo, pero no soy policía.

—Entonces, ¿qué eres?

—Agente de recuperación.

—Me da igual, sigue siendo abuso de autoridad.

Me dirigí hacia el armario del recibidor, encontré un impermeable y lo envolví en él.

—No voy a ir contigo —afirmó, rígido y esposado debajo del impermeable—. No puedes obligarme.

—Escúcheme, abuelo, o me acompaña sin armar escándalo o lo rociaré con gas y lo sacaré a rastras.

Me costaba creer que estuviera hablándole así a pobre ciudadano de la tercera edad con la polla del tamaño de un caracol. Me horrorizaba, pero ¡qué diablos!, necesitaba esos doscientos dólares.

—No te olvides de cerrar con llave —me pidió—. Este barrio es cada vez más inseguro. Las llaves están la cocina.

Cogí las llaves, una de las cuales tenía una pequeña insignia de Buick. ¡Vaya suerte!

—Por cierto, ¿le molestaría que fuésemos en su coche?

—No creo que haya problema, pero solo sí no gastamos mucha gasolina. Vivo de mi jubilación, ¿sabes?

Lo entregué a la policía y rellené los formularios en tiempo récord, con cuidado de no topar con Dorsey. De regreso a casa me detuve en la oficina de Vinnie para que me dieran mi cheque y fui al banco a cobrarlo. Aparqué el coche del señor Earling lo más cerca posible de la entrada para reducir la distancia que tuviera que recorrer desnudo cuando lo pusiesen en libertad. No quería que mi relación con él sobrepasase el límite de lo estrictamente necesario.

Subí corriendo a mi apartamento y telefoneé a mis padres, acobardada por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Ha salido papá con el taxi? Necesito que me lleve a un lugar.

—Hoy es su día libre. Está aquí. ¿Adónde tienes que ir?

—Unos apartamentos que hay al borde de la carretera 1.

—¿Ahora?

—Sí. —Dejé escapar un suspiro—. Ahora.

—Para esta noche prepararé espaguetis. ¿Quieres venir a cenar?

Me encantaban los espaguetis que preparaba mi madre. Más que un buen polvo, un coche rápido o tener cejas. Quería sentirme a salvo. Quería un poco de tranquilidad, libre de responsabilidades. Quería que mi madre me trajera un vaso de leche tibia a la cama, una casa repleta de muebles cutres, que olierá comida.

—Sabes lo mucho que me gustan tus espaguetis.

A los quince minutos, mi padre aparcaba delante de la puerta trasera de mi edificio. Se sobresaltó al verme.

—Hubo un accidente en el aparcamiento. Un coche se incendió y yo estaba demasiado cerca.

Le di la dirección y le pedí que, de camino, se detuviera en un supermercado. Media hora más tarde me dejó en el aparcamiento de Morelli.

—Dile a mamá que llegaré a las seis. Miró el Nova y las latas de lubricante que acababa de comprar.

—Quizá deba quedarme para ver si consigues ponerlo en marcha.

Eché el contenido de tres latas en el coche y comprobé el nivel de aceite.

Le hice una señal afirmativa a mi padre. No pareció impresionado. Me senté al volante, di un golpe en el tablero y arranqué.

—Siempre arranca —grité.

Mi padre continuaba impasible, y supe que pensaba que debía haber comprado un Buick. Los Buick nunca lo dejaban tirado a uno. Salimos Juntos del aparcamiento, me despedí en la carretera 1, agitando el brazo, y me dirigí hacia la tienda de tubos de escape. Pasé por delante de un motel de la cadena Howard Johnson, de un *camping* de caravanas y de una perrera. Los demás conductores me evitaban; no se atrevían a seguir mi estruendosa estela. Once kilómetros carretera abajo grité de alegría al ver el cartel amarillo y negro de la tienda de tubos de escape.

Me puse las gafas de sol para ocultar mis cejas, pero eso no impidió que el hombre del mostrador me mirara sorprendido. Rellené los formularios, le di las llaves y me senté en la pequeña sala de espera. Cuarenta y cinco minutos más tarde reemprendí mi camino. El coche solo despedía humo cuando me paraba en los cruces, y la lucecita roja parpadeaba ocasionalmente. Supuse que habían hecho por él todo lo humanamente posible.

Mi madre empezó a rezongar en cuanto pisé el porche.

—Cada vez que te veo estás peor. Magulladuras, cortes y ahora, ¿qué le ha pasado a tu cabello?, y... ¡Dios mío, pero si no tienes cejas! ¿Qué le ha pasado a tus cejas? Tu padre me ha dicho que presenciaste un incendio.

—Un coche se prendió fuego en el aparcamiento de mi edificio. No pasó nada.

—Lo vi en la tele —declaró la abuela Mazur, y le dio un codazo a mi madre para que la dejara pasar—. Dicen que fue una bomba. Que el coche voló por los aires con un tipo dentro. Se llamaba Beyers. No quedó mucho de él.

La abuela Mazur llevaba una blusa de algodón rosada y anaranjada por el borde de una de cuyas mangas asomaba un pañuelo de papel, *shorts* elásticos de un azul brillante, zapatillas blancas y medias que le llegaban hasta las rodillas.

—Me gustan tus *shorts* —le dije—. Es fantástico el color.

—Esta tarde se presentó así en el velatorio de Tony Mancuso —gritó mi padre desde la cocina.

—Fue emocionante, créeme —dijo la abuela Mazur—. Estaban los de la tele. El mejor velatorio de este mes. Tony se veía muy bien. Le pusieron una de esas corbatas con cabezas de caballo.

—Ya nos han telefoneado siete personas —la interrumpió mi madre. A todos les he dicho que esta mañana se olvidó de tomar su medicina.

La abuela Mazur chasqueó la lengua.

—En este barrio nadie sabe lo que es la moda. No puede una ponerse algo diferente. —Se miró los *shorts*—. ¿Tú qué crees? —me preguntó—, ¿no te parece que están bien para asistir a un velatorio por la tarde?

—Claro, pero por la noche me pondría unos negros.

—Eso es, exactamente, lo que pensé. Tengo que comprarme unos negros.

A las ocho había saciado mi apetito de buena comida y muebles cutres y me sentía dispuesta a recuperar mi libertad. Salí con paso vacilante de la casa de mis padres cargando con las sobras de la cena y conduje de regreso a mi apartamento.

Durante el día había conseguido no pensar en la explosión, pero había llegado el momento de enfrentarme a los hechos. Alguien había intentado matarme, y no era Ramírez. Ramírez quería hacerme sufrir y oírme suplicar. Ramírez era temible y horroroso, un verdadero psicópata, pero predecible.

No, aquello no había sido obra de un loco, sino un acto calculado. Con una bomba se pretende librar al mundo de una persona concreta que resulta demasiado molesta.

¿Por qué yo? ¿Por qué alguien desearía verme muerta? Al formularme esa pregunta sentí que se me helaba la sangre en las venas.

Dejé el Nova en medio del aparcamiento y me pregunté si al día siguiente tendría el valor de pisar el acelerador. Se habían llevado el coche de Morelli y quedaban pocas huellas del incendio. En el lugar donde se había producido la explosión el asfalto estaba agrietado, pero ya no había restos del *jeep* ni se veía ninguna cinta de esas que usan para rodear la escena del crimen.

Entré en mi apartamento y advertí que la luz de mi contestador parpadeaba. Dorsey había llamado tres veces pidiendo que le telefonease. No parecía muy amistoso. Bernie había llamado para recomendarme que aprovechase las rebajas de su tienda. Veinte por ciento de descuento en licuadoras y una coctelera de regalo para los veinte primeros clientes. Sentí que me moría de ganas de beber un cóctel. Me quedaban unos dólares y las licuadoras serían relativamente baratas, ¿no? La última llamada era de Jimmy Alpha, disculpándose de nuevo. Esperaba que Ramírez no me hubiese herido de gravedad.

Consulté la hora. Eran casi las nueve. No llegaría a la tienda de Bernie antes de que cerrara. Así son las cosas. Estaba casi segura de que con un cóctel pensaría mejor y probablemente averiguaría quien había intentado ponerme en órbita.

Encendí el televisor y me senté frente a él, pero tenía la mente en otra parte. Exploraba. Buscaba asesinos en potencia. De los que había capturado, solo Lonnie Dodd podría haber hecho algo así, y estaba en la cárcel. Lo más probable era que la explosión estuviese relacionada con el asesinato de Kulesza. A alguien le preocupaba que yo estuviese husmeando. No me imaginaba a nadie lo bastante preocupado como para querer matarme. Asesinar a alguien es algo muy serio.

Estaba pasando algo por alto, seguro. Algo que tenía que ver con Carmen, con Kulesza o con Morelli... o quizá con el testigo misterioso.

Un feo pensamiento se removió en un rincón oculto de mi mente. Que yo supiera solo constituía una amenaza auténtica para una persona. Y esa persona era Morelli.

A las once sonó el teléfono, y levanté el auricular antes de que el contestador se pusiese en marcha.

—¿Estás sola? —preguntó Morelli.

Vacilé.

—Sí.

—¿Por qué has vacilado?

—¿Qué opinas del intento de asesinato?
—¿A qué intento de asesinato te refieres?
—Al que he sufrido hoy.
—No sé de qué hablas.
—Solo quería saberlo.
—Voy para allá. Espérame en la puerta.

Metí el pulverizador en la cintura de mis *shorts* y lo cubrí con la camiseta. Pegué un ojo a la mirilla y abrí la puerta cuando Morelli llegó contoneándose por el pasillo. Su aspecto era cada día peor. Necesitaba un corte de pelo y tenía una barba de una semana que probablemente solo había necesitado dos días para crecer. Sus tejanos y su camiseta parecían los de un vagabundo.

Cerró la puerta con llave y cerrojos. Contempló mi cara chamuscada y magullada, así como los moratones de mis brazos.

—¿Qué pasó? —preguntó con expresión hosca—. ¿Quieres hablar de ello?

—El labio partido y los moratones son obra de Ramírez. Tuvimos una agarrada, pero creo que gané; lo rocié con mi gas y lo dejé vomitando.

—¿Y las cejas chamuscadas?

—Eso es algo más complicado.

Su rostro se ensombreció.

—¿Qué pasó?

—Tu coche ha volado por los aires.

Por unos segundos no reaccionó.

—¿Quieres repetirme eso? —dijo finalmente.

—Sí. La buena noticia es que... ya no tienes que preocuparte por Morty Beyers.

—¿Y la mala?

Cogí la matrícula de la encimera y se la di.

—Esto es todo lo que queda de tu Cherokee.

Miró la matrícula en silencio, evidentemente conmocionado.

Le conté que a Morty lo había abandonado su esposa, que habían puesto una bomba en el coche y que Dorsey había llamado tres veces.

Llegó a la misma conclusión que yo.

—Eso no ha sido obra de Ramírez.

—Hice una lista de las personas que querrían verme muerta, y tu nombre es el primero.

—Solo en mis sueños. ¿Quién más está en esa lista?

—Lonnie Dodd, pero creo que aún sigue en la cárcel.

—¿Has recibido alguna amenaza de muerte? ¿Antiguos novios o exmaridos?
¿Has atropellado a alguien recientemente?

No tenía intención de darle la satisfacción de mostrarme indignada.

—De acuerdo. ¿Crees que está relacionado con el asesinato de Kulesza? —preguntó.

—Sí.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Bien. Entonces debes ir con cuidado. —Abrió la puerta de la nevera, sacó las sobras que mi madre me había dado y se las comió, frías—. Tienes que ser prudente cuando hables con Dorsey. Si se entera de que has estado trabajando conmigo, podría acusarte de complicidad.

—Tengo la sospecha de que alguien me ha convencido de formar una alianza que no me beneficia en absoluto.

Abrió una cerveza.

—La única manera de cobrar esos diez mil dólares es que yo deje que me entregues. Y no voy a hacerlo hasta que no consiga probar que soy inocente. Cuando quieras romper el trato, dímelo, pero en ese caso despídete de tu dinero.

—¡Vaya actitud la tuya!

Agitó la cabeza.

—Soy realista.

—Podría haberte puesto fuera de combate con mi gas un montón de veces.

—No lo creo.

Saqué el pulverizador, pero antes de lograr apuntarle, me dio un manotazo y la lata salió volando hasta el otro extremo de la habitación.

—Eso no cuenta. Estabas alerta.

Acabó el contenido de su plato y dejó este en el fregadero.

—Siempre lo estoy.

—¿Qué vamos a hacer?

—Seguir como hasta ahora. Estamos cada vez más cerca.

—No me gusta que intenten matarme.

—No vas a gimotear por eso, ¿verdad?

Se sentó en el suelo frente al televisor y lo encendió. Parecía extenuado. Dejó un programa nocturno y cerró los ojos. Su respiración se hizo profunda y regular, e inclinó lentamente la cabeza hasta que cayó sobre su pecho.

—Ahora podría rociarte con mi gas —susurré.

Alzó la cabeza y, sin abrir los ojos, esbozó una sonrisa y dijo:

—No es tu estilo, cariño.

Cuando me levanté a las ocho de la mañana, Morelli seguía dormido delante del televisor. Pasé por su lado de puntillas y salí a correr. Cuando volví leía el periódico y bebía café.

—¿Hablan de la bomba?

—Una nota y fotos en la página tres. No dan ninguna explicación. —Me miró por encima del periódico—. Dorsey ha dejado otro mensaje en el contestador. Deberías averiguar qué quiere.

Me duché rápidamente, me puse ropa limpia, apliqué unguento de aloe sobre las

ampollas que cubrían mi rostro, y entré en la cocina atraída por el olor del café. Bebí media taza mientras leía las tiras cómicas y telefoneé a Dorsey.

—El laboratorio ya nos ha enviado los resultados del análisis. Definitivamente, fue una bomba. Un trabajo profesional. Claro, en cualquier biblioteca se encuentran libros que explican cómo fabricar una bomba. Si quisieras, hasta podrías fabricar una jodida bomba atómica. En todo caso, he pensado que te interesaría saberlo.

—Ya imaginaba que se trataba de una bomba.

—¿Tienes idea de quién pudo hacerlo?

—Ningún nombre.

—¿Y Morelli?

—Es posible.

—No te vi en la comisaría anoche.

Me estaba sonsacando. Imaginaba que había algo raro en todo aquello, pero aún no sabía qué. Bienvenido al club, Dorsey.

—Trataré de ir hoy.

—Eso espero.

Colgué el auricular y acabé mi café.

—Dorsey quiere que vaya a la comisaría.

—¿Vas a ir?

—No. Va a hacerme preguntas que no puedo contestar.

—Deberías pasar unas horas en la calle Stark esta mañana.

—Esta mañana, no. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cosas personales. —Enarcó una ceja.

—Tengo que atar unos cabos sueltos... por si acaso —dije.

—Por si acaso, ¿qué?

—Por si me pasa algo —dije con tono de exasperación—. En los últimos diez días me ha seguido un sádico y ahora estoy en la lista de un tipo que se dedica a poner bombas por ahí. Me siento insegura, ¿entiendes? No me presiones, Morelli. Necesito ver a algunas personas.

—Todo irá bien —susurró—. Comprendo que tengas miedo. Yo también me asusto a veces. Pero somos los buenos, y los buenos siempre ganan.

Me sentía como una idiota; Morelli estaba siendo amable conmigo y lo que yo quería era ir a la tienda de Bernie, comprar una licuadora y que me regalara la coctelera.

—¿Cómo pensabas desplazarte sin el *jeep*?

—He recuperado el Nova.

—No lo habrás dejado en el aparcamiento, ¿verdad?

—Esperaba que el tipo de las bombas no supiera que era mío.

—Fantástico.

—Estoy convencida de que no tengo de qué preocuparme.

—Sí, yo también. Bajaré contigo para asegurarme.

Cogí mis chismes, comprobé que las ventanas estuviesen cerradas y activé el contestador.

Morelli me esperaba en la puerta. Bajamos juntos y antes de acercarnos al Nova nos detuvimos.

—Aunque el tío de la bomba supiese que este es tu coche, sería muy estúpido si hiciera la misma cosa dos veces. Estadísticamente, el segundo golpe viene de otra dirección.

Lo que decía tenía sentido, pero aun así yo estaba paralizada.

—De acuerdo. Allá voy. Ahora o nunca.

Morelli se había tendido en el suelo y miraba debajo del Nova.

—¿Qué ves?

—Una enorme fuga de aceite —respondió al tiempo que se ponía de pie.

Abrí el capó y saqué el indicador de nivel. ¡Qué sorpresa! El coche necesitaba lubricante. Vertí el contenido de dos latas y cerré el capó.

Morelli había quitado las llaves de la portezuela y ya estaba sentado al volante.

—Mantente alejada.

—De ninguna manera. Es mi coche y seré yo quien lo ponga en marcha.

—Si uno de los dos salta por los aires más vale que sea yo. De todos modos seré hombre muerto si no encuentro a ese testigo desaparecido. Aléjate del coche.

Hizo girar la llave. No pasó nada. Me miró.

—A veces tienes que darle unos cuantos golpes.

Hizo girar nuevamente la llave y dio un puñetazo al tablero.

El motor se puso en marcha, se paró violentamente varias veces y luego arrancó.

Morelli se apoyó sobre el volante, con los ojos cerrados.

—Mierda.

Lo miré por la ventana.

—¿Está mojado mi asiento?

—Muy graciosa. —Se apeó y mantuvo la portezuela abierta—, ¿quieres que te siga?

—No es necesario. Gracias.

—Estaré en la calle Stark, si me necesitas. ¿Quién sabe?, puede que el testigo aparezca por el gimnasio.

Cuando llegué a la tienda de Bernie vi que no había cola para entrar, de modo que supuse que tendría suerte con la coctelera.

—¡Eh! ¡Mira quién está aquí!

—Recibí tu mensaje.

—Es esta monada. —Dio unas palmaditas a una licuadora—. Tritura nueces, hielo y plátanos.

Miré la etiqueta en que aparecía el precio. Podía permitírmelo.

—Me la llevo. Viene con una coctelera de regalo, ¿verdad?

—Claro que sí. —Metió la licuadora en una caja, esta en una bolsa y marcó el precio—. ¿Qué tal te va? —preguntó sin apartar la vista de mis cejas chamuscadas.

—He tenido épocas mejores.

—Un cóctel te ayudará.

—No te quepa la menor duda.

Al otro lado de la calle, Sal limpiaba la puerta de la tienda. Era un hombre corpulento y calvo, de aspecto agradable, y llevaba puesto un delantal blanco carnicero. Que yo supiera, era un corredor de apuestas de tres al cuarto. Nada especial. Dudaba que estuviera relacionado con lo de Kulesza. Entonces, ¿por qué un tío como Kulesza, cuya vida transcurría lejos de la calle Stark, cruzaría toda la ciudad para venir aquí? Todo lo que sabía de Kulesza era que compraba en la carnicería de Sal. Tal vez le gustase apostar. Tal vez él y Sal fueran viejos amigos, parientes, incluso. Pensándolo bien, posiblemente Sal supiese algo acerca de Carmen o del tipo de la nariz aplastada.

Charlé con Bernie unos minutos mientras me acostumbraba a la idea de mantener una amable charla con Sal. Observé que una mujer entraba en la carnicería. Me pareció un buen modo de acercarme a él. Me daría la oportunidad de fisgar.

Prometí a Bernie que volvería a comprar electrodomésticos más grandes y mejores y crucé la calle en dirección a la tienda de Sal.

Empujé la puerta de la carnicería de Sal y me dirigí hacia el largo mostrador lleno de filetes, hamburguesas y solomillos de buey.

Sal me saludó con una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Estaba en la tienda de Kuntz, comprando una licuadora —alcé la bolsa para que la viera— y se me ocurrió que, ya que estoy aquí, podía comprar algo para la cena.

—¿Salchicha? ¿Pescado fresco? ¿Un buen trozo de pollo?

—Pescado.

—Acaban de entregarme unos lenguados estupendos.

—Perfecto. Para dos.

En la parte trasera se abrió una puerta y oí que un camión se ponía en marcha. La puerta se cerró de golpe y el ruido del motor se desvaneció.

Un hombre entró por el pasillo que daba a la trastienda y sentí que el corazón me daba un vuelco. No solo tenía la nariz rota, sino que toda su cara parecía haber sido aplastada... como si alguien lo hubiese golpeado con una sartén. No estaría segura del todo hasta que Morelli lo viera, pero sospeché que había encontrado al testigo desaparecido.

Tenía ganas de dar saltitos de alegría, pero también de salir pitando antes de que me convirtieran en rosbif.

—Tengo una entrega —le dijo a Sal—. ¿Quieres que la meta en el almacén?

—Sí y llévate también los dos cubos que están al lado de la puerta. Uno es pesado, vas a necesitar la carretilla.

Sal volvió a su tarea.

—¿Cómo va a cocinarlos? —me preguntó—. Puede freírlos, asarlos o rellenarlos. A mí, me gustan fritos. Bien rebozados y con mucho aceite.

Oí la puerta trasera cerrarse detrás del tipo de la cara aplastada.

—¿Quién era ese?

—Louis. Trabaja para el distribuidor de Filadelfia. Me trae la carne y el pescado.

—¿Y qué se lleva en los bidones?

—A veces guardo los desechos. Los utilizan para fabricar comida de perros.

Tuve que resistir la tentación de marcharme de allí al instante. Estaba segura de que había encontrado al testigo. Para cuando llegué al Nova me sentía mareada de la emoción. ¡Podría pagar el alquiler! Al fin tenía éxito en algo. Y ahora que había encontrado al testigo desaparecido, estaría a salvo. Entregaría a Morelli y ya no tendría nada que ver con Ziggy Kulesza. Ya nadie tendría razones para matarme... salvo, claro, por Ramírez. Y con suerte Ramírez estaría tan metido en el ajo que lo encerrarían por mucho tiempo.

El anciano que vivía enfrente del apartamento de Carmen me había dicho que le

había molestado el ruido de un camión frigorífico. Estaba segura de que un camión para transportar carne. Pero no lo afirmaría hasta que hubiese echado un nuevo vistazo al callejón que había detrás del edificio de Carmen, pues si Louis había aparcado lo bastante cerca, podría haber bajado hasta el techo del camión frigorífico. Luego habría puesto a Carmen en el contenedor y se habría largado.

Lo que no lograba entender era qué relación tenía Sal con todo aquello. Era probable que ninguna, tal vez Ziggy y Louis hacían las veces de basureros de Ramírez.

Tenía una buena vista de la carnicería de Sal desde donde estaba sentada. Metí la llave en el encendido y miré por última vez. Sal y Louis estaban hablando. Louis se veía tranquilo. Sal parecía agitado y gesticulaba. Decidí observarlos un rato. Sal se volvió de espaldas a Louis e hizo una llamada telefónica. Aun desde esa distancia advertí que no estaba nada contento. Colgó el auricular bruscamente y ambos hombres entraron en la cámara frigorífica y aparecieron unos minutos más tarde haciendo rodar el bidón de desechos hacia la salida trasera. Louis reapareció al cabo de un rato cargando sobre los hombros lo que parecía media res. La metió en la cámara y sacó el segundo bidón. Se detuvo en el pasillo trasero y miró hacia el frente de la tienda. Asustada, me pregunté si habría descubierto mi presencia. Se acercó a la puerta y cogió mi Sure Guard. Se detuvo en la puerta y le dio la vuelta al cartel de «Abierto» que ahora rezaba «Cerrado».

Aquello me pareció extraño. ¿Qué significaba? No veía a Sal, la carnicería estaba cerrada y, que yo supiera, no era día de fiesta. Louis salió por el pasillo trasero y las luces de la tienda se apagaron. Una señal de alarma se encendió en mi cerebro, y me pidió que no perdiera a Louis de vista.

Arranqué y conduje hasta el final de la manzana. Un camión frigorífico con matrícula de Pensilvania se unió al tráfico. Tras recorrer dos calles, doblamos en Chambers. Nada me habría gustado más que dejarlo todo en manos de Morelli, pero no tenía ni idea de cómo comunicarme con él. Él estaba al norte de donde yo me encontraba, en la calle Stark, y me dirigía hacia el sur. Probablemente tuviera teléfono en la furgoneta, pero no sabía el número y, además, no podía llamarlo hasta que nos detuviésemos.

A la altura de Whitehorse el camión frigorífico enfiló la carretera 206. Había bastante tráfico. Yo iba dos coches por detrás y me resultó relativamente fácil mantenerme oculta y vigilar a Louis. Justo cuando pasamos por el cruce de la carretera 70, la luz del indicador del nivel de aceite se encendió y así permaneció. Solté varias maldiciones, me detuve en el arcén eché dos latas de lubricante, cerré el capó de golpe y reemprendí la marcha.

Aumenté la velocidad a ciento treinta, sin hacer caso de las sacudidas del vehículo y de las miradas de asombro que me dirigían los otros conductores al verme pasar por su lado como una exhalación en mi viejo cacharro. Tras unos cuantos kilómetros, vislumbré el camión. Louis era uno de los conductores más lentos de la

carretera y mantenía la velocidad quince kilómetros por debajo del límite permitido. Solté un suspiro de alivio y rogué que no fuera demasiado lejos. Ya solo me quedaba poco más de una lata de lubricante.

En Hammonton, Louis dobló a la izquierda y se dirigió hacia el este por una carretera local. Allí había menos coches y tuve que alejarme un poco. El paisaje consistía en terrenos ondulados salpicado de granjas y pequeñas áreas boscosas. Al cabo unos veinticinco kilómetros, el camión aminoró la velocidad y entró en un sendero de gravilla que inducía a un edificio de chapa ondulada. Según el cartel que había en la fachada, se trataba del Almacenaje Frigorífico Pachetco. Más allá del edificio vi barcos y más allá de estos, el sol rielando en el agua.

Pasé por delante del aparcamiento del edificio, medio kilómetro más arriba, donde el camino terminaba a orillas del río Mullico, y volví a pasar por delante del edificio, ahora lentamente. El camión se encontraba aparcado en la pasarela de madera que conducía a los muelles de un puerto deportivo. Louis y Sal se hallaban fuera del camión, apoyados sobre el estribo, con aspecto de estar esperando. No había nadie más en el aparcamiento. Se trataba de un puerto pequeño y todo indicaba que, aunque fuese verano, la mayor parte de la actividad se desarrollaba los fines de semana.

Unos kilómetros antes había pasado frente a una gasolinera. Decidí que sería un buen lugar desde el que vigilar sin ser vista. Si Sal o Louis decidían volver a la ciudad, pasarían obligatoriamente por allí, y yo podría seguirlos. Además, en la gasolinera había un teléfono público y quizá consiguiese ponerme en contacto con Morelli.

La gasolinera era muy vieja, y en ella había dos antiguos surtidores montados sobre una plataforma de hormigón. En uno de ellos, un cartel anunciaba carnada viva y gasolina barata. La construcción que se alzaba detrás de los surtidores era de tablillas marrones remendada con bidones aplastados y diversas piezas de madera contrachapada. Al lado de la puerta mosquitera había un teléfono.

Aparqué, parcialmente oculta detrás de la gasolinera, y recorrí el corto camino que me separaba del teléfono, encantada de tener la oportunidad de estirar las piernas. Lo primero que se me ocurrió fue llamar a mi apartamento. El teléfono sonó una vez, el contestador tomó la llamada y oí a mi propia voz decirme que no me encontraba en casa.

—¿Hay alguien allí? —pregunté.

No hubo respuesta. Di el número del teléfono público y sugerí que si alguien deseaba ponerse en contacto conmigo, me encontraría allí, aunque no sabía por cuánto tiempo.

Estaba a punto de volver a mi coche cuando el Porsche de Ramírez pasó a toda velocidad. Esto está poniéndose cada vez más raro, pensé. Un carnicero, un pistolero y un boxeador, reunidos en el Almacenaje Frigorífico Pachetco. No me parecía probable que fuesen tres tíos que se disponían a ir de pesca. De no haber sido

Ramírez el que acababa de pasar por ese camino, me habría acercado más para echar una ojeada. Decidí mantenerme oculta, porque Ramírez conocía mi Nova. Aunque en realidad no estaba segura de ello. De lo que sí estaba segura era de que Ramírez había conseguido meterme el miedo en el cuerpo y ahora yo dudaba seriamente de que fuese capaz de volver a enfrentarme a él.

Poco después el Porsche pasó zumbando otra vez, en dirección a la carretera. Las ventanas eran oscuras y no me permitían ver dentro, pero como mucho cabrían dos hombres, lo que significaba que en el puerto deportivo quedaba al menos uno. Con suerte, sería Louis. Llamé de nuevo a mi contestador y dejé un mensaje más urgente.

—¡Llámame!

Empezaba a oscurecer cuando el teléfono sonó.

—¿Dónde estás? —preguntó Morelli.

—En la costa. En una gasolinera en las afueras de Atlantic City. He encontrado al testigo. Su nombre es Louis.

—¿Está contigo?

—Calle abajo.

Le informé de los acontecimientos del día y le expliqué cómo llegar al puerto deportivo. Compré un refresco en un expendedor que había en la gasolinera y volví a mi coche para continuar esperando.

Ya había oscurecido cuando la furgoneta de Morelli se detuvo a mi lado. No había visto pasar el camión, de modo que era probable que Louis se hallase en un barco, se me ocurrió, que pasaría allí la noche. No veía otra razón para que el camión permaneciera aparcado en aquel lugar.

—¿Está en el puerto deportivo nuestro hombre?

—Que yo sepa, sí.

—¿Ha regresado Ramírez?

Negué con la cabeza.

—Creo que echaré un vistazo —dijo Morelli—. Quédate aquí.

Yo estaba harta de seguir esperando, y no confiaba del todo en Morelli. Tenía la maldita costumbre de hacer vanas promesas para luego salir tan campante de mi vida.

Seguí a la furgoneta hasta la orilla del río y aparqué a su lado. El camión frigorífico blanco no se había movido. No había señales de Louis. Los barcos amarrados en el embarcadero estaban a oscuras. El puerto deportivo de Pachetco no bullía precisamente de actividad.

Salí del Nova y me acerqué a Morelli.

—Te he dicho que esperaras en la gasolinera. Parecemos un jodido desfile.

—He pensado que podrías necesitar ayuda.

Morelli se bajó de la camioneta y se detuvo a mi lado. En la oscuridad daba la impresión de ser un tipo malo, peligroso. Sonrió y la blancura de sus dientes resaltó asombrosamente contra su barba negra.

—Mentirosa. Te preocupan tus diez mil dólares.

—Eso también.

Nos miramos sin decir palabra por un rato. Finalmente, Morelli metió la mano por la ventanilla abierta, cogió una chaqueta del asiento delantero, sacó una semiautomática del bolsillo de esta y se la metió en la cintura de los tejanos.

—¿Qué te parece si buscamos a mi testigo?

Caminamos hacia el camión y miramos dentro de la cabina. Estaba vacía y cerrada con llave. No había más coches en el aparcamiento.

Cerca, el agua chocaba suavemente contra los pilotes y los barcos crujían. Había cuatro muelles de madera con catorce dársenas por muelle, siete por lado. No todas estaban en uso.

Recorrimos en silencio cada muelle, leímos los nombres de cada embarcación y buscamos señales de vida. A medio camino del tercer muelle nos detuvimos frente a un yate Hatteras, y en el costado de la proa leímos su nombre: «La chica de Sal».

Morelli subió a bordo y se quedó en popa. Lo seguí, manteniéndome a más de un metro de distancia de él. La cubierta estaba repleta de aparejos de pesca, redes y arpones. La puerta de la cabina estaba cerrada por fuera con candado, lo que significaba que lo más probable era que Louis no se encontrase allí. Morelli sacó de un bolsillo una linterna del tamaño de un bolígrafo e iluminó dentro. Parecía la embarcación de un verdadero aficionado a la pesca, ya que había asientos lujosos sino bancos prácticos. Había montones de latas de cerveza aplastadas y platos de cartón mugrosos, y en el suelo vi una especie de polvo brillante.

—Sal es un guarro —comenté.

—¿Estás segura que Louis no estaba en el coche de Ramírez?

—¿Cómo voy a saberlo? Las ventanillas eran espejadas. Pero en un Porsche solo caben dos personas, de modo que al menos uno de ellos se quedó aquí.

—¿Y no has visto pasar más coches por el camino?

—No.

—Tal vez haya ido en la otra dirección.

—No habría llegado muy lejos. El camino acaba a medio kilómetro.

La luna se encontraba baja en el cielo y su luz se reflejaba en el agua como miles de dólares de plata. Volvimos a mirar hacia el camión blanco. El motor del frigorífico zumbaba en la oscuridad.

—Tal vez debamos echar otra ojeada al camión. El tono de Morelli me inquietó y no quise pronunciar la pregunta que había surgido en mi mente.

Ya sabíamos que Louis no se hallaba en la cabina.

¿Qué quedaba por hacer?

Nos acercamos al camión y Morelli examinó los botones exteriores que controlaban la temperatura del frigorífico.

—¿A qué temperatura está?

—A seis bajo cero.

—¿Por qué tan frío?

Morelli se bajó y se dirigió hacia la puerta trasera.

—¿Tú qué crees?

—¿Alguien está tratando de congelar algo?

—Yo diría que sí.

La puerta trasera del frigorífico estaba cerrada con un grueso pestillo y un candado. Morelli sopesó el candado en la palma de la mano.

—Podría ser peor —comentó.

Corrió hacia la furgoneta y regresó con una pequeña sierra para metales.

Miré alrededor, nerviosa. No tenía ganas de que nos descubrieran y creyeran que intentábamos robar un camión.

—¿No puedes abrirlo con una ganzúa?

—Esto es más rápido. Mantén los ojos abiertos por sí llega el vigilante nocturno.

La hoja de la sierra cortó el metal y el candado se abrió de golpe. Morelli recorrió el pestillo y tiró de la pesada puerta. El interior del camión estaba completamente a oscuras. Morelli se subió apoyándose en el estribo del parachoques; saqué una linterna de mi bolso y lo seguí. El frío que hacía allí dentro me dejó sin aliento. Ambos dirigimos la luz hacia las paredes escarchadas. Del techo colgaban unos ganchos enormes. Más cerca de la puerta se hallaba el bidón de desechos que Sal y Louis habían sacado por la tarde. El bidón vacío se encontraba cerca, y su tapa, ladeada entre este y la pared del camión.

Retrocedí un paso y enfoqué la luz de mi linterna hacia abajo. Allí estaba Louis, boca arriba, con las piernas separadas y los ojos muy abiertos. No parpadeaban. Los mocos que salían de su nariz habían quedado congelados en la mejilla. En la entrepierna de su mono había una mancha escarchada de orín. En medio de su frente vi otra mancha, grande y oscura. Sal se encontraba a su lado con una mancha idéntica y la misma expresión de sorpresa en el rostro congelado.

—¡Mierda! —exclamó Morelli—. No tengo suerte.

Los únicos muertos que yo había visto hasta el momento estaban embalsamados y vestidos como para ir a misa, bien peinados y con los ojos cerrados. A ninguno le habían disparado en la frente. Sentí náuseas y me tapé la boca con una mano.

Morelli tiró de mí y me ayudó a bajar del camión.

—No vomites ahí dentro. Vas a joder la escena del crimen.

Inhalé hondo varias veces y traté de controlar las náuseas.

Morelli me había puesto una mano en la nuca.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí con la cabeza.

—Estoy bien. Es que me... ha cogido... por sorpresa.

—Necesito sacar unas cosas de la furgoneta. Quédate aquí. No vuelvas a subir al camión y no toques nada.

No tenía de qué preocuparse. Por nada del mundo habría subido otra vez a aquel camión.

Regresó con una palanca y dos pares de guantes desechables. Me dio uno. Nos los pusimos y Morelli volvió a subir al parachoques.

—Ilumina a Louis —ordenó, y se inclinó sobre el cuerpo de este.

—¿Qué estás haciendo?

—Busco la pistola desaparecida.

Se levantó y me arrojó unas llaves.

—No lleva pistola, pero tenía estas llaves en el bolsillo. Mira a ver si alguna abre la cabina.

Abrí por el lado del pasajero y miré en los bolsillos de la puerta, en la guantera y debajo del asiento, pero no encontré ninguna pistola. Cuando regresé al lado de Morelli, este trataba de abrir con la palanca el bidón cerrado.

—No hay pistola.

Morelli consiguió quitar la tapa y examinó el interior con la ayuda de su linterna.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Es Carmen —respondió lacónicamente.

Sentí otra oleada de náuseas.

—¿Crees que Carmen ha estado todo este tiempo en la cámara frigorífica de Sal?

—Eso parece.

—¿Por qué la guardaría ahí? ¿Tendría miedo de que alguien la descubriera?

Morelli se encogió de hombros.

—Supongo que se sentía seguro. Puede que no fuese la primera vez que hacía algo así. Hay gente que cuando hace a menudo según qué cosas llega a acostumbrarse e incluso a sentirse muy satisfecha de sí misma.

—Estás pensando en las otras mujeres que han desaparecido de la calle Stark, ¿verdad?

—Sí. Lo más probable es que Sal esperara el momento oportuno para arrojar el cadáver de Carmen al mar.

—No entiendo la relación de Sal con todo esto.

Morelli volvió a cerrar el bidón.

—Yo tampoco, pero estoy seguro de que podremos convencer a Ramírez de que nos lo explique.

Se limpió las manos en el pantalón, dejando manchas blancas.

—¿Qué es todo este polvo blanco? —pregunté—. ¿Talco para bebés o algo así?

Morelli se miró las manos y el pantalón.

—No me había fijado.

—Había polvo en el suelo del barco y ahora, al abrir el bidón, te has manchado de polvo y le lo has limpiado en el pantalón.

—¡Dios! —Morelli se miró la mano—. ¡Joder! —Levantó la tapa del bidón, pasó un dedo por el borde y lo probó—. Esto es droga.

—A mí no me parecía que Sal estuviese enganchado al *crack*.

—No es *crack* sino heroína.

—¿Estás seguro?

—He visto mucha.

Lo vi sonreír en la oscuridad.

—Creo que acabamos de encontrar un barco correo, cariño. Todo el tiempo creí que se trataba de proteger a Ramírez, pero ya no estoy tan seguro. Puede que tenga que ver con drogas.

—¿Qué es un barco correo?

—Es una pequeña embarcación que sale al mar para encontrarse con un barco más grande que transporta droga. La mayor parte de la heroína del mundo viene de Afganistán, Pakistán y Birmania. Normalmente la transportan por el norte de África, luego la llevan a Amsterdam u otra ciudad europea. Antes la introducían en el noreste del país por el aeropuerto Kennedy de Nueva York, oculta entre la ropa. Pero hace un año que están dándonos información de que grandes cantidades viajan en barcos que entran en el puerto de Newark. La DEA y la aduana han redoblado sus esfuerzos pero no han encontrado nada. —Alzó el dedo y lo examinó—. Creo que esta es la razón. Para cuando el barco atraca en Newark, la heroína ha sido descargada.

—De modo que es un barco correo —dije.

—Exacto. El barco correo saca la droga del buque nodriza y la lleva a un pequeño puerto deportivo como este, donde no hay inspectores de aduana. Imagino que la meten en estos bidones, y que la última vez debió de romperse una bolsa.

—Cuesta creer que alguien sea tan chapucero como para dejar pruebas incriminatorias —comenté.

Morelli gruñó.

—Cuando se trabaja con drogas todo el tiempo estas cosas suelen ocurrir. No te imaginas lo que la gente deja a la vista de todos en su apartamento o en su garaje. Además, el barco pertenece a Sal, y lo más probable es que Sal no lo supiera. Así, si lo pillaban, podía alegar que se lo había prestado a un amigo y que no sabía que lo usaba para actividades ilegales.

—¿Crees que por eso hay tanta heroína en Trenton?

—Es posible. Con un barco correo como este pueden introducirse grandes cantidades y eliminar a los intermediarios, de modo que el coste de la operación desciende, el precio en la calle baja y la pureza de la droga aumenta.

—Y los adictos empiezan a morir.

—Así es.

—¿Por qué crees que Ramírez se ha cargado a Sal y a Louis?

—Para no tener que compartir las ganancias, supongo.

Morelli iluminó la parte trasera del camión. Yo casi no lo veía en la oscuridad, pero lo oí arrastrar los pies.

—¿Qué estás haciendo?

—Busco una pistola. Por si no te habías dado cuenta, se me ha acabado la jodida suerte. Mi testigo está muerto. Si no encuentro la pistola de Ziggy, yo también soy

hombre muerto.

—Te olvidas de Ramírez.

—Dudo de que esté dispuesto a hablar.

—Creo que exageras. Yo puedo declarar que Ramírez estuvo en el escenario de dos asesinatos, y, además, hemos descubierto una importante operación de tráfico de drogas.

—Es posible que eso ponga en entredicho el carácter de Ziggy, pero no cambia el hecho de que según las evidencias disparé contra un hombre desarmado.

—Ranger afirma que hemos de confiar en el sistema.

—¿Quieres que te diga por dónde se pasa Ranger el sistema?

No quería ver a Morelli entre rejas por un crimen que no había cometido, pero tampoco quería que se pasara el resto de su vida como un fugitivo. De hecho me caía bien, incluso le había cogido cariño, a pesar de todo. Cuando terminara la caza, echaría de menos sus pullas y la compañía nocturna. Cierto, Morelli todavía me irritaba de vez en cuando, pero una nueva sensación de compañerismo ahogaba mi rabia anterior. Me costaba creer que lo enviarían a la cárcel cuando contaran con las nuevas pruebas. Cabía la posibilidad de que perdiera su trabajo, pero eso se me antojaba una nimiedad comparado con vivir largos años ocultándose.

—Creo que deberíamos llamar a la policía para que ella lo solucione —dije—. No puedes esconderte el resto de tu vida. ¿Has pensado en tu madre? ¿Quién pagará tu factura telefónica?

—¿Mi factura telefónica? Stephanie, no habrás estado utilizando mi teléfono, ¿verdad?

—Teníamos un acuerdo. Dejarías que te entregara cuando encontráramos al testigo desaparecido.

—No contaba con que estuviese muerto.

—Me van a desahuciar.

—Escucha, Stephanie, tu apartamento no es ninguna maravilla. Además, no sirve de nada hablar de esto. Los dos sabemos que no eres capaz de llevarme a la fuerza. La única manera de que cobres tu comisión es que yo te lo permita. Tendrás que esperar.

—No me gusta tu actitud, Morelli.

La luz giró y él se acercó a la puerta de un salto.

—No me importa lo que opines de mi actitud. No estoy de buen humor. Mi testigo está muerto y no encuentro la maldita pistola con que se cometió el crimen. Es probable que Ramírez chille como cerdo y que me exoneren, pero hasta que eso ocurra seguiré escondiéndome.

—Y un cuerno. No creo que te beneficie. Imagina que un poli te dispara. Además, tengo un trabajo que hacer y voy a hacerlo. Nunca debí aceptar ese trato contigo.

—Era un buen trato.

—¿Tú en mi lugar lo habrías aceptado?

—No. Pero yo no soy tú. Tengo aptitudes que tú ni siquiera soñarías con tener. Y soy mucho más malo de lo que nunca llegarás a ser.

—Estás subestimándome. Puedo ser muy mala, si quiero.

Morelli sonrió con picardía.

—Eres suave y dulce, y cuando te enfadas, te pones empalagosa y deliciosa.

Me dejó muda. Me costaba creer que hacía solo unos segundos había experimentado hacia esa bestia sentimientos amistosos y protectores.

—Aprendo rápido, Morelli. Cometí errores al principio, pero ahora puedo entregarte.

—Sí, claro. ¿Qué vas a hacer? ¿Dispararme un tiro?

Su sarcasmo no me tranquilizó.

—La idea me atrae, pero no, no dispararé contra ti. Me basta con cerrar esta puerta, arrogante de mierda.

A la tenue luz le vi abrir desmesuradamente los ojos al comprender lo que estaba apunto de hacer. Le oí golpear la pesada puerta, pero ya era demasiado tarde. El pestillo ya estaba echado. Ajusté la temperatura a cinco grados, pensando que haría suficiente frío para evitar que los cuerpos descongelaran, pero no tanto como para que a Morelli le ocurriera lo contrario camino de Trenton. Subí a la cabina, hice girar la llave de Louis en el contacto y puse el motor en marcha. Salí lentamente del aparcamiento, enfilé el camino y me dirigí hacia la carretera.

A medio camino encontré un teléfono público y llamé a Dorsey. Le dije que iba a entregar a Morelli, sin añadir más detalles. Entraría en el aparcamiento trasero de la comisaría en unos cuarenta y cinco minutos y le agradecería que me esperara.

Llegué a North Clinton puntualmente, metí el camión en el camino de entrada e iluminé con los faros a Dorsey y a dos polis uniformados. Apagué el motor, respiré hondo varias veces para tranquilizarme, y bajé de la cabina.

—Puede que necesitéis ayuda. Creo que Morelli está muy cabreado.

—¿Lo tienes en la parte trasera del camión? —preguntó Dorsey con expresión de asombro.

—Sí. Y no está solo.

Uno de los polis descorrió el pestillo. La puerta se abrió de golpe y Morelli se abalanzó sobre mí como una catapulta. Me cogió por la cintura y ambos rodamos por el suelo insultándonos mutuamente.

Dorsey y los polis me lo quitaron de encima, pero él no dejó de maldecir y agitar los brazos.

—¡Me las vas a pagar! Cuando salga de aquí, voy a cogerte, maldita seas. Eres una maldita chiflada.

Aparecieron otros dos agentes de uniforme y entre los cuatro se llevaron a Morelli. Dorsey permaneció a mi lado.

—Más vale que esperes aquí, hasta que se haya calmado.

Me sacudí la tierra de las rodillas.

—Eso podría tardar bastante.

Di a Dorsey las llaves del camión y le expliqué lo de las drogas y lo de Ramírez. Para cuando acabé de explicárselo, habían llevado a Morelli arriba y, como yo ya no corría peligro, un teniente me dio el recibo por la entrega.

Eran casi las doce cuando finalmente llegué a mi apartamento. Lo único que lamentaba verdaderamente de esa velada era haber dejado la licuadora y la coctelera en el puerto deportivo, dentro del Nova. De veras necesitaba un daiquiri. Cerré la puerca con llave y cerrojos y eché mi bolso sobre la encimera de la cocina.

Experimentaba sentimientos contradictorios acerca de Morelli... no estaba segura de haber hecho lo correcto. Finalmente, no lo hice por la comisión, sino por una mezcla de indignación justificada y de convicción de que Morelli debía entregarse.

Mi apartamento se encontraba a oscuras y resultaba tranquilizador. Solo lo iluminaba la luz del recibidor. Las sombras de la sala no me produjeron miedo. La cacería había terminado.

Necesitaba pensar en mi futuro. Ser una cazadora de fugitivos era mucho más complicado de lo que había supuesto. No obstante, tenía sus ventajas, y había aprendido mucho en las dos últimas semanas.

La oleada de calor había remitido avanzada la tarde y la temperatura había bajado a poco más de veinte grados. Mis cortinas se hallaban corridas y una ligera brisa jugueteaba con ellas. Era una noche perfecta para dormir.

Me quité las zapatillas y me senté en el borde de la cama. De pronto me sentí extrañamente intranquila, sin motivo aparente. Sentí que algo estaba fuera de lugar. Recordé que mi bolso estaba en la encimera de la cocina, lejos de mí, y tuve miedo. Estás paranoica, me dije. Me hallaba en mi apartamento, y si alguien intentaba entrar por la ventana, cosa poco probable, tendría tiempo de detenerlo.

Sin embargo, no lograba tranquilizarme. Volví la mirada hacia la ventana, vi las cortinas ondear suavemente y de pronto me di cuenta. Antes de marcharme había cerrado la ventana del dormitorio con cerrojo. Ahora estaba abierta. ¡Dios, estaba abierta! Una oleada de pánico se apoderó de mí.

Había alguien en el apartamento... o esperando en la escalera de incendios. Me mordí con fuerza el labio inferior para no gritar. Rogué a Dios que no fuese Ramírez. Sentí un nudo en el estómago.

En mi opinión tenía dos opciones: correr hacia la puerta o bajar corriendo por la escalera de incendios. Eso, si conseguía moverme. Decidí que había más probabilidades de que Ramírez se hallara en el apartamento que en la escalera de incendios, de modo que me dirigí hacia la ventana. Inhalé hondo, descorrí bruscamente las cortinas y fijé la mirada en el cerrojo. Estaba cerrado. Habían hecho un agujero en el cristal de la parte superior de la ventana, habían metido la mano y luego habían abierto el cerrojo. La suave brisa nocturna entraba silbando por el agujero.

Era el trabajo de un profesional, pensé. Tal vez no fuera Ramírez sino un simple

ratero. Quizá mi pobreza lo hubiese desalentado y hubiera probado suerte con otro apartamento. Miré la escalera de incendios. Estaba vacía y me pareció segura.

Llama a la policía e informa que alguien se ha metido en el apartamento, me dije. El teléfono se hallaba sobre la mesilla de noche. Levanté el auricular. No había señal. Mierda. Alguien debió de desconectarlo en la cocina. Una vocecita en mi cabeza me aconsejó que me largara. Usa la escalera de incendios —me susurró—. Date prisa.

Regresé a la ventana y con torpeza traté de abrir el cerrojo. A mis espaldas oí que algo se movía, percibí la presencia del intruso. Lo vi reflejado en la ventana, de pie en el vano de la puerta del dormitorio, enmarcado por la tenue luz del vestíbulo.

Pronunció mi nombre y se me erizó el cabello como si hubiese metido los dedos en un enchufe.

—Cierra las cortinas y vuélvete lentamente para que te vea —ordenó.

Obedecí. Entrecerré los ojos, tratando de adaptarme a la oscuridad, confusa. Reconocí la voz, pero no entendí su propósito.

—¿Qué haces aquí?

—Buena pregunta. —Pulsó el interruptor. Era Jimmy Alpha, y tenía una pistola en la mano—. Eso es algo que me pregunto todo el tiempo. ¿Cómo pude llegar a esto? Soy un hombre decente, ¿sabes? Trato de hacer lo correcto.

—Está bien hacer lo correcto.

—¿Qué ha pasado con tus muebles?

—He tenido una mala racha.

Alpha asintió con la cabeza.

—Entonces sabes lo que se siente. —Sonrió—. ¿Por eso decidiste trabajar para Vinnie?

—Sí.

—Vinnie y yo nos parecemos. Hacemos lo que hace falta para sobrevivir. Supongo que tú también eres así.

No me gustó que me comparara con Vinnie, pero no iba a discutir con un tipo que me apuntaba con una pistola.

—Supongo que sí.

—¿Sabes algo de boxeo?

—No.

Suspiró.

—Un mánager como yo se pasa la vida esperando tener un buen boxeador. La mayoría se muere sin conseguirlo.

—Pero tú tienes uno. Tienes a Ramírez.

—Me hice cargo de Benito cuando era poco más que un crío. Catorce años tenía. Enseguida me di cuenta de que sería diferente. Había algo en él. Ambición. Poder. Talento.

Locura, pensé. No olvides la locura.

—Le he enseñado todo lo que sabe de boxeo. Le he dado todo mi tiempo. Me

aseguré de que se alimentara bien. Le compré ropa cuando no tenía dinero. Lo dejé dormir en la oficina cuando su madre estaba enganchada al *crack*.

—Y ahora es un campeón.

—Es mi sueño —dijo con una sonrisa tensa—. Toda la vida he trabajado para esto.

Empecé a comprender adonde quería llegar.

—Y está descontrolado —comenté.

Jimmy se relajó y se apoyó contra el marco de la puerta.

—Sí. Está descontrolado. Lo echará todo a perder... todos los buenos momentos, todo el dinero. Ya no puedo decirle nada. Ya no me hace caso.

—¿Qué vas a hacer?

—Esa es la cuestión. Y la respuesta es que voy a diversificarme; me haré con un montón de pasta y luego me largaré, joder, y perdón por el lenguaje. ¿Sabes lo que significa diversificarse? Quiere decir que cojo el dinero que gano con Ramírez e invierto en otras empresas. Una franquicia para restaurantes de pollo frito, una lavandería, puede que hasta una carnicería, y bien barata, porque el tío a quien pertenece no puede pagar sus deudas de juego.

—Sal.

—Sí. Sal. Hoy has hecho que se pusiese muy nervioso. Fuiste muy inoportuna al entrar justo cuando Louis llegó, pero supongo que todo saldrá bien.

—No sabía que Sal me conocía.

—Es fácil reconocerte. No tienes cejas.

—A Sal le preocupó que viera a Louis.

—Sí. De modo que me llamó y le dije que nos reuniríamos en el puerto deportivo. De todos modos, Louis iba para allá. Mañana por la mañana habrá una entrega y me dije que tendría que encargarme de Louis porque es un chapucero. No hace nada bien. Dejó que la gente lo viese en el apartamento de Carmen y luego tuvo que cargársela. De tres, solo se cargó a dos. No pudo con Morelli. El tonto de mierda encontró el coche de Morelli en tu aparcamiento y ni se le ocurrió que Morelli no estaba usándolo, y acabó achicharrando a Morty Beyers. Y tú lo descubriste. Entonces me pareció que era hora de que abandonase este mundo.

»Así que cogí el coche de Benito prestado, fui al puerto deportivo y, de camino, te vi en la gasolinera y se me ocurrió una idea brillante. “Jimmy”, dije, “ahí tienes la solución”.

Me costaba seguirle. Todavía no entendía muy bien qué tenía que ver Jimmy con todo eso.

—¿La solución para qué?

—Para todo el jodido lío. Verás, tienes que entender algo. Sacrifiqué mucho por el boxeo. Nunca me casé ni construí una familia. En toda mi vida no ha habido más que boxeo. Cuando eres joven, no importa. Crees que hay tiempo. Pero un día, despiertas y te das cuenta de que ya no hay tiempo.

»Tengo un boxeador al que le gusta hacerle daño a la gente. Es una enfermedad. Algo no funciona en su cabeza y yo no puedo arreglarlo. Sé que no triunfará, de modo que cojo el dinero que ganamos y me compro un par de propiedades. Luego, conozco a un tío jamaicano que dice que sabe una manera mejor de ganar dinero. Drogas. Yo compro y su organización distribuye; yo blanqueo el dinero con mis empresas y con Ramírez. Lo hacemos durante un tiempo y funciona muy bien. Solo tenemos que mantener a Ramírez fuera de chirona para poder seguir con el negocio.

»El problema es que ahora tengo un montón de dinero y no puedo salirme. La organización me tiene cogido por los huevos, ¿me entiendes?

—Striker.

—Sí. Una banda de hijoputas Jamaicanos. Son unos chicos muy malos.

»Así que allá voy, a cargarme a Louis y te veo, y se me ocurre un plan. Ejecuto a Sal y a Louis al estilo de Striker. Dejo heroína de buena calidad en el barco y en el bidón, para que los polis se enteren de la operación. Ahora ya no queda nadie que puede hablar de mí a mis espaldas y, al menos durante un tiempo, represento un riesgo para Striker. Lo bonito es que, gracias a ti, Ramírez carga con la muerte de Sal y Louis. Seguro que en tu declaración has dicho a la poli que viste a Ramírez pasar en su Porsche cuando estabas en la gasolinera.

—Todavía no entiendo por qué estás aquí, apuntándome.

—No puedo arriesgarme a que Ramírez hable con los polis y que ellos lleguen a la conclusión de que es tan tonto como parece. O que les diga que me prestó su coche y le crean. De modo que tú vas a dispararle. Así, ya no habrá ni Benito, ni Sal ni Louis.

—¿Y Stephanie?

—Tampoco va a haber una Stephanie.

Tenía el teléfono metido en la cintura del pantalón. Lo enchufó en la pared y marcó.

—Hombre, tengo una chica aquí que necesita tu atención.

Alguien dijo algo al otro extremo de la línea.

—Stephanie Plum —contestó Jimmy Alpha—. Está en casa esperándote. Oye, Benito, asegúrate de que nadie te vea. Más vale que subas por la escalera de incendios.

Jimmy colgó el auricular y dejó el teléfono a un lado.

—¿Fue eso lo que le pasó a Carmen?

—¡Dios! Lo de Carmen fue para que ya no sufriera. No sé ni cómo llegó a su apartamento. Para cuando nos enteramos, ya había llamado a Morelli.

—¿Ahora qué?

Se apoyó contra la pared.

—Ahora esperaremos.

—¿Qué va a pasar cuando Ramírez llegue?

—Que os daré la espalda mientras hace de las suyas y luego le disparo con tu

revólver. Para cuando llegue la policía, tú te habrás desangrado y ya no habrá cabos sueltos.

Hablaba en serio. Iba a contemplar cómo Ramírez me violaba y me torturaba y luego iba a asegurarse de que estuviese herida de muerte.

Sentí que las piernas me fallaban y me senté en el borde de la cama. Metí la cabeza entre las piernas y esperé a que me pasase el mareo. Una visión del cuerpo maltratado de Lula apareció en mi mente y alimentó mi terror.

El mareo desapareció, pero mi corazón latía con tal fuerza que me sacudió el cuerpo. Arriésgate, me dije. ¡Haz algo! No te quedes aquí sentada, esperando a que llegue Ramírez.

—¿Estás bien? —preguntó Alpha—. Tienes mal aspecto.

Mantuve la cabeza agachada.

—Voy a vomitar.

—¿Quieres ir al lavabo?

Negué con la cabeza, sin alzarla.

—Solo dame un minuto para recuperar el aliento.

Cerca de allí, Rex correteaba en su jaula. No soportaba la idea de mirarlo, sabiendo que quizá fuese la última vez. Qué raro que una pueda encariñarse con una criatura tan pequeña. Sentí un nudo en la garganta al pensar que Rex sería huérfano, y volví a decirme: ¡Haz algo! ¡Haz algo! Recé una corta oración, apreté los dientes, me eché hacia adelante y me abalancé sobre Alpha. Le pillé con la guardia baja y le encajé fuertemente la cabeza en la tripa.

Alpha soltó un bufido, el revólver se disparó por encima de mi cabeza e hizo añicos la ventana, de haber tenido la cabeza fría, habría añadido una buena patada en la entrepierna, pero funcionaba a base de energía irreflexiva y la adrenalina recorría mis venas a una velocidad de vértigo. Sabía que debía luchar o huir, y me decidí por esto último.

Me alejé de él a gatas, franqueé la puerta abierta del dormitorio y llegué a la sala. Casi había llegado al recibidor cuando oí otra detonación y sentí un golpe eléctrico, caliente, en la pierna. Grité de dolor y de sorpresa, perdí el equilibrio y con una pirueta acabé en la cocina. Cogí con las dos manos mi bolso de la encimera y busqué mi 38. Alpha entró en la cocina y me apuntó con su revólver.

—Lo siento —dijo—. No me queda más remedio.

Tenía la sensación de que mi pierna estaba envuelta en llamas y que mi corazón estallaría de un momento a otro. Moqueaba y las lágrimas me nublaban la vista. Tenía el pequeño Smith & Wesson cogido con ambas manos, todavía dentro del bolso. Parpadeé para apartar las lágrimas y disparé.

La lluvia golpeteaba suavemente en la ventana de mi sala, compitiendo con el ruido que hacía Rex al correr en su rueda. Habían pasado cuatro días desde que me habían disparado y el dolor había disminuido hasta convertirse en una molestia irritante pero soportable.

El daño moral tardaría más en curar. Todavía tenía pesadillas y me costaba estar a solas en el apartamento. Después de disparar contra Jimmy Alpha y antes de desmayarme, me arrastré hasta el teléfono y llamé a la policía. Llegaron a tiempo para pillar a Ramírez subiendo por la escalera de incendios. Se lo llevaron a la cárcel y a mí, al hospital. Por suerte, me fue mejor que a Alpha. Él estaba muerto y yo, viva.

Habían depositado diez mil dólares en mi cuenta corriente. Aún no había gastado un centavo.

Diecisiete puntos en el trasero lo habían evitado. Cuando me quitaran los puntos haría algo irresponsable, como pasar un fin de semana en Martinica. O me haría un tatuaje o me teñiría el cabello de rojo.

Llamaron a la puerta y di un respingo. Eran casi las siete de la tarde y no esperaba a nadie. Me dirigí con cautela hacia el recibidor y espíe por la mirilla. Era Morelli, afeitado y con el cabello recién cortado. Sonreía, satisfecho de sí mismo. Sabía que estaba mirándolo y preguntándome si debía abrir. Agitó la mano para saludar y recordé que dos semanas antes nuestra posición era la contraria.

Entreabré la puerta, pero dejé la cadena puesta.

—¿Sí?

—Quita la cadena.

—¿Por qué?

—Porque te he traído una *pizza* y si la pongo de lado para dártela, el queso se derramará.

—¿Es de Pino?

—Claro que es de Pino.

Cambié el peso de mi cuerpo a la pierna derecha, a fin de aliviar la izquierda.

—¿Porqué me traes *pizza*?

—No lo sé. Me apetecía hacerlo. ¿Vas a abrir la puerta o no?

—Aún no lo he decidido.

—¿Me tienes miedo? —dijo él con una sonrisa maligna.

—Eh... sí.

—Te comprendo muy bien. Me encerraste en un camión frigorífico con tres muertos. Tarde o temprano, me las pagarás.

—Pero no esta noche, ¿verdad?

—No. Esta noche, no.

Cerré la puerta, quité la cadena y abrí.

Dejó la caja blanca de la *pizza* y un paquete de media docena de cervezas en la

encimera de la cocina y se volvió hacia mí.

—Me parece que caminas muy despacio. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Por suerte, la bala de Alpha me atravesó la nalga y casi todo el daño que hizo fue en la pared del vestíbulo.

—En serio, ¿cómo te sientes? —volvió a preguntar, ahora serio.

No sé qué tiene Morelli, el caso es que nunca deja de abatir mis defensas. Aun cuando tengo la guardia alta y estoy alerta, consigue cabrearme, hacer que dude de mi propio juicio, y, en general provocar en mí sentimientos incómodos. La preocupación se reflejaba en su rostro.

Me mordí con fuerza el labio inferior pero eso no impidió que los ojos se me llenaran de lágrimas, que comenzaron a correr por mis mejillas.

Morelli me abrazó y me dio un suave beso en la cabeza.

Permanecimos así largo rato, y, de no ser por el dolor en el trasero, me habría dormido, pues por fin me sentía consolada, en paz y segura.

—Si te hago una pregunta —murmuró contra mi oreja—, ¿serás sincera conmigo?

—Quizá.

—¿Te acuerdas de esa vez, en el garaje de mi padre?

—¡Ya lo creo!

—Y cuando lo hicimos en la pastelería...

—También.

—¿Por qué lo hiciste? ¿De veras soy tan bueno para convencer?

Eché la cabeza hacia atrás y lo miré.

—Sospecho que tenía que ver con que era curiosa y deseaba rebelarme. Eso, sin mencionar unas hormonas alborotadas.

—¿De modo que estás dispuesta a compartir la responsabilidad?

—Claro.

—Y, si te hiciera el amor, aquí, en la cocina... ¿cuánta responsabilidad estarías dispuesta a aceptar? —dijo con una sonrisa.

—¡Por Dios, Morelli! ¡Tengo diecisiete puntos en el culo!

Suspiró.

—¿Crees que podemos ser amigos, después de tantos años?

Eso me lo preguntaba la persona que había arrojado mis llaves dentro de un contenedor de basura.

—Supongo que es posible. No tendríamos que firmar un pacto y sellarlo con sangre, ¿verdad?

—No, pero podríamos beber unas cervezas.

—Eso está mucho mejor.

—Bien. Ahora que hemos solucionado este problema, quiero mirar un partido y tú tienes mi televisor.

—Los hombres siempre tienen segundas intenciones —comenté al llevar la *pizza*

a la sala.

Morelli me siguió con la cerveza.

—¿Cómo te las arreglas para sentarte?

—Tengo un flotador de goma. Si se te ocurre hacer chistes, te rociaré con gas.

Se quitó la chaqueta y la sobaquera y las colgó en el pomo de la puerta de mi dormitorio, encendió la tele y buscó su cadena.

—Tengo información para ti. ¿Estás en condiciones de oírla?

—Hace media hora tal vez te habría dicho que no, pero ahora que tengo esta *pizza*, puedo aguantar cualquier cosa.

—No es por la *pizza*, cariño, es por mi presencia viril.

Enarqué una ceja.

Morelli lo pasó por alto.

—Para empezar, el forense ha dicho que debían otorgarte el premio Robin Hood de tiro. Disparaste cinco tiros al corazón de Alpha, a dos centímetros uno de otro. Asombroso, si se tiene en cuenta que lo hiciste a través de un bolso.

Bebimos otra cerveza, pues ninguno de los dos sabía aún qué sentíamos respecto a que yo hubiese matado a un hombre. No me enorgullecía de ello, pero tampoco me sentía triste. Apenada, en todo caso.

—¿Crees que podría haber acabado de otro modo? —pregunté.

—No. Te habría matado si no hubieses disparado primero.

Eso es cierto. Jimmy Alpha me habría matado. No me cabía la menor duda.

Morelli se inclinó para ver bien un lanzamiento. Después de tres strikes, Howard Barker fue eliminado.

—Mierda. —Morelli volvió a centrar su atención en mí—. Ahora, lo bueno. Tenía una grabadora pegada al poste en el extremo del aparcamiento. La usaba para cuando no estuviera por aquí. Así, podía escuchar la cinta al final del día, por si me había perdido algo. El maldito aparato seguía funcionando cuando Jimmy te visitó. Grabó la conversación entera, el tiroteo, todo. Muy claro.

—¡Caray!

—A veces soy tan listo que hasta me asusto.

—Lo bastante listo como para que no te metieran entre rejas.

Cogió un trozo de *pizza*, perdió unos pedazos de pimiento verde y de cebolla en el proceso y los repuso con los dedos.

—Se ha demostrado mi inocencia y he recuperado mi puesto con paga retroactiva. La pistola se encontraba en el bidón, con Carmen. Permaneció congelada todo este tiempo, por lo que las huellas estaban claras y el departamento forense halló sangre en ella. Todavía no tenemos los resultados de la prueba del ADN, pero los análisis preliminares del laboratorio sugieren que es de Ziggy, lo que prueba que Ziggy estaba armado cuando le disparé. Por lo visto, la pistola se atascó, que es lo que sospeché. Cuando Ziggy cayó, cayó también su pistola, y Louis la cogió y se largó. Probablemente decidió deshacerse de ella.

Respiré hondo e hice la pregunta que rondaba mi mente desde hacía tres días.

—¿Qué ha ocurrido con Ramírez?

—Está detenido sin fianza, hasta que lo examine un psiquiatra. Ahora que Alpha ya no está, varias mujeres muy dignas de crédito han decidido declarar contra él.

El alivio me resultó casi doloroso.

—¿Qué planes tienes? —preguntó—, ¿seguirás trabajando para Vinnie?

—No estoy segura. —Comí un poco de *pizza*—. Probablemente. Casi definitivamente, con toda probabilidad.

—Solo para dejar las cosas claras. Lamento haber escrito ese poema en la pared cuando estábamos en el instituto.

—¿En la pared del instituto?

Silencio.

Morelli se sonrojó.

—Creí que lo sabías.

—¡Sabía lo del bar de Mario!

—Oh.

—¿Estás diciendo que escribiste un poema sobre mí en la pared del instituto? ¿Un poema detallando lo que ocurrió detrás de aquel mostrador?

—¿Ayudaría que te dijera que era halagador? —Quise darle una bofetada, pero se levantó y se alejó un par de pasos.

—Eso fue hace años. Mierda, Stephanie, no resultas atractiva cuando estás resentida.

—Eres basura, Morelli. Basura.

—Probablemente, pero soy bueno obsequiándote con *pizza*.



JANET EVANOVICH nació en South River, Nueva Jersey, el 22 de abril de 1943.

Estudió Arte en la Universidad de Rutgers y posteriormente tomó clases de escritura creativa. Comenzó a publicar con el seudónimo de Steffie Hall, aunque luego retomó su verdadero nombre.

Se inició en la novela romántica para después evolucionar a la de aventura romántica policíaca. Es una de las escritoras americanas más populares. Todas las novelas de la serie protagonizada por Stephanie Plum han tenido una extraordinaria acogida tanto por parte del público como de la crítica.

Sus novelas están llenas de anécdotas, humor y diálogos ingeniosos, lo que hacen que su lectura sea amena y divertida. Ha sido número uno en las listas de libros más vendidos del New York Times.

A lo largo de su carrera ha recibido el Premio John Creasey de la Asociación de Escritores del Crimen, la Daga de Plata y, en dos ocasiones, el Premio Dily de la Asociación de Libreros de Misterio.

Notas

[1] Los ziti son un tipo de pasta italiana de grano duro, de forma cilíndrica y con la superficie lisa. Se trata de una pasta muy empleada en los platos de Italia del sur. (*Nota del editor digital*). <<